

#314
#251

VIRILIO

LA INSEGURIDAD DEL TERRITORIO

NOTA DE ENVÍO

La colección biblioteca de los confines pretende lo nuevo y lo viejo del tiempo de las ideas. Un tiempo inmemorial de raíz mítico poética que nunca dejó de anudar relatos para convertirse en historia de las interpretaciones, en historia de lo real. Libros de pensadores, de ensayistas, de teóricos. A la vieja ciudad letrada no dejan de arribar, o cada tanto vuelven a encenderse, obras. Ese indomable sello de autoría de quienes conjeturan cambiar con letras las más pequeñas o las más grandes circunstancias.

Escrituras que imaginan entender al hombre y las cosas. Podría aventurarse: obras que hacen el mundo. Pero extraña historia por cierto la de las escrituras. Construyen las escenas de lo que pasó, de lo que pasa, y sin embargo nunca pueden contra la realidad inmediata, contra lo que urge. Como pensó hace algunos años Sartre, «no existe libro alguno que haya impedido a un niño morir». La biblioteca de los confines va en busca entonces de algo de eso: literaturas que hacen el mundo, y al mismo tiempo no pueden casi nada. Desde esa conciencia extrema de lo ilusorio, por lo tanto desde la pura verdad, ofrecerá libros.

biblioteca de los confines

VIRILIO

LA INSEGURIDAD DEL TERRITORIO



la marca

La inseguridad del territorio, Paul Virilio

SOBRE ESTE LIBRO

Traducción de *L'insécurité du territoire*, Paris, Editions Galilée, 1993: **Thierry Jean-Eric Iplicjian** y **Jorge Manuel Casas**.

La primera edición de este libro es de Paris, Editions Stock, 1976.

Este es el cuarto título de la colección biblioteca de los confines.

La presente edición fue corregida por Eduardo Oscar Bisso y compuesta en Cutral Co. Sobre una maqueta de Vanesa Indij.

Se utilizaron tipografías **Slimbach** para el texto, **ORATOR** para los títulos, **Lucida** para biblioteca de los confines y **Stone** para la marca.

Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme d'Aide à la Publication Victoria Ocampo, bénéficie du soutien du Ministère des Affaires Etrangères et du service Culturel de l'Ambassade de France en Argentine.

Esta obra, publicada en el marco del Programa de Ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el apoyo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia y del servicio cultural de la Embajada de Francia en la Argentina.

Esta publicación es responsabilidad de **la marca**, cuya oficina esta situada en la calle Virrey Olaguer y Feliú 3059, departamento 2, (C1426ECE), de la ciudad de Buenos Aires; el fax es (54-11) 4 383-5152 y el correo electrónico, editora@marca.satlink.net.

Tanto el interior como las tapas fueron impresos en los talleres gráficos de GEA de la calle Santa Magdalena 635, de la ciudad de Buenos Aires, en el mes de octubre de 1999.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Todos los derechos quedan reservados.

ISBN950-889-033-9

Impreso en la Argentina

© **la marca**

ÍNDICE

7
Prólogo. Urbano, demasiado urbano

PRIMERA PARTE EL ESTADO SUICIDA

17
1. El Estado suicida

37
2. Moralidad del fin

51
3. La movida

69
4. El litoral vertical

81
La escalada de Moscú

SEGUNDA PARTE EL EVANGELIO NUCLEAR

85
5. El evangelio nuclear

105
6. Una sociedad paracivil

121
7. La política de la plaza

133
Marea negra

137	8. La ideología sanitaria
145	9. Habitar lo inhabitual
153	Algunos ejemplos
155	Una ciudad sobreexpuesta
159	10. La delación masiva
183	Vehicular
207	Postfacio
207	Del límite extremo a la extrema proximidad
217	Notas

Recuerdo ese balcón en Nantes, sobre la calle Saint-Jacques, una chimenea de fábrica sobresalía detrás de la fachada, enfrente. Alineado con su humo, yo navegaba como un capitán al timón... En esa época, todo venía o se iba del horizonte hacia el horizonte: los refugiados del Norte que pasaban el Loire hacia la zona libre (éxodo), los invasores surgiendo en columna armada, un mediodía, después de la huida de los ingleses hacia Saint-Nazaire. Esas largas filas de vehículos abandonados sobre las rutas, vacíos.

Ese avión premonitorio, abatido, y que una larga hilera de mirones iba a contemplar como si viniera de otro mundo. Comenzaba otra época, la de un cielo usado, practicado, en conquista... Toda esa gente que miraba en el aire, abandonando sus trabajos apenas el ruido fuerte y lejano de un aparato se hacía escuchar, otro mundo.

El espectáculo aéreo, los juegos de persecución de los cazas, el vuelo en picada vertical de un Stuka aullando para espantar el suelo como en una guerra primitiva se lleva un signo horrible, el cielo primitivo de la segunda guerra. Las misteriosas alertas nocturnas en las que nada sucedía, excepto el apagón y el deslizamiento furtivo de los habitantes de la ciudad hacia los patios y los refugios. El gozo de lo inhabitual... Todo se movía, se intercambiaba, se trocaba: los uniformes, los bienes, las cosas, las lenguas, ir y venir, buen día, adiós, de aquí para allá, del uno al otro, movilizados.

Recuerdo, sobre ese balcón en las proximidades de los puentes del Loire, a un compañero llamándome desde la vereda de enfrente, y yo respondiéndole, tratando de imaginar la visión que él tenía en ese momento... Juegos del espíritu y del espacio,

de las dimensiones de abajo hacia arriba, de aquí a allá, transparencia y ubicuidad, movimiento, el porvenir y el advenir presentes desde ahora. El conflicto de una guerra, efectivamente mundial entre cielo y suelo, extenuados y afrontados por vez primera.

La transparencia toma cuerpo en esas idas y venidas, esos estallidos, esas nubes artificiales, ese inmenso humo negro, inmóvil, suspendido encima de la ciudad después del bombardeo. Ese pañuelo rojo que descendía espiralándose lentamente, esa mirada de finas cintas plateadas que llovían y que nosotros perseguíamos como si fueran regalos de otra parte. Los panfletos, esas noticias del otro mundo.

No se ha visto suficientemente el advenimiento del arriba, la saturación del espacio en detrimento del debajo, fascinados, como lo estamos desde siempre, por el adentro y el afuera.

Nuestra vida cotidiana, horizontal y bidimensional. La longitud, la perspectiva sobre la línea del horizonte, el aplastamiento que en adelante sería sensible y que iba a dar vuelta, poniéndolas patas arriba, las ideas, los usos, los medios y los hombres.

Las ciudades no fueron destruidas ni por casualidad ni por crueldad; a las consideraciones estratégicas de la ofensiva aérea se agregaba implícitamente el hecho de que las ciudades siempre habían puntuado la conquista de la tierra; desde la más pequeña hasta la capital, todas eran puertos de un nuevo litoral: el litoral vertical. Punto de caída de la extensión espacial, el infinito comenzaba a ras de los techos.

Este vuelco gigantesco del mundo no nos alertó lo suficiente, desde entonces somos obrados, sin saberlo, y vivimos fláccidamente adosados al piso, estamos atravesados, tropezamos sin cesar y sin saberlo. El avión que nos sobrevuela nos corta el camino. Titubeamos como el homínido encorvado, primates, nuestros objetos y nuestras construcciones ya son inutilizables, inhabitables; la profundidad del cielo nos da vértigo, pero ni siquiera sabemos lo que éste significa, aunque conocemos el temor y el atractivo de las lejanías, la agorafobia responsable de las conquistas del Imperio y la claustrofobia que aún nos sirve para reprimir a nuestros enemigos, para secuestrar a nuestros amigos. El vértigo y la libertad no son sinónimos. Los techos nos preservan... a nadie se le ocurrió que nos limitan más eficazmente que las paredes. Cuando nos

desplazamos en la calle o en el campo, nuestro andar resulta comparable a una natación. Contemplamos el fondo, acostados, nos escapamos en el dormir donde nuestros sueños repiten la geometría de nuestras vigiliass y cuando caemos bruscamente nos reencontramos parados, despiertos, de cara al horizonte.

El homínido, sobre sus cuatro patas, ya no contemplaba más sus pies: miraba hacia adelante; al enderezarse, sólo su cuerpo se ha desplazado hacia la práctica manual. Todavía falta enderezar la cabeza, dejar de considerar nuestras manos y, narcisísticamente, sus obras, para ver la extensión profunda del espacio sin horizonte, con el tiempo como último hito. La duración extendida arriba de nuestras cabezas, de nuestros techos, ya es un campo de acción, un campo desconocido pero que debemos practicar si queremos volver a empezar otra vez...

El horizonte de la apropiación regional o nacional enmascara el de la duración y el de la extensión. La línea del horizonte es la primera frontera de la especie, la peor. La línea azul de los Vosgos, su línea de mira. "Mi porvenir es el país que está delante de mí", escribía Apollinaire en los poemas de la Primera Guerra Mundial.

La articulación de nuestras relaciones está fundada sobre este aplastamiento, sobre este apisamiento bajo el peso del cielo que nos constriñe a huir por la horizontal; todos nuestros conflictos pasados provienen de la chatura de la arena mundial, y el "*Lebensraum*" nazi no era más que el último avatar de este arcaísmo geográfico. Hitler ya lo reconocía, cuando confesaba poco antes del fin de la guerra: "¿Por qué no me atreví a creer en la conquista del espacio?... Si hubiésemos tenido nuestros cohetes desde 1939 no hubiese habido guerra..." En efecto, ésta hubiera sido inútil.

Ya hemos visto la continuación de todo esto, la carrera hacia el imperialismo sideral entre soviéticos y norteamericanos reconciliados por la aventura tecnológica. Pero ¿ha habido algún cambio sensible? Para el usuario nada o casi nada... casi todo para el dominador. Antaño la altura del torreón señalaba la extensión de las posesiones señoriales, actualmente la altura de los miradores satelizados señala la del imperialismo planetario, y la ciudad prosigue su ascenso, sin fin alguno... Nos pasan por encima, pero nosotros ya no vamos a ninguna parte. Sedimentarias,

nuestras sociedades cubren y recubren lo que las precede. Resentimos cada vez más el encierro dentro de las fronteras horizontales de la especie, se habla de ciencia del hábitat, de ecología; se trataría, se dice, de conservar el equilibrio de los elementos... pero ¿cuál es el lugar de la duración y de la extensión en esta ciencia nueva? El reconocimiento de los límites del hábitat nos constriñe a plantear primero la problemática involucrada en la relación de aquí a allá, del uno al otro; en pocas palabras, ¿qué orientación vamos a elegir? ¿Qué modo de duración... qué extensión? ¿Tendremos la libertad de reorientarnos?

La segunda guerra fue mi madre, y mi padre. La extremidad de las situaciones vividas me instruyó; no se trata de complacientes violencias —como esa cabeza cortada en el badén donde los camiones de muertos y de heridos remontaban la calle (mi calle) hacia el hospital Saint-Jacques, después de la destrucción del Hôtel-Dieu—, sino de una visión del mundo, inalterable. La segunda guerra es un reservorio de sentidos indispensable para el conocimiento de la segunda paz, nuestra paz.

El advenimiento del cielo en la historia, la altura, ahora usual, el arriba, presente y omnipresente a partir del año 40. Los bombardeos estratégicos son indispensables para el análisis del fenómeno urbano. No se trata aquí de un gusto mórbido por el cataclismo, sino de la cruel necesidad de considerar clínicamente la agonía de las ciudades para entrever la construcción futura, la vida nueva. Ciudades, espejos, agonías, juego especular de la desestructuración-construcción de la vida mortal y de la muerte viviente.

Recuerdo el mes de septiembre de 1943. Había ido esa misma mañana a la calle del Calvaire, a esa calle hormigueante de vida, a esos negocios colmados de objetos, de juguetes... al anochecer, todo había desaparecido; sustituido por el acontecimiento, el acontecimiento sobre el acontecimiento, la guerra sobre la paz de la cotidianidad; la gran calle de una ciudad, a centenares de kilómetros de todos los frentes —activa por los usos más diversos, por los intercambios y las complicidades, por el cielo sobre las aceras y los reflejos en las vitrinas— se había convertido en Verdún. Intempestivamente, todo se había desplazado, desaparecieron los inmuebles, las perspectivas, los alineamientos de las fachadas se volatilizaron... el cielo, la transparencia y la

sombra de las ruinas en medio del amontonamiento de pedregullo y grava.

Lo que me instruyó no es el horror de los amurados en vida dentro de los sótanos, asfixiados por el estallido de los conductos de gas o ahogados al reventar las cañerías de agua (desde entonces, cuando las alertas, yo simplemente me negaba a bajar a los refugios, prefiriendo patios y jardines, prefiriendo arriesgarme al impacto de los estallidos que al encierro de los escombros). Lo que me instruyó fue esta repentina transparencia, este cambio del espacio urbano que se podía observar a simple vista, esta motilidad de lo inanimado, del inmueble.

Por cierto, la situación de los ciudadanos franceses era sorprendente, el enemigo cohabitaba aquí abajo, en la pacífica cotidianidad, aun cuando a veces sus excesos puntuaban la vida ordinaria; allí estaba él, a nuestro lado, banalizado por los años de ocupación, mientras que los Aliados, los nuestros, derramaban sus bombas sobre la ciudad. Paradójicamente, sin embargo, era imposible reprobar a aquellos que desde lo alto del cielo aplastaban la tranquila seguridad de las costumbres cotidianas. El horror más grande, los crímenes más espantosos, la inocencia de las víctimas, el fatal arrasamiento de las siluetas urbanas, todo esto parecía aceptable, cuando no amistoso...

Extraña realidad en que la muerte misma no puede ser reprochada a causa de la existencia del conflicto ideológico. Desde entonces ya no hacía falta mucho tiempo para pasar de esta primera paradoja a la siguiente: la brutal desaparición del decorado urbano también era un hecho aceptable, un extrañamiento necesario, una huida hacia adelante, a lo sumo una información, como esos panfletos que llovían sobre nosotros.

Pero no hay que olvidar la infancia del testigo que actuaba en la escena de esta realidad funesta y coleccionaba las ruinas del cielo: estallidos de bombas, de morteros, aletas del armamento de los proyectiles aliados, panfletos, desechos de aparatos abatidos, como otras tantas reliquias de un otro mundo, el mundo aliado del que todos estábamos exiliados en esta pseudo-cotidianidad de la ocupación alemana. Provisorias, tanto la realidad como la libertad, provisoria la ciudad que un instante trágico deroga. Lo importante, lo durable, viene de otra parte, por lo alto; el Cielo, el espacio, son doblemente el lugar de la trascendencia y de la superación. Mirar los puntos brillantes de los

aviones en el azul del cielo, escuchar el sordo rugido de las escuadras de fortalezas voladoras, eso es estar en otra parte, con los nuestros, exiliados en el suelo, la hora de la ascensión aún no llega.

Los trazos de condensación de los cuatrimotores nos parecen signos de un lenguaje. Seguro, hay que protegerse, si es posible hay que escaparse de la muerte, pero el cielo tiene razón; si morimos es por error, los bombarderos que navegan tan alto no desean más que la destrucción de la instalación del decorado, los equipamientos, desean volver nuestro hábitat transparente, es decir, semejante al espacio de su vuelo.

"Jericó", la operación anti-presidio, es la llave de todos los bombardeos en zona ocupada. Somos prisioneros no sólo de las fuerzas de ocupación sino también de las paredes de nuestras ciudades, son nuestras propias construcciones las que sirven para secuestrarnos de una zona a otra. A partir de entonces, no hacía falta mucho tiempo para deducir que la liberación sería también la abolición de la ciudad, de esta ciudad tramposa que podía volverse tan fácilmente contra su población. Para muchos jóvenes, a pesar de cierto sentimiento trágico, la ruina de las ciudades no era tan grave como podría suponerse; los amigos, los Aliados, nos habían mutado en otros tanto Nerones contemplando el incendio de Roma.

Todo se mueve con la aparición del cielo en la historia, en el siglo xx. Nuestra patria es el movimiento, pero ¡cuidado! no forzosamente el desplazamiento, incluso hay un debate que se anuncia entre estos términos con la cuestión de las personas desplazadas, con la deportación. El éxodo es diferente del desplazamiento obligatorio, esta diferencia es esencial a la comprensión del movimiento que se inicia aquí. Lo hemos visto, el sentido del medio ambiente es lo primero en desplazarse con respecto al cenit. También la imposibilidad declarada de poder reprobar totalmente la destrucción del medio es lo que valoriza el sentido del acontecimiento: el hecho mismo de que los enemigos cohabiten aquí abajo devalúa simétricamente esta locación en beneficio del más-allá, en beneficio del más-arriba Aliado. Tal como el mar hasta ayer desconocido deviene el elemento aliado del navegante, el espacio, el cielo hasta ayer impracticado, se convierte en el medio del hombre. La terraza y el techo se transforman en otros tantos diques desde los

cuales contemplamos lo que viene y se va. Los ciudadanos son repentinamente semejantes a la familia del pescador, en espera de lo que llega o de lo que vuelve desde lo alto.

Recuerdo otro juego que consistía en pegarse contra la fachada de un inmueble, con los ojos en alto, a mirar fijamente el deslizamiento de las nubes. Esto daba de inmediato la sensación de que la fachada agujereada de ventanas oscilaba. Yo proseguía la experiencia hasta el vértigo. La verticalidad se desmaterializaba lentamente: ella, que no dominaba más que en los confines del paisaje, parecía corta para nuestras miradas paralelas; perpendiculares a este suelo que ya casi no mirábamos más, la elevación perdía su sentido, la altitud ya no contaba de verdad. Las paredes nos limitaban, nos aplastaban literalmente: es la altura de los edificios la que, en el derrumbe, sepultaba a los habitantes.

La inestabilidad de esta orientación vertical no nos parecía compensada por ninguna ventaja: uno podía quemarse vivo allá, en lo alto, sin poder salvarse. Los altillos se llenaban de arena para evitar que los productos incendiarios hicieran correr el fuego de arriba a abajo del edificio. Habitábamos un castillo de naipes, la ciudad se había vuelto *métastable*¹, sus inmuebles, que ayer nomás manifestaban el dominio y el orgullo burgués, se habían fragilizado al extremo, y estábamos en la calle un poco como aquellos marineros del pasado, que frecuentando con sus botes las naves de varios puentes, temían todo el tiempo que éstas zozobrarán sobre ellos.

Zozobrar, esta palabra restituye la situación exacta. Por cierto, había una locomotora, no lejos del depósito de Pont-Rousseau, instalada arriba de un hangar, un plátano entero sobre el techo de un inmueble de seis pisos... surrealismo.

Un cielo *événementiel*², y esto no terminaba nunca, aun cuando la paz hubiera vuelto. Incluso si el consenso social se restablecía, incluso si la rastrera cotidianidad recobraba sus derechos, la pacificación no había hecho más que enmascarar, como siempre, una situación nueva, y la reconstrucción de las ciudades de Europa no iba a ser más que una repetición, una redundancia urbanística, una negación del hecho espacial aparecido en el curso de la segunda guerra (se cosecha lo que se siembra), sólo los ejércitos, una vez más, se beneficiarían del acontecimiento.

Este océano aéreo donde se encrespaban las nubes se convertía insensiblemente en el último elemento natural de las ciudades, después de la desaparición de lo vegetal y de la rareza de lo animal. Pero el perfil del litoral urbano se destacaba ahora sobre un elemento atmosférico devuelto a su vacuidad inicial. Era la ilusión de las ciudades resucitadas, cadáveres de pie, símbolos de la pseudo-sociedad que las había reerigido.

Algunos quisieron reconstruir las ciudades en otra parte, al lado de sus antiguos emplazamientos (por ejemplo Caen); fue inútil. Volatilizadas por un momento, las ciudades, como la película de un derrumbe proyectada al revés, volvieron a caer en su lugar, en el mismo lugar... Simplificadas pero análogas, en sus volúmenes, más lisos, más altos, y la transparencia, recobrada por un instante, desapareció de nuevo.

El cielo arriba de los techos, el espacio azul cambiando al ritmo de las estaciones y de los días ahora reemplazaba el espacio verde ausente. En adelante viviríamos al borde de la atmósfera, literalmente en el límite del mundo, en equilibrio sobre la vertical del vacío...

Y mientras cada uno retornaba a sus ocupaciones acostumbradas, vuelos estratégicos y líneas aéreas se desarrollaron simultáneamente como si el "Comando Estratégico Aéreo", la Panam, Air France o Aeroflot no constituyeran más que una sola y misma compañía destinada a colonizar el nuevo territorio, a saturarlo de balizas y de corredores inmateriales.

La creación del puente aéreo en ocasión del bloqueo de Berlín vino a recordar por un instante el carácter aeroportuario de cada ciudad, luego, de nuevo, el cielo fue devaluado, descalificado por los inicios de la carrera hacia el espacio, como si las conquistas siderales hubieran realizado un corte, como si un misterioso techo limitase el valor del espacio (un nivel, un piso más, siempre más alto...). De hecho, eran los términos de altitud y de apogeo los que perdían su sentido, para ya no designar más que la adquisición de un último movimiento hacia el vacío, hacia la ausencia universal.

Recuerdo, por otra parte, ese crepúsculo en que, mirando al sol declinar sobre el horizonte, me esforzaba por olvidar el movimiento aparente, para ver elevarse el contorno de la tierra, como una cresta en el cenit.

PRIMERA PARTE

EL ESTADO SUICIDA

“Debemos reconocer que la sociedad industrial avanzada no deja de ser *más rica, más vasta y más agradable* por el solo hecho de mantener el peligro (atómico). La economía adaptada a las exigencias militares hace *la vida más acomodada para un número siempre creciente de personas*, y extiende el dominio del hombre sobre la naturaleza”. En 1964, Herbert Marcuse³ comienza su ambigua crítica del sistema con este preámbulo: el estado de prosperidad, la seguridad interior y personal, crecen al mismo tiempo que la seguridad exterior y general. Es la tesis sostenida al mismo tiempo por los militares del campo occidental: el vicealmirante Friedrich Ruge⁴ nos habla también de este confort y de esta prosperidad que están asegurados más allá de la seguridad en sí misma, alcanzada a través de la neutralización siempre posible del “otro”.

Menos de diez años después, libros como el de Robin Clarke, *La tecnocracia de la guerra*, nos señalaban una situación bien diferente: si nos atenemos a la información estadística, la integridad de las personas y su prosperidad decrecen en la misma medida en que, justamente, seguridades interiores y exteriores tienden a confundirse. Tales libros nos proporcionan una interesante información sobre esta nueva manera que tienen los militares de invadir territorios, sobre las dimensiones sin precedentes de trabajos efectuados por el ejército o bajo su control —notoriamente en el campo de las ciencias humanas—, sobre el modo en que se toman a cargo en un ámbito común problemas tan diversos como la superpoblación, la hambruna, la guerra nuclear, la conquista del espacio, la contaminación, etc.; en fin, sobre el desarrollo, en la paz, “de ese criterio decisivo del carácter criminal de la tecnocracia: la medida en que afirma, en nombre del progreso y de la razón, que lo impensable

puede volverse pensable y lo intolerable, tolerable" (Theodor Roszak).

¿Qué pensar del carácter que podría tomar esta tecnocracia si, para colmo, ya no pretende ser guiada desde adentro por *la razón y el progreso*, sino por *el no-progreso y el terror*? Esto es lo que está pasando. En eso consiste, en Gran Bretaña, el "plan de supervivencia anti-progreso" (son conocidas, al respecto, las declaraciones del duque de Edimburgo); en los Estados Unidos, la campaña de "desamericanización"; en todos los países desarrollados, una avalancha de escándalos, de manifestaciones, de expedientes, de informaciones que apuntan a renovar el compromiso ciego de la opinión con los criterios de una nueva normalización ¡esta vez fundada sobre la repulsión y el temor de todo desarrollo en el dominio civil!

El "enemigo interior", quinta columna o ministerio del Miedo —esa administración subterránea que, durante el Blitz, conjugaba sus propios esfuerzos con aquellos más espectaculares que realizaban los bombarderos nazis— contribuía —gracias a la acción de sus "funcionarios", distribuidos en el seno de las poblaciones— a hacer de la guerra total una empresa de desmoralización, llevando a su paroxismo esta gran dinámica interior de las sociedades: el terror.

La multiplicación de obras como la de Clarke nos ofrece indirectamente una información importante: *la administración del miedo ha retomado el servicio activo* marcando un umbral para las sociedades occidentales, el final de una alternativa, vieja de muchos siglos, entre paz y guerra; el pasaje del estado de guerra total a un estado nuevo y desconocido: la "paz total"⁵.

"Fue sobre el mar que la guerra revistió muy pronto un carácter total, escribía Friedrich Ruge, ya que aquel que extiende su dominio sobre el mar *ignora las contingencias, los obstáculos*... Mar indestructible que no necesita de cuidados, en el que todos los espacios se hallan naturalmente ligados entre sí." La estrategia aérea aliada iba a retomar estos términos, en otro elemento. Cuando satura el espacio alemán las veinticuatro horas del día con sus bombardeos, el general Harris espera alcanzar también él un "efecto psicológico" sobre el conjunto de las poblaciones tratadas, y ello "sin ninguna limitación en el empleo de los medios técnicos".

A la guerra de medios⁶ sucede la guerra hecha al medio —naturaleza, sociedad. A través de su hábitat, atmósfera, flora, fauna, etc., el hombre es herido de muerte desde las planicies de Champaña o de Flandes, barridas por el viento de Yperita, hasta los bosques desfoliados de Vietnam. En Europa, la guerra tradicional era presentada como *una política continuada por otros medios*, porque era el último argumento de un sistema de intercambios y se apoyaba sobre la utilización de un hábitat común. Hecha a distancia, la guerra total produce una situación exactamente inversa. "Derivando las leyes directamente del carácter del elemento en cuestión", el universo privado de las dimensiones de la guerra total se inspira ampliamente en la táctica libre de obstáculos y de contingencias, propia de la guerra sobre el mar; la geometría rudimentaria del *Carpet-bombing*, reducida a una codificación instrumental limitada, viene a sustituir, por ejemplo, la vieja carta de Estado Mayor.

Desde el final del siglo XVII, el *fleet in being*, fórmula imaginada por el almirante Herbert, había marcado el pasaje del *ser* al *ente* en el ejercicio de la coacción sobre el adversario. Es el fin del "aparato naval" y de la guerra de proximidad, y el número y la potencia de los navíos de línea pasan a segundo plano: lo que resulta esencial es la manera en que saben administrar su presencia o su ausencia en el elemento marino. La meta perseguida tiene carácter psicológico: crear un estado permanente de inseguridad en el conjunto del espacio tratado.

La táctica del *fleet in being*, su planificación, se adhiere a la del mercantilismo europeo: rutas marítimas, itinerarios triangulares o circulares pero, incluso más: canales económicos autónomos arrojados fuera de todo espacio cotidiano... "Guerra, comercio y piratería, las tres en una, inseparables" (*Fausto*, II), las tres como una acción de la misma naturaleza.

La planificación de las vías mercantiles pasará con toda naturalidad del nihilismo propio del medio ambiente marino a la neutralización permanente de los medios colonizados. Las estructuras de explotación (rutas, urbanizaciones, vías férreas, etc.) serán construidas según un mismo modelo y estarán acompañadas por la destrucción obligatoria de las contingencias, de los obstáculos: la ruina del hábitat precede la eliminación del aborigen; la subalimentación transforma grandes pueblos en tribus dispersas y miserables, y de este modo se suprime la

hipótesis política, el intercambio costumbrista o institucional.

Sin embargo, *debido a que todo Estado costero es vecino directo de todos los Estados que puede alcanzar y en razón de que manifiesta siempre un interés particular por la orilla de enfrente*, los Aliados utilizarán normalmente este tipo de estrategia indirecta en Europa, y su política de bloqueo apuntará, desde 1914, a objetivos comparables a los de la colonia: "hacer sufrir a las poblaciones alemanas una crisis económico-fisiológica de subalimentación".

Más allá de las dimensiones cataclísmicas que alcanza, la guerra en Europa toma un sentido nuevo, deviene la prosecución desenfrenada de una debacle fisiológica. Es sólo dos años después del inicio de las hostilidades que el efecto del bloqueo comienza a hacerse sentir. El bloqueo será una de las causas principales del derrumbamiento de la unidad alemana, y más tarde, después del fin de la guerra, un factor indirecto del marasmo económico y social.

En la misma perspectiva, treinta años después, Roth podrá presentar la primera "guerra mundial total" como "el desencadenamiento de un proceso material desconocido, *realmente sin límites y sin objetivos*". La guerra total es esencialmente prospectiva. "Sin límites y sin objetivo", su acción descontrolada se manifiesta en todos los dominios, tanto a largo plazo como más allá de todo plazo. Una vez desencadenado, su mecanismo no puede desembocar en la paz, porque la estrategia indirecta instala efectivamente el poder dominante fuera de las categorías usuales del espacio y del tiempo. Hay allí una incidencia que sobrepasa toda intencionalidad, la instauración de una permanencia ajena a toda intención, que precede y desnaturaliza todas las iniciativas y las actividades de paz, otorgándoles un carácter reparador, deficitario, ulterior.

Ese carácter descontrolado de la guerra total se les aparece claramente a los Aliados mucho antes de la finalización del conflicto. Por ejemplo, al desarrollarse los trabajos de la delegación especial de la SDN ⁷ sobre el tránsito de la economía de guerra a la economía de paz, en mayo de 1943: "En 1918, los hombres de Estado esperaban desesperadamente restablecer el régimen económico que reinaba en 1913... hoy en día ya nadie puede querer ver el renacimiento del régimen internacional de 1939, ya que para esa fecha en realidad no existían más que las ruinas de un

sistema... Sin embargo, de aquí en más estamos obligados a mirar hacia adelante". Paz y guerra se identifican: ambas son sistemas de ruinas y ambas se han vuelto obligatoriamente prospectivas. Y en estos mismos trabajos de 1943 se prosigue con la aproximación fatal: la economía de guerra se vuelve un modelo para la economía de paz; no es fortuito que el gigantesco consumo de la guerra inspirara el enorme consumo de la paz que substituirá los problemas de producción, atrapados entre tanto en el callejón monetario sin salida de los años treinta. Paralelamente a las operaciones militares, una operación técnica de gran envergadura va a ser desencadenada.

El 6 de enero de 1941, Roosevelt, promotor del *New Deal*, presentaba al Congreso de los Estados Unidos su célebre mensaje sobre las "Cuatro libertades humanas". La tercera libertad, deslizada entre las demás como una carta marcada, era la *freedom for want* ⁸. Poco después, esta vez en Gran Bretaña, sir William Henry Beveridge comunica a los miembros del Parlamento el tan esperado informe sobre la "seguridad social" (diciembre 1942). La *freedom for want* ha sido trascendida por la seguridad social, el sistema económico se vuelve -efectivamente en este texto- sistema social, en la misma medida en que ya era objetivo de guerra (notoriamente en el "Programa para la paz del mundo", carta del Atlántico del 14 de agosto de 1941). Lo que entonces algunos llaman con entusiasmo "liberación de la necesidad" resulta de hecho exactamente lo contrario, porque en adelante el Estado, según la expresión de Beveridge, será el único calificado para "diagnosticar la necesidad en vista a la vida sana del ciudadano".

Gran Bretaña -que para la época de la instauración en Alemania de la política del doctor Schacht estuvo a punto de naufragar en la dictadura económica- aprovecha un momento de movilización psicológica excepcional para hacer también ella su "revolución". La atmósfera de aprehensión y de terror de la guerra total asegura "en caliente" el éxito de la operación Beveridge, dirigida a poblaciones con fuertes tendencias liberales, poco preocupadas por alienar su destino a un sistema.

La *freedom for want* es revolucionaria en la medida en que substituye el hombre del derecho costumbrista, provisto de herencias, por el hombre de la acción sanitarista y social, es decir, por el hombre desnudo y solo bajo la mirada estatal y clínica. El

hombre de la *free* ya no es "un ciudadano" en sentido estricto: es un organismo anónimo viviendo en situación límite, porque la ley trata sobre la satisfacción mínima de la necesidad, sobre aquello que resulta indispensable para la vida. Sin cultura, sin sociedad y sin memoria, esta figura no tiene precedente histórico⁹: sólo la precariedad de su situación en el seno del sistema lo liga a éste, ya que para el hombre desnudo la asistencia se ha vuelto supervivencia, la no asistencia, una condena de muerte. *Toda liberación tiene entonces para él invariablemente el rostro de la muerte, del fin, ya sea por suicidio o por asesinato.* Esta figura exangüe -Adán de este nuevo mundo que, capa tras capa, un hervidero de leyes modelará en favor de situaciones de excepción- recuerda así singularmente aquellas situaciones reencontradas sobre los grandes campos de batalla: las de los asilos, las cárceles y los campos.

Precisamente la *freedom for want*, al paliar el retorno a situaciones anteriores, permite liberar técnicamente en la paz el proceso material sin límites y sin objetivo de la guerra total. *En adelante la guerra será continuada por otros medios.*

Desde el final del conflicto, para los Estados Unidos -de cara a sus adversarios- la consigna no tiene ambigüedades. Para el sistema no se trata de paz, sino de supervivencia, con lo que ésta presupone en términos de no-discriminación entre los poderes civiles y militares¹⁰. En efecto, los Estados Unidos no son una *nación* en el sentido en que pueden entenderlo la vieja Europa o la URSS, porque no constituyen otra cosa que la puesta en práctica de su propio sistema, una prótesis arrojada sobre un continente: los norteamericanos nunca *habitaron* Norteamérica.

Desde los primeros meses de 1947, el senador Pepper (demócrata por Florida) definió los planes asistenciales: forman parte de un estado de guerra no declarada. Henry Wallace los presenta como "más dependientes de las necesidades de petróleo de la marina americana que de las necesidades alimentarias de los niños griegos o turcos"¹¹.

En el transcurso de este período siniestro, se ve cómo se erigen las grandes tecnoestructuras necesarias para la estrategia de la paz total. En el interior tanto como en el exterior, la vida de los Estados y su destino estarán subordinados a la estrategia general. En el plano práctico, por ejemplo, con la creación del derecho de veto y con la fuerza de "policía" del comité de

estado mayor de las Naciones Unidas. Así, la paz total podrá hacerse desde lejos y desde lo alto, como la guerra total.

La descolonización, predicada en nombre del "derecho de los pueblos a la autodeterminación" (el principal latiguillo de la propaganda de Wilson en 1914), no significará en realidad más que *el fin de una cohabitación*. Segregación nueva, pero esta vez casi estanca, que permite extender el estatuto de ghetto a continentes enteros. La explotación de proximidad y la factoría, el pequeño colono, el establecimiento, desaparecen y son reemplazados por la presión inmanente ejercida por los países desarrollados sobre las zonas tratadas, el Tercer Mundo. En seguida, hambrunas, guerras endémicas, miseria y desórdenes hacen estragos en estos limbos de la paz total, en estas regiones inferiores destinadas únicamente a la explotación. Mientras que, presupuestariamente, la asistencia entra en regresión a medida que la estrategia mundial se radicaliza, los sistemas de información (prensa, televisión, etc.) ensanchan sus zonas de *fading*.

Aquí la analogía de las experiencias resulta llamativa. Tanto en el caso de la descolonización lograda como en el de la guerra total ganada, no se obtiene la restauración de una situación anterior más o menos modificada (cada quien en su casa); lo que se obtiene, después de la destrucción y de la ruina del hábitat, es la inserción obligada de los sujetos en el nuevo medio ambiente que se les ha impuesto por la fuerza. He allí el sentido profundo que hay que darle a las palabras de Nixon: "Nosotros no somos imperialistas, solamente deseamos aportar un modo de vida". En ello el presidente Nixon prosigue la acción tradicional de los Estados Unidos. En junio de 1917, Wilson ya pretendía "declararle la paz al mundo", "transponiendo al plano internacional el resorte de la vida interna norteamericana".

A partir de aquí se entiende mejor por qué al ser idénticos los objetivos perseguidos a través de esta forma de paz sin precedentes y a través de la guerra, los avanzados programas tecnológicos de paz y de guerra tienden a recubrirse; se entiende mejor, también, por qué merma la diferencia entre el sistema de unificación mundial, derivado del *statu quo* nuclear, y el desarrollo del gran mercado (modelo norteamericano). Ambos constituyen los *cuadros de integración*, estructuras ya elegidas, a las que todo el resto tiene que venir a subordinarse. Y enumeramos este resto: implicaciones sociales, políticas, culturales, recortes

sectoriales y geográficos, información que asegura el funcionamiento más económico del conjunto.

Reencontramos allí las características esenciales del *being*. Vamos a asistir, entonces, a una modificación radical de la economía media, de su ética, pero esta vez en Europa. Sin embargo, *al habitar la guerra total*, los alemanes fueron los primeros en vivirla durante algunos años, volviéndose así modelo y objeto de estudio para los Aliados ¹².

Al suprimir las fronteras, la guerra total abolió las franjas protectoras de las realidades nacionales: lo que sucedía en las líneas del frente ocurre también en el interior. La población alemana va a instalarse con una suerte de ánimo sombrío, en una realidad que desaparece día a día. "Dejada de lado la cuestión moral" (general Harris), los esquemas industriales y militares realizan a domicilio la gran visión ascética y amputadora de Occidente; su "cruzada", como dice Eisenhower.

"La ciudad es un desierto de piedras que debe desaparecer -profetizaban veinte años antes los hermanos Luckhardt en sus *Lettres Utopiques*-, pero la disolución de las ciudades ¿suprimirá la acumulación?". Efectivamente, las ciudades arden y desaparecen, las estructuras urbanas son pulverizadas. Las poblaciones comienzan a huir, a dispersarse, sin encontrar, a su vez, más remedio que la desaparición voluntaria. A medida que las infraestructuras de servicios son neutralizadas nuevos grupos se forman espontáneamente, grupos en los que la obediencia y la coexistencia no representan más que esfuerzos de adaptación a un medio devenido bruscamente estéril, desconocido y mortal: grupos de fugitivos, de niños, de refugiados políticos, de familias o de barrios, grupos de soldados abandonados al azar de la estrategia... Se hubiese podido hacer un inventario de esta vida cotidiana expulsada brutalmente de sus normas, de sus instituciones; un inventario de la organización de esta *resistencia fisiológica* tanto más extendida e importante que la *resistencia ideológica*.

¿No deberíamos entonces encaminarnos a revalorizar ciertos actos, ciertas prácticas, de este mundo de desecho y de recuperación? En todas partes estas organizaciones se distinguen netamente por una apreciación diferente de los espacios y de los territorios. Sustituyen la naturaleza devenida hostil y peligrosa -"lugar de participaciones inquietantes"-, por el viejo *Raumscheu*, *ese espacio del miedo que nace del miedo al espacio*.

"Esos hombres de las profundidades, esos trabajadores subterráneos descritos por Nietzsche, que cavan, que hurgan... que se privan voluntariamente de aire, que llegan a amar la noche". En todos lados se trata del recurso de la cripta, del subterráneo, del submarino, del sótano, del bosque, de la alcantarilla; en todos lados se cava, se engulle, se inmerge. "La naturaleza desaparece y con ella los restos del hombre objetivo, espejo, reflejo, de un mundo finalmente extranjero" (Nietzsche).

Las poblaciones europeas habitan con toda naturalidad ese universo de aniquilamiento; siguiendo esa tónica, este curioso artículo aparecido en la *Berliner Zeitung* durante 1942 nos informa de la desaparición, esta vez muy real, del hombre objetivo:

"El sueño de los hombres de volverse invisibles, sueño viejo como el mundo, evidentemente aún no está cerca de realizarse, pero el arte de sustraerse a las miradas no por ello ha dejado de tomar una extensión enorme; practicado asiduamente, su importancia se ha vuelto muy distinta que la de un simple juego de escondidas.

"El soldado que recubre su casco con follaje o arroja sobre sus espaldas una manta del mismo tono que el medio ambiente que lo rodea, despliega una actividad del más alto interés: mimetizándose, penetra en uno de los dominios más misteriosos de la naturaleza..."

Y no sólo el hombre desaparece, también desaparece el universo de los objetos:

"Objetos a menudo gigantescos, vastas extensiones que se trata de disimular por largos períodos... el hombre encargado de ello debe poseer un sentido agudo del peligro, *pero sobre todo de lo inverosímil. Le han confiado la tarea de cambiar el mundo, a ello se aboca...*"

Porque este anti-mundo también tiene sus arquitectos. A la inversa que los arquitectos del universo visible, ellos tienen a su cargo hacer desaparecer los monumentos, en vez de hacerlos aparecer. Disfrutan de las alegrías estéticas de un nuevo género:

"Burlón y satisfecho, el arquitecto sonríe contemplando su obra: *es posible no ver nada...* solamente cuando uno tiene las cosas frente a sus narices puede darse cuenta de que hay algo que no anda bien... nunca se sabe dónde comienza la realidad y dónde termina..."

El artículo es destacable hasta el final:

"... Después de la guerra, esto será una diversión gigantesca, habrá que recorrer Europa largo tiempo para volver a descubrirla... como liberado de una pesadilla, cada cual exclamará: 'rápido los colores, para volver a pintar las persianas de verde, las paredes en tonos claros, ¡allí donde hay casa, yo quiero ver una!'"

... La paz será la restitución de los signos, el retorno al mundo objetivo. Y, en efecto, la sociedad europea, después del final de las hostilidades, va a reocupar presurosamente el espacio civil, desertificado por los bombarderos, con representaciones familiares, de colores vivos.

Sin embargo, los hombres clarividentes no se equivocan sobre esta situación de tregua, sobre la verdadera naturaleza de esta "reconstrucción" sin mañana donde todas las reminiscencias, todas las *culturas*, se chocan de frente. Como en 1918, se encuentran en presencia de una "paz por inanición", de una paz de guerra, según la expresión de Briand. No se equivocan tampoco sobre el carácter profundo de las elites y de los jefes militares que la guerra total han llevado al poder, "listos para destruir, son incapaces de crear la paz, de inventarla".

Del mismo modo, los bancos resultan un obstáculo para la creación de la paz. Entre 1940 y 1944, la renta norteamericana pasó de setenta y siete mil millones de dólares a ciento sesenta y un mil millones (era de menos de cuarenta mil millones en 1932); para las exportaciones, en cifras redondas, el excedente alcanza los diez mil millones contra novecientos millones en 1939.

Después de haber sido el poderoso instrumento de la ganancia, el desastre fisiológico pasó a ser su dimensión principal. Se establecerá entonces la previsión en materia de desarrollo y de

necesidad en función de la destrucción y del daño creado, y ya no más en función de la caducidad, de la usura natural, de la satisfacción, etc. Esto es bien conocido en los dominios de las materias primas o de la política de los objetos (uno puede acordarse de los funestos autos de fe de la gran crisis), pero lo es menos al nivel de la política del medio ambiente (a modo de ejemplo, la inestabilidad del empleo que se instaura actualmente en Francia ya moviliza el 42 % del capital nacional a través de la destrucción clandestina del equilibrio del hábitat). Hay aquí un sentido ambiguo, una nueva malversación, que disocia definitivamente las exigencias concretas de las poblaciones de los modos de progresión del sistema y ya no las deja reencontrarse y reconocerse más que en las operaciones de ruina y violencia.

Si el término *freedom for want* fue elegido precisamente para definir el estatuto de los habitantes de este sistema de ruina, de esta anti-sociedad nueva, lo fue -nos lo figurábamos- después de un largo trabajo de exégesis. El hombre de la *free* no es el hombre de la indigencia y de la pobreza total; éste es condenado a la desaparición en calidad de *incurable* (lo cual se pudo ver aún más claramente en la última conferencia de Santiago). El hombre de la *freedom* es el de la espera, el de la *expectación* -según la fórmula de la prospectiva económica anglosajona- y, por lo tanto, está privado, en primer lugar, de voluntad. Acorralado por la necesidad: ésta es la definición cada vez más elemental de aquel que, año tras año, reduce la materia ontológica de su existencia. La falta, la angustia, la fatiga, las obsesiones solitarias que nos llevan a creer que se está perpetuamente vigilado, seguido, amenazado, interpelado, no son, como se dice, inconvenientes del progreso, accidentes de la vida moderna, sino realidades proyectadas por un sistema.

Es que, al expandirse, la debacle fisiológica toma las formas y los nombres más inesperados, más diversos. Así, a partir de la "liberación", los bancos, al limitar los créditos destinados a la reconstrucción de Europa, entienden no interrumpir la formidable evacuación de material y de insumos americanos perimidos, impidiendo con ello indirectamente al Viejo Continente reencontrar una expansión original. Por lo tanto, la situación desastrosa descrita por Mitscherlich no resulta accidental. Precisamente con el aflujo de las mercaderías manufacturadas de la ayuda norteamericana, la cultura y las industrias

se petrifican, se acurrucan en el decorado de la ciudades, artesanalmente reconstituido desde Saint Malo hasta Varsovia, premisas folklóricas de un subdesarrollo cercano.

Hace algún tiempo, los proyectores de la actualidad estaban enfocados en una zona olvidada, el Pakistán, arrasada por un maremoto (se supo, poco después, por qué este pueblo destinado al olvido y a la muerte merecía tal atención de la información occidental). Entonces, todo el mundo, en Francia, se sorprendió al ver que, frente al desamparo absoluto de millones de hombres, únicamente se ponían en marcha las estructuras de la represión. Cordones sanitarios armados en las fronteras, por ejemplo. Aparentemente no había estructuras de servicios, y la ayuda destinada a Pakistán por las asociaciones filantrópicas yacía ociosa sobre las pistas de los aeropuertos, como si la idea misma de socorro simplemente ya no pudiera ser encarada en relación con esas poblaciones.

En esta desaparición casi total de la idea de servicio del seno de las estructuras del Estado, se podían ver las secuelas de una administración postcolonial. Sin embargo, poco después, se asistía en Francia –sobre la “autopista del sol”¹³ bloqueada por la nieve– a las premisas de tragedias semejantes. En algunos minutos, el accidente climático transformaba al consumidor en usuario del espacio, y el usuario se encontraba confrontado a un tipo de estructura instrumental disociada de toda realidad del medio ambiente (enero de 1971).

A través del control de las antiguas estructuras de servicios, los trusts esperaban hacer fracasar la política del presidente Allende (notoriamente en el campo de la circulación, de los transportes), pero se trata aquí de un esquema clásico de la “latinización” y del estado de tensión permanente en América del Sur. Asimismo, en Estados Unidos, en 1939, la *Reorganization Act* marca un verdadero *desdoblamiento* de la administración en vísperas de la guerra total, la sumisión a un Ejecutivo poderoso, fuertemente marcado por los “gabinetes de guerra” y por la negación del viejo Estado liberal. En Europa, la evolución es la misma. Con la idea de servicio público para las poblaciones desaparece una de las últimas características de la paz verdadera, ya que, más allá de su representación humanitaria y desinteresada, la imagen social del Estado se borra del espíritu de los

ciudadanos¹⁴. Esto resulta normal, ya que la idea de servicio se opone fundamentalmente a la idea de asistencia, a través de la política del medio ambiente. El carácter desinteresado y anónimo del servicio público de las poblaciones aparece, en efecto, como el *último soporte tangible de las libertades, de los ciudadanos*, y ello especialmente en materia de legislación del espacio: este carácter desinteresado garantiza en los hechos el derecho a circular o a detenerse –la inviolabilidad de un espacio aún provisoriamente apropiado– dejando a los habitantes la libertad de pasar de la voluntad al movimiento, es decir, de preexistir a la cotidianidad, de recrearla a placer, inalienable, simplemente plantando una carpa, deteniendo una casa rodante. Son conocidos los tipos de persecución de los que los Estados totalitarios hacen objeto a estas nociones dinámicas del espacio social, como por ejemplo, a las diversas formas de nomadismo: el *tratamiento* de los gitanos y de los bohemios bajo el III Reich y, hoy en día, las leyes de asistencia que apuntan a sedentarizarlos.

Esta represión de dinámicas *salvajes* ha sido siempre, en primer lugar, un problema de ejército y de policía (desde el cepo hasta los grilletes, pasando por las reducciones de los espacios de las celdas, la política de sitio y de bloqueo, y llegando hasta la supresión pura y simple del movimiento: la muerte infligida). Pero, desde 1945, nuevas orientaciones ven la luz del día en el Estado moderno, nuevas elecciones surgen en las cuestiones espaciales¹⁵. Entonces resulta normal asistir a la renovación de los procedimientos que ponen trabas, a través de la desaparición progresiva de la noción de servicio público, viendo a la vez cómo esta desaparición deviene inversamente un argumento esencial de la política interior, de la estrategia de poder (en el Mayo del '68, el brusco reaprovisionamiento en nafta de las poblaciones en vísperas del fin de semana de Pentecostés). Sin embargo, esta desaparición del servicio público no alcanzará su dimensión trágica más que en el caso de la desaparición total del medio ambiente, vivo bajo la estructura instrumental (situación urbana generalizada). En ese momento, el agua, el aire, el movimiento del cuerpo o su detención se convierten en derecho a la vida o en condena de muerte (véase la definición del *derecho a los refugios*, en Alemania, durante los bombardeos estratégicos).

El centro de las ciudades explota de nuevo y se pulveriza; invivible, irrespirable, se desertifica para dejar lugar a los aparatos directivos, verdaderos búnkers de la administración, de la policía, de la información. Las poblaciones huyen o son rechazadas en desorden hacia las periferias, donde quedan estacionadas. Mientras las grandes radiales estratégicas se multiplican, los canales atinentes a la antigua información del medio ambiente desaparecen. Ferrocarriles locales, caminos secundarios y privados, comunicaciones interindividuales, infraestructuras de servicios (correos, escuelas, etc.) se tornan raros y se los controla activamente; las mesas de escucha de la Wehrmacht son restablecidas. Geometría colonial de la descolonización, de la guerra total o de la paz total, el sistema se extiende y se reproduce, proceso material sin objetivo, aunque ya no sin límites.

El reciente caso del SST -prototipo de avión supersónico que finalmente quedó abandonado a su suerte en el campo de las ferias- constituye un acontecimiento importante. El porvenir del sistema americano también se contrae y se petrifica ostensiblemente; la prospectiva industrial y comercial entra al museo y se reúne con la prospectiva cultural y social. Los cierres parciales de Cabo Cañaveral o de Boeing marcan también, más allá de la grave crisis de confianza en materia monetaria y tecnológica, una crisis más fundamental: la del adelanto y la motricidad del sistema en el interior de un aislamiento que ha cobrado dimensiones planetarias.

En una nación que se creyó tan largo tiempo innovadora y hasta creativa, las universidades y las empresas se arrojan tardíamente en el *solving*. La pregunta del *solving*: "¿cómo impedir al futuro volverse perimido, cómo crear?", es bien diferente de la de los tecnócratas de La Haya que, en 1914, pensaban remediar las crisis a través de un funcionalismo planetario. Para la organización -forzada a mirar hacia adelante porque detrás suyo no deja más que terrenos baldíos, tachos de basura, desiertos y ruinas- se achica la diferencia entre objetivo alcanzado (realización planetaria) y fin.

Si el funcionamiento del sistema, bloqueado dimensionalmente, se plantea cada vez más en términos de invención, no hay en ello, sin embargo, una *creación verdadera*, sino simplemente problemas autónomos de funcionamiento que no afectarían el ascendiente del sistema sobre los sometidos, porque se

trata de simples creaciones de aberturas. De allí el carácter de las encuestas prospectivas del tipo Delphi (1960), que excluyen ostensiblemente todo "aspecto social", toda dinámica de grupo en el nivel de la consulta a los expertos. Tales métodos muestran a las claras el tipo de medidas a las cuales nos vamos a encontrar confrontados en tanto habitantes obligados del sistema.

La campaña de miedo civil, tematizada al comienzo de este capítulo, sin duda forma parte de estas medidas o, mejor aun, prepara psicológica, pedagógica y moralmente la opinión sobre estas medidas. Este tipo de campañas de "denuncia" de los males, de carácter pseudo-científico, no es nuevo; pone en práctica la consigna insensata del apóstol del III Reich, Rosenberg: "Los que saben todo no tienen miedo a nada", y hace de la "ciencia" una investigación y una simple práctica de policía en nombre de un nuevo "proteccionismo".

Asimismo, la frase del coronel de Estado mayor alemán Ernst Zolling: "se trataba de ir en este dominio (la guerra total), hasta el límite de la inspiración", ya era *solving system*, y tal utilización de las técnicas se alejaba de lo racional en favor de una exploración apresurada de lo más inverosímil e, incluso, de lo insensato¹⁶.

"Antaño, tal medio implicaba tal fin; hoy en día, lo bizarro, la extranjería de los medios, implica un fin nuevo"; he allí este "potencial imaginario" del III Reich, que despistará por un momento a los expertos Aliados comisionados para su recuperación, "mosaico extraño de investigaciones, de invenciones... constelación barroca" (Amsler) surgida de un mundo acabado donde la sinrazón se había vuelto el objetivo del orden, el producto mismo de la organización. Todas las medidas tomadas por el III Reich fueron medidas desesperadas, y aún en el apogeo del régimen, Goebbels constataba: "El mundo en que se mueve Hitler es un mundo de fatalidad absoluta, un mundo donde hasta el éxito carece de sentido". O, mejor dicho, el éxito tiene el mismo sentido que el fracaso en un medio para el desarrollo de la vida donde todos los actos, todas las iniciativas, se han vuelto una derivación hacia lo peor¹⁷.

Leni Riefenstahl nota también esta modificación del carácter social y la amplitud que tal modificación toma en una Alemania desestructurada por la estrategia indirecta: "Lo que era

cotidiano, ordinario, los horrorizaba repentinamente... La tentación de lo inhabitual fascinaba a todo un pueblo". En este horror compartido frente a la cotidianidad y a su medio ambiente, Hitler encontrará finalmente su más seguro método de gobierno, la legitimación de su política y de su estrategia militar, y ello hasta el final, ya que –lejos de abatir la naturaleza repulsiva de su poder– las ruinas, los horrores, los crímenes, el caos de la guerra total, no harán normalmente más que aumentar su extensión.

El telegrama 71: "Si la guerra está perdida, que la nación perezca", en el cual Hitler decide asociar sus esfuerzos a los de sus enemigos para consumir la destrucción de su propio pueblo –aniquilando los últimos recursos de su hábitat y reservas civiles de toda naturaleza (agua potable, combustible, víveres, etc.)– constituye el desenlace normal de la política de repliegue dialéctico de ese hombre que había escrito: "La idea de protección atormenta y colma la vida".

El mecanismo instituyente de la antinomia entre un hombre central (el ario, el blanco, el occidental, etc.) y su medio ambiente (naturaleza, sociedad) –entendido como algo que se opone a sus actos–, apunta enseguida a la supresión radical de esa antinomia. En ello estriba el móvil de la carrera desenfrenada de nuestro sistema de civilización hacia lo que sería su "esencia", progresión ésta que a la vez se presenta como si fuera trabada y amenazada todo el tiempo por "lo que se aparta del modelo". Tal mecanismo disponía, hasta la inauguración mundial de la estrategia del ente, del espacio y del tiempo como continentes implícitos.

Resulta extremadamente convincente ver qué tan pronto se desmigajan estas nociones de evolución cinemática, y asistir a la desaparición del hombre objetivo en la nación alemana –sensibilizada al *being* por la falta de acceso al mar abierto (véanse las preocupaciones históricas, el corredor de Dantzig, por ejemplo)–, ya en los grandes clásicos y, más cerca nuestro, en Nietzsche, en Spengler... en Heidegger, donde el ser, en último análisis, no es exhibido más que como "transgresión de lo que no es más que siendo" y, por último, en la realidad de la guerra total.

Tiempo y espacio se vuelven pura problemática, las

grandezas representadas y proyectadas ya no son más que programas imperfectos que a su vez aparecen eminentemente sujetos a expresión, expresivos y formando parte tanto del sujeto como del medio.

En la aniquilación progresiva de la independencia entre:

TIEMPO ESPACIO

SUJETO

–esa integración de la dimensión con lo que queda al hombre de expresión (moralidad del fin)– se representó ejemplarmente, para el III Reich, el último acto, el telegrama 71.

La explotación del malestar del hombre con respecto a su entorno (inadaptación, nueva situación urbana, polución, inseguridad, des-socialización, superpoblación, etc.) –malestar éste cada vez más extendido, fuerza repulsiva cada vez más poderosa y expresiva que tiende a reemplazar el desprecio del medio ambiente por el temor al medio ambiente– viene, como las campañas psicológicas precedentes (progreso, *freedom for want*, etc.), a superponerse exactamente al nuevo esquema militar, empresa nihilista bien real, proyectada y construida hasta el objetivo que ya conocemos (bomba). Y esto precisamente en el momento en que el sistema, al precipitarse hacia la totalidad de su realización, tiende a ofrecerse al análisis. Momento este en que la proximidad de su fin le da su sentido a un proyecto que al devenir objetivamente cognoscible podría volver a ser intencional, y retomarse de nuevo.

Entonces, ya no se trata de acabar a través del terror ese trabajo de evacuación emprendido desde hace ya largo tiempo por esta cultura que, de allí en más, *literalmente* nos domina, y que, al exhortarnos para que nos asimilemos cada vez más al sistema espera obtener finalmente la supresión total de la antinomia –del *escándalo*– entre el proyecto y sus habitantes, diferencia ésta en la que, sin embargo, radica su última esperanza.

La materia ya no es aquella de la que hablaba Lenin en sus *Cuadernos*: "eterna e infinita", los fundamentos milenarios del materialismo se derrumban y esa admirable independencia de la materia ya no tiene sentido en tanto que dimensión de la historia humana. "¡Marx y Lenin no habían previsto esta vía de

desarrollo de la humanidad!" exclamaba, no sin *ingenuidad*, N. Khrouchtchev en la tribuna de la sesión del Soviet supremo de la URSS de 1962, después del asunto del Caribe.

En Francia estamos muy orgullosos de haber creado el primer Ministerio del Medio Ambiente. Pero este Ministerio, desde su fundación, permanece extrañamente inactivo. Parece que nuestro espacio nacional ya está tan saturado técnicamente que el Ministerio del Medio Ambiente no ha logrado todavía encontrar un *lugar* en el que pueda ejercer concretamente su acción en favor del *medio*.

Mientras las poblaciones se agotaban en combates de proximidad, en el límite de las esferas económicas y sociales -privadas de dimensiones-, las verdaderas ocupaciones del sistema occidental han consistido en contabilizar y apropiarse del tiempo y del espacio humanos (del *time is money* a la cuenta regresiva). Esta capitalización clandestina no fue, en ninguno de sus numerosos niveles, anodina y sin consecuencia: en la paz total, hoy día, la hora cero es universal, la eternidad está desaparecida, y el ministro del Medio Ambiente no es, en realidad, más que el Primer Ministro de la Utopía.

Lo que sigue siendo sorprendente y en verdad resulta una de las claves de la situación actual es, por una parte, la sobreinformación de los expertos del sistema y, por otra parte, la subinformación de todo aquel que pretende pensar desde afuera. ¿Qué resulta de todo ello en la práctica?

Por un lado, expertos que ya no saben cómo utilizar sus parcelas de información y que piensan lograrlo, como los habitantes de Laputa, aumentando siempre el volumen de sus trabajos, gozando de créditos considerables y esperando darles una justificación, al menos que éste sea su sentido (¡sistema de Catt!). Por otra parte, ideólogos, artistas, escritores, etc., que voluntariamente se mantienen fuera de la información inmediata y producen el subdesarrollo político y cultural, es decir, universos al margen: los folklores.

A estas categorías se agrega una tercera: aquellos que utilizan la información con un fin: los realizadores del Estado suicida.

Cuando, como en Estocolmo, los expertos internacionales se reúnen, el hecho no tiene ningún sentido, salvo, forzosamente, para la tercera categoría. Las curvas estadísticas pueden trepar

vertiginosamente hacia el fin del planeta ¿Y después? El pensamiento se queda seco.

He aquí el verdadero problema... Cuando Pascal hablaba de la *razón* que siempre cede al *sentimiento*, se refería a la especulación *infinita* a la que, en un momento u otro, el sentimiento pone una señal, una demarcación identificable. Si nos atenemos al arte actual, hay que destacar que éste no puede ser objeto de ninguna identificación sensible. Consideremos las obras de los ideólogos: ellas ofrecen a la lectura el mismo ronroneo letárgico que tiene un motor bien o mal *ajustado*, nada más. En cambio, la tercera categoría produce, por su parte, un sentimiento de lo real; mejor aún, apunta a detentar la exclusividad de su producción gracias a la actitud de los medios masivos de comunicación. Este sentimiento es el desprecio, el odio por lo cotidiano. Nuestra pseudo-civilización materialista no produce más que anti-objetos. Las civilizaciones precedentes eran civilizaciones del desextrañamiento¹⁸; la nueva civilización mundial lo es del extrañamiento, es decir, odia los objetos de sus deseos. Esta *psicosis* dirige toda su política de producción: las primeras industrias en los Estados Unidos fueron el automóvil y el cine, después la guerra ocupó ese lugar. Y aquí no se trata de una elección racional, funcional o útil: la elección es enteramente psicológica o, más bien, psicopática; proviene del desprecio y del abandono de toda relación productiva con el medio ambiente: toda la inversión se hace en vistas a evadirse de él.

Cuando ante el problema urbano global (que es nuevo), a pesar de todo tenemos que decidimos a invertir en el medio ambiente de vida (notemos que la ciudad, en este momento, invierte con toda precisión el procedimiento del sistema), tal medio ambiente de vida se convierte, entonces, en el paisaje desolado del encierro dentro de este universo psicopático. Como ante la casa Usher, en la ciudad nueva uno se siente sobrecogido "por una insoportable tristeza. Insoportable porque no se ve atemperada por ninguna parcela de esta esencia poética que encierran las peores imágenes naturales de la desolación o del terror... Esos muros que tienen frío, esas ventanas como ojos distraídos, algunos pequeños árboles desmirriados, provocan una misteriosa *postración del alma*, una irremediable tristeza del pensamiento que ningún excitante de la imaginación parece poder reavivar".

¿Habitar haciendo las veces de poeta o de asesino?

Como tantas otras, la catorceava circunscripción de París está desapareciendo en este mismo instante. Se halla en ruinas, como una zona bombardeada. En sus nuevos terrenos baldíos, crecen las malas hierbas, muy altas. Un gran árbol está tendido; encima, unos jóvenes se encuentran sentados; habitan un instante en cuanto poetas esta zona provisoria de silencio y de vacío.

Este gran árbol tendido pasó a ser una señal feliz.

Más lejos, más allá de las vías férreas, cerca de un bulevar, ya surgen los edificios, los autos, los ruidos, los supermercados, las playas de estacionamiento, los espacios verdes... Las zonas bombardeadas todavía eran portadoras de una esperanza incierta; las zonas recientemente construidas no conllevan ninguna otra esperanza que la de su destrucción futura.

Se las habitará en cuanto asesinos.

Si en los Estados Unidos -país piloto- el crimen aumenta estadísticamente de semejante manera, habrá que notar también que la motricidad se ha vuelto inversamente proporcional: la noción de fin de semana, de vacaciones, etc., merma en las clases medias... De allí la moda, por ejemplo, de la piratería aérea *durante los fines de semana*.

Se ve entonces más claramente que la tercera categoría no tiene nada de fortuito, que incluso realiza a su manera un "gobierno popular", una fuerza democrática. Sólo que, en lugar de proponer objetivos vitalistas, descansa sobre la explotación siempre más avanzada de nuestros instintos de muerte. Ya no hay, por lo tanto, ni distribución ni elección entre bien y mal, vida o muerte, salud o enfermedad, paz o guerra... sino un nuevo Estado totalitario perfectamente definido, en términos generales, por el ascenso constante de las gráficas hacia la muerte planetaria, aunque también esté definido, por ejemplo, por el sentido profundo de las reformas actuales de los asilos y de las prisiones: el crimen y la locura ya no serán taras, enfermedades que la sociedad sana disimula y acantona en los lugares vergonzosos de la reclusión y la expiación ¹⁹.

El tiempo del ghetto de acaba. El loco y el asesino son los hijos legítimos que el Estado suicida engendra y reconoce. La nueva megalópolis es su cuna, su lugar de detención a perpetuidad. La expiación es, en adelante, general.

"¡Que nadie impute al destino nuestro aislamiento! Somos nosotros, y nada más que nosotros, quienes gozamos hundiéndonos en la noche de lo desconocido, en el frío de otro mundo, poco importa cuál con tal de que nos sea extranjero. Si se pudiese, abandonaríamos la zona iluminada por el sol para precipitarnos fuera de sus límites."

Hölderlin.

Hasta hace algunos años, la simple hipótesis de un orden que se precipitara hacia su fin todavía parecía inverosímil, y esto a pesar de advertencias como las del físico Werner Heisenberg en su libro *Physics and Philosophy* (1958). Heisenberg describía el período actual y sus crisis como "un estado de lucha por la conquista de una influencia que fuera posible ejercer en un Estado final de unificación, *directamente emanado del statu quo nuclear*".

Esta carrera hacia un "Estado final" de carácter universal ²⁰, esta solución final del problema humano y del destino, se hallaría, entonces, inmediatamente subordinada al avance de la sociedad tecnológica desde una perspectiva criminal absoluta: el arma absoluta. Que con el *statu quo* la violencia y el miedo hayan llegado a ser las primeras en realizarse, de modo totalitario -y ello incluso antes que todas las fuerzas motrices *positivas* de las que las grandes democracias pretendían ser portadoras, desarrollar y defender ²¹-, ilustra en forma inesperada los asertos acerca de "un fascismo que ya no podría renacer". Estas declaraciones tranquilizadoras deben tomarse como juegos de palabras: solamente indican que el carácter faustiano del poder totalitario tiende a desaparecer con toda su panoplia, y que el

Estado tecnológico ya no necesita más que muy secundariamente del accidente humano, que representa una molestia para su funcionamiento.

De la misma forma en que los nuevos tipos de armas nucleares tendrán la capacidad de *limpiar* de sus ocupantes a las ciudades y las instalaciones industriales –*volverlas limpias*, sin por ello aniquilar sus preciosos equipos técnicos– así, en un contexto totalitario que se realiza según esta pauta, la normalización y la integración de personas toma el carácter último de su pura y simple desaparición. Así, el sistema estructural que opone la *razón de la función* a la *razón dialéctica* se cumple en la desertificación final de los canales del poder.

“¡Las instituciones democráticas están amenazadas!”, declara F. Mitterrand en el curso de una conferencia de prensa, retomando un argumento electoral completamente trasnochado que desde hace tiempo ya no encuentra eco en ninguna parte. Sin embargo, lo que hacía era revelarnos algo que estaba realizándose: *la institución contra la institución*, la gran revolución interna de la “moralidad de los Estados” a través de su autocrítica, y más allá, la modificación radical de leyes, de roles, de métodos, indispensable para el funcionamiento privilegiado de la nueva prótesis técnica.

Las leyes no perpetúan el orden existente que promueve su adopción, seguramente las democracias no sobrevivirán la actual flotación de la legalidad sobre el mundo. La tangibilidad de un poder todavía compartido es salvaguardada por sus instituciones, no gracias a su funcionamiento precario, sino en virtud de su simple existencia. Que este último dique ceda, y entonces el cuerpo social caerá como una masa informe de materia viva bajo el mando directo de la tecnoestructura. La nueva orientación que se le ha dado tanto a los trabajos matemáticos del campo de la biología y de lo social, como a sus postulados –por ejemplo la ingeniería genética– ilustra esta circunstancia.

A un nivel menos confidencial, el referéndum sobre Europa fue en Francia un modelo interesante. En realidad, la campaña de propaganda comenzó con una exposición de escándalos y corrupción que desvalorizaba tanto a los elegidos por la mayoría como a los representantes de los grandes cuerpos de Estado o a los dignatarios locales. Un hecho revelador: la televisión y la

radio gubernamentales, en vez de ahogar la cosa, la remarcaron, complacidas, durante meses. En los hechos, se apuntaba al carácter común de representantes de la institución de todos estos personajes tan diversos; lo que se señalaba con precisión era *el intermediario humano, demasiado humano*, y por ello accesible a las tentaciones del poder. Gracias a tales maniobras, se empujaba al cuerpo social hacia la crítica irracional –es decir, negativa– de la institución; y rápidamente ese cuerpo social ya no se mostraba ávido de cambio institucional: en adelante se sentirá cansado de *toda institución de carácter humano* y esto es lo que finalmente iba a reflejarse en el escrutinio. Excelente noticia para la tecnoestructura y, en cambio, sombrío presagio para los intermediarios sociales y para el cuerpo social mismo.

En efecto, si las instituciones democráticas nos han mostrado constantemente los límites demasiado humanos de sus dimensiones, eso no podrá sucederle al nuevo Estado en el que las medidas serán sobrehumanas y, por lo tanto, inhumanas. Los crímenes y los daños de unos no están naturalmente relacionados con los de los otros, y la “guerra industrial”, esa gran hacedora de prospectos, nos informa sobre el tipo y la rapidez de los progresos que debemos esperar. Como decía el general Johnson, responsable de los bombardeos sobre Vietnam del Norte: “¿Por qué siete años allí donde bastan siete segundos?” ²².

Para muchas personas, la idea de seguridad y de felicidad personal estaba ligada con el progreso de las estructuras del Estado, porque esa idea suponía una fraternidad social realizada en y por el Estado ²³, signo de un sistema que, aun siendo exterior a la socialidad, sería dotado por ella, a un nivel superior, de sentimientos humanos, o incluso humanitarios. De allí la “Libertad, Igualdad, Fraternidad” grabada en el frontispicio de sus templos administrativos; de allí la convicción de que el Estado “que no es fascista, *forzosamente* es humano, generoso”.

El avance irresistible de los canales estructurales del Estado –su instalación en el seno de un carácter social que suplantaban– fue permitido en gran parte por esta forma del sueño público, fenómeno de representación de la virtud moral. “Este gran Leviatán que no es más que un hombre artificial de Hobbes”, ese culto del humanoide político, Stalin, Mao, Hitler..., o de los humanoides administrativos como la asistencia pública, que se

inclina maternal, protectora y desinteresadamente, sobre la viuda, el anciano y el huérfano.

En una entrevista reciente, Malraux hablaba por su parte del "fin de los gigantes" –gigantes de la política, de las artes, de las religiones– para mostrar la inutilidad venidera del aparato democrático, en particular del sistema electoral–, como si la relación entre los dos fenómenos le pareciera evidente. En efecto, al mismo tiempo que asistimos a la extinción de la especie del gran humanoide occidental, también vemos desaparecer todas las demás características humanoides del Estado –notoriamente a través de la privatización de los servicios públicos. Lo que pasa es que el gran Leviatán, al alcanzar la totalidad –su esfericidad– se convierte tanto en su único tema como en su propio objeto, que prescinde en adelante de toda semejanza, de toda figuración distinta de la suya y que, por ese hecho, se halla en un estado en que sus relaciones con el "modelo humano" se encuentran completamente modificadas. De alguna manera, este es el fin del período de "fraternización"; tanto la inscripción tácita como la participación de cada uno en el conjunto se replantean completamente, y vuelven a ser problemáticas.

Esta desertificación, este despoblamiento de los canales del poder –que ya están muy avanzados– se produce ante nuestros ojos y, sin embargo, nadie se da cuenta de ello, porque día a día se acrecienta la distancia entre la realidad objetiva y la conciencia que tenemos de ella.

Este retraso de la conciencia ha sido el tema latente de una destacada exposición, en el Museo de Artes Decorativas ²⁴: "La imagen del tiempo en el paisaje urbano". Los autores han realizado un trabajo interesante sobre una vieja colección de tarjetas postales de la región parisina que datan de hace unos cincuenta años. De alguna manera, han vuelto a hacer el viaje y han fotografiado los mismos lugares, desde el mismo punto de vista. El resultado de la comparación es fascinante: una imagen de la ciudad se descompone ante nuestros ojos. A partir de esas visiones aparentemente anárquicas, de esta arqueología inmediata ²⁵, podría establecerse un gráfico tendencial único: en todas partes, en el paisaje urbano, el instrumento ha suplantado la vida.

Los agrupamientos humanos, la vegetación, los animales,

los planos de agua que cincuenta años antes eran abundantes, han desaparecido de una escena urbana devenida mineral. Las plazas, las calles –congestionadas de automóviles–, están vacías de humanidad, como las de una ciudad del fin del mundo. No podemos creer lo que vemos, y es sin embargo aquí donde vivimos. El poder tecnológico se ha instalado en esta desincronización de nuestra conciencia sin que nos cuidemos de ello, pues el más allá de un poder despoblado está dado por la imagen desaparecida del ciudadano que vive en la ciudad pero ya no se muestra en ella, que se refugia en la madriguera de su inmueble, de su automóvil, detrás de su función administrativa y de su mundo de instrumentos.

La constricción de la conciencia pasa por este atajo extremo entre instrumentalización y vida cotidiana, mientras que aquello que evoluciona y disminuye rápidamente es la distancia y la latitud que se les concede a los ciudadanos frente al sistema instrumental.

Este atajo hace que, por ejemplo, –según la celebre fórmula: "Los asuntos de América son los negocios" ²⁶–, los sindicatos norteamericanos evalúen paralelamente los oligopolios de los que dependen los elementos materiales de su participación, de su contrato. Esta adhesión obligatoria de los sindicatos al sistema, es obra de aquella otra, obligada, de los ciudadanos-sujetos a los sindicatos. Se obtiene con facilidad a través de la represión económica o física: la seguridad de un modo de vida ofrecido o brutalmente retirado. Todo efecto "pasivo" ha sido eliminado de tal sistema, el conjunto se ha indexado de arriba a abajo en función del porvenir de todo el proyecto. Tanto es así que la *promesa del progreso* (la "gran sociedad" de Johnson) desaparece para hacer lugar a la *amenaza del no-progreso*, y luego a la instalación en una *situación de no-progreso*, tal como, por ejemplo, se la caracteriza en el informe Meadows. En esa situación nueva, los sindicatos ya no luchan por un modo de vida, ni siquiera por un nivel de vida; de año en año, de mes en mes, se solicitan y consienten *sacrificios obligatorios* para paliar lo que más urge (casos TWA e Eastern Airlines por ejemplo) ²⁷.

Así, las relaciones iniciales con el sistema se invierten, los grandes ideales desaparecen, el proteccionismo y el miedo envenenan la vida norteamericana, signos de la instalación de un medio totalitario. El hombre desaparecido –evacuado de

las calles y de las plazas, exiliado de su propia existencia- vive en la sombra, "en la ciudad desmesurada, sin ni siquiera una multitud con la que confundirse... y en la que no percibe a sus semejantes más que a través de los parabrisas de sus autos ²⁸". Nuevamente se vuelve troglodita, habitante de la noche.

Recuerdo una novela popular ²⁹ que cuenta la historia de una ciudad aislada en la campiña inglesa. Única anomalía de la pequeña ciudad, un centro administrativo gigantesco, una burocracia omnipresente. En esa ciudad tan bien administrada, dedicada a la filantropía y a la asistencia social, reina sin embargo una angustia, un miedo incoercible, que nada parece justificar en apariencia. El autor nos hará descubrir progresivamente que este miedo innombrable que envenena la ciudad se debe a su capilaridad secreta. No depende ni de los movimientos aparentes de la vida cotidiana, ni de las grandes arterias racionales de su infraestructura administrativa -que son coherentes y superorganizadas-, sino del hecho de que todas estas grandes arterias están parasitadas por la multitud de circuitos sociales secretos que proliferan a su alrededor. Esta verdadera ciénaga social es como la sombra que proyecta a su alrededor la sociedad evidente, una sombra donde las relaciones devienen connivencias, las asociaciones corrupción, la competencia pequeñas fechorías o crímenes abominables.

Sin embargo, esta infrasociedad resulta irreconocible, porque en su seno cada uno toma únicamente una pequeña parte en el "crimen general", cada uno tiene un campo de participación a la medida de su imaginación criminal e ignora todo, o casi todo, acerca de la dimensión y la naturaleza del campo general en el que se mueve o actúa. Los criminales de guerra no explicaban su contribución al ascenso del totalitarismo nazi más que por la ignorancia en la que cada uno de ellos se encontraba acerca del alcance real de las acciones de cada uno. Todos creían aprovecharse de apariencias engañosas, aun cuando en tal caso todos habían sido engañados: en conjunto, debido a lo arbitrario de la infraestructura aparente y, a la vez, por separado, debido a la capilaridad secreta de esa infraestructura, formando todos ellos una fuerza temible, su fuerza, y sin embargo incapaces de reconocerla como su propio producto si no es de otra manera que bajo la forma perniciosa del terror indecible que les causa.

Los que por azar creen poder aprehender o aun actuar, son aplastados y volteados por la violencia de esta fuerza. No se trata entonces de un fuerza inconsciente colectiva, sino exactamente de lo contrario: se trata de la pulverización fuera de una apariencia desaparecida de la conciencia colectiva, de la pérdida general del sentido común que normalmente debería moralizar y subyacer la organización social y sus acciones. A medida que cada uno, cada grupúsculo o cada secta, se hunde en su obra nocturna y trabaja secretamente en embellecerla, la sombra y la soledad se hacen más espesas alrededor suyo, la realidad se oscurece, ya no hay ni bien ni mal, sólo el temor y el terror infligidos o padecidos.

Este tema -que retoman varios relatos míticos en el este de Europa y luego en los países sajones- figura perfectamente la diferencia existente entre las aspiraciones, la regulación evidente de sistemas proteccionistas, y su resultado final. El genio de Jean Ray consiste en haber mostrado que la sociedad occidental huye. Que para ella la verdadera existencia comienza siempre por fuera de las estructuras racionales que se da. El ejemplo famoso de la aséptica Brasilia -abandonada de noche por sus habitantes, que la cambian por los lugares de placer de sus suburbios miserables- no es más que la imagen de esta otra vida a través de la cual se escurre y se vacía el sentido mismo de toda vida diurna.

¿Flujo sombrío de energía enjugado por la gran noche y perdido para siempre por la conciencia social? No, ya que en la ciudad imaginada por Jean Ray un hecho nuevo se produce: el Greeny se desborda. El Greeny, arroyo hasta entonces encauzado, rompe las defensas, crece desmesuradamente, invade la planicie, las casas, la bonita ciudad, y acarrea un mundo de cadáveres.

"Ya no hay energía más que en aquellos que viven separados de la sociedad", hacía notar Balzac. Se puede decir que la energía de las sociedades hiperestructuradas se refugia siempre fuera de ellas mismas. En efecto, a medida que el sistema se vuelve moralizador de un conjunto más extenso, la marea de actos "reprensibles" crece forzosamente. De la inclinación a la obra maestra nace la inclinación al crimen, como de la confusión entre el bien y lo perfecto nace la producción del desecho. Es banal recordar que el espíritu de 1789 nacerá del

de los libertinos y sectarios del siglo precedente; llegado el momento serán lo suficientemente poderosos y estructurados como para que sus diques contengan el desbordamiento misterioso de nuevos Greeny.

Por eso, como lo hacen notar los testigos, se ven en París extrañas figuras que no parecían evidentes con anterioridad (Cendrars hará en 1936 la misma reflexión). Entonces se desarrollan escenas inimaginables en una sociedad policíaca. No es la miseria lo que empuja a los amotinados a despedazar los cuerpos humanos en plena calle para luego devorarlos; los que se encarnizan así son las más de las veces comerciantes honorables, burgueses apacibles. Al acercarse cada desborde del Greeny veremos reproducirse hechos casi idénticos, signos ciertos de la fuga de un mundo fuera de sí mismo: multiplicación de escándalos, desordenes, crímenes –en fin, desbordamiento completo, suplicios, profanación de cadáveres, etc.–, hasta la llegada de un nuevo reencauzamiento. No son los “ofendidos” los que hacen justicia, sino, singularmente, personas que habían permanecido aparentemente indiferentes, que no habían sido “actores”, porque, en este tipo de asuntos, no existen ni convicciones ni campos, sólo el desborde.

“Estas tendencias omitidas por los moralistas a causa de su carácter supererogatorio, escribe Poe, motivos sin motivos, razones irracionales... Estamos al borde de un precipicio, nuestra razón nos dice que nos alejemos del peligro y, sin embargo, inexplicablemente, nos quedamos y nos acercamos, porque nuestro juicio nos ordena que nos alejemos”.

El miedo y la inseguridad que reinan actualmente en los Estados Unidos son producto de la capilaridad del sistema americano, fruto tanto de los desbordamientos individuales como de la corrupción secreta y de la concusión. Son objeto de investigaciones minuciosas de parte del poder, sin ninguna relación natural posible con el ascenso irresistible de la “improvisación criminal” en el país. Porque, en lo sucesivo, los *slums* y los ghettos degüellan, el miedo civil se extiende al conjunto de las metrópolis, incluso la huida hacia los suburbios se vuelve inútil.

Esta marea está sumergiendo a Norteamérica, y la sumergirá si ninguna estructura nueva viene a encauzarla. En la ausencia histórica de esta ciudad imposible de conocer va a perderse la potencia afectiva del esquema rector perimido (la institución),

y a medida que suba la marea de nuevos conceptos de desocialización, se refuerza y se justifica la necesidad del Estado-Ejército en cuanto sociedad ideal con sus *soluciones finales*.

Aunque después de Nietzsche se insistió mucho sobre la concentración de la violencia en el Estado, no se ha sondeado la utilización por parte del sistema de su corolario, el miedo civil, ni el carácter irracional de las campañas profilácticas (inquisición, delación, casa de brujas, etc.) que aceleran la carrera hacia su propio fin de las mayorías –espantadas por la sombra que las campañas proyectan frente sobre ellas– frente a su propia extremidad. “Son ustedes, dirá Manson a sus jueces, son ustedes los que engendran a sus hijos, son ustedes los que hicieron aquello en lo que se han convertido, y si toman estupefacientes es porque ustedes les dijeron que la droga es nociva, de otro modo no conocerían su utilización”.

Gracias a las grandes campañas de intoxicación llevadas a cabo por los Estados-nación (hemos visto en 1940, en el amanecer de la guerra total, poblaciones enteras huyendo al azar de las rutas de Europa, sin saber frente a qué exactamente), el miedo civil anteriormente orientado hacia el afuera y hacia otra parte, se dirige ahora hacia el interior, hacia el adentro.

En la televisión, en la prensa, la información propiamente dicha prácticamente ha desaparecido en beneficio de grandes campañas profilácticas, nacionales o internacionales; la higiene política se halla nuevamente mezclada con la higiene moral y social. La campaña antidrogas vino así a reemplazar la campaña antialcohólica (la Ley Seca) de la gran crisis del aislacionismo norteamericano.

Al convertirse en leyes las normas de la *sociedad sana*, legislativo y ejecutivo tienden a recubrirse en estados de excepción que ya casi son la proclamación, por parte del Estado, de un estado de sitio permanente de la sociedad. Aquí también la instauración totalitaria del nacionalsocialismo en Alemania nos ofrece numerosos ejemplos: la “Noche de los cuchillos largos” en la que la masacre será ordenada precisamente en nombre de la moralización “necesaria para la *defensa* del Estado”. Acusadas de concusión, las víctimas se muestran complacientemente, sorprendidas por una muerte justa en medio de escenas de homosexualidad, de borrachera, etc. Esta serie de asesinatos crapulosos, perpetrados en nombre de su moral, obtendrá la adhesión

de la burguesía alemana. Más adelante, cuando con la guerra el medio totalitario se haga realidad, veremos hasta dónde puede ir la reactualización de los temores morales, haciendo, por ejemplo, del niño anormal, del inadaptado social o del alienado, objetos de inquietud para el equilibrio económico de una nación reducida a la semipobreza por la guerra. El Estado decidirá eliminar el *fin* que representan, y no a ellos en tanto que personas, pues aquel que no está conforme representa siempre un fin más para las estructuras previsionales, otra proyección de ellas mismas (en este caso, la derrota del Estado militar nacional-socialista).

Aquí reside su crimen verdadero –en lo que en el Este llaman su *desviacionismo*– eso hace que la anormalidad quede directamente ligada con el crimen político, y que el opositor sea internado y “curado” en el asilo, porque la “revolución ya fue hecha”. En los casos extremos, la moralidad del Estado ya no será actuada más que por la “no-moralidad” que produce: el expulsado, el excedentario, el criminal, el contaminante; el intercambio violento e irracional que excede todas las intenciones es el engranaje represión-agresión-represión, tomado a nivel de una totalidad interior; es el no-retorno a un sentido inicial, a un sentido cualquiera, de otra parte.

Es bien evidente que la inserción obligatoria del cuerpo social en el medio único abre una brecha, con su fuga extraviada, en el frente de todos los signos, de todas las manifestaciones, de un sistema que ya no tiene sentido (“Esta vida de la que yo no entiendo nada”, declara también Manson en su juicio). Pues el hombre objetivo que desaparece (más de un millón de desapariciones temporarias o definitivas en los Estados Unidos cada año), es el hombre en tanto relevo central del “sentido”, el intercambio de buenos procedimientos que tiene lugar en la moral rural (el buen proceder que acarrea el bienestar en el medio ambiente comestible). En Fornari³⁰, por el contrario, la figura predatoria del colonizador adquiere su dimensión aberrante: la mala acción, después de haber aportado un bienestar provisorio, se consume, tras el asesinato sádico del “negro”, a través de la decadencia del colono en la tierra arruinada; es el intercambio de malos procedimientos.

De la misma manera en que el “negro” era “ladrón, violador, mentiroso, inepto”, etc., y no se lo toleraba más que cuando

respondía a las tres normas (vacunado, perfumado, encadenado), así el europeo, expuesto a la nueva colonización interior, se volverá como el negro (Baldwin) frente a fuerzas represivas que, según la expresión de R. Marcellin, “deben recibir una formación en función del *cambio de la moralidad de los ciudadanos*”.

Mientras, Ralph Nader, abogado de los consumidores, desembarca para proseguir su “cruzada” en nuestro continente. Aquel que apodaron el “incorruptible americano” y que Princeton honró con la *Woodrow Wilson Award* –porque él “nos permite esperar más seguridad”–, vino a demostrarnos que “nuestros problemas son los mismos que los del consumidor norteamericano”. Aquí radica precisamente la “apertura” elegida por el sistema para desbloquearse, al tiempo que remedia las improvisaciones de la sociedad en fuga. El “New Deal de Nader” va a volver a dar un sentido moral a nuestras existencias, atacando *nuestra legislación*.

En efecto, el sistema ya no es creíble en cuanto representación del progreso, de la innovación, de la abundancia. América ya no espera exportar los signos de la riqueza sino los de la supervivencia; sus autos tendrán menos cromos, menos almohadones, menos colores vivos, pero deberíamos, según Nader, morir un poco menos. Gracias a los “protectores del ciudadano”, al ombudsman, la “debacle fisiológica, después de haber sido el poderoso instrumento del provecho, se volverá su principal dimensión”.

De aquí en más el sistema también tendrá en Europa su moral específica, con sus brujas, sus inquisiciones, sus *pogroms* de un nuevo tipo, y se necesitaba un hombre tan irreproachable como Ralph Nader para revelárnosla, o, mejor aún, según su expresión, “predicárnosla”... El talco Morhange, en el momento de su venida mesiánica sobre nuestro continente, no habrá sido para nuestros niños más que una nueva “masacre de los inocentes”. Pero, más allá, el mundo del ombudsman se inscribe exactamente en la perspectiva de la “paz total”, de la carrera hacia el fin: *moralizándola, moraliza la debacle fisiológica*, la instalación en “el frío de este otro mundo”; su tierra prometida es aquella del déficit, del desecho, y hacia ella nos precipitamos.

La situación creada hace treinta años sobre la escena internacional por los Estados Unidos, al asociar consumo y asisten-

cia ³¹, desemboca en su inversión absoluta, en el relanzamiento "por el absurdo" de toda la política del objeto. Así, el presidente Nixon tiene muchas preocupaciones, por una parte, con el *Pentagon Capitalism* ³², por la otra, con la corrupción de su administración, pues la Constitución americana hace de su persona el gestor de dos movimientos todavía antagónicos en el seno del Estado, uno hacia la muerte, y el otro, a través de la noción de servicio público, hacia la vida. Que el presidente haya elegido, en el inicio de su nuevo mandato, volver a cuestionar el programa social lanzado por Johnson, que la sociedad americana sea llevada, hoy día, a ver en la gestión de la muerte una fuente incomparable de ingresos y de estabilidad, que se desinterese del funcionamiento de la institución, son los signos alarmantes de la interiorización del proyecto suicida, de la inscripción en cada uno de sus miembros-operarios de la gran servidumbre del crimen ³³.

El porvenir social proyectado por este sistema es probablemente la vida llevada por Manson y su familia, tal como nos la muestra Laurence Merrick en un documental presentado en París.

Manson vivía en un viejo decorado de Western, en los confines del Valle de la Muerte, su comunidad anómica buscaba su subsistencia en los basureros de un supermercado del barrio. Era la época de los grandes motines americanos, de los *Black Panthers*. Por entonces parecía que podía desencadenarse la guerra civil racial. Manson cree en la "gran revolución", toma partido por los negros, preconiza el ataque a las ciudades con *buggys* equipados de ametralladoras pesadas... Pero, como para Baader y su banda, la revolución no llega. Entonces ¿por qué Manson, que declara haber sido el espectador atento de catorce mil crímenes en la televisión, no cruzaría solo las murallas crepusculares de esta sociedad fantasma en la que tantos muertos y atrocidades, tantas ruinas reales o simuladas, no son más que las imágenes caleidoscópicas de una muerte más general, la muerte del mundo en que él vive?

Lo esencial, para él, es salvar su realidad. Detenido casi permanentemente, habitante de las prisiones y de los penitenciaros -como los hombres de "Septiembre Negro" poco después en Munich- cumplirá su "espectacular". Aquellos que quiere

asesinar son los que todavía gozan de la paz y del confort, porque son los *mass-media* de esta sociedad criminal. Después de los Polanski, tenía en su lista a Sinatra (planeaba enviar los pedazos a sus admiradoras), Liz Taylor y muchos otros. Actuando de esta manera, ¿habrá hecho algo muy diferente de lo que hace a diario la sociedad de consumo con sus películas, sus discos, etc.? Entonces, resulta inverosímil que esta sociedad lo condene, y eso les explicará largamente a sus jueces después de haber recusado a su abogado.

Lo que llama la atención en Manson y su familia no es la atrocidad de sus crímenes, sino que el crimen se haya vuelto para ellos un segundo estado de naturaleza. Del mismo modo en que la "elección espontánea al voleo" de los anarquistas del siglo XIX fue normalizada por el tenedor libre y el latrocinio en los supermercados, Manson sólo pretende tomar la delantera del orden establecido, no ir en su contra. Sus crímenes no son más que una comprensión demasiado precoz de este orden.

Su utopía criminal y los últimos asesinatos cometidos, en 1969 por su familia alcanzan en el horror las premoniciones de los hacedores de prospectos de los años sesenta, tal como las de los años veinte se habían realizado en la guerra total. El teatro es más difuso, revela una nueva situación social o, mejor aún, infrasocial -la guerra civil total-, es decir, toda la problemática de este fin de siglo.

“Existe algo llamado derecho civil, insistió M. Owen.

—No cuando el gobierno proclama el estado de sitio...”

Jack London

El proyecto de no retorno nuclear extiende al conjunto planetario la “moralidad del fin”. El tiempo y el espacio de los que trata este proyecto son muy concretos: el Estado suicida es un Estado construido, su finalidad no tiene mayor relación con un espacio económico que con un espacio político, social, cultural, etc.. De hecho, su principio consiste en contenerlos a todos en uno solo, él y sólo él.

En *Guerra absoluta y guerra real*, Clausewitz ya apuntaba: “Gracias a la planificación de la guerra, el acto de guerra en su totalidad deviene *una operación única, con un único objetivo final definitivo* en el que todos los objetivos particulares se habrán fundido”. El general pretende que la filosofía de la guerra, so pena de absurdidad, no debe conocer *principios moderadores*, “el uso de la violencia integral no excluye de ninguna manera la cooperación de la inteligencia; aquel que hace uso de violencia sin piedad, sin retroceder frente a ningún derramamiento de sangre, forzosamente sacará ventaja en relación a un adversario que dude en actuar del mismo modo, y así le impondrá su ley”. De manera que, para Clausewitz, estos principios moderadores que reprimen y ponen trabas a la realización de un *absoluto de la guerra*, residen en el Estado mismo y, más precisamente, en su situación social. El Estado político tradicional constituye un medio no conductor para la guerra; en su seno reinan “la confusión, la unilateralidad, los rodeos infinitos, mientras que el buen comportamiento estratégico implicaría la simple trama de una o dos inferencias”; pensamientos cargados

de consecuencias, que Clausewitz no tendrá tiempo de llevar a término porque *Vom Kriege* es una gran obra inconclusa, interrumpida por la muerte. Cuando, hacia 1816, escribe al margen la célebre nota: "Hay que subrayarlo expresamente, la guerra no es otra cosa que la continuación de la política de Estado por otros medios", sin duda piensa todavía en una guerra que —no siendo más que un sistema— no puede constituir lógicamente otra cosa que el epifenómeno de un Estado político encargado de darle una significación. A la vez, a lo largo de toda su obra, se esboza ya la idea de la gran inversión del siglo xx: la inversión de los últimos principios de la moderación social por parte de la conducta estratégica, *lo que en el Estado no es guerra, no constituye razón de Estado*.

Ciento cincuenta años después de Clausewitz, el norteamericano Kissinger puede afirmar que lo que separa la "política" de su país de la de sus socios europeos es menos una divergencia de intereses que la sofisticación de los estudios militares técnicos en los Estados Unidos. La aceleración y la simplificación de las inferencias estratégicas se ha vuelto tal que la simple consulta a cualquier socio derrumba la fiabilidad de la trama.

Contrariando la convicción de Clausewitz, el esfuerzo estratégico mutuo y sin significado de los estados europeos fue suficiente como para convertirse en el resorte de la evolución y, luego, de las revoluciones del Viejo Continente y del mundo. La violencia moral interior —las leyes, el derecho—, y la violencia exterior —la guerra—, se conjugaron en el ESTADO; la guerra real fue siempre el factor activo de la transformación, a los esfuerzos militares externos les correspondió rápidamente la institucionalización de una situación estratégica interior, a la guerra le respondió la endocolonización.

Si hoy en día se habla a menudo del "complejo militar-industrial", éste es designado en su realización estadística como relativamente alejado, y la actualidad nuclear queda atrincherada en la última página, en la última línea de la prensa reputada de seria, en la crónica de "Noticias Breves", a tal punto que nuestra existencia se ha vuelto similar a la de los soldados de Kinglake:

"En la medida en que el campo de batalla se pre-

sentaba a simple vista, no había ni conjunto, ni largo, ni ancho, ni profundidad, ni dimensión, ni forma, y no estaba compuesto de nada... En estas condiciones, cada grupo de soldados continuaba librando su propia pequeña batalla en una feliz y propicia ignorancia de la situación general en que se encontraba la acción; qué digo, muy a menudo, incluso, en la ignorancia del hecho de que una gran batalla estaba arreciando."

De allí en adelante, este *campo artificial* constituye un estado de hecho en el que vivimos de buen grado o a la fuerza. La megalópolis —modelo americano— es su realización significativa: ella tampoco tiene ya, a simple vista, ni sentido, ni conjunto, ni profundidad; en sus desfiladeros verticales y estrechos el campo de visión de los habitantes está limitado, el *smog* neutraliza sus últimos horizontes, mientras cada uno libra combates locales de proximidad; el sentido del conjunto y de su destino escapa a sus propios ocupantes. El fin de las ciudades —fijado desde hace tiempo por el plan nuclear (la política de lo que está en juego)— ya se halla inscripto en su presente; como se dijo de Nueva York: *estas ciudades se destruyen a sí mismas*. Es bien sabido que la simple gestión municipal se ha vuelto un problema insoluble, pero entre tanto, nos interrogamos sobre el aspecto que podrá tener la existencia cuando, en un futuro cercano, se realicen las grandes vías de comunicación urbana con las megalópolis vecinas, especialmente bajo los auspicios de organizaciones militares como la OTAN: Chicago y Pittsburg se volverán *Chipitts*, Boston y Washington, *Boswash*, etcétera.

Resultan significativos los temas y las soluciones propuestas por la OTAN y por su Comité Sobre los Desafíos de la Sociedad Moderna, para que los expertos reflexionen sobre ello en la conferencia que se reunió en el otoño de 1973, y en particular el proyecto piloto para "la planificación universal de la circulación de personas y mercaderías". En este tipo de estudios ya no se trata de las visiones un tanto lejanas de la planificación económica —tipo las de la conferencia de la Haya—; estas nociones —si es que aún siguen siendo el móvil invocado y, provisoriamente, también el medio— no definen el acontecimiento: la puesta en cuestión, en un relativo largo plazo, de todo movimiento huma-

no sobre el planeta por parte de la trama estratégica global del nuevo conjunto militar industrial.

La gran fuerza ascendente no era la del Estado capitalista, socialista o industrial, sino la del Estado militar. El África tercermundista no se halla retrasada con respecto a Europa, sino adelantada: el ejército ya gobierna en casi todas partes. La sociedad postindustrial es la sociedad militar. Sin embargo nadie interroga al Estado-ejército.

En Europa occidental, cuando nos remontamos a los orígenes, descubrimos un mundo rural primordial, una ausencia casi total de poder marítimo y comercial, el abandono de las grandes estructuras del Estado (derecho romano, vías continentales, concentraciones urbanas, etc.), y también elites y una administración, ambas ocupadas en *sobreponerse* (*chevaucher*).

Estas elites en movimiento, este sujeto que principalmente está ocupado en moverse, disponiendo tan sólo de sí mismo y de sus propios medios, utiliza el campo para circular, sustraerse, camuflarse, pero *no para defenderse*. Este sujeto no tiene más que sus dimensiones, su espacio y su tiempo se sumergen en su propia duración, e incluso el bien espiritual queda contenido en este espacio súbito en el que todo debe ser inmediato, todo debe ser próximo. Este atajo extremo entre voluntad y movimiento llevará un nombre en el ámbito de la literatura: los *cantares de gesta*, literalmente, cantares de las cosas hechas.

Esta cultura del presente y de lo súbito desaparece al mismo tiempo que el sujeto comienza a erigirse territorialmente. En el seminomadismo, la voluntad se ejercía en vistas a un punto fijo (estación, señal, ojo de agua, etc.), pero el campo recorrido era ilimitado; el peligro residía precisamente en su limitación: todo debe contener todo de inmediato³⁴. Con la erección estratégica, la fortificación reaparece bajo su definición primera de obstáculo continuo³⁵. De allí en adelante, el campo se encontrará limitado, pero no será recorrido, sino dominado y percibido. La voluntad se ejerce en sentido inverso, hacia el movimiento, y tiende a rechazar los límites impuestos al campo por el obstáculo de la estructura construida. La actitud de las elites resulta inmediatamente característica de esta nueva posición del sujeto en el espacio. Tal sujeto retoma por su cuenta el viejo ostracismo, se quiere exiliado, deviene un *falso nómada*. Es la ruptura

y después la búsqueda, la larga paciencia, sobre todo la invención de un comportamiento referido a la separación –muy real– de lo inmediato, de lo súbito.

La anomalía occidental se produce en la práctica, a la vez Estado construido continuo y discurso (*discursus*)³⁶. De hecho, el *discursus* –privilegio del desposeído (hermano menor, agente secreto, mensajero, artista, amante, monje, caballero y después mercenario)– constituye algo así como la erección estratégica del primogénito (aquel que posee), una desaparición en un tiempo y un espacio ambiguos, de modo tal que los primeros son proyectados y contruidos, los otros, a la fuerza, simplemente proyectados. Así, el sujeto deviene realmente hombre objetivo, voluntariamente independiente del mundo que percibe, sin comunicarse con él más que sirviéndose como medio de la multiplicación de las leyes que inventa.

De esta manera, el legalismo invade todos los dominios (piénsese en el derecho romano, al que se le devuelven sus investiduras en el siglo xvi). El distanciamiento entre lo temporal y lo espiritual es reconocido en el siglo xi por la reforma gregoriana, porque la eternidad (lo continuo) ha desaparecido efectivamente, al mismo tiempo que el *campo abierto* del espacio inmediato. De allí en más, al quedar el fondo limitado, la eternidad se convierte en una perspectiva dentro de la cual nos conducimos siguiendo las técnicas de la religión, y es el *fin* (la muerte) quien reemplaza la *duración* en el campo inmediato. La muerte está en el ambiente, alrededor, al lado, entre los príncipes, los caballeros, los amantes, los paisanos; el fondo se identifica con la muerte, fuerza disipativa, agresiva, irracional, que rechaza la sociedad occidental hacia estructuras protectoras... hacia la estructura construida que constituye el instrumento de la separación. Porque la separación es una operación técnica: obstáculo continuo en el espacio, la fortificación queda permanentemente amurallada en el tiempo.

Aquí se trata de la puesta en funcionamiento del principio de incremento de la resistencia de las *posiciones adquiridas* frente al aumento de la agresión y de sus fuerzas destructoras: ataque y defensa, dos conceptos, cada uno implicado fundamentalmente por el otro. Pero ya es tiempo de sacar la conclusión de “aquello que hace de la defensa *la forma más recia de combatir*”: quitar al concepto de defensa esta idea de *no-agresión* con la que gene-

ralmente se lo relaciona, ver cómo la construcción de toda protección resulta, en sí misma, un acto de violencia social³⁷.

Desde los orígenes, el aporte mecánico resulta determinante: la transformación técnica de la máquina (de asalto) constituye el factor principal de la transformación de la estructura construida, de su evolución esquemática; pero esta transformación no involucra un factor de *cambio*: es literalmente una *conservación* de naturaleza tautológica (en Babilonia, para una primera muralla de noventa kilómetros, los muros alcanzaban veintiséis metros de espesor y cuarenta y seis metros de alto, mientras que en Occidente, a causa de la ausencia de máquinas de choque o de escalar sólo tendrán dos o tres metros de ancho por seis u ocho metros de alto). Este doble factor de progreso tautológico de la protección se perpetúa bajo la amenaza; obstáculo permanente, la fortificación es un mismo cuerpo que cada día debe modificarse en secreto, ya que en cuanto queda perimido –porque no aumenta su resistencia– esta no-progresión le es inmediatamente fatal y desaparece.

Su permanencia estructural ha llegado a ser la permanencia de una perpetua modificación; la prueba por el absurdo de su existencia es que ya no existe más que en relación con su eventual no-existencia. Tiende entonces hacia la práctica puramente especulativa, hacia el ludismo (ver a H. Kahn y el “juego atómico en 44 casillas”). Lleva tan lejos esta tendencia que supera constantemente sus aspectos logísticos verosímiles para alcanzar lo fantástico, e incluso la simple locura (las fortificaciones subterráneas en Francia, en siglo XIX por ejemplo).

Poner energías fuera del tiempo y del espacio humano, tal es el principio de este arte: el *lugar*, detentor de privilegios fuera de lo natural, lugar de ubicuidad, de preservación y de conservación, salva a unos pocos, a aquellos que son admitidos (los elegidos). Los privilegios permanentes del lugar³⁸ crean e inician la elite, descalificando al conjunto porque, inversamente, la estructura de la muralla crea para la masa (de los excluidos) lo incomprensible, lo mortal y lo inhabitable; aquellos que, por desgracia, se aventuran en el espacio inventado y detentado por la elite, encontrarán tanta dificultad para avanzar como para retroceder. Porque lo que diferencia, a pesar de su aparente semejanza, a la fortaleza del Medievo europeo de la fortaleza antigua, es que la primera *permite prolongar indefinidamente el*

combate, el juego militar, gracias a la organización misma de sus espacios interiores: con sus agujeros, sus chicanas, sus escaleras, sus desniveles... resulta, siguiendo la fórmula del general de Villemois, “una suerte de caja de sorpresas”. Esta noción perversa de la concepción del campo (campo de estratagemas) va a prevalecer a partir del Renacimiento y va a empujar a la elite a abandonar las estructuras pesadas en las que se había refugiado en un primer momento. Por ese entonces, los *Maestros* de la cultura occidental se encuentran estrechamente asociados con la instalación de este universo nuevo y puramente especulativo. Para Alberti, las artes están íntimamente ligadas con la *concepción racional de lo estatal*, con su organización y con su defensa; para Vinci, no son representación sino proyecto, y la pintura debe estar fundamentada por los principios de la geometría, por la medida del espacio...

El límite de la muralla –que al cerrar el espacio crea un campo artificial– la abre al juego de la previsión, hace pues de este campo una *escena* (Vauban) donde la coacción puede ser funcionalizada no solo en el plano físico (herida, cansancio, imposibilidad vertical, muerte, etc.), sino también sobre el plano psicológico (terror, pánico, extravío, descorazonamiento, sumisión, etc.), mientras que la trama que reúne a ambos resulta impuesta por la organización misma de los terrenos circunscritos y destinados a ser recorridos. Vauban, después de Machiavelo, preconizará esta desagregación de la personalidad del adversario a través de la construcción del campo como medio de *impedir la carnicería*.

Así, las prótesis de la comprensión invaden el espacio imprudentemente vaciado entre el sujeto y el mundo percibido, la movida reemplaza al movimiento, la voluntad, después del movimiento, es alienada a la movida.

Si la estructura de la muralla y de sus aledaños tienden hacia la masa de los excluidos –un universo topológico nuevo en el que los recorridos se desarrollan en tiempos relativos imperiosamente calculados por la elite–, esta colonización local del espacio y del tiempo humanos no tarda –de hecho, por su dinámica misma– en afectar el conjunto de las organizaciones civiles de Europa.

Es que el poder producido de este modo por las estructuras construidas ha cambiado hasta llegar a no tener relación con

los dones y las fuerzas humanas ordinarias, con la simple longevidad; el nacimiento del Estado es precisamente su instalación en cuanto ente, es decir, la construcción de la artificialidad de su campo en el seno del campo de la socialidad. Es el Estado quien, desde el origen, crea y opone artificialidad y naturalidad social, y ésta es la razón por la cual el Estado es siempre la corte, la ciudad (la *Urstaat*). Es por ello que es ahistórico y legalista (apropiarse del Estado en nombre de la historia es caer en el ente, fuera de la historia).

Montaigne ya nos muestra a la perfección esas "leyes" del Estado bajo su doble aspecto, primero irracional: "Mar flotante de las opiniones de un pueblo o de un príncipe... presa de una perpetua agitación... dictadas por los usos que acogen indiferentemente cualquier cosa". Acto seguido, describe la sumisión que éstas le inspiran por el *miedo esencial de perder la libertad de ir y venir, de moverse*.

Está la disposición legislativa (el *discursus*), dictada por el juego de los acontecimientos y por su situación geográfica —guerras internas, colonización, mercantilismo, ruina de las otras culturas que ella observa— y su más allá permanente y bien concreto, universo construido por el obstáculo, los altos muros, las celdas, las rejas, las cadenas, las jaulas, las mazmorras, condiciones vastas y durables, ligadas con los fundamentos mismos del Estado y no con sus miradas efímeras.

Directa o indirectamente, las leyes se oponen siempre a la libertad de movimiento, oponen la movida al movimiento de las personas. La movida es la esencia construida del poder sobre el otro; su última consecuencia es lo inmóvil, la muerte infligida. El ascenso del Estado occidental no es otra cosa que la expansión de su ente en contra de todo existente, la producción y la reproducción de su campo de estrategias, campo artificial creado entre los polos opuestos del movimiento y la movida, y que hoy día ya no son sólo los de un ejército, una policía, una administración, sino los del conjunto planetario. Así cesa el *discursus* occidental; a la pseudo-civilización de las comunicaciones y del movimiento le ha sucedido, en veinte años, el universo petrificado de las mayorías silenciosas. Incluso el turismo es repatriado gracias a tiempos y a espacios trucados: Disneyworld sucede a Disneyland, el pequeño país de los niños se convierte

en el universo infantil de los adultos (empresa técnicamente perfecta y citada como ejemplo por la OTAN); el campo de las estrategias siempre es creado por la muralla, el espacio de evasión³⁹ es en realidad espacio de captura en que el juego enseña un comportamiento.

En 1968, las grandes fiestas de Pekín eran verdaderos Mao-world que se terminaban irremediamente cuando el ejército amontonaba a los turistas-guardias rojos en sus trenes o sus camiones y éstos desaparecían, iban a diluirse en el "fondo" de la campiña china. Por su parte, la izquierda japonesa nunca sale al combate revolucionario sin sus cámaras y sus grabadores, únicas e irrisorias formas de fijar en algún lado las acciones y las batallas en los lugares en los que ya no puede pretender tomar posición, en los que ya no puede aparecer más que de un modo fantasmático.

En los Estados Unidos, las ordenanzas municipales se multiplican: ley contra la vagancia (Cincinnati), interdicción de reunirse en las plazas (Plainfield), prohibición de sentarse sobre las veredas (Boulder), etc. El paseante es brutalmente puesto contra la pared y registrado por el policía norteamericano en nombre de la seguridad urbana, el automovilista debe andar cada vez más despacio, por miedo a ser detenido; las causas de detención se multiplican cada mes y, en poco tiempo, cada día: el universo cotidiano y *normal* de las estructuras viales occidentales alcanza —a través de sus trampas, de sus controles, de sus radares, de su espionaje— el universo *anormal* de la antigua dictadura estalinista, sus permanentes espacios de apremios: la gran radial de Berlín, la periferia moscovita o, en Sudáfrica, el espacio del apartheid (control de las poblaciones negras cada diez kilómetros, de los transportes, de los bancos públicos, etcétera).

Sin embargo, si la disposición legislativa (el *discursus*) aún se transgrede, es porque —en relación con el primer caso, en los Estados Unidos— el campo construido de apremios continúa acrecentándose en tanto resistencia de las estructuras frente a la tecnicidad: como la muralla protectora, la estructura vial se desarrolla en función de la agresión del auto-máquina, al tiempo que le sugiere la noción de ataque, de velocidad excesiva. La imbricación de dos conceptos opuestos desemboca en la escena seleccionada en el transcurso del progreso de la carnicería, nor-

malizada a través de la noción de juego (estaciones de servicio adornadas, radios periféricas, educación de los jóvenes, concursos organizados por los diversos cuerpos de represión, etcétera).

"Obedecer las leyes, eso no está claro", decía Saint-Just; si la muralla necesaria para la creación del campo social artificial es material, el contenido de este campo de apremios es psicológico. Las dimensiones alcanzadas por estas totalidades interiores suficientes explican las guerras nacionalistas en Europa desde finales del siglo XVIII hasta el siglo XX. Esto, en primer lugar, gracias a la extensión de la noción de *muro-frontera*, es decir de muralla nacional (véase el tratado de Brialmont, *Defensa general de los Estados*), después, de muralla continental (la "Fortaleza de Europa" del III Reich), y finalmente a escala planetaria, con el *statu quo* y sus nuevos problemas, tales como el de la difusión de los programas de monovisión, que destruirían radicalmente las *murallas psicológicas* de los grandes bloques continentales (nótese al respecto la tímida actitud de los soviéticos, signo de la decadencia brutal de las ideologías frente al carácter planetario de la nueva realización estratégica norteamericana).

Pero, más cercano aún, tenemos el ejemplo del gaullismo⁴⁰. Por un lado, la instauración en el seno de Europa de la muralla reducida y protectora: el hexágono⁴¹. Y luego el hervidero de leyes surgido gracias a la normalización de los estados de excepción. Finalmente, la invención del comportamiento para "el noventa y tres por ciento compelido a obedecer bajo una influencia determinada", quedando la oposición comprendida en esta categoría sanitaria gracias al apremio general que impone el campo.

De Gaulle representó un fenómeno de pura y simple sujeción dentro del arsenal psicológico de la movida; al igual que "quien se quema con leche ve una vaca y llora", al ver aparecer en la pantalla del televisor al hombre del 18 de junio⁴², Francia consintió. De Gaulle, viejo jefe militar emergido de todas las capitulaciones, de todos los desastres, era perfectamente consciente de su tipo de poder, y contaba con el negro telón de fondo de la crisis inminente y del atentado para recrear una cohesión nacional, un aislamiento nacional.

El Mayo del '68 no se puede comprender sin esta referencia a una muralla artificial, creada diez años antes por el Estado

gaullista. La técnica de la paz total privilegia las estructuras y devalúa el fondo; Mayo fue un fenómeno de disipación fuera de las estructuras y también una dispersión general hacia y en el fondo... ¿ruptura o *demencia precoz* como la primavera? Existe, por lo tanto, un espacio propio de los acontecimientos de mayo del '68. Si bien este espacio nunca fue definido con precisión, no por ello dejaba de poseer sus hitos; no se designaba como imaginario, sino en tanto espacio crítico.

Las causas del "movimiento" y sus perspectivas políticas fueron muy comentadas, pero nunca se consideró suficientemente el acto en sí mismo: la manifestación, la barricada y, sobre todo, la ocupación de edificios. Una vez más se ha querido abstraer el acontecimiento de su localización, de sus medios y de sus materiales. El inventario de las depredaciones, comunicado por la prefectura de policía, resulta sin embargo mucho más revelador que cualquier análisis; la pala mecánica que remueve las ruinas, los camiones volcadores que cargan los escombros al día siguiente de los enfrentamientos, removían un tesoro significativo, que el numeroso público asistente a estas escenas podía adivinar.

Al contrario de lo que el poder intentaba probar, la violencia nunca fue realmente agresiva, sino más bien transgresiva. A través de la concreción de su crítica, una realidad estatal se ahogó; por una vez, el medio ambiente detentó la crítica, excediendo el uso de los lugares (facultades, teatros, iglesias, fábricas, administraciones, etc.). Si, durante unos quince días, la credibilidad del Estado se mostró en su fragilidad, simultáneamente, la estructura urbana se volvió diáfana, la ciudad, irreal.

En los medios sociales estrechamente sometidos al sistema -y que se esclerosaban lentamente-, la dinámica de la transgresión jugó un rol capital; las masas, mayoritariamente hostiles a la violencia -pero que se habían vuelto ávidas de cambios debido a las operaciones de prensa de los medios masivos de comunicación-, se hallaban irremediabilmente seducidas por lo que percibían como la pacífica obsolescencia de las formas del poder.

El espacio crítico sería entonces para el sistema urbano lo que la protesta para el sistema político, y si, con toda justicia, se ha hablado de "liberación de la palabra", también debe revelarse esta *liberación del habitar*.

Lo que estaba latente en el fenómeno de los *squatters*⁴³ —o en el asalto de las ciudades por parte de las poblaciones autóctonas cuando el proceso de la descolonización—, se desarrolló primero en el centro de una gran capital europea, y luego en la totalidad de un territorio. *El habitar* se ha vuelto un acto ofensivo y revolucionario, se transgredió la función de los edificios, se *habitó lo inhabitual*. El espacio dilatado del movimiento revolucionario ha vuelto repentinamente transparente las fachadas-fronteras, los tabicamientos segregadores. A este nivel debían leerse los graffitis, a menudo más reveladores por su emplazamiento que por su contenido: los anarquistas elegían generalmente las puertas, los marxistas las paredes, los situacionistas los espejos o las imágenes (afiches, pinturas, etcétera).

La barricada misma no era una obstrucción realmente defensiva, sino una construcción que apuntaba a delimitar un nuevo territorio: al consumarse la dinámica de la manifestación, la masa desmovilizada, abandonada, limita su aire; es el resurgimiento de una ciudad en la ciudad. El esquema urbano es parasitado por un esquema contradictorio (al fin y al cabo las avenidas que circunvalan la Plaza Edmond-Rostand fueron habitadas).

De manera diferente y al mismo tiempo, eso era también lo que intentaba realizar el movimiento no violento en los Estados Unidos, con *Resurrection City*: no sólo duplicar la actividad política mediante un poder paralelo (*Black Power*), sino abrir espacios críticos en el tejido de las ciudades norteamericanas.

Al nivel de la elección de los materiales utilizados por los manifestantes, también existe crítica espontánea, lo que está en la mira es el arsenal de la movida. La destrucción de los autos, los carteles indicadores y las señales de tránsito, no sólo se debe a su vulnerabilidad. También revela una sorda oposición a la permanencia de los controles policíacos, a la limitación abusiva de la libertad de desplazamiento (cadenas impidiendo cruzar de vereda a vereda a lo largo de los corredores de tránsito prioritario, rejas, etcétera).

De hecho, en todas partes fue puesta en tela de juicio la definición espacial de un cierto urbanismo, sus espacios plenos y sus baldíos fueron colmados por la reconquista de la calle, en detrimento de la fluidez del tránsito, por la utilización de edifi-

cios decretados inhabitables en nombre del funcionalismo estatal; basta con haber vivido uno de estos excesos de función para entender hasta qué punto el hábitat contemporáneo esterilizó las relaciones del hombre con su medio, del individuo con el colectivo.

En mayo del '68 cada uno de los edificios ocupados ocultaba una vida particular, que provenía menos del carácter de sus ocupantes que de sus conflictos con un espacio devenido otra vez aleatorio. El anexo Censier no se parecía en nada a la Facultad de Medicina o a la "Ecole des Beaux-Arts"; en cuanto al Odéon, parte de su temperamento se debía a la utilización ininterrumpida de sus volúmenes organizados en derredor de un pozo central. Dormir en un anfiteatro (Sorbona), desayunar en un palco (Odéon), instalar cocinas en una oficina de dirección, una guardería en una biblioteca, una sala de juegos en una línea de montaje (fábricas Renault), sentarse en el medio de las avenidas, sobre los rieles, etc. Todos estos actos tienen un sentido premonitorio: con la superación del uso estricto de los lugares, tales actos sumergen los límites del derecho y anuncian la desaparición de un modo de vida. Con la ocupación de sus estaciones de ferrocarril, sus aeropuertos, sus grandes tiendas, sus liceos y sus empresas, Francia se ocupó a sí misma, y desafió su arresto domiciliario⁴⁴.

El asombroso fenómeno que vació súbitamente las calles y llenó los monumentos, hizo estallar los compartimentos estancos de nuestra sociedad. Reveló la alienación disimulada en los hábitos cotidianos más ordinarios. Al olvidar por un tiempo las interdicciones —habitando lo inhabitable—, la población cometió un primer adulterio con respecto a la apropiación espacial que la aísla y la secuestra.

Todo esto explica la violenta campaña de prensa sobre el "vandalismo del hampa", explica por qué el poder apareció blandiendo la ideología sanitaria, metamorfoseándose en comité de salvación pública: porque las masas durmieron fuera de casa, porque acaban de inventar el anti-fin-de-semana.

La sociedad industrial —responsable del éxodo hacia los suburbios, de la degradación de los paisajes naturales y del espacio agrario—, no parecía apreciar mucho el éxodo hormiga hacia las entrañas de las ciudades, debido a la apertura de sitios *culturales* inéditos o al camping en el interior del espacio urbano. La

persistencia de este estado de hecho arruinaba de antemano el margen de maniobras del Estado, se necesitaba relanzar urgentemente el escape de las masas hacia el exterior, frenar su huida introvertida, y por eso reapareció la nafta el fin de semana de Pascuas y se procedió a la evacuación forzada de los principales edificios tomados antes de las elecciones.

Aunque todavía disimulada por las interpretaciones políticas clásicas, e incluso académicas, la guerra de los espacios críticos comenzaba.

Tomemos el ejemplo de Caen: el 29 de mayo de 1968, la ciudad, al obstruir sus accesos terrestres, se aísla. Esta vez no se trata tan sólo de la autonomía de un edificio, sino de la autonomía de una ciudad entera, el espacio crítico se ha vuelto a dilatar. ¿Estado de sitio? No, el cierre de la ciudad de Caen por sus habitantes no es un acto regresivo –en la misma medida en que no lo era la barricada parisina– sino, una vez más, transgresivo; se trata de parasitar la inscripción de la ciudad en la estructura nacional y, de este modo, crear un nuevo tipo de contacto con su medio ambiente rural.

Favorecida por la desaceleración de la dinámica urbana que sigue a la huelga general, se produce un poco en todas partes de Francia un sorprendente proceso de interpenetración de las dos poblaciones. A través del abastecimiento espontáneo, de las manifestaciones campesinas en el interior de las ciudades (en Nantes, los obreros agrícolas tapizan las calles de paja y heno, en otras aglomeraciones los rebaños acompañan a los manifestantes, etc.), se bosqueja una nueva experimentación social, revelando la amplitud de las prolongaciones del movimiento de Mayo.

De Gaulle, después de veinte años de sujeción, veía alterarse el carácter mágico de sus apariciones televisadas. Se encontraba otra vez sin poder, frente a sus sujetos indisciplinados, temiendo de manera cuasi medieval que ellos tomaran venganza en contra de su persona: la visita secreta a Massu lo tranquilizaría, el miedo civil podía, llegado el caso, ser administrado a través de métodos más directos, el verdugo de Argel podía convertirse en el de París; la verdadera estructura del Estado militar estaba lista para mostrarse –ya estaba decidida después de la toma del Odéon⁴⁵–, porque esta vez el “movimiento” se había apoderado de un lugar por fuera de las murallas atribuidas con

criterio funcional. La subversión comenzaba realmente allí, y se ejercía no sólo en contra de la institución (política, social, etc.), sino también en la práctica, a través de otro modo de apropiación del espacio y del tiempo.

La independencia reclamada por una región o por una isla en el interior de una nación (Bretaña, Isle de Beauté, Flandres, País Vasco, Irlanda, etc.) y en mayor escala, la emancipación anhelada por los países satélites de Europa central (como el rechazo de Noruega a entrar en el Mercado Común), todo esto finalmente no es más que una misma manifestación, no la del retorno a un arcaísmo regional, tribal, nacional –negación de comunidades más grandes–, sino la de la crítica absoluta de un conjunto, de una totalidad. “Esta pujanza de la protesta que difiere de su objeto, y que no comprendo”, declaraba Malraux en junio de 1968.

Si se observa el flotamiento de las leyes, se percibe que, contrariamente a las apariencias inmediatas, ellas no perpetúan las instituciones políticas que promueven su adopción, sino que las disuelven. Así, la monarquía devenida constitucional, sucumbió; enseguida uno se acuerda de las palabras de Thiers: “El monarca reina pero no gobierna”. Las instituciones democráticas actuales no sobrevivirán la puesta a punto de la muralla totalitaria mundial mejor que la vieja monarquía el afianzamiento de la muralla nacional. Las instituciones democráticas terminales ya son como la monarquía constitucional: *impiden que el trono quede vacío*.

Los actores de cine y de music-hall pueden participar en gran número de la campaña electoral norteamericana, pueden poblar y *personalizar* la *escena* política tal como en el momento del New Deal habían contribuido a normalizar una nueva escena social. La muralla lúdica se vuelve a cerrar, la administración del temor sigue repartiendo las libertades a borbotones, las libertades intangibles que le reclama “su” oposición, libertades sin dimensiones⁴⁶. “Elegir la libertad”, fue hace veinte años, atravesar un tamiz ubicado entre el Este y el Oeste, o viceversa. Con el montaje del *statu quo* mundial, elegir la libertad es, en adelante, franquear un tamiz hacia ninguna parte.

Cuando los pobres o los desempleados (según los grupos ideológicos) no pueden acceder a los rascacielos de Brasilia o de

Varsovia, no se hallan en una situación muy distinta que la de centenares de desafortunados campesinos muriendo de hambre y frío en los patios del castillo de Andelys –durante el sitio, unos siglos antes– ya que alrededor de ellos las salidas han sido cerradas, el espacio se hizo inhabitable, impracticable, y las partes altas de la fortaleza les son prohibidas con los mismos títulos que su antiguo “medio ambiente natural”; están en la trama de la red, padecen las leyes de una geometría.

La relación entre agresividad y protección no es consecuencia de una sociedad de provecho y de competencia, la hacen los Estados, que a través de sus estructuras construidas transfieren la relación agresor-agredido al seno mismo de su organización –llevándolas así a padecer desde el interior– gracias a esta reconstrucción indecible del espacio social que califica a sus habitantes, una presión permanente, que da vuelta a la socialidad como a un guante.

Un amigo me criticaba recientemente el empleo en un texto de la palabra “ciudadano”, diciéndome: “Vos no hablás de proletariado”, etc. Le respondí que lo que me interesaba no era esta problemática de clase, sino la tangibilidad de las leyes y de sus estatutos, que es lo que califica al ciudadano, es decir, al *habitante* de la ciudad. En el caso de las ricas clases medias indias –expulsadas por los gobiernos militares africanos y expulsadas otra vez por Gran Bretaña–, la problemática de clase se difuminaba detrás de la no-tangibilidad de los derechos, por ejemplo, los de la ciudadanía británica certificada en sus pasaportes.

Si con la guerra total ya se vio en los campos (lugar de desaparición y ya no sólo de detención o de encierro) la radicalización del problema judío –de la situación de los apátridas, nómadas, personas desplazadas, etc.–, en la paz total que normaliza las operaciones de zoning a escala planetaria, la mismísima calidad de *habitante*, su realidad, es y será puesta en tela de juicio constantemente, difuminando la noción de clase detrás de la noción de categorías humanas, definidas según sus modos de ocupación del espacio ⁴⁷. Esta tangibilidad misma queda puesta en tela de juicio en las grandes deportaciones del trabajo (Norte y Sur de Italia, en Francia el norte siderúrgico y la operación Fos-sur-Mer...) o en las deportaciones del ocio y del turismo (la transformación de la aviación de transporte es-

tratégico del Vietnam, los *supplementals*, en charters sobre el Atlántico Norte, por ejemplo).

Controlar el conjunto del movimiento humano en el tiempo y el espacio, de esto se trata hoy en día la defensa y la consumación lógica de la expansión de la muralla planetaria construida por el Estado-ejército, y es en esta perspectiva que debe ubicarse el proyecto de la OTAN para la planificación mundial de la circulación ⁴⁸. Desde hace tiempo, el mundo capitalista colocó, fuera del tiempo y del espacio humanos, sus “*jet-sets*” y sus masas monetarias satelizadas (el eurodólar, por ejemplo) para volver a caer de nuevo a voluntad, como bombas sobre las economías nacionales.

He aquí que, recientemente, la desgracia y el crimen también tienen sus “*jet-sets*”, privados de territorio, evadidos del Tercer Mundo, habitantes de los intersticios precarios de la paz total, de los lugares de tránsito, de los aeropuertos, provistos de pasaportes válidos en ninguna parte. La precipitación de sus recaídas obliga al Estado-ejército a realizar “operaciones de rutina”, como la que tuvo lugar el 5 de octubre de 1973 en Orly: durante diez horas consecutivas, el perímetro fue puesto bajo estado de sitio, totalmente encerrado y patrullado por los CRS ⁴⁹ y los gendarmes: controlaron diez mil personas (desde el comandante del avión hasta la mucama), y más de cuatro mil vehículos.

La importancia de la operación recuerda siniestramente otros registros (el del Vel’ d’Hiv’ durante la ocupación nazi, por ejemplo) pero, una vez más, la técnica indecible de la paz total transforma el estado de excepción en un acontecimiento de la vida cotidiana, sobre el cual nadie, en el fondo, desea interrogarse.

"Altitud cero", esas palabras pronunciadas por el piloto del LM al final de las maniobras de alunizaje de la misión *Apolo XI* son, más que cualquier otras, históricas. Señalan que en ese instante preciso la altura se volvió para nosotros una pura distancia, de aquí en más existe otro suelo, un suelo allá arriba, y la superficie de la tierra se ha vuelto un entrepiso.

A lo largo de este verano de 1969, contemplar una isla en una costa cualquiera, o la luna, se ha vuelto lo mismo. El evento no era tanto la retransmisión de imágenes televisadas a más de trescientos mil kilómetros de la Tierra, como la visión simultánea de la luna en las pantallas y en la ventana. El cielo se volatilizaba, el desembarco sobre otro planeta nos ubicaba en un balcón sobre el vacío y desencadenaba la superficie de las cosas como referencia, los confines se volvían repentinamente un litoral sideral.

El umbral negro sobre el cual se destacan las siluetas de los astronautas ya no era un horizonte. Demasiado cercana, su curvatura situaba netamente la finitud del astro, Armstrong y Aldrin estaban menos sobre la Luna que en los bordes del espacio. Pero esta brutal importancia otorgada a los límites era comparable a una desappropriación, a una devaluación del "interior"; el valor se desplazaba desde el centro hacia una última periferia, el objeto celeste posee desde entonces menos interés que el intervalo espacial y sus tabiques.

De hecho, el gran vuelco que erigía la longitud y dispersaba las distancias en el continuum descomponía a la vez un orden de percepción y un orden de utilización. Incitaba a los dos grandes bloques ideológicos que, desde el fin de la guerra fría, en verdad ya no se combatían, a disipar en el tiempo y el espacio una geopolítica en adelante sin perspectiva. Sin embargo, aun

desterritorializándose, no renuncian a sus esfuerzos totalitarios, de allí los flotamientos de la política de Kennedy, dudando sobre la elección del enemigo, oscilando entre la Bahía de los Cochinos y la guerrilla urbana, el exterior y el interior. Pero, desde los campos lunares, americanos y soviéticos bien saben que ya no hay otras tierras para una sola humanidad; el mundo desaparece en cuanto horizonte infinito de toda experiencia posible, reaparece como campo teleológico, y Von Braun, el transfuga del sueño sideral alemán, se va de la NASA.

Cuantificar, calificar al infinito los contenidos se hacía imposible. Los continentes se volverán sutiles descalificando su contenido, las naciones y los ciudadanos. Esta forma nueva de acción capitalista (de social-imperialismo) trajo de vuelta la paz sobre los *campus*. La institución científica, profundamente minada por las incertidumbres políticas del poder, volvía a ser el instrumento de la obra, retomaba su lugar de informante privilegiada del Estado, a través de la inmensa tarea de inventario y de cuestionamiento de los contenidos; era el sentido nuevo de los contratos firmados con el ejército en los que las ciencias humanas ocupaban un lugar importante. Mientras que, hecho sin precedentes, uno de los miembros de la institución, H. Kissinger, era ascendido al cargo de jefe de las relaciones exteriores, en el centro mismo de la nueva empresa americano-soviética. Un año después de los trabajos confidenciales de la OTAN sobre la planificación mundial de la circulación de las personas y las mercancías, en el momento del *Nixon Round*, de la Conferencia de Ginebra... paralelamente, el carácter cerrado del sistema soviético era públicamente criticado en Moscú por el físico Sakharov, existía una mayor voluntad en largar a través del mundo a los intelectuales rusos, a los judíos, y la Unión Soviética declaraba renunciar a sus murallas protectoras en materia de radio y televisión. En poco tiempo más, los habitantes de los dos bloques ideológicos podrían, gracias a monovisión, compartir las mismas ficciones.

Desde el abandono de las misiones *Apolo*, por ejemplo, la imagen televisada del suelo lunar fue reemplazada en las pantallas americanas por la de los efectos especiales de aumento que son a los objetos demasiado grandes lo que el microscopio es a los objetos demasiado pequeños. Los operadores se divierten combinando sin solución de continuidad macromateria y

micromateria, dando la ilusión a los telespectadores de viajar en algunos segundos de la estructura gigante de una brizna de hierba a una tierra miniaturizada, perdida en el cosmos.

En el siglo XIX, el totalitarismo histórico (la historia intrínseca) había adiestrado a los pueblos europeos fuertemente territorializados a pensar en términos de milenios; ahora, el choque frontal permanente de la visión espacial con la visión temporal adiestra a la población planetaria a pensar en términos de años luz, o mejor aún, a no posicionarse en ningún lugar de aquello que se habría convertido en un totalitarismo histórico extrínseco.

Un doble litoral político e histórico se dibuja. Una macropolítica, nacida del escape vertical, y capaz de resolver técnicamente desde arriba los problemas más diversos en el marco de un ecosistema global, y una micropolítica, la de la institución humana, prisionera horizontal de los litorales técnicamente perimidos, limitados por su ubicación y forzosamente incapaz de alzarse con la solución de los problemas más extendidos.

Cuando Edward Fox⁵⁰ nos muestra nuestro país dividido (desde los Carolingios hasta la Quinta República) por el conflicto permanente de dos sociedades irreconciliables, una continental, conservadora, rural, belicosa, y la otra, litoral, urbana, la Francia del negocio y de los puertos, favorable a la iniciativa privada, pacifista y deseosa de un control oligárquico del Estado; cuando nos invita a realizar sobre nuestro territorio una segunda revolución en contra de la Francia centralista de los campesinos, lo hace aplicando a nuestras realidades un esquema conforme al viejo modelo anglosajón. Sólo que esta Francia ligera que desea ya no es la del progreso y la prosperidad, sino la de la micropolítica, de la política subalterna, porque, si la historia volviese a ser efectivamente, como la geografía, "lo que se produce en el espacio" (Sauer), lo que se produce en el espacio es el cambio de posición del sujeto... La historia occidental pretendía calificar por unidades sucesivas un conjunto geográfico inerte; ahora no será al revés, sino que ambos quedarán descalificados en virtud del nuevo choque frontal espacio-temporal: la cobertura vertical de la Tierra a través de un reconocimiento a vuelo de pájaro, que permite desentrañar, y a veces reconstituir, de una sola ojeada, el conjunto de los proyectos humanos o naturales a

menudo milenarios. Recuento de los recursos planetarios, de los sitios arqueológicos, de las bases de cohetes, de la cobertura meteorológica, etc., nuestra civilización se habría vuelto efectivamente la situación en el espacio de un conocimiento razonado, una geometría, pero tal que la población mundial ya no podría esperar más que sus repercusiones.

Fox, al eliminar de entrada el determinismo geográfico, trabaja en la subordinación del campo de la humanidad por los grandes bloques, en la cobertura del conjunto del campo a través de su definición geométrica; sólo que el litoral lineal que pretende oponer a la hinterland francesa ya no se encuentra en nuestras costas, sino sobre nuestras cabezas.

La edición norteamericana de *The Other France* es de 1971. El fracaso vietnamita es por entonces duramente resentido en los Estados Unidos porque es precisamente el de todo el sistema frente a una pequeña unidad nacional y campesina. Por aquel entonces el armamento era estipulado por la conducta tradicional de la política norteamericana, por su imperialismo lineal, que necesita mantener poderosas unidades de intervención marítimas y aéreas a la medida de objetivos tan vulnerables al chantaje económico como a las acciones militares, grandes ejes litorales y portuarios, de fácil acceso, donde vienen algunas veces a concentrarse el conjunto de la producción, los recursos, las poblaciones de continentes enteros. La gran diseminación en su hinterland del pueblo vietnamita en guerra revela ser más eficaz que toda esta tecnicidad americana, y este armamento pesado no pudo llevar a bien un combate continental ligero. La guerra en el medio ambiente, devenida imposible, debió ser reemplazada por la guerra al medio ambiente, al hábitat natural, a la fauna, a la flora, a la atmósfera. Tal era la escala de la política norteamericana y de sus medios.

Los diferentes modos de ocupación del espacio civil reaparecieron entonces como fuerza de disuasión popular, poder ya no ideológico sino fisiológico de los pueblos. Siempre hay en un hábitat continental complejo una fuerza de conservación, y en la ocupación lineal de un espacio inerte, o vuelto inerte, una fuerza de decisión y por ende de cambio; hay por lo tanto una fuerza continental que rechaza una fuerza litoral, pero en términos de conflicto esencial entre ente y existente. Así aparece, más allá del acontecimiento, una política de negación de la vida,

de desaparición de lo viviente a través de la modificación radical de la economía continental del medio.

El carácter indeterminado del conflicto vietnamita había puesto en jaque el principio mismo de la macropolítica, el chantaje del aprovisionamiento por parte de los grandes protectores; en cambio, cuando se recurre de ambos lados a la utilización de un armamento pesado, la presión litoral es ejercida inmediatamente, será el bloqueo, el minado del puerto de Haiphong, y una "conclusión" aparece rápidamente.

Afirmar hoy día que el comercio reemplaza la guerra abierta es por ende un viejo eufemismo; lo que reemplaza la guerra es la organización de los territorios. Una organización que debe impedirle a la chatarra tecnológica de la paz y de la guerra hacer una entrada demasiado precipitada a los museos o terminar prematuramente en el basurero tal como fue el caso recientemente del prototipo norteamericano SST. Impedir al conjunto del litoral vertical derrumbarse desde el interior. Tal amenaza fue forzosamente resentida por los Estados que poseen una tecnología avanzada, y la poseen como poder militar, económico y político absoluto. De allí la tentación, o más bien, la necesidad, de hacer del conjunto del campo de la humanidad el campo de la tecnicidad.

Si, de aquí en más, los dos grandes bloques son los únicos en encontrarse sobre el nuevo litoral político, esto se debe a que son los únicos en poseer el poderío técnico necesario. Se apresuran en solucionar los conflictos territoriales perimidos, los de los Estados-nación, que los dividen siempre en un nivel subalterno, ya que el esfuerzo que deberán hacer será gigantesco: descalificar al conjunto del hábitat planetario despojando a los pueblos de su calidad de habitantes. Pero precisamente a causa de su gigantismo, este proyecto es el único que parece estar a la medida del progreso tecnológico que conocemos.

Por lo tanto, en el nivel de la micropolítica, vamos a asistir, en los años venideros, a una mayor asociación de los intereses económicos y militares en el gran remodelado geográfico de los territorios. Así vemos, desde hace un tiempo, que los ejércitos se encaminan hacia lo que llaman las "tareas apátridas"⁵¹, los grupos financieros se orientan hacia la "producción imponderable". Ya que de aquí en más, hay que subrayarlo, el nuevo espacio dominante, si aún puede pasar por político, tiende a dejar de ser civil, y el caso Watergate muestra cabalmente en qué

medida la "alta esfera de los irresponsables" se ha vuelto a su vez frágil, eventualmente amenazada y, en poco tiempo más, barrida. El sistema transparente del capitalismo, a pesar de sus esfuerzos, no sobrevivirá tampoco a su nueva desterritorialización, ya que la endocolonización tecnológica superará muy rápidamente el umbral de lo soportable, aunque más no fuera por sus necesidades ilimitadas de energía.

Frases como las de Henry Wallace, que presentan, desde 1947, a la política de asistencia económica como "dictada más por las necesidades de petróleo de la marina norteamericana que por las necesidades alimentarias de los niños griegos o turcos", tienen el futuro por delante. El proceso ya se hace sentir: como las fronteras han sido absorbidas por la dominación ortogonal, somos extranjeros en nuestras propias ciudades, y en poco tiempo más lo seremos en nuestro país todo, al igual que cuarenta millones de trabajadores americanos, peloteados entre la costa Oeste y la costa Este de los Estados Unidos, "extranjeros del interior", en un hinterland inutilizable porque ya no es el suyo, porque ha dejado de ser civil.

El diagnóstico de Fox no puede, por lo tanto, dejarnos indiferentes. Nos esclarece, por ejemplo, sobre la nueva organización del litoral francés por parte del SESAME y la Delegación para la organización del territorio y la acción regional; puede llevarnos también a interrogarnos acerca de la preparación del VII Plan. Este plan, rebautizado "Regina" (regional-nacional), pondrá el acento sobre los factores espaciales, lo cual permitiría desembarcar, según M. R. Courbis, director del GAMA, en una "renovación completa de la problemática del plan"⁵².

Si la tecnología occidental que conlleva el complejo militar-industrial se encuentra abocada a realizar una idealidad geométrica universal, una teología de la razón, ésta, en adelante, se separa radicalmente de su punto de partida facto-histórico, y existiría ciertamente una perspectiva geográfica de la historia, la de la sobredeterminación geométrica de su campo por la técnica occidental. Este vuelco del campo histórico es un hecho que conlleva en sí mismo la ruina del fenómeno que lo fundaba, "el ideal de un mundo que es esencialmente el mismo, que es esencialmente común como proto-fundación de la formación de sentido (*Sinnbildung*), llamada geometría"⁵³.

La "ciencia" occidental no está cansada, no vuelve, como lo

pensaba Spengler, a su patria psíquica; es, por el contrario, infatigable; parodiando las palabras de Féval —que veía en la banca no una fuerza de emprendimiento, sino una avaricia devenida galopante—, nuestro modo de apropiación del espacio se habría vuelto también él un modo galopante; fracaso radical de la geometría en cuanto libertad teórica universal, realiza una suerte de superconservación espacio-temporal de la definición del Estado occidental. Quizá convenga entonces revisar los fundamentos de esta dicotomía, ya no a través de "otra Francia", sino de un sistema singularmente el mismo, de la morfología de su ser aquí o allá.

Hoy en día, ya nadie sueña con rehusar al campo etnológico su construcción inefable, nadie sueña con rehusar a las sociedades tribales, en tanto unidad de construcción de su espacio sensible, la existencia de sus objetividades ideales, "distintas de su enunciación y de todas aquellas que se tienen bajo el concepto de lenguaje". Singularmente, manifestamos menos curiosidad con respecto a nuestras propias idealidades morfológicas... sin duda la revelación de su carácter endémico, de su rudimentariedad, supondría un golpe de gracia irremediable a nuestra pretensión de progreso, de cambio, de conocimiento.

Así, cuando a lo largo del último conflicto mundial Alemania edificó a las apuradas unos diez mil *blockhaus* sobre el conjunto del litoral de la "Fortaleza Europa", nadie pensó en sorprenderse de que esta obra gigantesca no tuviese prácticamente ninguna utilidad militar y escapara así totalmente a su enunciación. Allí, lo que estaba realmente inscripto sobre la totalidad de nuestras costas, era el poder incomunicable de la geometría de Occidente.

La dicotomía occidental es la del litoral lineal y la del medio continental, pero la historia de Occidente no empieza realmente más que con la instauración de una "razón de Estado lineal". Se puede, por cierto, como Fox y muchos otros, ver sólo en las primeras ciudades-Estado mediterráneas un aparato protector, comercial y político, más ligero y más abierto, pero no se hallarán en este punto de vista las causas de su expansión y de su superconservadurismo.

Una hipótesis bastante extendida quiere que nuestro mundo halla nacido en un círculo geográfico natural, el de las islas Cyclades. Como sea, fue allí donde con casi toda seguridad se

creó ese gran ausente de los manuales continentales de logística, *Seemacht* o *sea-power*... el poder del mar. Es cierto que existieron reinos marítimos, notoriamente en Creta, pero fue en este *kuklos* donde se creó, cuando la primera liga, la primera potencia marítima regular de la historia. Más tarde, cuando la ciudad-Estado romana quiso a su vez resolver el problema de la potencia marítima, lo hizo una vez más en términos teleológicos; tomó bajo su autoridad la totalidad del litoral mediterráneo, reproduciendo así, en una escala mayor, el círculo original. Poco después, la potencia hanseática dominó los mares septentrionales, pero al irradiar hacia las costas inglesas y a su trazado lineal –que se superponía al de las costas europeas– desapareció momentáneamente, precisamente cuando se emprendió la nueva carrera hacia el Oeste, hacia una problemática orilla de enfrente, las Indias o las Américas.

Esta carrera, que Fox muestra como un movimiento abierto y oposicional, de hecho se desarrolló siguiendo un movimiento morfológico invariable, puntual y luego lineal, que al fin se cerró por zonas alrededor del polo inicial, como Roma, que había encerrado una finitud geométrica propia, el *Mare Nostrum*, primer continente líquido de la inversión morfológica de Occidente, que hace que la mayor parte de las civilizaciones comiencen por “habitar”, a excepción de la nuestra.

El hombre occidental es realmente el esférico andrógino, animado constantemente por el deseo; persiguiendo la entera unidad, y el “círculo de Empédocles” enlaza realmente el universo. La noosfera de Teilhard se ha vuelto oosfera, norteamericanos y rusos realizan a su manera la sobrerrepresentación del andrógino platónico, “hijo de las estrellas, a la vez macho y hembra, obtiene de sus progenitores su esfericidad y sus saltos verticales y circulares”.

El determinismo occidental no tiene cultura porque no tiene materia, no tiene dimensiones sino direcciones; debido a su no lugar, se dirige incesantemente hacia otro lugar, y no es por casualidad que, como lo hace notar Jean Servier, la edad de oro de nuestras utopías es también la de las grandes exploraciones y descubrimientos. El sistema, al llegar a su apogeo, no piensa en negar esta identidad utópica que muchos historiadores le niegan todavía; por el contrario, afirma su esquizofrenia como siendo el fundamento mismo de sus esfuerzos técnicos.

Es igualmente destacable que esta idealidad de construcción sobre territorios presentados como adyacentes y tributarios, sea la de los Estados antes que la de las sociedades o aun la de las naciones. Pero si consideramos que los medios privilegiados de Occidente son el mar antes que el cielo, se entiende mejor la fuerza de *utopos* que la mueve. No hay ni naciones ni pueblos en el mar y en el cielo, sólo potencias y fuerzas cuyas leyes derivan directamente del elemento tratado; según la vieja fórmula, no se lo gobierna, se es amo.

Es por eso que la potencia de los Estados Unidos, así como antaño las potencias mediterráneas, vuelve a ser, a pesar de todo, más militar que mercantil. La ciudad-Estado romana, modelo privilegiado de los prospectores norteamericanos, no dependía de una lucha de distribución entre partidos y principios políticos, sino de una lucha perpetua entre ejecutivo y legislativo; lo que en el siglo XIX parecía una tragedia del poder parece hoy una tragedia del sentido, organizándose alrededor de la verosimilitud del Estado, de la conservación de su morfología. Así como el arte griego poseía la terrible verosimilitud de lo falso, el Estado romano, suplantando el Estado oriental, patrimonio del príncipe, es la obra futura de muchos, un Estado edípico. Y el fin de Roma es el fin de la obra, de su verosimilitud, la culminación fatal de la lucha de su ser en contra de la nada, su suicidio.

Ya se prefiere la ciudadela-Estado de la Antigüedad, y no el medio ambiente, pero esto se volverá aún más claro cuando se pase de la ciudad colonialista a la capital, el Estado pasará entonces él mismo a la dimensión de territorio nacional, de ciudadela nacional. Entonces, la capital se opondrá más evidentemente al gran cuerpo territorial, en cuanto cabeza, es decir, en cuanto órgano superior y razonable.

El Estado, “lugar de la razón” de Hegel, renueva el Estado platónico; él es la ciudadela estéril, la fortaleza de los pájaros, que no encierra más que vacío y no puede dar más que órdenes, organización. El error probablemente consistía en pensar, como Roth o Toynbee, que el esquema negativo de la ciudad original desaparecería junto con el de las ciudades-Estado antiguas y sería reemplazado por una multitud independiente de formas urbanas, mientras que las pesadas murallas se derrumbarían y se alejarían de las ciudades, simplemente porque de aquí en

más se erigen en otra parte, en los límites de las nuevas naciones, marcando el final de lo que se había dado en llamar la "subordinación de los imperios".

Congresos como los de Viena o Versalles, al inventar naciones, creando fronteras, simplemente continuaban el trabajo morfológico de la ciudad-Estado originaria, de su modo de estar allí, y el desorden urbano, característico de la ciudad antigua, se llevaba a las fronteras, girando de allí en más alrededor de la nueva verosimilitud nacional de los Estados.

También resulta normal, en ese preciso momento, ver desarrollarse fenómenos como los de la industrialización, el mercantilismo, la burocracia, el militarismo, la política de la necesidad, etc. No se trata, de hecho, de "revoluciones" económicas, industriales, sociales u otras, sino simplemente del progreso de las actividades específicas de la ciudad originaria, extendiéndose al hábitat continental a través de una urbanización militar de los territorios, de su patrullaje. El conscripto de la Revolución reemplaza al campesino y prefigura al proletario, en tanto contribución de la comunidad extendida a la construcción, a mantener nuevas fortalezas nacionales. Presurosamente, sus luchas se organizaran en torno de métodos y bienes condenados a la esterilidad por la improductividad misma de los sitios, en los que, desde el origen, se han manifestado como expedientes económicos de la vida urbana.

A menudo se asimila nuestra civilización a un problema de comunicación, el progreso a un progreso de la velocidad, de la facilidad de comunicar, mientras que en realidad la pseudo-política de los medios es reducida, por la morfología del Estado, a dos fases, resultante de dos polos que ella misma crea: transmisión e información. El Estado-cabeza transmite, el territorio-cuerpo lo informa, y el desarrollo extraordinario de los medios de comunicación es el de las órdenes transmitidas, pero también de la información del Estado por y sobre su territorio. Si Nixon vio rechazado su proyecto, que le hubiese permitido encender a distancia los televisores de los ciudadanos norteamericanos desde el sillón del ejecutivo, podemos estar sin embargo seguros de que esta tentativa técnica demasiado precoz un día u otro se llevará a cabo, ya que va en el sentido verdadero del desarrollo de los medios masivos.

Comunicar cada vez más, cada vez más rápido, no es, en

nuestra organización, sinónimo de movilidad o de acrecentamiento de la movilidad de los ciudadanos. Más acá de su historia aristocrática, el sistema transmite los límites posturales de la litoralidad, de la insularidad, de la ortogonalidad, y perpetúa los términos militares, designando la ausencia de alternativas en un punto, en un lugar, como estrategia del poder sobre el otro, hacia lo inmóvil, el silencio, la muerte. Los diversos nudos o núcleos concéntricos que construye tienen el carácter incomunicable de un sólido con respecto a un fluido, a una liquidez real o imitada, mares, ríos, canales, vías férreas, autopistas, etc.; los lineamientos que parten y regresan a él son redistribuidos pero tienen una tendencia constante a descomplejizarse, ya que, cuanto más numerosos son los flujos, tienen menos "lugar" para ser complejos.

Si el legislativo prolifera gustosamente en el hinterland, el medio ambiente, las alternativas del ejecutivo permanecen siempre tributarias de su lugar, e inversamente, cuando el legislativo mismo deja de maniobrar de manera flexible y requiere del ejecutivo, es que una crisis espacial grave se prepara alrededor del ser-allí del Estado, de su verosimilitud construida, como la de los Gracos, o la reciente experiencia chilena, pero también en las naciones desarrolladas, en la aparición de signos de vanguardia, como la escasez anticipada de carburantes en los Estados Unidos, el control militar de los aeropuertos, o de la circulación vial en Europa, etc. Del mismo modo, la decadencia y las crisis de las ciudades llamadas a crecer desmesuradamente son algo muy diferente que un mero problema de gestión o arquitectura. Vivimos en la plena liquidación de una utopía que ya tuvo su momento, la de la ciudad-Estado-geográfico-nacional. Ya no puede plantearse la crisis de Occidente en términos intrínsecos (comercio, energía, producción, contaminación, etc.), ya que mientras no replanteemos completamente el problema de la construcción platónica de su campo, en rigor de verdad ya no conoceremos el progreso, ni el antiprogreso, por cierto. La última revolución en el espacio del sobreconservadurismo del Estado occidental indica claramente que proseguiremos nuestra carrera hacia el fin sobre nuestro impulso geométrico, como sobre rieles.

Pero, en esta situación del espacio contemporáneo, parece ser que el Oriente todavía ocupa una posición original. Allí

donde el Occidente conquista y ocupa el espacio de arriba (atmosférico, cósmico), el Oriente parece conquistar el espacio de abajo (litosférico) por la constitución de un hábitat subterráneo, en la escala gigantesca de un continente, China. Es aquí, creo, que se encuentra la justificación del silencio de los responsables chinos sobre el desembarco lunar; se trata mucho menos de una censura que de un desinterés real por un tipo de expansión profundamente contraria a la del Oriente. Esta dimensión "críptica" de un Estado, ligado no sólo a la extensión geográfica sino también al espesor mineral de su territorio, guarda una perfecta coherencia con la concepción estratégica de una superioridad de la defensiva sobre la ofensiva que en todo tiempo ha animado al pensamiento oriental.

A la dioptría aeromarítima de las potencias navales y aéreas, ¿podemos oponer con validez una "dioptría" aeroterrestre? Esta es una pregunta a la cual los chinos responden por la afirmativa constituyendo una protección nuclear para el conjunto de sus poblaciones, contrariamente al Occidente donde el segundo aspecto de la disuasión nuclear está ausente (con algunas excepciones, significativamente no existen refugios más que para las elites).

¿Debemos entender por ello que el Occidente se prepara esencialmente para las consecuencias de la paz total (la conjunción imperialista de los bloques), mientras que el Oriente aún le teme a la guerra total? ¿O en cambio asistimos, después de la era de las conquistas marítimas y coloniales y la del elemento atmosférico, a la inauguración del poblamiento del espesor mismo del globo, a la conquista litosférica, última deriva hacia la constitución de países de las sociedades humanas, respuesta de los campesinos (chinos) a la abolición de los países predicada por Fox?

Se trata aquí de un problema fundamental para el análisis morfológico del Estado moderno, ya que, más allá de la perspectiva geográfica de la historia, se plantea de aquí en más el problema del sentido de esta oposición entre el cenit occidental y el nadir oriental. En esta revolución, el Levante y el Poniente pierden su función, el astro rey ya no organiza el espacio de este mundo, la secesión se sitúa menos entre el Este y el Oeste que entre la materia y la ausencia.

LA ESCALADA DE MOSCÚ

Los acuerdos Nixon-Brejnev de Moscú terminan con la conquista del espacio, la reconversión de Wernher von Braun es la mejor prueba de ello: después de su renuncia a la NASA, pasa a la Fairchild Aeroespacial que produce satélites de "comunicación".

La lógica de los acuerdos consiste en,

primero:

Organizar citas orbitales entre rusos y norteamericanos, y luego lanzar el período de los "miradores voladores" para que aseguren, junto a los diversos satélites de comunicación (es decir espías), la vigilancia y el control de un planeta de aquí en más abierto (como las ciudades de antaño...);

segundo:

Las decisiones con respecto a las armas atómicas ofensivas no son en realidad más que otra escalada, ya que la multiplicación de los vectores forzará a los "adversarios" a multiplicar las cargas explosivas para conservar una ventaja estratégica, lo que, entre paréntesis, va a favorecer la miniaturización del arma atómica; siendo esto confirmado por el hecho de que las armas atómicas tácticas no están incluidas en este tratado: la característica principal de este armamento es que estorba poco.

Por lo tanto podemos concluir que implícitamente los acuerdos de Moscú van a acelerar la miniaturización del arma absoluta. Este arma, de estratégica e inutilizable por el equilibrio del terror, se va a volver táctica y "limpia", es decir: utilizable, ya que no superará el umbral crítico. Por otra parte, ya que las dos grandes potencias van a reencontrarse de aquí en más en la cumbre (la de los laboratorios y otros PC⁵⁴ orbitales), estas

armas atómicas tácticas no les estarán directamente destinadas, sino que se las reservará únicamente a los "pequeños países", con el fin de que un nuevo Vietnam ya nunca pueda manifestarse en sus esferas de influencia.

En efecto, si el imperialismo utilizaba, tal como se lo debatió en el momento de la ofensiva norvietnamita, el arma atómica táctica, la guerra revolucionaria se volvería prácticamente imposible, ya que la ocupación (política y militar) del terreno sería a su vez imposible.

Después del encuentro ruso-norteamericano destinado a poner a punto una guardería eficaz en sus zonas de influencia recíprocas, se puede hablar con certeza de un grado supremo de la escalada, ya que la utilización del arma atómica va a volver a ser posible. La policía nuclear comienza con el cana orbital; se puede dar a eso el nombre de "nueva era", pero si hablamos de distensión, se trata de la de un arma.

SEGUNDA PARTE

EL EVANGELIO NUCLEAR

“La excursión en autobús, siempre bajo la escolta de soldados equipados con armas automáticas, comprendía una visita a la residencia privada del presidente Allende, calle Tomás Moro... La junta anunció que esta casa será demolida y que en ese predio se construirá una iglesia católica.”

(Associated Press, Santiago de Chile,
21 de septiembre de 1973.)

En Francia, los adversarios del verano de 1973, que se habían confrontado entre sí con respecto a la Bomba y a la no-violencia, intentan reanudar el diálogo en un seminario que reúne a los responsables eclesiásticos y militares (*Le Monde*, noviembre de 1973), al tiempo que un grupo de oficiales cristianos publica en la revista *Défense Nationale* (octubre de 1973) un manifiesto llamado “Reflexiones sobre la defensa”, donde reivindican su rol de rehenes. En la guerra moderna, ellos serían los garantes de una promesa estatal (p. 20), y hasta podrían, en una segunda fase, transformarse en mártires, en hostias: “Los que se preparan moralmente y técnicamente a morir” (p. 46).

Cada vez son más los cristianos que se interrogan acerca de la gran dicotomía: ¿pueden todavía imitar y defender el modelo ambiguo de este doble Cristo forjado por el siglo XIX, con su persona divina, su enseñanza espiritual, y su persona atemporal pero histórica⁵⁵? Por un lado, un Cristo y una enseñanza que serían inmutables, y, por otro, su muerte, recibida de un estado histórico como una coyuntura a la vez esencial y completamente superada. Pues no ha sido ejecutado a causa de los puntos de detalle de una conducta que Él, obstinadamente, rechazó

defender frente a sus jueces y que sus enemigos tampoco lograron discutir entre ellos: murió bajo el golpe de una sola acusación, *enemigo del Estado*, y en el anuncio de su condena, sus adversarios manifestaron con entusiasmo sus ataduras exclusivas a este mismo Estado: "¡No tenemos otro rey que el César!".

Al rehusarse a convertirse en el rehén de Roma, Cristo había puesto en funcionamiento la hostia. En los procesos que se iniciaron más adelante a los cristianos, la referencia al cesarismo es constante, muchos de entre ellos son ejecutados a su vez porque se oponen al sacrificio; no a los dioses, sino al Estado romano divinizado: rehusan concluir la alianza, volverse los rehenes de la estadolatría. Sin embargo, en unos cincuenta años, y de entre todas las religiones nuevas, el cristianismo se expande a todos lados, a todas las clases sociales. Victoria del cristianismo, decadencia y caída de Roma, no faltan los comentarios sobre esta incompatibilidad irreductible entre la existencia del Gran Estado vitalista y la de las primeras Iglesias. Al comienzo, las razones de esta incompatibilidad no parecen evidentes. El Estado romano no abusaba, en su conjunto, de su fuerza en la relación con los pueblos sometidos; estaba, según la definición de Tertuliano, "ocupado en poner en todos lados la huella de la vida"; y, sin embargo, los cristianos lo combaten sin respiro, predicando a los ciudadanos, en el seno mismo de la sociedad, la abstención.

El cristianismo es para Roma el *enemigo interior*, y el ejército sufre aún más que la administración; en el siglo II la Iglesia afirma: "No está permitido ser un hombre de espada... El Señor, al desarmar al apóstol Pedro, manifestó claramente su voluntad de que cada soldado dejara las armas". El soldado cristiano debe entonces "abandonar inmediatamente el ejército o consentir sufrir por Cristo la misma suerte que todos los demás cristianos" (Tertul., *De Corona*, 11, *De Idol.*, 19). Los cristianos no dejaban de ver en la célebre frase: *Qui gladio ferit, gladio perit*⁵⁶ una profecía viva, una alusión al destino de Roma y, por cierto, fueron efectivamente las legiones que la habían creado quienes destruyeron el Imperio⁵⁷.

Más adelante, la dispersión cataclísmica de las poblaciones en Europa occidental borraría por varios siglos, junto con el imperio de Roma, las realidades de su organización estatal, defensiva y centralista, el recuerdo de las luchas llevadas adelante por la jerarquía cristiana.

En los tiempos de la guerra fría, numerosos historiadores anticomunistas (Toynbee, por ejemplo) veían en las organizaciones socialistas en el seno de las sociedades capitalistas una figura del declinar de estas últimas, un regreso de la historia, y muchos militantes cristianos son aún lo suficientemente sensibles a este modelo como para sacrificarles su existencia. Sin embargo, la historia probó rápidamente que esta comparación era un tanto apresurada, y que el acoplamiento inopinado de dos grandes bloques tecnológicos arruinó definitivamente la hipótesis. De hecho, la jerarquía cristiana no había, en su tiempo, destruido al Estado romano, sólo había sido consciente de su verdadera naturaleza y su análisis finalmente se había revelado exacto. Parece entonces que, a causa de la parte de resolución que contenía en su destino⁵⁸, los cristianos a continuación hubiesen debido, especialmente en el momento del renacimiento de las potencias estatales, acordar una importancia extraordinaria al *objeto mismo de toda estadolatría*, y hasta concederle una importancia atemporal.

Pasado en limpio, esto podría significar que al final de tantos siglos y a pesar de su largo y engañoso eclipse, el culto de la idealidad morfológica del Estado se habría mantenido sin cambios, que este *eidolon* sería el mismo, y se opondría tan irreductiblemente a los cristianos de hoy como al Cristo y a su Iglesia hace dos mil años. Singularmente, el nuevo imperialismo tecnológico de los grandes Estados protectores nos invita a ello, en la medida en que, sobrepasando él mismo la visión intrínseca de la historia propia del siglo XIX, sobrepasa la noción de Estado histórico o simplemente nacional.

En su momento, el imperio de Occidente apareció como el bosquejo estatal más efímero, y el imperio de Oriente debía sobrevivirle mil años; éste, que no había permanecido más que como una monarquía absoluta y hereditaria, apoyado sobre una sólida organización civil, un funcionariado secular que, en el siglo III, le permitió triunfar a los derrumbes constitucionales. Pero inversamente, la oposición de Roma a la idea de un Estado dinástico no era más que su oposición formal a lo que representaba a sus ojos una debilidad coyuntural, en algún sentido *natural* para un Estado que se quería completamente coyuntural, enteramente proyectado, confundiendo destino y dibujo, oponiendo creación y procreación⁵⁹.

Así, el fin de Roma, como el que ella le había reservado a sus grandes enemigos, será total. Dominio y civilización, completamente identificados el uno con el otro en el Estado, se suicidan con él. El cristianismo no se volvió realmente una potencia en Roma hasta el siglo III, cuando una gran evidencia vio la luz en el seno de la sociedad: la carrera hacia la instauración del "Estado perfecto", los esfuerzos de tantos siglos para inventarlo y salvarlo, habían sido, en realidad, la fuente de todos los males soportados por la población: destrucción de la legitimidad política, dictadura y anarquía militar, fiscalidad despiadada, ruinas, guerras civiles permanentes. La profecía cristiana había de algún modo arrancado a Roma de la historia para designarla como *figura*, independiente del tiempo y del espacio humano, que son los de los pueblos, los reyes, los imperios, como *u-topos*.

Y, en efecto, nuestra civilización comienza en el momento en que los griegos exhuman la geometría de su campo etnológico, en el que la arrancan de la práctica social distinguiendo las propiedades de las formas de las dimensiones de su representación. No inventaban la geometría, sino la utopía ecológica (¡el no lugar de la ciencia del lugar!). Volviéndola independiente de los sitios y los tiempos de las sociedades, hacían de la geometría un poder en sí –el que estas sociedades tendrían de imaginarse recreando en sus relaciones con el espacio sus relaciones con la naturaleza–, y es esta suerte de convicción liberadora la que anima todo el pensamiento antiguo hasta en sus imposibilidades matemáticas. Se sabe cómo, con Arquímedes, se termina la era de la joven geometría en tanto libre búsqueda creadora, ideal de un mundo esencialmente común como protofundación de la formación del sentido⁶⁰. La espada de un soldado romano cortó el hilo, dice la tradición.

Al matar la creación geométrica, el Estado romano iba a construir el imperialismo geométrico de Occidente; de aquí en más, detrás del imperialismo del lenguaje y de las comunicaciones, se escondería el eclipse de los conocimientos que habrían podido fundar las libertades teoréticas revolucionarias y que, también por ello, hubiesen podido representar la superación y el fin de la idealidad morfológica del Estado romano y de sus técnicas. Por tanto, se puede apreciar mejor lo que fueron las luchas de los cristianos en contra de la estadolatría –la figura del Estado– como objeto de fe, el crimen en contra del Estado, como

vandalismo (crimen en contra de su construcción), los poseedores griegos de la joven geometría encontraban ellos también su martirio... ¡a veces de la mano de los sectarios cristianos!

Los griegos habían enunciado en términos sencillos las propiedades de las formas, para convertirlas en las bases inmutables de un conocimiento; los romanos van a convertir esta suerte de *rudimentariedad permanente* en la figura misma del conservadurismo del Estado, un obstáculo a todo cambio. Lo que Roma se empeñaba en construir, era ella misma, las infraestructuras que Tertuliano admiraba no llevaban finalmente hasta el fondo de los desiertos más que las huellas profilácticas de su propia existencia. Singularmente, después de dos mil años, el eclipse de la libre creación geométrica sigue presente en su nivel esencial, el de la organización del territorio por parte del Estado: es el signo mismo de la persistencia del Estado de Occidente. Se la reencuentra tanto hacia 1930, en Hitler y Speer –preocupados en volver inseparables la política y el urbanismo, en buscar la conservación del Estado en las reglas mismas de la estática arquitectónica⁶¹–, como, del lado opuesto, en la parcelación del hábitat industrial americano, nociones vehiculares que, al poner por delante el problema de las infraestructuras, retrotraen el pseudo-liberalismo hacia la planificación estatal.

"¡Hiciste una ciudad de lo que era un mundo!" Esta suerte de anatema lanzado a Roma por el galo-romano Namatius nos muestra ya claramente la carrera hacia el "Estado perfecto", como aniquilación del medio ambiente; el conservadurismo del Estado, la *razón de Estado lineal* se vuelve para el hombre paisaje y naturaleza, poniendo en juego la libertad humana, no sólo en los niveles provisorios, sino también en uno esencial que funda las elecciones del individuo y de las sociedades por venir, su libre proyección en el tiempo y el espacio. Si, en su hora, el Cristo muere de cesarismo, el Estado occidental –construyendo y reconstruyendo incansablemente su *Sinnbildung*⁶², extendiendo al conjunto del hábitat planetario, la Tierra, en vísperas de ser desbautizada para tomar el nombre de Estado– se ha vuelto una imposibilidad morfológica, cerrada al mismo tiempo sobre el plano divino y sobre el de la especificación misma de la identidad divina del hombre.

Este problema de la permanencia de las idealidades morfológicas es la clave de nuestra civilización; aunque rara vez

se lo plantea a nivel del Estado, es sin embargo él quien dirige inefablemente sus acciones. Por lo tanto, se debe desorbitar la historia. El viejo pensamiento fenomenológico ya nos incitaba a ello, volviendo familiares esas grandes formas ideales e independientes de los territorios que atraviesan, pero, al pensamiento fenomenológico, le sucedió, desde hace algunos años, una *visión* fenomenológica (hecha sobre la base de máquinas voladoras), al principio parcelaria y de proximidad, como un complemento y una ilustración de textos; luego, gracias al progreso tecnológico, particularmente en materia de teledetección, total e instantánea, suplantando el documento escrito⁶³. En última instancia, la historia localizada –la geografía–, aparece como un dibujo animado moviéndose frente a nuestros ojos, un juego de formas, de colores, de signos, que la computadora restituye y puede organizar. En el marco de tales experiencias aparece claramente la extensión y la naturaleza de lo que será la expansión de la “conciencia histórica” al mundo entero; las técnicas, después de haber ocultado el espacio y el tiempo, inmediatos en la antigua organización, pueden ahora restituirlos como cánticos expresivos, e incluso, estéticos, pero solamente a los grandes Estados tecnológicos. No se trata aquí de una novedad para historiadores, sino de una permanencia claramente revelada de nuevo –la de la geometría construida del Estado de Occidente como precediendo la palabra y el texto escrito– el hiato entre la ciencia y el sentido como un lugar específico, el de la morfología estatal, haciendo de una organización dada del espacio el fundamento de una estrategia del comprender y haciendo nacer de esta asociación barroca, de este híbrido occidental, la *institución científica*. Así las aparentes novedades y el progreso de la ciencia se superponen y se encierran en un mundo que se estanca en su discurso circular, haciendo creer a algunos que esta ciencia produce tantos estragos porque está en sus primeros balbuceos, en su prehistoria, en su barbarie (Marcuse, entrevistas televisivas) ¡a tal punto han perdido ellos mismos la costumbre de distinguir ciencia y sentido! De hecho, nos encontramos exactamente en la situación inversa a la deseada por la temprana investigación geométrica, antes de su desaparición brutal; lejos de haber sido el instrumento del conocimiento, de una liberación permanente de la humanidad, la geometría se ha vuelto el lugar de la conservación de una tradición mítica, de un comportamiento general dictado por una ortodoxia absoluta.

Lo que se produce con la falsificación estatal del campo del conocimiento –la apuesta por grandezas seguras, como estrategia de poder, de todas las grandes variables que fundaban y armonizaban el universo natural– es la inversión de los términos, la desaparición del ser activo en tanto pensante (el ejercicio), su abandono por el ser pensado como activo (la experiencia)... el fin de la pedagogía del comprender en el campo libre⁶⁴.

El último acto de Sócrates en su calabozo es también una profecía esotérica para el hombre occidental, y también lo es todo el *Fedón*, que constituye una demostración de la inmortalidad porque es la historia de un suicidio en un universo carcelario. La inmortalidad, en el pensamiento platónico, es lo inmutable (el *being*), el rechazo de abandonarse al continuum, percibido como cambio, movimiento, *pathos*. El gesto suicida, cumplido por Sócrates, cierra el campo de su destino, de su enseñanza, fijando la totalidad de su sentido hasta su final, la violencia cometida en contra de sí mismo se convierte aquí en una forma certera de previsión, como la única lógica interior de la filosofía occidental.

La fuerza absoluta de conservación del Estado de Occidente nace de su poder de negación, la teleología de su razón; cuanto más desarrolla y registra certidumbres internas, más se amplifica, más se vuelve deflagracionista de los medios que, sucesivamente, a lo largo de los siglos, van a soportarla, ya que en cuanto elige un terreno, en cuanto se localiza, actúa sobre el nuevo medio tal como había actuado sobre su primera sede –el hombre Sócrates, por ejemplo– asegura inmediatamente su totalidad previsional nihilizándolo. La carrera hacia el “Estado perfecto” es su carrera hacia la muerte, y la historia no constituye finalmente más que el instrumento provisorio del Estado en marcha hacia la plenitud morfológica de su existencia autógena; el progreso no es más que el esfuerzo de una humanidad volviéndose estadólatra, ocupada plenamente en realizar, ya no proyectos humanos, sino en localizar el campo de un poder estatal total en lugares inmutables.

Esto va en contra de muchas de las ideas adquiridas, notoriamente de aquella que haría de nuestra civilización una organización vitalista que escamotea, a través de su pericia, la muerte y sus ritos, sus técnicas de aniquilamiento (hacia otra parte,

para continuar, etc.). Nuestra civilización no escamotea la muerte, simplemente ha suprimido los valores transcendentales del mundo material y moral, porque toda ella es muerte; la gran fábrica de técnicas y de máquinas de la obsolescencia es su monopolio, un monopolio que, a fin de cuentas, no espera compartir con nadie, que no puede compartir sin dejar de ser ella misma. En tal contexto se entiende mejor por qué la guerra se ha vuelto para Occidente una actividad permanente. La guerra, en este mundo invertido, construye el Estado cuyo *utopos* se realiza por la destrucción del mundo; es por tanto para él una suerte de práctica religiosa fundamental, la gran expresión de su mística cientista, la revelación y la construcción de su identidad. Hoy en día, todas las diferencias se borran frente a la capitalización de la violencia como última expresión estatal –el complejo militar-industrial, como última representación estatal–, y el rol del hombre de guerra se encuentra en los confines de un nuevo mundo, creando, por algún tiempo más, una ambigüedad. La guerra ha permanecido como una cacería humana, más o menos sofisticada, más o menos excitante y rápida, donde sucesivamente el hombre de guerra es cazador o presa y, curiosamente, en nuestra civilización, es esta actividad ambidextra la que ha moldeado el modelo del ciudadano, del servidor del Estado, siempre dividido contra sí mismo, víctima y asesino, constructor y destructor, protector y agresor, partisano y paisano, proletario y soldado... en Estalingrado –visión fantástica de los obreros soviéticos saliendo de las fábricas en los tanques que acaban de construir y precipitándose inmediatamente con ellos en la batalla– destruir y hacerse destruir. Es este proceso que nuestra civilización aceleró de modo tal que es capaz, en algunos segundos, de recorrerlo completamente. Desde ese momento, deja de existir una igualdad entre el cazador y la presa, y sólo permanece la figura triunfante del asesino, investida de un poder exorbitante por el Estado.

La historia occidental como figura teleológica del Estado es la historia de su localización en los campos sucesivos que aniquila. El materialismo griego se construye sobre la antinomia entre las estructuras del medio ambiente y aquellas propias de los héroes que lo habitan. Se designa esencialmente a la compleja organización de los dioses como administradora de la vida y de la muerte, pero una administradora aberrante, recelosa,

codiciosa, despiadada. Lo que en Aristóteles será ciencia moral, aparece entonces como una gestión específicamente humana; optimismo humano según Nietzsche, fe en una libertad humana posible; el *deus ex machina* sufre la competencia de las organizaciones humanas, la figura central de la ciudadela-Estado romana pronto se identificará solamente con la de Júpiter, y los excesos del Estado sobre sí mismo son, de aquí en más, actos legítimos del Estado-creador sobre su creación, su obra y sus criaturas. Con el universalismo, el fin de Roma, el *deus ex machina* se ejerce en el nivel de la relación entre los hombres, de todos los hombres. El medio ambiente elegido ya no es la naturaleza, sino la humanidad. La ciencia cierta de la moral (ley mosaica) se vuelve liberación del sentido moral a través de nuevas relaciones humanas; la caridad, por su parte, se volverá luego moral social, y más adelante, historicidad social; el dios que ha dejado de ser los dioses, después de haber sido central y luego puntual, será finalmente evacuado del sistema de relación del sentido, la oposición en y para el sentido se hará entre los hombres. El humanismo es el hombre volviéndose, él mismo, *utopos* para el hombre. Nos encontramos entonces en la situación inversa a la de partida, la razón teleológica ha pasado integralmente y sin reparto al interior de la organización humana. La humanidad occidental vive ahora a su único nivel y sobre su propio fondo, “el ser del hombre como objeto del saber positivo”, escribe Foucault, la humanidad explotándose a sí misma en los límites de la *polis*. Se asiste entonces lógicamente a la negación de variados caracteres y de actividades propias de las diversas organizaciones humanas, brutal en las colonias, en la explotación del trabajo humano y de la clase obrera, progresiva en el seno mismo de los conjuntos colonizadores y de sus elites; se trata, después de las caídas monárquicas, la evacuación lenta del infinito posible de las sociedades humanas en las concepciones acabadas de sus nuevos destinos estatales. La teleología del Estado ya no ocupa un cuerpo social que ha destruido; el fracaso del socialismo del amor en el aparato burocrático a la alemana es también el de la construcción de un nuevo paisaje social, y el nuevo logro del Estado es el triunfo de su revolución en otro espacio. El *deus ex machina* sigue funcionando, pero sin el auxilio de las organizaciones humanas que lo han colocado por sí mismas fuera de su alcance, fuera de su

atmósfera. Fruta podrida de las técnicas más complejas, el *statu quo* nuclear que en adelante funda la macropolítica de los dos grandes Estados tecnológicos no es, de hecho, más que el producto miserable del impedimento morfológico del Estado de Occidente; rodea cada día más a una humanidad que ha vuelto a ser irresponsable e inconsciente ¡y en él no sobreviven lógicamente, en medio de tanta cientificidad, más que las taras transferidas por su geometría, la de los antiguos dioses!

Para nuestra civilización, la guerra total fue un portal en la medida en que era la primera guerra aérea mundial. En 1914, la decisión horizontal no terminaba de llegar hasta los hombres, la razón final cayó desde arriba en Hiroshima en pocos segundos; es este tipo de razón y de finalidad la que flota ahora permanentemente sobre nuestro litoral planetario.

Todo se inscribió en esta dirección lineal, derecho divino de las monarquías devenido derecho legítimo o legal de las poliarquías, de las democracias; las modas y los regímenes pasaron, sólo quedó la facultad del Estado de Occidente de asumir la totalidad del sentido hasta el final, la eternidad de su figura esté donde esté y en sí. Con el universalismo, se había identificado durante un tiempo la ciudadela estatal con la "ciudad de Dios", con su reino en marcha hacia la redención en tanto finalidad. Entonces se asoció estrechamente a los cristianos y a los nuevos Estados, la Iglesia formaba sus cuadros administrativos -todo un funcionariado, en sus monasterios-, y se había vuelto ella misma un Estado universal donde los santos y los mártires juegan el rol de rehenes entre las obras de la ciudad nueva y las obras eternas de Cristo. Los grandes problemas de la Iglesia son desde entonces, y sobre todo a partir del siglo xvi, las relaciones con los Estados modernos en gestación, los conjuntos nacionales, y el lento despertar del Prometeo sepultado en las ruinas de la ciudadela antigua, su renacimiento. Y luego, la coexistencia difícil, que lleva a la ruptura legal por etapas, por abuso de autoridad, con situaciones cada vez más insostenibles para los cristianos divididos entre ellos, buscando conciliar el servicio hacia Dios y el de los nuevos Estados-nación. Hoy día, al fin legalmente separados, la Iglesia y los Estados, después de una calma breve, ven renacer entre ellos conflictos cada vez más numerosos en la medida en que el Estado de Occidente se reconstruye en otra parte, sobre el litoral planetario, por fuera del

campo de la humanidad y como oposición radical a su existencia: el macrogobierno nuclear del mundo.

Por lo tanto ¿los cristianos pueden garantizar todavía el Estado moderno con la forma que está tomando? La promesa de Cristo a la humanidad, ¿podrá seguir siendo confundida con la de un Estado ocupado en rechazar toda ambigüedad, un Estado para quien el *pathos* ha llegado a ser lo nacional y lo social?

Son estas evidencias las que veían la luz en los años sesenta, lo *micro* entraba en crisis, lo *macro* en superconservación. El Estado debe hallar los medios para seguir conservándose, tal como llegó a su esencia, orden de fatalidad absoluta que supone dejar en suspenso su comienzo y su fin como acto de la razón; es hacia él que se precipita el *progreso occidental* y, ahora que ha sido realizado, los objetivos del progreso humano parecen repentinamente menos claros, el movimiento se detiene, la sociedad planetaria, en algunos meses, ya se instala en un nuevo espacio que debe permanecer estable, y donde todo movimiento desconsiderado puede, se nos dice, determinar un desenlace trágico, irremediable. La tierra es un vehículo, una esfera demasiado cargada a la cual se le debe equilibrar el lastre, el planeta todo está permanentemente en peligro...

Después del fin brutal de la idea de progreso, que fue acunada a lo largo de todo el siglo xix y en todas las revoluciones del siglo xx ¿cómo definir el espacio bruscamente congelado del destino humano? ¿cómo darle un nuevo rol a sus poblaciones? El Estado, una vez más, recurre al militar, pero ya no al militar del viejo Estado-nación -que se ha vuelto demasiado visible, democrata y un poco aburguesado-, sino de la nueva *intelligentzia* militar, la que sale de las muy especiales universidades del ejército⁶⁵, que prescinde gustosamente del uniforme y se cree portadora de una misión revolucionaria: "Las virtudes del *miles*, ya sea militar, militante o miliciano, no se enseñan, aparecen espontáneamente cuando queda claro que el objeto de la defensa merece ser defendido, y éste no es el caso cuando los intereses particulares de *ayer* parecen preferirse al bien común del *mañana*". Le debemos esta declaración a Xavier Sallantin, uno de los promotores del coloquio internacional organizado en la sede de la Unesco por la "Fondation pour les études de défense nationale", sobre "La percepción de las nuevas amenazas", en

noviembre de 1973. Este coloquio, agrega X. Sallantin, tiene por objeto estimular la reflexión sobre la problemática de la *defensa del cuerpo social*, y esto de modo tal que supere el *statu quo*⁶⁶, contando sólo con el englobamiento nuclear, por un ajuste de todos los sistemas de defensa, una defensa que no sería ya nacional sino mundial y general; una defensa que “se saldría de la visión restringida de la defensa específicamente militar”.

El superconservadurismo del Estado occidental, establecido desde hace unos diez años sobre el litoral planetario, desea por lo tanto, a través de la crisis actual, moralizar, o mejor dicho, fatalizar –en todos los niveles y hasta en sus bases mismas– el “organismo planetario”. Una vez más, estamos en plena revelación tradicional, el lugar nuevo de la figura del Estado es la esfera planetaria que debe ser completamente protegida del *pathos*, es decir, de la turbulencia y de las variaciones de las microsociedades humanas. Es lo que está sucediendo actualmente, a través de la política de lo peor, y debemos entender esto con toda claridad, se trata de la *reducción definitiva, final podríamos decir, de todas las sociedades humanas por parte del Estado occidental*, y no se trata aquí de una empresa imperialista banal y provisoria, o de alguna crisis del mundo capitalista. La referencia a las “lecciones” de una pseudo-naturaleza que podría inspirar a los nuevos estrategias y sus términos, que resuenan siniestramente en nuestras memorias: virtudes del miliciano, biología social, primates y mutantes dominantes, todo ello toma, en las declaraciones de Sallantin, un significado mucho más importante en momentos en que el premio Nobel de fisiología es concedido a un Konrad Lorenz. ¡Konrad Lorenz, quien en junio de 1940, reclamaba “una eliminación aún más enérgica de los seres moralmente inferiores” y solicitaba con insistencia al Estado nazi “reemplazar todos los factores responsables de la selección” por una vía natural y libre⁶⁷!

Los pseudo-innovadores del congreso de la Unesco siempre siguen estando, por lo tanto, en la corriente del viejo Estado occidental, colonizador y negador de culturas y diferencias, generador de masacres y genocidios, los conductos lineales de la *Sinnbildung* organizan un ecosistema global; el sistema desintegrador del mundo se vuelve modelo y promoción del mundo, el Estado siempre vitalista y a la conquista de su nueva esfera patológica;... y la bomba, ¿no es acaso perfectamente patológica

para la humanidad? La expresión militar *fuego nuclear*, ¿no es acaso reveladora? La bomba es limpia, es purificadora.

Este orden, estos “valores” que los militares y los militantes piensan todavía defender y salvar son, sin embargo, una aberración impensable; pretenden organizar desde arriba el conjunto del hábitat planetario para un hombre y para una sociedades que estarían ausentes por ser enemigos. La entrevista televisiva sobre la nueva percepción de las amenazas, que siguió al coloquio, no terminó de otra forma: el hombre es comparado a la rata (imagen del número excesivo, de la depredación, de la epidemia, ¡animal de laboratorio!), el hombre ha obtenido todos los votos, el peligro y la amenaza principal es él. La refutación de la libertad humana tal como la definimos con respecto al cesarismo, aquí se ha vuelto global; la especificación del hombre, su identidad, son completamente negados y reemplazados por la referencia a un *animal humano* (malignidad).

Al salir de una reciente conferencia europea, Henry Kissinger declaró poco después: “De cualquier forma, no es aquí donde espero encontrarme con debates titánicos”. No se trataba de una cargada lanzada al pasar por el *jet-set* de la diplomacia de los Estados Unidos, sino de una indicación seria, acerca de la nueva escala y el carácter inédito que espera darle a su política. Este universitario especialista en historia está bien decidido a hacerla cambiar de lecho y, a su turno, a pregarla. Después de haberse mostrado como el hombre del diálogo, se convierte ahora en el instigador de un juego independiente de la técnica como poder absoluto, este juego que es el juego de una elite, es decir, de aquellos que poseen los medios de llevarlo a bien, lo que ya no constituye el caso de los europeos, de quienes nos dice Kissinger, “un abismo los separa, abismo que no deja de crecer entre la sofisticación técnica de los estudios norteamericanos y la facultad de absorción de estos trabajos por parte de los líderes aliados”. Mejor aún, él declaró recientemente a la prensa “que después de haberlo dudado un largo tiempo, creía nuevamente que *algunos* hombres influyen la historia”. En conjunto, el discurso del delfín de Nixon alcanza aquí al de Albert Speer, el delfín de Hitler, verdadero promotor de la guerra total, y quien también había soñado, en sus tiempos, con el fin de los

universos políticos y con un poder que cabría en la palma de su mano gracias a la tecnología. Del mismo modo, cuando los oficiales cristianos declaran en su manifiesto que el arma nuclear es de "naturaleza diferente" (p. 29), tienen razón: el proyecto nuclear (el arma estratégica) es la realización misma de la esencia del discurso occidental, y no cualquier discurso militar⁶⁸. En última instancia, es peligroso porque es fruto de un último esfuerzo estético milenario y desinteresado. Se trata del único poder que, en el mundo moderno, haya extendido realmente su imperio sin una oposición seria, precisamente porque se inscribe exactamente en nuestro sistema normativo y porque para sus ojos nuestras inhibiciones son inexistentes. Mejor aún, lo defendemos constantemente en contra nuestra, en contra de nuestra propia existencia, y así no nos inquietamos, parecería ser, más que en caso de desencadenamiento del proceso, si los territorios nacionales están abiertos a la destrucción. No nos preocupamos por saber si aquello que se nos muestra hoy como un paliativo no es en realidad el más trágico de los errores humanos y, simultáneamente, la más razonable de las soluciones del Estado de Occidente. A este respecto, los debates televisivos organizados el 20 de noviembre de 1973 entre miembros del Gobierno y de la oposición se mostraron reveladores: los dos partidos estuvieron tácitamente de acuerdo para callar con la misma obstinación el problema de la construcción de refugios destinados a la población civil, y a pesar de la insistencia de los telespectadores, el ministro Robert Galley se limitó a ironizar sobre el tema. Una mente simplista puede evidentemente preguntarse el porqué de esta extraña alianza, ya que, a fin de cuentas, estos refugios existen en Suecia y están en construcción en la China popular; ¿no reforzaría esto ese carácter *moral* de los bienes y valores a proteger, a los cuales hacen referencia los militares en su manifiesto? En un primer momento, se podría pensar que se ha puesto de manifiesto el viejo dilema de la *construcción de la paz*, la elección entre la edificación de infraestructuras duraderas y la producción de material de intercambio imponderable ha pesado sobre las personas que se han vuelto interlocutores más que adversarios⁶⁹.

Esto es lo primero que se le viene a uno a la cabeza, pero, si invertimos el postulado, se puede obtener el razonamiento siguiente: ¿y si el problema nuclear sólo se hubiese planteado a

las poblaciones de modo tal que no fuera en ningún caso civilmente soportable, y por ello, globalmente fiable? Argumento de civilización y ya no argumento específicamente militar; ya no se trataría de una guerra entre militares, por cierto imposible, sino de una guerra de los militares al civil a través de una nueva escalada, interior, que en este caso carece de los límites de la *inseguridad civil*. La expansión real de la densidad absoluta de peligro a zonas ilimitadas funda el carácter estratégico del arma, mientras que las razones del viejo compromiso militar consistían precisamente en la limitación de estas zonas con el fin de obtener durante la paz, a través de la negociación política, muchos más mercados, provincias, ventajas. En el siglo XIX, se "economizaba" la guerra para volverla un acto rentable, este factor inteligente ha desaparecido junto con la guerra tradicional; el complejo militar-industrial ya no tiene botines que traer a casa, ya que todo se debe suponer de antemano como pérdida, como ruina, y el universo político, tal como lo conocemos, se hunde también él al volverse una función superflua del Estado ideal. La guerra total ya llevaba en sí su superación técnica, la guerra fría y luego la paz total, pero el principio mismo de estas estrategias sucesivas en realidad ya no deriva más que de la creación y de la expansión de la inseguridad civil en el interior de las fronteras nacionales, inseguridad absolutamente inconcebible unos decenios antes. Es este término el que hace evolucionar la guerra hacia el empleo de medios técnicos ilimitados, y permite, en la paz, el ascenso de los grandes bloques tecnológicos y su política inédita. La guerra total ya no pretende aniquilar los ejércitos, sino lo que era otro: voluntad, honor, moral, identidad del adversario; ya estaba, en Europa, más cerca de la empresa colonial que de la guerra tradicional, y la paz total no hace más que continuarla, tal como lo prueban claramente los recientes emprendimientos norteamericanos.

Pero, al tiempo que era recorrido este nuevo esquema totalitario, orientado hacia el interior, se volvía forzosamente una tentación moral e intelectual completamente nueva para los políticos: esta potencia técnica espantosa, ¿no era acaso también ella un medio absoluto de disuasión política, un medio de conservación del Estado, ya que la escalada de la violencia podía, de aquí en más, producirse sin límites y sin oposición al interior mismo de los cuerpos sociales y nacionales? Debido al gran

despegue tecnológico, la mayoría de los métodos revolucionarios se vuelven caducos.

Porque finalmente este poder todavía se juega en última instancia alrededor de la *credibilidad política* del presidente elegido por todos los ciudadanos. Así, F. Perrin, a lo largo de la entrevista citada anteriormente, declaraba que "de Gaulle era políticamente creíble en tanto poseedor último del fuego atómico... no así Pompidou" ⁷⁰. En otras partes, es la persona del presidente Nixon la que, después de su triunfo en la elecciones, es atacada, arrastrada por el fango por la prensa liberal. ¿Por qué negarlo? A pesar de las duras amenazas que pesan sobre él, el poder político moderno posee un cetro con el cual hubiesen soñado los potentados más sanguinarios de la historia. Lo político y lo militar todavía comparten este derecho absoluto de gestión de la vida y la muerte universales –pero al igual que esos billetes rotos que por desconfianza los socios poseen por mitades– ¡y qué tentación la de reunir la apuesta en una sola mano juntando las dos últimas piezas del rompecabezas! ¡qué tentación para los militares, deshacerse del único y último socio político, tan insulso e ineficaz! La reflexión de Kissinger acerca de "este abismo que no deja de crecer", entre técnicos norteamericanos y líderes aliados, volviendo cada vez más difíciles las consultas útiles, el rechazo a la integración europea tal como los norteamericanos la deseaban al principio de los años sesenta, todo ello, no es sólo el signo de una redistribución de las cartas militares, políticas e industriales del mundo; el abismo también se ensanchó en los Estados Unidos entre los militares y los líderes políticos, lo cual explica la importancia tomada por un *neutro*, el tránsito de la Universidad, que espera racionalizar la experiencia norteamericana por fuera de la experiencia histórica, simbolizada a sus ojos por la vieja madre Europa, cubierta de ruinas. La incomodidad que planeaba sobre estos debates, la otra noche por la televisión, debe haber hecho reír en la penumbra, frente a su aparato, a más de un militar, ya que lo que ataca en realidad un asunto como Watergate, no sólo es la credibilidad del Presidente, sino toda la verosimilitud del sistema político como representante y, sobre todo, como organizador del consenso civil.

Por tanto, en Francia, toda reforma de nuestra Constitución debería ser pensada desde este punto de vista, pero aún si

existiese una oposición moral al nuevo esquema recorrido en la carrera por la posesión del "Estado perfecto", nadie, materialmente, puede renunciar a esta carrera hacia lo que constituye la esencia de ese Estado sin, lógicamente, fallar, ya que es esta esencia la que, de aquí en adelante, construye, sin compartirlo, el Estado. Lo mismo le sucede a esta izquierda que había puesto en marcha, con Guy Mollet, el proyecto nuclear –De Gaulle se limitó a tomar la posta más adelante– y, a pesar de nuestras aserciones, podemos estar seguros de que los hombres del programa común ⁷¹ estarían obligados a perseverar en la misma vía –podríamos decir que a pesar de ellos mismos– ya que "tomar el Estado de Occidente en nombre de la historia, es caer en el ente (su geometría inmutable) fuera de la historia". Es este salto el que Kissinger, con la cabeza gacha, obliga a hacer a la humanidad.

Cristo es dos veces la hostia. La víspera de su muerte definió el objeto del sacrificio tomando y distribuyendo el pan y el vino: esto soy yo, ¿qué? lo banal, lo cotidiano, soy el principio de lo que es de todos, su libertad que es la banalidad, lo más común es lo más divino. El día siguiente, la segunda hostia muestra que lo cotidiano que es el Cristo resulta incompatible en su principio de libertad común con un orden que, por su construcción conservadora y profiláctica, realmente se ha retirado del tiempo y del espacio humanos –de lo cotidiano, se podría pensar hoy en día–, *hasta la consumación de los siglos, o hasta su consumo*. En Emmaús, inversamente, Cristo reemerge de la sombra de la banalidad, la ceguera de los apóstoles se termina cuando Él renueva el gesto de la *transgresión*; este gesto que la Iglesia ha recubierto de oro, de barro y de sangre inocente, fue sin embargo repetido a lo largo de los siglos, deformado, sofisticado y, siempre enfrentado al Estado de Occidente, en tanto que el signo, devenido casi inconsciente y mecánico, de una última resistencia al inventor de la colonia, del ghetto, de los campos, de las reservas, de la proletarización, del subdesarrollo, o peor aún, destructor de la socialidad, del socialismo de la pobreza, de sus productos, de sus inventos, de sus culturas, de su saber, de sus técnicas...

Interrogado recientemente acerca de las modificaciones que deseaba eventualmente aportar al programa común, en plena crisis energética, François Mitterrand dio una respuesta que se

podría considerar sorprendente: lo que deseaba era cambiar un poco la mentalidad y la figura del militante socialista (entrevista televisiva realizada el 14 de enero de 1974). Sus preocupaciones serían por lo tanto muy cercanas a las del ejército, en la búsqueda del nuevo *miles*. Son las cartas militares las que *definen* a los ciudadanos; y henos aquí que lo que está en boga es la carta del Atlántico, y es por eso normal que junto a ella se desagregue la figura del "hombre consumidor" ⁷² y un aparato de producción del cual la crisis de Berlín nos había dado, en el mes de agosto de 1961, la imagen más clara. Los dos Berlines: uno, figura austera y sin alegría del bloque soviético construyendo su muro y taponando sus propias ventanas para dejar de ver al otro, iluminado y transparente, vitrina inmensa del lujo occidental, puesta en escena del estilo de vida de una población. Se ha olvidado un tanto demasiado rápido que el crecimiento material no era una política económica, sino más bien una política militar, un señuelo, una *astucia de guerra* ⁷³ que se disipa cuando sus necesidades estratégicas ya no se hacen sentir, que es lo que sucede hoy día. Entonces se abandona presurosamente la *freedom for want*, se busca una nueva mística; ¿cómo, en adelante, no interrogarse a conciencia sobre esta defensa de la *evolución del mundo* hacia el reino de Dios a través del monopolio de las armas de destrucción, que predicán, en su manifiesto, los oficiales cristianos? La parte más temible de este texto no está explicitada, y la pregunta sigue candente: si el bien común que estos oficiales creen sinceramente defender no evolucionara en su esencia hacia este fin moral y este bien superior que es su promesa, y al cual, precisamente, su apego a la Iglesia les autoriza a creer, ¿de quién se habrían vuelto en realidad los rehenes, o mejor aún, de qué? ¿Qué son estas nuevas relaciones que están surgiendo entre la cruz y el fuego?

Si creemos en lo que nos dicen los estrategas, el arma absoluta sería el medio para hacerle la guerra a la guerra; este armamento supremo aseguraría la síntesis del arma y la coraza; la bomba sería en definitiva el mejor refugio. Esta lógica de la disuasión es, desafortunadamente, muy poco compartida con los no especialistas, de allí que exista una cierta irritación de los militares frente al pensamiento de algunos hombres de la Iglesia. Es que si miramos un poco más de cerca, nos damos cuenta de que esta lógica nuclear administrada por el ejército se parece

bastante a una *creencia*. Por un lado, la disuasión estratégica no impide la constitución de una fuerza nuclear táctica, supuestamente para reforzarla, mientras que, para algunos especialistas, este desarrollo reciente del armamento atómico táctico no puede más que perjudicar gravemente la disuasión y el famoso equilibrio del terror. Por otra parte, el principio de la nulidad de los refugios antiatómicos, de ningún modo quita que, tal como lo hemos visto, algunas potencias nucleares los construyan, prueba de que la lógica de la disuasión se administra aquí y allá en forma diferente. Finalmente, las necesidades aparecidas recientemente en materia de control de poblaciones en períodos de crisis, para evitar la insurrección de un pueblo expuesto al fuego nuclear por sus responsables civiles o militares, muestran con claridad, si aún hiciera falta, que el discurso nuclear es finalmente menos un discurso lógico que una suerte de fe compartida por cierta elite.

Así, desde 1945, se habría diseminado en un medio restringido, en un cenáculo, la fe en la buena nueva del arma absoluta. La salvación de los hombres ya no provendría de su conversión, sino de este temor comparable al que inspiraba el Dios de Israel manifestándose sobre las polvaredas, rodeado de rayos. En resumen, la nube de la explosión podría reemplazar ventajosamente al hombre de las beatitudes, en un *santuario* en el que las ojivas ya no serían las de su arquitectura. Esta suerte de retorno cientista al Antiguo Testamento por parte de los apóstoles militares debería llevarnos a analizar más de cerca el discurso de la guerra moderna, así como el de la institución militar en su pretensión de asegurar de aquí en más, ya no la salvación de la patria, sino la salvación del mundo. Los términos religiosos empleados cada vez más frecuentemente por los responsables, para justificar sus prácticas, son reveladores: el término "santuarización", por ejemplo, que designa el medio de hacer inviolable, "sagrado", un territorio cubierto por la disuasión nuclear.

Sin embargo, la política de los envites, la estrategia anti-ciudad, coloca en primera línea ya no el ejército, sino al conjunto de las poblaciones civiles; así como en el cuadro de David las Sabinas se interponen entre los guerreros de ambos campos exponiendo a los golpes a sus hijos desnudos, así los estrategas se ofrecen mutuamente sus poblaciones, desprotegidas. Frente a

la revelación de los peligros corridos por las masas, los ministros del culto de la disuasión tiene dos métodos: uno, semi-clandestino, que apunta a organizar las medidas de prevención y de control social de las poblaciones a fin de evitar que, por medio de revueltas, desacrediten la disuasión; es, junto a la Defensa Operacional del Territorio (DOT) y la "protección civil", la idea de una participación que renovaría el compromiso en una "defensa nacional", en adelante asegurada por especialistas, y que consistiría en oponerse a nuevos enemigos, *los del interior*, culpables de no aceptar el dogma de la disuasión. La otra, oficial y espectacular, que consistiría en hacer compartir la "fe nuclear" a través de un ardiente proselitismo (una información masiva) a los mismos que son ofrecidos en holocausto al dios de las armas; aquí, la autoridad suprema renovaría el gesto de Abraham.

De hecho, el advenimiento del arma absoluta, como buena nueva, sería el revés de aquella traída por Cristo. No se trata aquí de olvidar la existencia del arma nuclear, de hacer de cuenta que no existe, sino de refutar la pretendida lógica nuclear y mostrarla por lo que es, una creencia irracional.

El peligro más temible no es tanto que mañana la bomba explote, sino que ésta ya exista. El peligro no es el *fuego nuclear*, sino el auto de fe, la *fe nuclear*. Esta fe que prepara, en sus catacumbas de cemento, el advenimiento de una última civilización, bajo el temor cuasi religioso del fin del mundo: me refiero a la "civilización del ejército". Lo más grave, para los oficiales cristianos, no es pertenecer a tal o cual arma, ejercer tal o cual acto, sino pertenecer a esta fe nuclear ya que, conscientemente o no, se trata efectivamente de una apostasía.

Nadie puede aceptar el carácter totalitario de los envites de la estrategia nuclear sin contribuir a invertir tarde o temprano a los ejércitos de un poder exorbitante y definitivo. Hoy día, los riesgos de explosiones nucleares, a escala estratégica, son infinitamente menos importantes que los de la nueva revolución militar-industrial. La fe nuclear no es otra cosa que el signo de pertenencia a esta conjura, donde la ciencia y la tecnología brillan con todo esplendor en su magna potencia, figuras místicas de un orden y último avatar de la estadolatría.

"La clase militar no es conservadora."

Después de Hiroshima, los grandes Estados victoriosos se encontraron rápidamente con una serie de situaciones inéditas. Eran más potentes e imperialistas que nunca y, a la vez, se habían vuelto "inofensivos". En aquel entonces, el poder militar consistía en no poseer la bomba, es decir, en poder seguir "especulando", en darse al viejo juego de la estrategia, y asociados tan improvisados como Cuba, Israel o China pondrían constantemente a sus protectores entre la espada y la pared, recorriendo sin ellos los diferentes grados de la escalada. Los dos super-Grandes paliaron esta situación tomando uno y otro sus distancias con respecto a estos embarazosos socios, y crearon la *entente nuclear*, la dominación del mundo por un esquema estratégico común, absoluto en su resultado, aniquilando así, por un instante, todas las otras formas de especulación o las veleidades de la escalada, ya que no se podía, parece ser, ir más allá de la adhesión a la muerte universal.

Y sin embargo, no se sopesó correctamente este doble término, *arma estratégica*, como última síntesis del ataque y la defensa; no nos hemos interrogado: ¿por qué todos los Estados desarrollados eligieron esta faceta de la estrategia? ¿Por qué decidieron llevar el principio del ataque hasta el extremo y dejaron de lado la otra faceta del arte de la guerra? ¿Por qué no instauraron una carrera hacia la defensa absoluta?

Podemos respondernos inmediatamente que este desarrollo de la defensa hubiese cuestionado el conjunto de sus actividades. En efecto, la idea de una defensa absoluta contradice la realización del concepto de guerra como totalidad coherente y,

desde el siglo XIX, las naciones beligerantes aplicaban este principio –del límite de la defensa como permisiva de las actividades de asalto– al unísono sobre sus territorios respectivos en Europa, ya que, en caso de defensa absoluta, escribe Clausewitz, la guerra no podría llevarse a cabo más que de un solo lado; resulta de ello “que en la guerra, la defensa no debe ser más que relativa, debe aplicarse a la noción de conjunto y no extenderse a las partes”. Las actividades de ataque, en cambio, no quedaron sometidas a esta clase de interdictos por mucho tiempo, y el levantamiento de las últimas restricciones morales ante una agresión que se vuelve totalitaria, está marcada por esta traducción abusiva de la palabra platónica, desviada de su sentido literal por Heidegger en 1933 y luego por el nacionalsocialismo: *Alles grösse steht in Sturm* (“Toda grandeza radica en el asalto” –*La República*, libro VI).

Sin embargo, cuando el ataque se ha vuelto, tal como sucede hoy en día, absoluto –es decir, que puede alcanzar *al mismo tiempo* al conjunto y a las partes–, el concepto de guerra parece también él desaparecer; “hacerle la guerra a la guerra”, es la consigna de la disuasión, “la bomba mata la guerra”, y el equilibrio del terror sería altamente moral, ya que salvaría finalmente al mundo. El arte de la guerra no puede, por algún oscuro milagro, volverse contrario a su principio, creando la paz... la bomba no suprime la guerra, suprime un cierto número de casualidades al transferir a otras categorías la decisión estratégica. La disuasión es en realidad una forma permanente de ataque absoluto, la defensa general se transforma en un proteccionismo nuevo, también él inmanente, suerte de defensa difusa orquestada por los medios, proteccionismo popular, que no se condensa en ningún lado y que sucede a la resistencia compacta de los cuerpos de ejército. Es por ello que, si hubo acuerdo inmediato sobre el gran principio simplificador de la disuasión, no puede haber acuerdo sobre los límites complejos de los armamentos y de su producción.

Skylab brilla como un espejo en el cielo a través del que prosigue con su vigilancia silenciosa, las grandes explosiones sobre los apacibles atolones, los cohetes erigidos despliegan en sus silos lujos dignos de catedrales; hoy en día resultaría imposible ponerle precio a Chartres, pero no a esos maravillosos submarinos nucleares que parten a invernar bajo el casquete polar,

ni tampoco a esos aparatos rutilantes que pueden volver a caer en lluvias mortales sobre los habitantes de las ciudades: por ellos, los Estados sacrifican el presupuesto de las naciones, por su industria militar de punta; el pueblo indio fue deliberadamente condenado a la hambruna y, hoy en día, las poblaciones planetarias son convidadas al gran ayuno, a la gran penitencia, si es que no quieren ser terriblemente castigadas.

La técnica es hermosa y hemos sido amaestrados para adorarla. En Nueva Guinea, el “culto del buque de carga” se basa en la creencia indígena de que el conjunto de mercaderías europeas, ya sea que se trate de aviones, de equipos para el hogar, de equipos militares, o de barcos, no son productos de la industria humana y pueden ser obtenidos o rechazados por la práctica de ciertos rituales⁷⁴; pero en cualquier película norteamericana de los años cincuenta, el electrodoméstico también era una suerte de dios-lar cuyo culto debía celebrarse obligatoriamente; por aquel entonces, a un occidental le bastaba con poseer un pequeño vehículo cromado para fascinar a una mujer... Sin embargo, estas diferentes místicas o capillas de la técnica cayeron bruscamente en desuso: los vastos templos del cine fueron derribados, se desguazan los trasatlánticos gigantes, se abandonan los proyectos de aviones supersónicos civiles, etc. No se trata aquí de la decrepitud del culto de la tecnología occidental, sino más bien del simple reconocimiento de sus nuevas dimensiones prácticas: el equilibrio del terror, finalmente constituye la instauración de una sola y temible Iglesia del progreso, de una religión de Estado mundial y de la asimilación normal de todas las sectas gentiles, de los cultos salvajes. Con el *statu quo*, el conjunto de la evolución tecnológica entró en otro universo de signos, el de la administración y mantenimiento del terror, el de su redistribución sobre el plano local bajo la forma de amenazas: la hecatombe de la ruta, la industria que contamina y asusta, el electrodoméstico que mata a domicilio más que el auto...

Saber lo que una civilización sacraliza, lo que en ella, al volverse ceremonial, escapa a la razón. Cuando Clausewitz constata, hacia 1816, que la guerra se expandió en Europa de manera fulgurante –a pesar de ser ella misma un fenómeno desprovisto de sentido– lo que sucede es simplemente que nuestra

civilización está en tren de sacralizar la guerra y, en efecto, hasta los tiempos modernos, no se considerará que la guerra exija en sí misma ningún tipo de justificación ⁷⁵.

Un ceremonial perpetúa y vuelve sofisticada una actividad natural o necesaria repitiendo su libreto indefinidamente en el tiempo y en el espacio. Así, en los tiempos prehistóricos, el cazador pagaba su deuda cumpliendo una función social indispensable para el grupo, ya que aseguraba su supervivencia entregándole una parte considerable de su comida. Pero, a medida que la economía alimentaria de la comunidad progresaba, la importancia social del cazador disminuía, su actividad se volvía superflua, sin utilidad real, y sin embargo, el desarrollo de la caza original proseguía: carreras de toros o monterías son liturgias que piden prestado su minucioso guión a los de las cacerías en grupos organizados, inspiradas ellas mismas en el modelo animal –el de la observación de la cacería en jauría, jauría en la que el hombre se introdujo con habilidad, antes de dirigirla con la voz y con la música. La cacería animal en jauría crea una jerarquía que se organiza por la selección en el tiempo y en el espacio, competencia de velocidad y de resistencia, de astucia y de inteligencia, que termina en un último combate, un último conflicto cuya salida es la muerte y la distribución de los restos de la víctima –el provecho alimentario del que cada uno obtiene una parte proporcional a su importancia en la jerarquía de la jauría–, y es este ritual el que perpetúa las corridas o las monterías.

En el siglo XVIII, la guerra, como las cacerías, se había convertido en un deporte, un divertimento principesco, mientras que en el origen también había tenido su utilidad social, indispensable para la protección y la supervivencia del grupo. Razzia de animales o de hombres, tenía fines directamente alimenticios o económicos; luego había dejado de ser una necesidad para volverse un juego, más o menos mortal, más o menos mercantil, y Vauban hacía notar en el siglo XVII “la profunda degradación social de la función militar”. Y está convencido de que la función militar tiene una importancia primordial para la supervivencia del Estado, y amenaza a la monarquía francesa de desaparición si no emprende de inmediato una reforma enérgica de su ejército. En tales gestiones aparece ya claramente el embrión de lo que será el *militarismo* en el siglo XIX, y luego el

del siglo XX: la casta militar acaba de constituirse en “clase permanente” en el seno del funcionamiento del Estado, y sin embargo, aunque sea muy pesada para el Tesoro, ya no tiene un rol social bien definido. Ya no resulta indispensable para la preservación de los bienes y de las personas y, a causa del extraordinario desarrollo de los sistemas especulativos, ya ni siquiera es útil para sus ambiciones económicas. Por lo tanto, tal como lo había previsto Vauban, justamente la degradación social de la clase militar será uno de los factores esenciales de la Revolución en Francia y de la liberalización política. Del mismo modo, los logros militares de las jóvenes repúblicas actuarán como el instrumento de la consolidación de los nuevos Estados nacionales en América y Europa: en 1870 Bismarck, canciller del Imperio, se comprometerá directamente, a través de la guerra, en la vía del socialismo de Estado, pensando, de esta forma, conjugar más rápidamente los factores verticales indispensables para las naciones modernas: Estado-ejército, ejército-proletariado, producción industrial y producción de la guerra quedan indisolublemente asociados.

Desde 1789 hasta la Revolución Rusa –desencadenada durante el primer conflicto mundial–, pasando por la Revolución China, serán de hecho los actos de guerra los que desencadenen las revoluciones sociales, políticas, económicas. De esto a pensar que estas revoluciones no son más que epifenómenos civiles de la guerra y de la filosofía militar... *El militarismo europeo* sería el escenario de la guerra bruscamente sacralizada, ya que se encontraba a salvo de cualquier crítica fundamental, no sólo gracias a una propaganda nacionalista intensa que se identificaba rápidamente con el conservadurismo político, sino también por una propaganda revolucionaria que se calificará de opositora. Por lo tanto, la crítica antimilitarista estaba encerrada en su propio dilema, ya que esta “clase militar”, en pleno ascenso en el seno del funcionamiento del Estado, también es una clase “científica”.

En efecto, la clase militar se volvió permanente a partir del momento en que los “consejeros técnicos” comenzaron a hacer frente común. Estos consejeros definían el ejército como una organización autónoma, al servicio exclusivo del Estado y perfectamente apta para controlar y asegurar, sin adhesión social ni debilidad humana, la expansión de su poder *tanto en tiempos*

de paz como en tiempos de guerra... A menudo se ha calificado a Vauban de "padre de la revolución" y, por cierto, este reformador del ejército se distingue de otros grandes empleados del Estado, ya que, efectivamente, su accionar separó la figura humana del rey de la del Estado como si se tratara de una máscara. La realidad del poder que propone es aquella, anónima, de la razón matemática, en lo que ésta tiene de deductivo, pero también de inductivo, de inventivo. Mucho antes que los filósofos, edificará proyectos de sociedades racionales, pero en un sentido revelador de sus ambiciones de clase, ya que el único fin de estas sociedades será la lucha en contra de la hambruna endémica, notoriamente gracias a la investigación estadística, a la planificación y a la proposición de políticas programáticas a escala nacional. ¡Así, la clase militar reencontraba, a través de lo científico, su utilidad social desaparecida, volviendo a ser el proveedor alimentario de su grupo!

Las revoluciones políticas no harán finalmente otra cosa más que reconocer y saludar desde lejos el mausoleo del poder humano, esa identidad morfológica del Estado de quien la clase militar es la auténtica autora y de la que permanece como su centinela.

Por lo tanto, la clase militar no es conservadora, y esto ha tornado difícil su abordaje. En el siglo XIX, parecía relativamente fácil denunciar la política capitalista, pero la política de clase del ejército, si es que ésta existía, fue ignorada; incontestablemente, el ejército jamás fue integrado correctamente al conjunto del análisis social, los antimilitaristas mismos adivinan obscuramente que ir al fondo de la crítica en ese dominio implicaría poner en marcha un mecanismo mortal, no para el militarismo, sino para el conjunto de la civilización, para todo lo que consideran como valores revolucionarios de Occidente, y que han vuelto indiscutibles en nombre del progreso. Criticar la política de clase del ejército implicaría al mismo tiempo destruir el fundamento científico y racional del gran movimiento industrial y económico de la paz que quieren crear. Por lo tanto, no existirá en ningún lado una oposición seria a la expansión del poder militar en el funcionamiento del Estado, y el secreto militar descansará finalmente tanto en las necesidades estratégicas como en el silencio y en la autocensura de los grupos antimilitaristas o pacifistas. Alrededor del ejército se desarrollarán las más graves crisis, y éstas

revelarán a veces el carácter anacional de la clase militar, tal como fue el caso de las purgas simultáneas en Rusia y en Alemania bajo Hitler y Stalin; se limpiará el ejército, se moralizará la guerra en las instancias internacionales pero, de hecho, el antimilitarismo no logrará jamás superar el nivel del burocratismo o el de la oposición visceral y ciega a la autoridad. Cuando en 1914 la guerra se convierta en una inmensa misa -liturgia sacrificial donde los Estados combatientes ofician precipitando en la muerte a los millones de hombres que "movilizan"-, cuando la guerra moderna alcance este pico de puro ceremonial, solo su absurdidad será relevada, su carácter fatal, la incapacidad de resistir el "cataclismo" en la que se encuentran las naciones más "civilizadas". Será entonces el turno de la guerra de los inocentes, la guerra de la gente común, la "guerra sin odio" de Rommel, ya que, "en rigor de verdad, ¿a quién odiar? Morían en medio de las tinieblas más espesas, sin que ni siquiera un rostro enemigo se destacara en la noche implacable... morían por la realización de una obra que ignoraban, para hacer número, podríamos decir ⁷⁶".

La desaparición de la utilidad social significa también que ya no hay más conquistas, no hay más beneficios, y por lo tanto, ya no hay más vencedores o héroes; se va a la guerra sólo para ser sacrificado:

"Hombres de guerra como seguramente jamás se vieron, hace notar Bernanos, los recoge usted bien tranquilo en la oficina, en la fábrica, les da usted un boleto para el infierno con la estampilla de la oficina de reclutamiento y borcuéguenlos nuevos, generalmente permeables; el último saludo, el saludo supremo de la Patria les llega bajo las invectivas de la ojeada huraña del cabo reenlistado a cargo del depósito de vestimentas, que los trata de boludos... y se apresuran a llegar a la estación de trenes, un poco borrachos, pero ansiosos ante la idea de perder el tren al Infierno, exactamente como si fueran a ir a una cena familiar un domingo... a Bois-Colombes o a Viroflay.... El día de la Victoria... y bien, el día de la Victoria, esperan volver a casa pero, en verdad, no vuelven, por la sencilla razón de que 'el armisticio no es la Paz' y que debe dejárseles el tiempo suficiente como para que se den cuenta... ocho días hubiesen sido suficientes para probarles a los soldados de la Gran Guerra que una

Victoria es algo que se mira de lejos, como la hija del coronel o la tumba del emperador en los Inválidos ^{77 y 78}”.

En los pacifistas, el retraso del análisis sigue siendo el mismo cuando, con respecto a los demás, logran finalmente trepar a la cima de la jerarquía internacional, cuando se constituyen las primeras sedes del *mundialismo político*, antes de 1914 las primeras audiencias económicas, luego la Sociedad de las Naciones y finalmente la ONU. Los grandes Estados nacionales parecen entonces sensibles a estos puntos de vista y se muestran decididos a ir en el sentido de la construcción de la Paz... hasta que sus trabajos, sus esfuerzos, se vean reducidos a cenizas... “A menudo a través de algunas palabras, de un párrafo, de cierto artículo que, repentinamente, *misteriosamente*, vienen a jaquear todo lo que ha sido proclamado como la voluntad común de las Naciones Unidas –la afirmación frente a la historia de la aspiración más profunda y la conciencia misma de una generación...–, todo es aniquilado y se hace caer al mundo muy por debajo de la condición creada por el viejo pacto de la Sociedad de las Naciones”, constata Edgard Milhaud en enero de 1948; y agrega después Bernanos: “¿Vamos a dejarnos frustrar los frutos de una victoria que costó tan caro? ¿Vamos a dejarnos arrancar todo lo que la conciencia pública obtuvo de los gobiernos en los días subsiguientes a la guerra?”.

Se trata, en ese invierno de 1948, y mientras el gran conflicto recién termina, de un texto donde el Consejo de Seguridad establece la desigualdad entre sus propios miembros, al “calificar” de antemano la mayoría indispensable para toda decisión del Consejo concerniente a una acción: ¡siete votos sobre once, que deben obligatoriamente englobar los cinco votos de las cinco grandes potencias! Y ello en el preciso momento en que se decide la geoestrategia de la paz (el emplazamiento de las diversas fuerzas armadas en el reparto del mundo), pero también, en el momento en que se ponen de nuevo en marcha las actividades económicas que pueden contribuir a la fabricación del armamento que constituye los medios de destrucción masiva.

Sin embargo, como lo marca claramente el llamamiento de Milhaud, nos encontramos en un momento excepcional, ya que, por un lado, la conciencia pública, bruscamente despertada, se encuentra separada de la de los Estados y, por otro, sus gobiernos

deben prometer la paz mundial, el bienestar y la seguridad a cambio de la Victoria y de la miseria presente. Pero al tiempo que los pueblos creen haber sido salvados por la creación de grandes estructuras transnacionales –guardianas de la Paz y portadoras de igualdad y de justicia– precisamente estas organizaciones, a salvo detrás de los procedimientos, vuelven a poner en marcha el embrión debilitado de los conflictos futuros, la orientación de la industria y de la economía mundial se dirige hacia la fabricación y la venta masiva de armamentos... todo está allí, en medio de los estribillos de la fiesta, de las ceremonias de la “liberación”. Debemos reconocerle cierto coraje a Eisenhower cuando, unos diez años más tarde, denuncia al nuevo Estado militar-industrial con su imperio de militantes de la tecnoestructura ya sólidamente instalado en las universidades y los medios masivos de comunicación... diez años de atraso que se ha tomado la *intelligentzia* civil con respecto a la *intelligentsia* militar. Pero en 1948, en ese momento privilegiado, la conciencia pública y la de los gobiernos aparecen absolutamente disociadas, y el ~~fer~~mento de la guerra descansa incontestablemente en el exterior de los pueblos, en la nueva puesta en marcha del funcionamiento de los grandes Estados democráticos. De hecho, como lo muestra claramente el artículo cuarenta y tres, el fin de los Estados-nación y el advenimiento del mundialismo político no anuncian la paz, sino la prosecución de la política totalitaria de la clase militar internacional. De guerra en guerra, la clase militar, que escuchó irresistiblemente las “necesidades estratégicas” desde el interior de la vida de los Estados, terminó progresivamente con “esas otras inteligencias, que, en los gobiernos, son incapaces de comprender todas las circunstancias, incapaces de tenerlas en cuenta” y hacen de la cosa militar un “asunto mitigado”, sin cohesión interna ⁷⁹.

La primera guerra total realizó esta cohesión interna, el *statu quo* la perpetúa volviendo estratégico el conjunto de los Estados-nación, fundiendo todos los objetivos e intereses particulares en un solo gran escenario orientado hacia un solo objetivo, absoluto, general. La primera guerra total sumó de un solo golpe a los “soldados como nunca se habían visto” de la primera guerra mundial –y que eran prácticamente civiles–, al resto de la población mundial, en tanto participante eventual del gran ceremonial. De hecho, las estructuras interiores de los Estados,

al ceder sin reservas a las necesidades estratégicas, invirtieron radicalmente su funcionamiento; la clase militar, con su rol de instrumento y de inspiradora, pasó a ser el único interlocutor del poder político, suplantando a los representantes de los grupos sociales, de los intereses locales y de una oposición que también desapareció en la guerra. En adelante, la dialéctica estatal se establece alrededor del poder nuclear central y, debido a la naturaleza de este nuevo poder estatal, la clase militar ya posee de hecho el poder sobre la clase política, que ya no es más que el último y vago representante de una organización humana superada, terminada y falible. Eso es Watergate, o H. Kissinger declarando "ilegales" a los diversos poderes políticos en Europa.

La inmensa masa humana devenida impotente ya no tiene defensores. Es que lo que la realización de la primera guerra total indudablemente creó, es una nueva situación social, un *nuevo estatuto para la humanidad*.

Hoy en día, temerle a la influencia cada vez más importante de la institución militar sobre la institución civil nos obliga a remontarnos a su origen, la colonia, a través de aparatos recientes como el Gulag soviético o el sistema de concentración nazi, *la colonización interior después de la exterior*. Si la sociedad colonial es un prototipo de civilización militar, si los servicios de Asuntos Indígenas son efectivamente el embrión de la acción social del ejército, entonces debemos concluir que lo que se prepara en la metrópoli no será otra cosa que una repatriación resultante de la descolonización. Los vastos territorios de ultramar eran una derivación de la voluntad de las potencias armadas de Occidente, su desaparición constituye el preludio de un intervencionismo cada vez más importante del poder militar sobre el civil. No disponiendo ya de un campo, no sólo para las maniobras de sus máquinas (Larzac, Canjuers), sino también para el conjunto de su aparato, la institución militar se expande en el Estado civil, y eso hará hasta capturarlo íntegramente, recreando en casa, por última vez, las condiciones paraciviles que caracterizaban a la sociedad colonial.

Pero esta captura puede ser "cautivante", tal como lo prueban las modalidades peruana o portuguesa, pero no es por ello menos grave, ya que asistimos a la devaluación definitiva de la

figura civil del Estado democrático y a la sublimación, la transfiguración, podríamos decir, del poder de la clase militar.

Consecuencia mayor de la guerra total, la descolonización significó menos la liberación de los pueblos oprimidos de África o de Asia que la crisis, y quizás el fin de los Estados nacionales de Europa, dominados a su vez por un nuevo imperialismo derivado del *statu quo* nuclear. Participando, a través de la geoestrategia militar-industrial y de la instrucción de sus cuadros, en las coaliciones que delimitan la silueta del nuevo Estado mundial, las instituciones militares europeas ya no tienen otro terreno de aventuras que el de sus metrópolis. Este movimiento de adaptación de las fuerzas armadas a las fuerzas del orden puede llegar hasta identificarlas con las fuerzas que luchan en contra de los monopolios, bajo los viejos pretextos de la eficacia económica o de una mayor justicia social; pero, lo hemos visto, a pesar de que el "progresismo" militar tiene una larga historia –y no sólo en América Latina– no podría confundirse con progreso social alguno. El arbitraje del ejército –ese "juicio salomónico" que parece acechar inconscientemente a los poderes políticos dominados del Viejo Continente– no sabría instaurar una *justicia* cualquiera, sino únicamente acelerar su declive. Cuando la descolonización del continente africano, la proliferación de micro-Estados, gobernados muchos de ellos por militares, pudo darnos ilusiones acerca de estas prácticas, pero la metamorfosis de las fuerzas armadas en policía administrativa y económica no parece ser el medio ideal de escapar a la opresión de las grandes potencias. Esta repentina reconversión de los ejércitos constituye de hecho un desfalco, pero muestra también algo más que una simple complicidad con el adversario real: los diferentes ejércitos nacionales ya no son más que las policías paralelas de un Estado nacional naciente. Del mismo modo que, en períodos de crisis, las fuerzas del orden civil pasan bajo control militar, se puede decir hoy día que, con la crisis de los Estados-nación de nuestro hemisferio ideológico, todas las instituciones militares están bajo el control de los Estados Unidos, ya no tienen latitud más que con respecto a su propia población y su gobierno. Pero resulta urgente constatar que esta libertad es considerable y puede ir en el continente sudamericano –que paradójicamente está estrechamente condicionado–, del golpe de tipo chileno –con la consecuente caída

del Frente popular del presidente Allende-, al golpe de tipo peruano, donde esta vez son los oficiales superiores quienes prueban directamente el progresismo social.

En adelante, el problema central de la "civilización" militar es el "control social", y aquí las instituciones militares pueden oponerse tanto al conservadurismo -como lo prueban actualmente los golpes tipo portugués o etíope-, como al socialismo; al arbitrar todas las tensiones sociales y políticas, las fuerzas armadas simplemente controlan las crisis terminales de los Estados-nación.

Como se ve, el *statu quo* tiene un doble efecto: a través de la política del arma absoluta, y gracias a la coexistencia pacífica, acredita la realidad política de los bloques hemisféricos y, a través de la influencia de las instituciones militares indígenas, permite controlar los cambios que podrían volver a encarrilarla. En resumen, hoy como ayer, tanto en la aparición de las ciudades-Estado como en el nacimiento de las naciones, la clase militar es la garante de la trascendencia del Estado.

Los imperios británicos y franceses fueron las tentativas de superación del orden nacional, pero dejaban lugar a una dualidad que se reveló fatal: la dicotomía entre la metrópoli y la colonia. Por ello, aun si los combatían, les reconocían una especificidad, y veían algunas diferencias entre un territorio y otro. Así, los imperios europeos repetían indefinidamente el modelo excolonial mediterráneo, mientras que el modelo endocolonial propone una homogeneización. Este es el sentido que anima la puesta en marcha actual, por parte de la presidencia norteamericana, de métodos de política interior semejantes a los que en todo tiempo se emplearon en política exterior. El imperio americano ilustra bien esta desterritorialización de un poder que explota y domina, y lo hace ahorrándose los equipos, con excepción de algunas bases -cada vez menos numerosas por cierto-, ya que hay una delegación entre ejércitos.

Con respecto a esto, se debería volver sobre el proceso de descolonización del continente africano. En lo esencial, la operación se jugó y se juega entre poderes militares oficiales y oficiales, entre mercenarios y fuerzas del orden, entre soldados leales o desleales -De Gaulle y Salan⁸⁰ para el caso francés- y ahora entre buenos capitanes y malos policías en Portugal o, tal como lo titulaba un periódico parisino, "el ejército salva a un

pueblo de su policía"... Pero tanto en un caso como en el otro, la evacuación de un teatro de operaciones exterior por parte de las fuerzas armadas resulta siempre largamente compensado por una ocupación del frente de la escena política en la metrópoli.

Todo ocurre como si cada modificación del lugar de la política -adquisición o abandono territorial- ocasionara indiferentemente un movimiento de capilaridad del poder militar en dirección al poder civil, como si la institución armada tuviese derecho a la prioridad en la definición del espacio social. Creo que este enraizamiento es lo que más se le escapa al análisis político contemporáneo. Sería tiempo de que la izquierda comprendiese, al fin, que el partido no es el territorio, y que a falta de poseer una geopolítica original, no se tiene política alguna. Hay que reconocerlo, la política es ante todo un lugar: la ciudad de antaño, la comuna, la envergadura de la nación toda, después. En adelante el drama revolucionario se jugará mucho más allá de estas definiciones. La cofradía del partido, el corporativismo de clase, no forman comunidades a la escala del último territorio. La bancarrota de la internacional proletaria constituye nuestra gran catástrofe histórica. La puesta en jaque del territorio de los Soviets no es sólo la de una revolución, es sobre todo la pérdida de un primer cuerpo territorial socialista; mientras el Estado totalitario extiende su opresión a territorios cada vez más amplios, a través de técnicas de posesión cada día más perfeccionadas, el socialismo se desmaterializa, la bancarrota de octubre ronda el mundo en este fin del siglo xx al igual que el fracaso de la Comuna de París había rondado el fin del siglo xix.

Entonces, ¿cuál es hoy en día el significado de las luchas de la izquierda en Europa, y más particularmente en Francia y en Italia? Si la toma del poder por parte de los partidos de la izquierda no pone en marcha una geoestrategia revolucionaria, ¿de qué sirve ocupar el lugar del ejecutivo, si no podemos orientarnos hacia la superación del Estado-nación? Las flaquezas originarias del análisis de la oposición acerca de los problemas de la institución militar se reencuentran aquí, ya que la política exterior y la política militar son solidarias. La guerra económica declarada por los Estados Unidos a Europa no es una simple peripecia de la libre competencia, es el principio de una opresión que sólo terminará con el subdesarrollo de los Estados europeos. El interés que la mayoría de nosotros tenemos por los

países oprimidos de América Latina debería orientar la visión política, ya que la explotación desmedida de los Estados sudamericanos, con la complicidad pasiva o activa de las fuerzas armadas locales, no es más que la prefiguración de lo que debería volverse la Europa de fin de siglo. Las "repúblicas bananeras" forman parte de la lógica misma del sobrecapitalismo; experimentadas previamente en la zona de influencia directa del imperio norteamericano, serán un día exportadas al conjunto del hemisferio occidental.

La desterritorialización de la conciencia política de la izquierda, ligada con el hecho de que nunca pudo ejercer válidamente el poder, la ha llevado a desarrollar los fantasmas más graves para el futuro. Pero hagamos una vez más un rápido retorno al territorio político del siglo pasado: los ejércitos de masas nacieron de la Revolución Francesa con el Imperio napoleónico, y luego, el imperio colonial tomó, en ultramar, el relevo de la expansión territorial metropolitana. Todos los ideales democráticos del servicio de la nación y de la conscripción nacieron al mismo tiempo que la industria militar. Después de la Segunda Guerra Mundial, la descolonización ocasionó un regreso al continente, la repatriación hacia un territorio nacional que iba a convertirse en un "santuario" nuclear. Así desencadenaba el proceso que lleva al ejército profesional, el de una clase de tecnocracia capaz de servir a la vez tanto a los medios de producción como a los de destrucción más sofisticados; tal como lo señala Alexandre Sanguinetti: "La disuasión nuclear matará al soldado pero resucitará al oficial".

Por lo tanto, la reforma del servicio militar no constituye una simple renovación administrativa, tal como lo devela bastante torpemente Michel Débré: "La reducción del servicio a seis meses, es de hecho una manera disfrazada de modificar nuestros objetivos militares... Es una mutación: las fuerzas armadas se vuelven una universidad militar". En efecto, este ejército que tiende a profesionalizarse no pide otra cosa más que identificar su condición con la de la tecnocracia civil, como lo declaraba el 28 de mayo de 1974, en su "Radioscopie", el coronel Bitel, segundo comandante de Saint-Cyr⁸¹: "Somos cuentapropistas de una expansión que hemos contribuido a asegurar preservando la paz... *somos productores como cualquier otro*." Esta reorganización de la clase militar es de hecho el

signo de una transformación social y política radical, ya que estos nuevos "militantes" de la tecnoestructura han lanzado o recuperado la mayoría de los ideales progresistas (salvo aquellos que cuestionarían su función) ¡y no es aquí donde el sindicalismo militar debe tranquilizarnos! Por cierto, esta identificación del "productor" militar con productor civil se ve ampliamente facilitada por las perspectivas de las industrias de punta, en adelante orientadas hacia objetivos de la producción militar (electrónica, aeronáutica). Por cierto, la crisis mundial ya muestra esta producción asimilada a los bienes de equipamiento, no sólo necesarios, sino indispensables para una economía nacional amenazada.

El famoso "compromiso histórico" debe ser reconsiderado bajo este ángulo. El movimiento obrero europeo, al comprometerse en un espectacular acercamiento con la burguesía, marca bien esta reorganización de la lucha de clases. El compromiso pretende oponer un frente unido a los peligros del acuerdo entre las dos hegemonías, pero este "proteccionismo" social no puede ser practicado en las condiciones estratégicas presentes sin poner una vez más a la clase militar en posición de arbitrar conflictos. En efecto, la tentativa de constituir un "frente nacional" no puede hacerse sin una interpelación más o menos abierta a las fuerzas armadas. Dicho esto, el proteccionismo tanto como el aislacionismo, refuerzan invariablemente el conjunto de los poderes de control de la sociedad, y ante todo favorece la alianza de clase de los diferentes actores del encuadre social en lugar de crear una agrupación popular, siempre problemática. Un pacto se celebra entonces entre "militantes tecnocráticos", un pacto que ofrece a cada uno sus ventajas inmediatas: para los militares, es la garantía de escapar del ghetto institucional, una excelente manera de "civilizarse", para jóvenes oficiales opuestos a la tradicional oscuridad política del ejército; para los civiles, es una forma de acceder a un peso político al cual ya no pueden aspirar por sí mismos.

Como se ve, del mismo modo en que durante el siglo XIX coincidieron la industrialización de los medios de destrucción y el reclutamiento en masa —la proletarianización del combate—, así coinciden actualmente la identificación de la guerra con la ciencia y esa mutación de la clase media. El desarrollo del aparato científico e industrial de los ejércitos está en el corazón de la

crisis del Estado-nación, y lleva en sí las causas de una transformación radical de la sociedad que las fuerzas populares no parecen percibir. Todo ocurre como si la ilusión del "frente nacional" renovara la de la "defensa nacional".

Después de la *autorregulación* de las sociedades primarias, después de la *regulación* de las sociedades estatales, comienza la *desregulación* anacional. Esta se identifica con la anarquía militar aplicada a los más amplios conjuntos sociales, se trata la realización del principio de la colonia, su perfección misma.

El Estado occidental no es un perro más o menos loco, el "caballo pálido" del Apocalipsis; es por el contrario un proyecto perfectamente observable y por lo tanto concebible, si es que se decodifican conveniente y continuamente sus órdenes, sus mensajes, sus esquemas, devolviéndole de esta forma el trabajo de información y de control que este ejerce permanentemente sobre nuestra persona, sobre la masa social. Pero no basta con *descifrarlo*, antes debemos exhumarlo, desencriptarlo sobre el terreno. Se puede y se debe tratar al Estado valiéndose de la arqueología inmediata, su lugar es menos la geografía humana que una cierta geometría, es decir, los medios que justamente él obtiene al proyectarse en el tiempo y en el espacio.

La morfología del Estado siempre es una anomalía geométrica que se extiende y se repite. El arqueólogo interpreta sobre el terreno el conocido ejemplo de la centuriación (romana) como algo inseparable de la organización general; el catastro constituye "la marca indeleble, gravada en el suelo, de una toma de posesión que divide para dominar y exige para su mantenimiento un trabajo colectivo, siempre perseverante, fundamento mismo de la educación de masas, de su civilización⁸²". El Estado se inicia fijando en el suelo su definición espacial de una sociedad nueva —que, de hecho, lleva en sí la destrucción de la socialidad—; invita a las masas a la construcción —a la conservación— en un *statu quo*, de lo que Sun Tse llama "esta provincia de la vida y de la muerte que es la guerra", asunto de vital importancia para el Estado, ya que "el gran secreto de terminar con todo radica en el arte de saber obtener una contribución de la división: división en las ciudades, en los pueblos, divisiones exteriores, división entre los inferiores y los superiores, división de la vida, división de la muerte⁸³". Asimismo, la civilización militar-industrial no

podrá nacer en Europa más que cuando los “déspotas ilustrados” y luego los gobiernos revolucionarios hayan establecido o mejorado el catastro, llegando incluso hasta la pura y simple *colonización inmobiliaria*, en Prusia por ejemplo, o en Norteamérica, donde se destaca notoriamente la “ordenanza del Noroeste” para la unidad federal en 1787.

La civilización occidental siempre es colonización, es decir, expansión y mantenimiento de esas “provincias de la vida y de la muerte”. *Por lo tanto, el Estado no libera a los hombres de la fatalidad, es él mismo quien, con su ayuda, la construye y hace de la fatalidad su hábitat.* Entonces, los sitios designados por su colonización se transforman en algo similar a la *entropía* de las sociedades originarias, la complejidad de sus energías de intercambio disminuye y se degrada porque se hace “a través de superficies que crecen como los cuadrados, y de volúmenes que crecen como los cubos”. Así Manhattan, ciudad neumática, al desarrollar los signos de su crecimiento geométrico, desarrolla simultáneamente sus crisis.

Si *el Estado construido* da vuelta la socialidad como un guante, si el universo histórico se hunde en la realización del proyecto nuclear, si el campo de la humanidad y sus últimos fragmentos de materia compleja desaparecen definitivamente con la reunificación rural y la expansión de la ciudad mundial, después de todos estos naufragios, el tiempo y el lugar permanecen, igual que en el origen, como las últimas materias primas de la civilización occidental, *su tratamiento* constituye la última apuesta, y en adelante sólo por ellos se libran combates aún incomprensibles. Ya no se trata de “calidad de vida”, de “socialización de la naturaleza”⁸⁴, etc., la situación presente supera estos términos parcelarios, de un siglo de antigüedad: se trata de la calificación general del espacio y del tiempo por parte de una sociedad mundial en devenir. Lo dramático no es que en cincuenta o en cien años ya no quede lugar en el planeta, lo trágico es que nos falte hoy. Reencontramos aquí, esta vez al nivel espacio-temporal, el desarrollo artificial de estas nociones de rarefacción y de penuria que en el mundo militar-industrial han hecho de los modos de producción la fuente privilegiada de las organizaciones humanas. Leí un artículo intitulado “El consumo del lugar”, donde los arquitectos y los urbanistas eran invitados a promover este nuevo tipo de consumo.

Ahora sabemos que el New Deal, después de la gran crisis de 1929, representa el fin de la prioridad de la *producción* y el inicio de la política del *consumo* (la promoción de ambos resulta incompatible en el seno del sistema monetario existente), de allí la aceleración de la debacle fisiológica a través de la *guerra total* de 1939 y de la *paz total* que la sucede. Esta política de consumo-consumación debía desembocar rápidamente en la situación de subdesarrollo. Esta situación no es otra cosa que el encierro de continentes enteros entre su anterioridad y una hipotética posteridad-prosperidad (entre la memoria y la previsión), de allí la lenta y terrible agonía de los países “en vías de desarrollo”. Ya que se dejó de hacer de las condiciones mismas de su existencia un *problema inmediato*.

Por lo tanto, podemos imaginar fácilmente lo que significan esos términos de consumo aplicados a los modos de ocupación del espacio en una Europa donde la perspectiva norteamericana ya prevé para los próximos diez años vastas zonas subdesarrolladas (ver el informe de H. Kahn para el DATAR). Si, como ya lo hacía notar F. L. Wrigth hace veinte años, la construcción del hábitat ya no es, en los hechos, una proeza técnica, prácticamente también ha dejado de ser, en cualquiera de sus otros niveles, la invención de alguien; tiende a convertirse en el producto de nadie. Lo mismo sucede con los objetos de consumo industrial, cuya *impersonalidad* permite la obsolescencia, la ausencia de factores de apropiación durable: su modo de producción quiere que nos deshagamos del automóvil, de la televisión, de la heladera, etc., sin lamentarlo, porque no se le adjudica ninguna otra característica más que una función perfectamente transferible.

¿Puede tratarse el hábitat mundial de esta manera?

El espacio humano, al hacerse de *nadie*, se vuelve progresivamente la expresión de *ninguna parte*, nos damos cuenta entonces de que se trata, a través del prodigioso desarrollo de la ortogénesis ortogonal, de una descalificación absoluta del conjunto geográfico. El acto suicida que asocia tratamiento del sujeto y tratamiento del lugar –*el nadie y el ninguna parte*– es lo que ya constatamos en ciertos acontecimientos: en este sentido, los incendios del CES se asemejan a los de los protestantes de Belfast –que con sus propias manos queman sus casas– y, sobre todo, al famoso “¡Arde, baby, arde!” de los incendiarios de

los ghettos de Watts, de Detroit o de Chicago, que contemplaban con deleite cómo se consumían sus lugares de residencia.

Existe una *moral* en la materia, un *sentido* moral en la física de las cosas; esta moral de la materia es el *sentido* impuesto por la *naturaleza* al hombre, y que hemos llamado imperfectamente “moral natural”; es una moral no querida, la de una humanidad dispersa y poco numerosa, descansando como camuflada en el espacio y en el tiempo, en una libertad tributaria de la complejidad y la imprevisibilidad de su hábitat; se podría hablar de modo de vida “impresionista”, donde nada es permanente excepto el retorno al instante. En Europa, después de la gran campaña de desmonte durante la revolución agraria ⁸⁵, el hombre, al volverse más independiente de su hábitat natural, tiende a imponerle su propia moral; este sentido nuevo implica ante todo sacar alguna ventaja de la naturaleza; para abstraerse de ella, del arte de erigir, se pasa al de las fortificaciones, de lo repentino, a modos de distanciaci3n permanentes. La materia-naturaleza (la *physis*) ya no impone su moral más que de un modo secundario; en adelante la moral (el sentido) debe anunciarse, se trata del regreso al examen racional: a la *tabula rasa* de Descartes se le corresponde la planicie desierta de Versalles, en donde debe reconstruirse, desde los cimientos ⁸⁶, la nueva ciudad-Estado de la monarquía.

Los sistemas de distanciaci3n sirven de “fundaci3n” ⁸⁷ para los edificios, pero sobre todo se los emplea en el tratamiento del espacio circundante: ubicuidad y dominaci3n paramilitares de las perspectivas rectilíneas –planificadas “al infinito”–, de las vías de acceso y de circulaci3n, de las terrazas. Aquí, lo *natural* está completamente descalificado, encerrado en los importantes huertos “*en que se domestica al salvaje*”, en el exotismo de los invernaderos, en el interés que el rey le da al modo en que “*se hace traer los guisantes a su mesa*”, y en el parque en que se hacen “surgir” los árboles y las aguas siguiendo la voluntad del momento. En realidad, en Versalles asistimos menos a una revoluci3n política del poder central que a la restauraci3n de la ambici3n metafísica del Estado sobre el conjunto de la naturaleza y la sociedad. Los artistas están aún íntimamente mezclados con la concepci3n de la nueva morfología de la ciudad-Estado, contribuyen a darle su *éidolon* –tal como lo habían hecho para Venecia o para Florencia– pero el

compromiso del artista en la construcci3n de la ciudad ya no es *científico*, ni reivindica para su clase, como en el Renacimiento, la “totalidad del saber” a través de la “reconstrucci3n matemática del mundo” ⁸⁸. Mientras tanto, el militar Descartes, alumno asiduo de los jesuitas, resolvió *las imposibilidades antropomórficas* en las que se estancaban las ciencias físicas, partiendo a la guerra en contra “de lo que se relaciona con los sentidos”, eliminando así, a la vez, al socio artista del abordaje científico de la naturaleza. Con él, la física se vuelve un ejercicio suficiente en sí y, en efecto, será él quien haga posible la aplicaci3n de las matemáticas a la física, al crear la geometría analítica. Nuevamente el gran principio de abstracci3n metafísica de la estrategia occidental se interpone entre el hombre y su hábitat. El enemigo de la totalidad es la complejidad, y el conocimiento de las propiedades físicas va a permitir tratar la materia del mundo siguiendo sus propios criterios y sus propias leyes, crear otro mundo, un nuevo mundo en el cual lo que provendrá de los sentidos será excluido y reducido a la desaparici3n. Realizar este “sueño monstruosos de la metafísica: reconciliar la nada y la realidad” ⁸⁹.

Si sobrevolamos jardines antiguos, los de Chantilly por ejemplo, nos damos cuenta de que tienen, en su conjunto, la misma importancia geográfica que una pradera en un bosque inmenso. Las alamedas, las circunvalaciones, los sistemas de riego, todavía sugieren algún trazado abierto por una tribu, un espacio restringido que ha sido *ordenado* y *significado* por una geometría social. Pareciera que alrededor, en cierta medida, el hombre aún le ha dejado a la “naturaleza” la latitud de significar y legislar en su lugar. Esta última latitud tiende a desaparecer totalmente a partir de mediados del siglo xvii. En esa época, hombres –que no son ni militares, ni arquitectos, ni ingenieros– pretenden enseñar el arte de “trazar campos y fortalezas”. Enseñan precisamente lo que por entonces se llama la *castrametraci3n* –el arte de engañar por medio de trazos geométricos. No se trata aquí de un arte específicamente militar sino, tal como lo hace notar el coronel Lazard, *de una suerte de reino de la geometría descriptiva, proyectada sobre la naturaleza, sobre los sitios*. Otra anomalía: estos castrametristas del continente europeo son en su mayoría docentes y; por lo tanto, gente de la Iglesia: el canónigo Famuel, Jean de Breuil –jesuita–, el abad Dufay, el padre

Fournier, etc.; y en Alemania, los Sturm, en Italia, el canónigo Rosette...

Al mismo tiempo, son distribuidos y fabricados los primeros instrumentos de medida suficientemente precisos como para establecer la *situación de los lugares*, el cálculo de los tiempos y de las distancias, de las altitudes, etc. Este tipo de ejercicio conoce una extraordinaria boga mundana y, poco a poco, renace en la sociedad policiaca la idea antigua: la geometría es la base necesaria para una expansión calculada del poder del Estado en el espacio y el tiempo... Inversamente, el Estado posee entonces dentro de sí una figura suficiente, ideal en la medida en que sea idealmente geométrica.

Felicidad suficiente también, ya que, según sus numerosos adeptos, en la geometría "lo verdadero y lo bello están íntimamente ligados" y, para el hombre honesto, la geometría se ha vuelto un *arte*, con sus satisfacciones estéticas, "la seducción de sus maravillosos encadenamientos de razonamientos". Pero Fénelon, al oponerse a la política de Estado de Luis XIV exclama: "¡Guárdense de las hechicerías y los atractivos diabólicos de la geometría!".

Hoy día, cuando nos encontramos en un espacio, se trata forzosamente de un espacio medido, de un *square*, literalmente, una *plaza cuadrada*. La palabra "verde", en la denominación "espacio verde", sólo tiene sentido descriptivo, también podríamos llamar a los espejos de agua "espacios azules" o incluso "espacios negros" a los cementerios. La reducción del valor semántico señala aquí una situación, la de la *naturaleza* en el seno de la *cultura urbana*, el *sentido* impartido al *natural* en un conjunto en el que domina lo artificial. Las campañas de prensa en favor de la defensa de los espacios verdes han adquirido el nombre significativo de "cacería de la clorofila"... El árbol del paisaje urbano dispensa la clorofila y sirve para depurar el aire contaminado de las ciudades, del mismo modo que el farol da seguridad dispensando su luz y combatiendo la oscuridad. Ambos son accesorios del mobiliario urbano, y las luchas que a veces se instauran en favor de la defensa de un tipo de utilización de tal o cual espacio no pueden más que desembocar en nada, ya que sobre todo se resumen en la defensa de sus *límites funcionales*.

Las reglas afincadas en la entrada de la plaza marcan las

distancias que debemos guardar con respecto al natural, el tipo exacto de intercambios que debemos mantener con éste, los límites del comportamiento que debemos adoptar so pena de represión inmediata por parte de los guardias armados. En este espacio cuadrado, el número de posturas permitidas es tan limitado como las del soldado en maniobras; podemos caminar, sentarnos sobre un banco y hablar, siempre que lo hagamos en voz baja. El tiempo, en la plaza, se mide con la misma medida que su espacio, a través de la apertura y el cierre regular de sus rejas; es que el hombre, la presencia humana, en ningún momento debe convertirse en accidente, correr el riesgo de interrumpir el funcionamiento. Por ello, la organización de la plaza contribuye con la rectitud del comportamiento: el paseante siempre está iluminado y es visible, no encuentra ningún refugio contra la investigación y no puede estar solo en ninguna parte. Contrariamente a lo que sucedía en los antiguos jardines, los espacios verdes son lugares cultivados absolutamente estériles, y los árboles y especies plantadas se eligen en función de su improductividad y de la rapidez de su tasa de crecimiento. Allí también, cualquier productividad alteraría el funcionamiento de la plaza, creando deseos en el paseante, por ejemplo; una perturbación imprevisible, ganas de acostarse en lugar de sentarse, de escamotear, de cosechar... Por las mismas razones, se han tomado medidas radicales en contra de gatos, perros, pájaros: perturbadores del orden y la limpieza. Así, al penetrar en la plaza, aparece la actitud congelada de una humanidad como "azotada" por un comportamiento somático estándar, limitado a un juego de movimientos imperceptibles. Los que están en la plaza se han convertido insensiblemente en aquellos que la sociedad rechaza hacia el margen, por considerarlos improductivos, *inactivos*: discapacitados, personas ancianas, niños de poca edad, vagabundos, linyeras... en espera del enorme desecho criminal de la ciudad, que echará a todos los demás, como en el Central Park.

Sin embargo, esta discriminación vitalista radical del funcionalismo urbano hasta ahora pasó desapercibida, en la medida en que, hace apenas algunos años, aún subsistían numerosos espacios intersticiales en el tejido urbano; sitios sin función, sin iluminación ni control, disponibles para los ciudadanos. Se trataba de los famosos campitos, los grandes pastizales situados

a las puertas mismas de la capital (La Villette, Vincennes, etc.), los diversos depósitos, las márgenes del Sena, aunque la construcción de riberas verticales les halla quitado el carácter de playas oblicuas donde venían a refrescarse los animales y las personas. También los cementerios eran lugares apreciados, el del Père-Lachaise estaba coronado por un vergel abandonado donde los niños de Belleville se libraban al juego y a la recolección.

Esta reducción de la *naturaleza* tiene una función sanitaria y social, y se generalizará aún más gracias a las medidas tomadas en favor de una pretendida defensa del medio ambiente; consecuencia normal de la política de acondicionamiento del territorio que desemboca, inversamente, en un control permanente de nuestro comportamiento con respecto al medio devenido medida y ley, figura del Estado. A las luchas en contra del crimen, del incendio, de los cataclismos, etc., se han sumado los combates en contra de la contaminación; para terminar, finalmente, atendiendo a los requerimientos de la política de la plaza, de la ciudad de conjuntos nacionales y continentales.

Lo hemos visto en Lurs, por ejemplo, cuando se sostuvieron los debates para instaurar parques regionales: toda perspectiva positiva y productiva fue automáticamente combatida y apartada en favor de criterios de conservación y de protección de los sitios, sentido "inofensivo" de las actividades humanas en las reservas, en las que se repetirán indefinidamente los mismos gestos, devenidos invariables e invariados... Se mecaniza la "no-evolución antropológica", paliándose el nacimiento de todo comportamiento original, diferente. Se destierra la presencia animal en mayor escala: prohibidos en las playas, los animales vieron denegado su ingreso en las ciudades escandinavas en 1971, después de haber sido expulsados de los inmuebles, de los restaurantes, de los cafés; el establecimiento de cuarentenas veterinarias permanentes en derredor de las grandes ciudades suecas planteó problemas prácticamente irresolubles a los propietarios de animales (*Le Monde*, 18 de septiembre 1971). En Suiza, dos años más tarde, las praderas y los campos, la campiña misma, es prohibida a los perros, acusados por las autoridades de contaminar la leche de las vacas. La señora Solange Marchal, de "Libertad de París", tomó postura, en la tribuna del Consejo de París, en contra de la posesión de un perro: "Terminaremos por

tomar con respecto a ellos las mismas medidas de *interdicción de permanencia* que han sido adoptadas en Islandia". Se estudian medidas similares en las grandes ciudades norteamericanas. Las reglas que se publicitaban a la entrada de las plazas, ahora se publicitarán en la entrada de las ciudades o en las fronteras de los Estados, substituyendo las morales no deseadas que los hombres encontraban o reencontraban al volver al monte, al bosque, al campo abierto.

Pero sobre todo, en el momento en que se pretende reabsorber el control geográfico de nacionalismos y nacionalidades —allí donde supuestamente se han suprimido los pasaportes y visas— nacen de lo social, de lo sanitario, de lo veterinario, nuevos *apartheids* refinadísimos, y por lo tanto temibles, una verdadera política de las "especies" que, desde los *nacionalismos* antiguos, se ha expandido, durante la última guerra, a las razas y a su encierro (campos de concentración, campos de personas desplazadas después del conflicto, etc.). Las reservas naturales, los parques regionales o nacionales, extienden esta política de las especies a todos los casos, a todos los accidentes de la materia viva, instaurando una verdadera cacería biológica sobre los territorios, un safari interior llevado adelante por los distintos "defensores" de la naturaleza, enrolados en asociaciones paramilitares como los "Rangers de Francia", o en asociaciones parapoliciales. Cada año se intensifica la lucha entre los agresores del medio ambiente y sus defensores, cada verano, en las vacaciones, el "vándalo" pasa indiferentemente de la destrucción del mobiliario urbano al del bosque, al del monte, convertidos en los signos de una misma cultura, de una misma captura.

La asociación de el nadie con el ninguna parte de la metafísica liberó fuerzas que no tienen analogías animales o vegetales, fuerzas inconmensurables porque no tienen comparación. Marca el fin de este "habitar en lo que estamos emparentados" de Heidegger, y que no era otra cosa que el simple reconocimiento de un semejante en el medio ambiente. Así, cuando Montaigne viaja, no sólo se interesa por lo que es *célebre y designado*, sino que también peregrina en un medio activo y, por lo tanto, antropomórfico: aquí se encuentra, más allá de la riqueza semántica de los sitios antiguos, esta igualdad de relación entre el hombre y la naturaleza; las montañas tienen gru-

pas⁹⁰, otras son "cabezonas y peinadas", algunas lo amenazan a uno, pueden aplastarlo, arrojarle piedras... En los jardines, este tipo de relación, a menudo violenta, con la naturaleza es seguido por el juego de las aguas que lo rocían a uno de modo sorprendente, los laberintos que lo pierden en su oscuridad vegetal, etc. Resulta interesante comparar tal viaje con *On the road* de Kerouac, viaje del predador en un medio *desfigurado*...; el ghetto espacial se vuelve ghetto temporal.

Aquí también lo que ya sucede en las reservas animales nos informa sobre el futuro de la biopolítica global de las especies: desembocará, para la especie humana, en lo que llamamos reducción selectiva, tal como ya existe en el *apartheid* animal. El futuro de las razas se mide por el espacio mismo que se les atribuye en la organización del territorio. Se trata de la masacre de los siervos en el parque Grisons (más de un millar de hembras y de cervatillos), dos mil focas y bebés focas en la reserva de las islas Farne, a lo largo de las costas inglesas: "única solución, estiman las autoridades competentes, para preservar las islas en contra de una superpoblación peligrosa". Por cierto, se trata del mismo problema y de las mismas soluciones, en todos los parques *naturales* del mundo en los que se quiere preservar un equilibrio... Por el contrario, "gracias a ciclos sincronizados, en la estación de investigación de Nouzilly, cerca de Tours, se programa por completo el nacimiento de los corderos, y pronto se hará lo mismo con los terneros". El conjunto se calcula para no molestar la salida de fin de semana del criador. El *planning* familiar aún está lejos de exhibir un parto tan certero, ya que alcanza una tasa de seguridad del noventa por ciento...

La Isla del Levante, desde que sirve de reserva para los *hom-bres naturistas*, ha sido pomposamente rebautizada como Heliópolis. Cuando nos acercamos en barco a sus costas, percibimos racimos de cuerpos humanos desnudos y como suspendidos en las rocas entre el mar y los alambrados de los terrenos militares que ocupan el noventa por ciento de la isla... Sobre las playas, los "enclaves" naturistas ahora están *protegidos*. El naturista no es natural, es higienista. Si los naturistas fundan "clubes gímnicos", es porque los griegos los admiraban fervorosamente y "porque *periódicamente* vuelven a sumergir al individuo en un cuadro natural". La idea de "salud" se repite sin parar, se trata de supercuras en superplazas por oposición a ciuda-

des supercontaminadas y congestionadas y, tanto federaciones como clubes apelan, para la fundación en cada ciudad de "estadios de luz", a los "beneficios higiénicos, sanos e innegables".

La protección de los campos resulta, pues, rigurosa, la gendarmería controla severamente el movimiento del cuerpo humano, ya que se trata de enclaves reconocidos por el Estado. El regreso a la salud no es el regreso a la naturaleza, y sobre todo no debe ser confundido con el regreso a una *animalidad*, a un *sensus* cualquiera. Los naturistas que veían en la "ausencia de uniforme" un obstáculo para la guerra, son a su vez asediados en sus establos por toda una fauna de polis y de CRS⁹¹ "disfrazados de naturistas", vigilantes de que las actitudes de los cuerpos "permanezcan gímnicas y no hallen ningún signo de lascividad o de sexualidad en las actitudes".

Al mismo tiempo, se extiende sobre las playas la moda de los senos desnudos, pretexto de nuevos enfrentamientos con la policía; los reincidentes son fotografiados y fichados... Más allá de la represión, una vez más aparecen otras realidades: los senos de las mujeres, liberados de sus ingeniosos suspensores, penden como odres vacíos, ya no se piensa seno sino mama, he aquí los instrumentos de un amamantamiento (sólo algunas chicas púberes todavía pueden pretender normalmente otra cosa). El seno desnudo sobre la playa opaca las últimas imágenes de una sexualidad que reconocía en el partener una forma estandarizada de lo bello; no es, como se dijo, el fin de un misterio, sino el rechazo de un código de identificación, de un último modo de relación y de reconocimiento que comandaba una buena parte de la actividad sexual, en particular en los encuentros ocasionales, una buena parte de la fascinación social. El cuerpo humano que repentinamente rehúsa los atavíos es el cuerpo reconocido como insensible e inútil. Un código de atracción desaparece, un código de repulsión ve la luz; el cuerpo ya no tiene imagen, es un evento considerable.

En el Levante, el silencio que emana de los cuerpos humanos se puede comparar al de las morgues en los hospitales, el cuerpo clínico muerto se parece al cuerpo viviente extenso -los ojos cerrados, en el enclave naturista-; ambos están como al término de un ciclo biológico... es el lento descenso solitario a la cámara, bajo el sol resplandeciente frente al mar.

Poco después de pasar un pueblo de nombre premonitorio -Plurien ⁹²-, penetramos en una columna de autos que se espesa minuto a minuto, mientras que un olor acre reemplaza el olor vivo de la campiña. A la altura del cabo de Erquy, las dos filas de vehículos se cruzan a lo largo de muchos kilómetros; la gente vino de lo profundo de sus terruños y a menudo desde muy lejos, para ver la agonía de las playas. Un fenómeno de contaminación renueva el atractivo de los grandes fenómenos naturales de equinoccio.

"¡Llegó!", grita el conductor de un automóvil que sube desde la costa, como si se tratara de un acontecimiento feliz. Sobre el camino de cornisa, después del puerto de Erquy, entre los autos estacionados, una primera visión a vuelo de pájaro: la gran curva dorada de la playa de Caroual ya está tachonada de sombras.

Sobre la ruta de acceso, los motociclistas de la policía se hacen virtuosos en desanudar la doble procesión que se detiene y se estaciona en cualquier parte, de cualquier forma, en su ansia por ver, por tocar, este fenómeno horrible cuyo olor ya nos da una idea.

Bajo los arbustos, en medio de las casas con colores claros que rodean la playa, entre los autos estacionados, marchan grupos hacia el mar. Un camión mezclador pasa a toda velocidad, el ruido de obra nos llega de la costa, ahora tan próxima. Los rostros son los de los eventos dramáticos -semigraves, semialegres-, las personas hablan poco, tengo la impresión de que bajan la cabeza más que de costumbre.

Un helicóptero rojo nos sobrevuela y se dirige hacia alta mar.

Orientada al poniente, la gran playa de Caroual es invadida por miles de personas, entre las que circulan, con dificultad, bulldozers y camiones de carga.

Un barco de guerra cruza en el horizonte, mientras más cerca, balanceado por las olas, un pequeño barco vierte bolsa tras bolsa de aserrín en el mar.

Diez kilómetros de petróleo acaban de expandirse y

aglomerarse sobre las arenas bretonas, los rollos grisáceos afluyen en cámara lenta hasta la línea de los curiosos.

Al sur, allí dónde la tropa aún no intervino, la playa está recubierta de un hilo negro brillante, como si fuera una capa de pintura fresca depositada por la última marea, algas y rocas desaparecen bajo el enduido que lame la base de los acantilados.

Cabe preguntarse qué es lo más extraño, esta putrefacción marina o la presencia contemplativa de esa multitud alineada, que retrocede ante cada deposición de la marea creciente...

Para esta chusma, que manifiestamente no capta el sentido del fenómeno que vino a ver, el acontecimiento es lo insólito; lo trágico no es más que un adjetivo subsidiario. Sobre estos rostros vueltos hacia el mar, la felicidad de lo inusual sobrepasa el horror del signo. Incluso comienzan a jugar con esta materia espesa y nauseabunda que reemplaza al agua.

Se toman fotos, se filma la obscenidad del paisaje, se arrojan piedras, para sondear la consistencia, se hunden bastones, y se obtiene diversión de las burbujas que estallan en la superficie, se reencuentran los gestos escatológicos de la infancia.

En la cima de los acantilados, las siluetas se destacan, las rocas son otros tantos zócalos para esos turistas de la desolación.

Todo el mundo esta erguido, de pie, atento, pero ya se ven circular camiones repletos de vallas metálicas.

Mañana el litoral estará:

"CERRADO AL PÚBLICO DURANTE EL TRANSCURSO DE LOS TRABAJOS".

TERCERA PARTE

LA IDEOLOGÍA SANITARIA

Producto final de la sociedad de consumo, los residuos, los desechos y las consecuencias de todo tipo constituyen el inmenso inconsciente colectivo de la era industrial. La transformación del mundo por parte de la industria desemboca finalmente en el basurero cuyo perfil subraya la sedimentación artificial. En este decorado residual, el higienismo se desarrolla a la misma velocidad que la contaminación de las regiones obreras, hasta el punto de llegar a representar hoy en día, más allá del cuadro de la salud y de las simples precauciones corporales, una verdadera ideología sanitaria.

La desvalorización del residuo es contemporánea de la economía industrial. El residuo, que para la economía precedente era causa de riqueza y fundamento de la sedentariedad debido a sus posibilidades de recuperación, se convierte, con la mutación industrial, en malsano, peligroso, irrecuperable. Debe ser evacuado, ocultado o incinerado. A través de una ósmosis muy curiosa, apoyándose en los descubrimientos de una microbiología naciente, el higienismo devalúa simétricamente el residuo orgánico: transpiración, secreción animal.

Nacido de los excesos de la explotación industrial, en las proximidades de los campos de carbón de las minas, en el momento mismo en que se constituye una clase proletaria igualmente explotada, el higienismo desarrolla el tema de la culpabilidad del hombre en tanto que estado de la materia. Retomando por su cuenta la simbólica religiosa, parodiando los ritos del agua (ablución, bautismo), reintroduce el mito de lo intocable, de lo impuro. La ideología sanitaria tiende insidiosamente a romper la sociedad al nivel de la cualidad corporal de los individuos, pero les arrebatada su especificidad: la huella digital se convierte en un signo infamante, se me identifica a través del sudor

que dejo en los objetos. El higienismo transpone la caída del pecado a la secreción, me juzga y me condena perpetuamente en beneficio del objeto inanimado, aséptico. En la sociedad religiosa y preracionalista, el aliento, por ejemplo, simbolizaba el alma (*anima*), mientras que en la nuestra, en virtud de una inversión significativa, será asimilada a la fetidez de los gases de escape de los autos. El dominio olfativo ha sido desvalorizado de la misma manera: de ahora en más, olor natural significa exhalación nauseabunda, y esto alcanza su grado extremo en la venta de productos llamados "desodorantes", cuyo sistema de publicidad sólo tiende a probar la repulsión que siente el hombre frente al olor de su semejante.

La ideología sanitaria evacúa al hombre físico de una sociedad esencialmente urbana, en que el problema de la promiscuidad en la concentración jamás ha sido resuelto de otro modo que a través de la evacuación hacia la periferia, o a través del confinamiento, en ghettos, de los "residuos" sociales o raciales tratados globalmente; aunque, por otra parte, esto no es más que la prolongación del tratamiento precedentemente aplicado a ciertas enfermedades en la Edad Media, y después a los libertinos e insensatos en la época clásica⁹³. La construcción del hospicio y del asilo en las ciudades, destinados a albergar todas las formas de desviacionismo, fue el preludio del secuestro de las poblaciones por parte de la urbanización de la era industrial.

El gran temor a los contagios y a las contaminaciones en el interior de un medio urbano esencialmente preservado, percibido como antinatural, por oposición al mundo rural circundante, preparó el terreno a todos los tipos de segregación o de apartheid. La ruptura voluntaria de las comunicaciones, que instituyó entre un miembro "sano" y un miembro "malsano" por la vía de la internación, inspiraría a los urbanistas sus sistemas concentracionistas, donde el higienismo funciona como un dogma. Dogma separatista donde la antigua oposición de lo rural y de lo urbano se transmuta en oposición entre lo séptico y lo aséptico, lo animado y lo inanimado. Vimos hasta dónde podía llegar tal opresión ideológica: la sala de duchas construida en el centro del campo de concentración hitleriano no es otra cosa que el subterfugio que disimula la cámara de gas, el ritual del agua prepara al ritual del fuego, el osario prolonga el escorial.

Escapando a su implantación puntual, a su aislamiento en el seno del territorio agrario, la ciudad ya no puede pretender la selectividad. La ciudad ya no es una isla, ya no contiene una minoría que proteger intramuros; se convierte, gracias a su prodigiosa expansión, en el territorio único de las sociedades. Por ende, si a pesar de este cambio de contexto, que de hecho es una inversión de términos, perseveramos en la práctica de la "confesión sanitaria", el sitio urbano no tardará en transformarse en un amplio instrumento de destrucción social. La masa creciente de los asociales ya constituye su signo, sucede a la de los excluidos del siglo pasado, proletarios y colonizados. El sistema político deja que el potencial urbano se vuelva progresivamente en su contra. Al ofrecer sacrificios al dogma higienista, sin intentar previamente una aproximación crítica, a los arquitectos y urbanistas les corresponde una parte enorme de responsabilidad en la constitución edilicia reaccionaria de la metrópoli moderna.

Fue en nombre del pudor a preservar y de las promiscuidades dudosas que el aislamiento y luego la ruptura de las comunicaciones sociales fueron instituidas en la ciudad. En adelante, la vida colectiva parece insoportable, a causa del ruido de los vecinos, del desagote de aguas servidas, del golpearse de las puertas o de los olores de cocina. Toda realidad ambiente de la vida en común es excluida de la ciudad industrial en nombre de la "salud". Pero, ¿cómo puede ser entonces que este mismo ambiente pueda ser percibido agradablemente en otras circunstancias, en otras estructuras urbanas? Es que de hecho, la ideología sanitaria disimula las deficiencias más secretas. La división "funcional" que realiza la higiene en el interior del departamento al aseptizar cada una de sus presuntas funciones, en un medio privativo: un lugar para la cocina, otro para dormir, para almorzar, para fumar, para el baño, para el inodoro, para la basura, etc., da crédito implícitamente a la otra división, la de la apropiación y las clases sociales.

La reducción en secuencias menores de lo vivido por el funcionalismo arquitectural es extraída directamente de esta ideología, la que, al romper el contacto sensible del hombre con su semejante, permitió la constitución de clases "sociológicamente funcionales", es decir, explotables. La sociedad reducida al ejercicio de funciones arbitrarias tiende a su vez a reducir la unidad

de lo vivido para someterlo a un repertorio de roles elementales. Este análisis falsamente anatómico tanto del habitar como de lo social en su conjunto, donde la división de lo vivido alcanza la división del trabajo, se reencuentra sin embargo en lo opuesto a la consumación de los objetos técnicos, ya que éstos, en efecto, no han dejado de tender desde su aparición a la sinergia de sus diversos mecanismos.

La noción de reciclaje, reintroducida recientemente, se opone en igual medida a la eliminación sanitaria, y esto tanto en el nivel de los recursos elementales del suelo como en el de los recursos elementales del hombre: en el viaje intersideral, por ejemplo, el reciclaje es completo, engloba a la vez tanto los recursos energéticos de la cápsula como los de los cosmonautas a bordo. La economía de sistemas tecnológicos avanzados reencuentra, tanto en el empobrecimiento debido al agotamiento de los productos de base como en la práctica del vacío, la necesidad de la recuperación y de la regeneración que eran propias de la economía rural.

Por lo tanto, la invención de un nuevo modo de vida en el interior del medio urbano debe volver a cuestionar no sólo la noción de "confort", sino también la de "higiene".

El nivel sonoro y el dominio olfativo no deben ser pura y simplemente eliminados, al igual que tampoco deberían serlo los movimientos del agua o del aire, ya que son los componentes indispensables tanto de la percepción espacial como de la percepción social. No hay "arquitectura" y luego "plomiería", no hay órganos bajos en la vivienda; habitar es indivisible. En la escala de la urbanización, no existe tampoco el "habitar" por un lado, el "circular" por el otro. Arquitectos y urbanistas ya no deben contribuir al complot que conduce indefectiblemente de la ideología sanitaria a la segregación funcional y, finalmente, a la desnaturalización social. La esterilización progresiva de todos los factores naturales, la represión cada vez mayor ejercida en contra del hombre físico en el interior del medio urbano, han creado las condiciones favorables para la aparición de una multitud cada vez más amplia de opositores a las formas presentes de la vida colectiva y, a menudo, lo que es aún más revelador, a toda forma de sociedad. Es, en adelante, esta clase anómica la que constituye el potencial revolucionario. El fenómeno urbano se vuelve en contra de sistemas políticos incapaces de asumirlo.

La realidad de lo construido proyecta sobre la abstracción política un poder oscuro. Estamos, nuevamente, frente a la inversión de los términos que ayer hacían de la ciudad la proyección sobre el terreno de una cierta sociedad.

Si, durante un período bastante largo, el orden social pudo efectivamente construir una ciudad jerárquicamente, es que este orden coincidía con una espacialidad particular, con una geometría. Sin embargo, hoy día, pareciera ser que la política ya no es capaz de tal determinación, tomo por prueba la identidad de las estructuras urbanas en el mundo contemporáneo, tanto en los países bajo régimen comunista como en aquellos bajo régimen capitalista. El esquema postural de las sociedades urbanas parece haberse vuelto independiente de los sistemas políticos tanto como de las culturas.

Esta sublimación, a menudo desconocida, anuncia ineluctablemente el fin de los sistemas antedichos. De la misma forma en que la revolución industrial conmovió un orden social, la revolución urbana está derrumbando el orden político en espera de transformar radicalmente, a su vez, la actividad social. La ciudad, hoy en día, participa menos en el orden que en el desorden, menos en lo social que en lo asocial. Indómita, la ciudad se ha vuelto el lugar específico de los elementos refractarios, se ha vuelto la primera subversión: a partir de la época clásica, la exclusión social que, hasta entonces, se realizaba geográficamente a través del exilio o el relegamiento, se introduce en la ciudad; la exclusión se vuelve reclusión, y en adelante el rechazo está en el corazón de la ciudad, en su principio, en espera de formar parte de su dinámica. En efecto, este movimiento de concentración-segregación ha desencadenado, a partir de la era industrial, reflejos de escape y de fuga, al punto de que la atracción ejercida por la ciudad sobre el campo se duplicó, entonces, en un dinamismo inverso de evacuación esporádica de los centros urbanos. Y heos aquí que este movimiento aparente es la imagen de una exclusión más profunda y más secreta. La reclusión primero, la segregación después, han devaluado considerablemente la inclusión, es decir, la integración social, y si actualmente el poder aún puede utilizar y hasta abusar de esta transferencia de poblaciones hacia otro lugar –al que se llama en honor a las circunstancias: "ocio"–, no se da cuenta de que esta dinámica del abandono ilustra un abandono más

misterioso del orden social, de una anomia que, al generalizarse, está metamorfoseando fundamentalmente el carácter social mismo.

La relación con los otros depende tanto de un factor de distancia espacial como de un factor de distancia afectiva; en el asilo, el sentimiento de reclusión determina en primer lugar una fuga al ego, y luego se instala en el corazón de la introversión obligatoria un abandono del yo, una despersonalización. Lo que ocurre en la microsociedad de los lugares de detención ocurre también en el cuadro urbano a escala de la sociedad ordinaria. Sin embargo, a pesar de su alienación, el ciudadano conserva una parte de sus medios, entonces el "abandono" puede volverse "superación" y, sin entrañar paradojas, lo social puede convertirse en lo asocial. Esto, porque la limitación de los posibles se ha vuelto demasiado estrecha, porque tiende ya no sólo a alterar el carácter individual, sino a transformar también en ablación, en amputación general: *planning* familiar forzado en la India, esterilización judicial en los Estados Unidos, legislación de los trasplantes y las transfusiones sanguíneas en China, etc. Cuando las sociedades llegan a estos extremos, no pueden más que tambalearse. Ya no se trata de una oscilación jerárquica base-cima, es el fundamento mismo de lo social lo que se hunde, el salto en la anomia se vuelve entonces un acto de salvaguarda. En este punto reencontramos, esta vez en los sociólogos, la fraseología sanitaria: el cuerpo social percibido bajo la bipolaridad habitual, como una forma sobre un fondo, como lo finito sobre lo infinito, el ciudadano alineado participa de su cohesión, el desaliñado ya no participa. Durkheim, por ejemplo, llama a la anomia "ese mal del infinito".

Sería urgente abandonar estas cosmogonías primarias para poder tomar en consideración las transgresiones de una manera distinta que sobre el plano de la sanción terapéutica o moral. La violencia de los actos asociales no es una tara, una afección a tratar, a menos, claro, que consideremos al sociólogo como el sirviente de un tipo de sociedad; el espíritu científico participaría entonces de la pura subversión. Lo descontrolado es al sociólogo lo que lo no confesado es al psicólogo o el espacio aleatorio al urbanista. Ya no deben confundirse los funcionamientos de una sociedad con esta sociedad, ya no deben privilegiarse los funcionamientos en detrimento del cuerpo social. Al

despreciar el "lumpen-proletariado", Marx restringió un análisis sorprendente y abrió la puerta a la sofisticación de un comunismo incapaz de modificar la realidad social.

Bloquear las potencialidades de las masas, convertir las estructuras de servicio en estructuras de represión, aumentar sistemáticamente los controles y los interdictos es, en el interior del nuevo medio ambiente -el medio urbano- colocarse en la situación insostenible que fue ayer la del colonialismo, es revelar la exteriorización creciente del poder, es decir, su rechazo.

La historia del arte de edificar nos tiene alejados de la historia de los usos y las costumbres, la cronología de la vida de las formas nos mantiene separados de la cronología de las formas de vida.

Dentro de la arquitectura nos encontramos de lleno en la paradoja: para este arte del espacio no existe ninguna arqueología de lo vivido. Sin embargo, el espacio es al edificador lo que el sonido es al músico. Si bien, paralelamente a la historia de los instrumentos de música existe una historia de la música e incluso una musicología, para la arquitectónica, no hay más que una sola historia: la historia del instrumento espacial. De allí que resulten urgentes las investigaciones sobre la apropiación, y de allí que haya que abandonar la aproximación técnica al hábitat para interesarnos en el uso de los lugares, en el habitar. Esta situación nos reenvía en primer lugar a nosotros mismos, nos invita a aprender a habitar, es decir, a descubrirnos usuarios de vastos procesos ecológicos. Por ello esta misma situación comienza a refutar las representaciones, los roles y, sobre todo, el modo de producción del espacio social.

Como la del arte, la historia de la arquitectura invita a una contemplación pasiva; nos domina la obra maestra, como su nombre lo indica, y la historia de los monumentos modernos o antiguos se place en coleccionarlas. En efecto, es inútil buscar rastros del hábitat rural en las suntuosas enciclopedias de la edificación, y cuando en 1965 Paul Rudwsky organiza la exposición *Architecture without Architects* en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, ésta tuvo a la vez el efecto de una revelación y de una provocación. Pero se trata aquí de un simple ejemplo formal para mostrar que, antes de plantear la cuestión del uso, convendría desplazar el campo de investigación desde el

equipamiento hacia la habitación –de la instrumentalidad de la edificación a la combinatoria del modo de morar– con el objeto de dar cuenta a la vez de la extensión y la duración del hecho arquitectural, es decir, de su realidad. Nosotros conocemos el efecto de la duración a través de la experiencia de nuestra propia vida, sabemos de las modificaciones aportadas por el tiempo a las formas y los cuerpos; ahora hay que estudiarlas en el espacio edificado.

La arquitectura no sólo existe en el punto omega en el que la obra alcanza la perfección, existe bastante antes y subsiste bastante después. Sin remontarnos aquí al origen intelectual del programa o del proyecto, la arquitectura comienza en la demarcación del suelo y en las excavaciones. En seguida, cada Estado a través de lo que avanza la obra constituye una arquitectura momentánea, que produce un efecto particular sobre el medio ambiente (las obras urbanas producen a la vez perturbaciones y espectáculos). En fin, la consumación de los trabajos es una falsa apariencia, porque la edificación no hace otra cosa que proseguir su acción sobre el medio ambiente: si ha sido concebida con un fin funcionalmente definido, se verá transgredida por usos parásitos, e incluso su silueta lucirá transformada por retiros y adjunciones. Se degradará y envejecerá, cambiando así de aspectos (internos/externos); después será demolida, y aun en esa situación los Estados a través de los que avance la demolición constituirán instantáneas de arquitectura hasta el arrasamiento definitivo, sin querer dar cuenta aquí de la incidencia de las infraestructuras sobre la naturaleza de los suelos.

La palabra "arquitectura" recubre y define la totalidad de estos momentos, y esto tanto desde lo más cercano –la edificación en su medio ambiente inmediato– como hasta lo más lejano, hasta los límites de su área de influencia. Pero para comprender cabalmente el campo empleado por la duración-extensión de la edificación, todavía habrá que admitir que tanto la percepción como la utilización de estos lugares resulta diferencial, porque una multitud de personas lo usa y lo usará a través de comprensiones en sí mismas diferentes: se trata de la ecología del dominio edificado.

Aprender a producir el espacio finito del edificio, el momento omega, es un acto de inconsciencia institucionalizada por las costumbres y la enseñanza técnica. Se privilegia un sentido en

detrimento de otros que, como por casualidad, se refieren a los efectos y al uso de los lugares. Se concibe la forma independientemente del campo producido y de los campos perturbados. Sin embargo resulta inútil reducir la realidad del hecho arquitectural con el pretexto de la eficacia inmediata (tecnológica, económica), pues ésta resurge para destruir la ilusión fabricada; tal es el origen de la crisis de las ciudades, y ahora también de la gestión de los territorios.

Habitar significa en primer lugar investir un lugar, apropiárselo. A las dimensiones puramente métricas de un volumen edificado se adjuntan las dimensiones afectivas que construyen las vivencias de los habitantes: el uso cualifica el espacio y no a la inversa. Sin embargo, en la ética funcionalista de la arquitectura contemporánea, una función dominante tiende a eliminar las otras posibles funciones del lugar. Se podría decir que se trata de una función inicialmente orientada a un fin. Entonces, implícitamente, el Estado de un tal espacio resulta suicida, porque al tender a evacuar la diversidad de los posibles, tiende a evacuar la diversidad de las situaciones que caracteriza la duración-extensión de la edificación.

Como los niveles del acostumbramiento constituyen el habitar, el funcionalismo es una tentativa desesperada de la arquitectura para intervenir en un espacio afectivo que no cesa de escapársele. En cierto sentido, la arquitectura funcional resulta inhabitable, porque el sistema de habitualidades del utilizador tiende a ser capitalizado por el realizador. Fatalmente ideológico, el funcionalismo limita la intervención de las formas, las somete a interdictos, a tabúes; la relación de la forma al contenido, del volumen a lo vivido, sólo pueden presentarse bajo la apariencia de una sumisión a un orden, o de un conflicto declarado con éste.

Las investigaciones sobre las formas de vida no pueden pues parecerse a las de los "atributos del confort", caros a los tecnócratas de la normalización del alojamiento; por el contrario, deben poner el acento sobre la variabilidad de los usos. Incluso si tales investigaciones se revelan útiles, los estudios sobre la percepción sensorial revierten demasiado rápidamente en una tipología de las necesidades, mientras que el estudio sociológico de las habitualidades –técnicas del cuerpo, actitudes posturales, etc.– es algo que permanece abierto. Si se puede

afirmar que a través de la herencia cultural el hábitat capitaliza la habitualidad, las transgresiones del uso cumplen la función de analizadores de la institución del hábitat, con los mismos títulos que las desviaciones o las delincuencias en relación con el conjunto de las instituciones sociales.

Entonces, si reconocemos tal importancia, no ya a los medios que definió una pesquisa estadística, sino al espacio crítico de las transgresiones, nos queda ahora la tarea de correlacionar directamente el análisis de las situaciones sociales críticas y el análisis de las situaciones experimentales críticas. Hay que valorizar radicalmente las adaptaciones paradójicas y aceptar la masa de informaciones que nos brindan, e incluso precisar que, de los dos momentos, el período clave está representado por la transgresión, y no por la transformación que reinyecta el sistema de habitualidades.

La adaptación paradójica o secundaria consiste en la transgresión de un uso determinado, en la malversación de una función; para tomar un ejemplo banal: dormir sobre un banco en una estación de subte. La estación del subterráneo es un lugar funcionalmente designado como lugar de tránsito, los bancos, a lo largo de sus paredes, están hechos para permitir a los viajeros sentarse a esperar los trenes. Esto es lo que se denomina adaptación primaria, pues corresponde a la función determinada del lugar. La función que consiste en ir a estirarse sobre esos mismos bancos con el objeto de dormir resulta secundaria o paradójica, porque ya no corresponde al diseño funcional del subte, en tanto transporte público, o al de la estación, en cuanto lugar de espera para los viajeros. Aquí se trata de una subversión (relativa) de las determinaciones de la vida colectiva o, mejor aún, de la subversión de una forma de vida colectiva.

Sin embargo, en este tipo de utilización secundaria no se transgrede un espacio, la transgresión de un espacio se da a sí misma el título de "transformación". El durmiente no modifica de ninguna manera el volumen de la estación, lo que modifica, lo que transgrede por su sola presencia, es el orden en el cual este espacio se inscribe. Pero por otra parte, si el durmiente se instala en la estación de subte es porque este espacio está protegido de las condiciones del medio ambiente exterior. Incluso si el túnel del subterráneo no fue cavado para proteger a los viajeros de la intemperie, sino esencialmente para librar a la

superficie de la ciudad de un equipo embarazoso, no obstante ello, el efecto de protección permanece, ninguna determinación, ningún orden, tiene el poder de suprimirlo, es una cualidad del lugar.

La cuestión que se plantea es la de saber si lo que ahora llamamos utilización primaria no es de hecho una simple malversación, una secundariedad que la tendencia funcionalista habría instituido. El uso inicialmente secundario se habría vuelto autoritario en su tentativa de reprimir (y hasta de suprimir) lo aleatorio al nivel de la utilización del dominio edificado, lo cual resulta evidentemente utópico. En efecto, ¿en qué consiste el uso de un volumen cúbico o cilíndrico? El túnel del subte es susceptible de ser rellenado tanto con arena como con agua, y de hospedar animales tanto como hombres... Durante la última guerra, la estación "Oberkampf" estaba interdicta para los viajeros porque contenía máquinas-herramienta.

Entonces, la función de un espacio, en arquitectura, no es, más que una asignación momentánea. Pero aquí estamos en el nivel elemental del análisis. Si el durmiente no modifica el espacio es porque no posee ni el poder ni los medios. De otro modo habría muchas posibilidades de que intentara llevar más lejos su transgresión.

Al obtener derecho de ciudadanía, la secundariedad funcionalista obtuvo este poder, y en seguida la transgresión se ha vuelto formal, se ha convertido en transformación dentro del proyecto de los realizadores, y las asignaciones funcionales han dado lugar a una partición nueva del espacio edificado; cada una de las asignaciones ha sido aislada en un volumen privativo, cada uso ha recibido su ubicación determinada en el conjunto. Un departamento funcional, por ejemplo, es un lugar en que cada asignación posee un lugar determinado: una sala para comer, otra para dormir, otra para lavarse, una cocina, una entrada, etc. El resultado volumétrico de la transformación funcionalista es la segregación de los usos, y el carácter estanco que asumen las diferentes funciones debido al tabicamiento del espacio. Nada más. Porque si bien estamos limitados en nuestros desplazamientos, nada nos impide convertir la cocina en sala de baño, o lavarnos en la entrada, parasitando de ese modo la regulación funcional del departamento. Sin embargo, chocamos contra el obstáculo que representa el equipamiento del

inmueble (cañerías de agua, caños de electricidad y de gas, conductos de humo), que tienden a fijar sólidamente la asignación de los lugares: el funcionalismo a escala del inmueble subtiende el funcionalismo del alojamiento.

Como se ve, el estudio de las adaptaciones paradójicas resulta importante en tanto y en cuanto hoy en día se trata de arreglar y de equipar (calefacción, televisión por cable, etc.) vastos conjuntos territoriales. De hecho, la urbanización consiste en diseñar zonas privilegiadas (ZUP, ZAD, etc.) —es decir, afectadas a usos particulares— para luego inscribirlas en el orden general de una planificación. De allí en adelante, toda la organización del medio humano apunta a esta cualificación definitiva de los espacios. Frente a este proceso de supresión de lo aleatorio y de lo indeterminado, se impone el análisis de las transgresiones del uso. La “racionalización” cada vez más avanzada de lo real, revela, como corolario, la significación de las adaptaciones secundarias y su importancia creciente, debido a que tales adaptaciones segundas sólo existen gracias a la abusiva determinación primaria.

Debido al sistema de valores que tenemos, estamos rodeados de innumerables bloqueos. Nuestra cultura ya no se emancipa del universo mágico de la institución. Sin embargo, al lado del mundo de los prejuicios está el de las transgresiones, del cual aún queda por hacer la historia. La realidad de las adaptaciones secundarias sobrepasa holgadamente la ficción presente de las adaptaciones primarias, que no son más que una apariencia designada. Efectivamente, esta actualidad no podrá ocultar por largo tiempo el fondo dinámico que subsiste más acá de las representaciones, de los roles y de las asignaciones.

Si nos ubicamos en el plano del hábitat, la subversión de los usos clandestinos está muy extendida, desde los puentes que sirven de asilo a los marginales, pasando por los vehículos estacionados que primero se utilizan como lugares de citas, y luego como camas para dormir (utilización secundaria legitimada a continuación por los constructores). Las anomalías son el reservorio inagotable de los modos de vida de los que, un día u otro, éstos tomarán sus formas y sus materiales. Este universo se perpetúa, y si existe una filiación de estructuras, una afiliación de sistemas, subsiste paralelamente una permanencia de las superaciones. Cada vez que se produce una gran crisis, un

cataclismo o algún otro traumatismo social cualquiera, se asiste a una inflación de las transgresiones del uso: tal iglesia se convierte en un estacionamiento o en un depósito, tal escuela se utiliza como lugar de albergue o como capilla ardiente.

Finalmente, cuando se producen grandes mutaciones, se asiste al transvasamiento de un universo a otro: los numerosos vehículos abandonados en las proximidades de los aeropuertos por los colonos belgas que huían del Congo se convirtieron en seguida en ciudades para los autóctonos. Los departamentos residenciales de los colonos franceses de Bône o de Orán fueron invadidos por los *felás* de los aduanares argelinos, que alojaron allí sus rebaños: un piso para los carneros y las cabras, otro para las familias. Sin mencionar el ejemplo clásico de los palacios de Leningrado, reinvestidos con el carácter de colectivos de habitaciones después de la revolución de Octubre.

La transgresión del uso es una subversión productiva que alimenta constantemente a la sociedad con costumbres nuevas y constituye la fuente de las transformaciones del espacio social. El anonimato de esta generación espontánea corresponde, en nuestra época, a lo que fue la invención de las costumbres alimentarias o la transgresión de los tabúes en las sociedades antiguas.

ALGUNOS EJEMPLOS

- Los búnkers de la "Fortaleza Europa" transformados en bungalows.
- El estadio de Colombes, en París, transformado en lugar de culto por los "Testigos de Jehová".
- El Estadio Nacional de Santiago de Chile, transformado en campo de concentración por la junta militar.
- Las iglesias de Hungría transformadas en gimnasios.
- Los grandes almacenes parisinos se convierten en hospitales en 1914-1918.
- Las estaciones de subte en dormitorios, en Londres, durante el *Blitz*, en 1939-1945.
- Los refugios antiaéreos de las ciudades alemanas, en fosas comunes.
- Las autopistas utilizadas como pistas de aterrizaje.
- Las estaciones de las líneas ferroviarias secundarias abandonadas y vendidas como villas por los poderes públicos (a veces con locomotoras y vagones...).
- El tanque de agua de Montmartre transformado en oficina sindical.

"La cámara se ha convertido en nuestro mejor inspector"

J. F. Kennedy

Después de experimentar con la cámara que controla la circulación en las autopistas y con la cámara antirrobo de los supermercados, la policía municipal de Hoboken, en el distrito de Nueva York, decidió "iluminar" completamente una de sus cuartas. Esta zona sería puesta bajo vigilancia permanente con la ayuda de un circuito de televisión conectado a la central de la ciudad. Si se cree en sus promotores, el factor psicológico constituiría la mejor disuasión: "Las patrullas de policía, declararon, son un lujo que ya no podemos pagar".

La crisis de la gran metrópolis, señalada por John Lindsay en el plano de la gestión municipal, tendrá así, entre otras consecuencias, la automatización de los servicios de inteligencia y la centralización instantánea de las informaciones. Ya se sabe cuán desarrollada estaba esta inquisición civil en la empresa norteamericana, pero el interés de la experiencia de Hoboken consiste en que nos muestra la culminación de la tendencia: la inversión de los medios de comunicación de masas.

Cuando la policía urbana substituye la patrulla motorizada con la vigilancia televisual, hace que su presencia ya no sea sólo ocasional: la hace pesar permanentemente sobre las idas y venidas de todos. Ya no son más ciertos individuos, los delincuentes, quienes toman la iniciativa de enfrentar en un punto la representación del sistema, sino que el sistema precede y previene los actos del conjunto social. Se abandona la idea de una represión ejercida puntualmente por agentes más fuertes y más numerosos, en provecho de un estado de opresión, de una violencia inmanente a los lugares.

De hecho, desde hace poco nos encontramos bajo los haces de un omnipresente circo electrónico: desde los satélites hasta el helicóptero (ese símbolo que podría reemplazar ventajosamente al águila de los blasones), pasando por la pantalla de televisión del subte, en la que aparece la consumación del genio

de los hermanos Lumière; somos contados, sopesados, auscultados, hasta en nuestras temperaturas, que los sensores infrarrojos testean para adivinar nuestros desplazamientos y sorprender nuestros gestos.

Con el fin de prevenir cualquier ataque a los Estados Unidos, un ordenador traza permanentemente la ruta de los objetos aéreos y espaciales con la ayuda de innumerables radares de persecución. En Francia, el puesto de control vial de Rosny-sous-Bois posee una inmensa carta del territorio en la que se iluminan los itinerarios congestionados... pero ¿quién nos alerta cuando nuestro teléfono está conectado a una mesa de escucha o cuando, los días de huelga, nos espía una cámara oculta en un cantero de flores sobre la entrada de la universidad para alimentar los datos del Servicio de Inteligencia?

Mientras que los diarios se esfuerzan por sobrevivir, mientras las noticias de actualidad desaparecen de las pantallas del cine, nadie parece evaluar el arsenal del acecho, esta jungla mal conocida que algunos ya llaman "nuestras líneas de ausencia".

La casa de vidrio es el símbolo de una sociedad transparente, sobreexpuesta a la obscenidad de la mirada policial. Así como el rastrillaje urbano de los barrios nos recuerda la herencia colonial, el muro-cortina nos devela una situación: detrás del mito de una naturalidad reencontrada, de un alborozo general, se insinúa el mito de la ubicuidad. Entonces se descubre la estrecha relación entre el objetivo de los medios masivos de comunicación y el objetivo de la arquitectura contemporánea. Desde la sede de la ONU hasta la del PCF⁹⁴, se abusa, en efecto, de esta imagen de exponer a la luz del día, de develar espacios interiores. Se percibe la connivencia entre las necesidades militares y la rectitud de los bulevares de Haussmann, pero parece ignorarse que la función del arma y la del ojo son vecinas.

La arquitectura de vidrio, que a veces se llama "arquitectura de luz", proviene de una visión idílica de la sociedad: la de un intercambio constante, de una intercomunicación entre los grupos que habitan una misma unidad, una misma manzana. Se trataba de la visión optimista de los años veinte, directamente inspirada en la casa común de los utopistas rusos. Todo esto está muy lejos, y la realidad urbana es muy otra. Basta con escuchar al nuevo prefecto de París declarar que "la utilización de cortinas u otros dispositivos que tengan por efecto suprimir,

incluso parcialmente, la transparencia de las terrazas de café, no podrá ser tolerado" –o aún oír al policía bordelés afirmar que "la calle pertenece a la policía"– para comprender que estamos lejos de la comunión social, aunque esta última afirmación se encuentre más acá de la verdad, porque se acaba de hacer el ensayo, en la Quinta Circunscripción y en Massy-Antony, de un nuevo cuerpo de agentes "de a pie", cuyo objetivo es asegurar una defensa pasiva, circulando por los patios, los sótanos ¡y hasta en los palieres de los departamentos!

La vida cotidiana se halla completamente dominada por las estrategias de una fuerza militar-policial, y cada evento da la ocasión para acrecentar su influencia no sólo sobre el "medio ambiente", sino también sobre el hábitat.

El espacio está saturado, desde la imagen de la ciudad pulverizada hasta las más recientes técnicas de urbanismo que nos ofrecen una representación fragmentaria. ¡Como si el campo libre desapareciera totalmente en provecho de secuencias cinematográficas! "El cine, escribía Kafka, es ponerle un uniforme al ojo"; ahora sabemos de qué uniforme se trata.

Estos sondeos, este barrido óptico de las calles, de las avenidas, el contador vial que "cobra" los pasajes y en el que ya no se trata de vehículos, sino de una materia compuesta llamada "flujo de circulación", nos señalan que nos hemos convertido en la mercancía de la informática, el capital de los bancos de datos. Se pone el acento en el hecho de que nos volvemos beneficiarios de los medios masivos de comunicación, raramente sobre el hecho que nos descubre explotados por el arsenal electrónico.

Un modelo del género lo probará: después de muchos meses, un programa de televisión de Alemania Occidental realiza una hazaña: la colaboración con la policía criminal. "X.Y." es su nombre. Se proyecta simultáneamente en Alemania, Austria y Suiza. Cada vez, se abren ante los telespectadores diez casos que corresponden a hechos reales, desde asesinato hasta mero latrocinio. El programa reconstruye el delito, muestra los objetos probatorios y, sobre todo, ofrece una descripción de los sospechosos. A continuación, los diez o quince millones de telespectadores son interrogados: ya sea sobre el enigma en sí, ya sea al nivel de los testimonios directos. Sobre doscientos veinticinco casos propuestos, una centena fueron resueltos gracias al

concurso de la población alemana. Como lo confesó el realizador del programa: "Apelando a la memoria visual o auditiva de los telespectadores 'X.Y.' enseña un comportamiento útil. Ya no se trata de un juego espectacular, sobre todo se trata de favorecer la denuncia de los delitos, pues éste es un deber cívico". No por ello los ganadores dejan de cobrar una recompensa que ronda los noventa mil francos.

Como se ve, se trata de un adiestramiento. La policía, por intermedio de la televisión, interroga al cuerpo social como el practicante lo hace con la computadora. Pero éste no es el inocente interrogatorio de un conjunto técnico, sino el interrogatorio de un criminal; un poco como si se preguntase a la memoria electrónica sobre el desfallecimiento de uno de sus semiconductores, se trata de hacer confesar un crimen al cuerpo social, con el fin de favorecer la expulsión de uno de sus miembros. Los procesos de denuncia sistemática llegan a buen puerto, los medios masivos ya no informan, la sociedad informa al Estado policial. La "liberación de la palabra" termina en la delación, la "participación" en la cacería humana.

Para comprender cabalmente esta situación, hay que relacionar esta nueva *guerra de ondas* con las operaciones "a puertas abiertas", en los cuarteles o las prefecturas de policía. El carácter temible de la fuerza pública tiende a desaparecer, hábilmente disimulado bajo la apariencia de un inofensivo servicio social. La legitimación psicológica tanto como el enrolamiento de los curiosos, espectadores o telespectadores, no son, aquí, más que una cuestión de tiempo.

Hace casi medio siglo, Adolf Hitler declaraba en su segundo libro:

"Las leyes de la vida tienen consecuencias parecidas para los pueblos y los individuos. Cuando, en una criatura determinada, el instinto de conservación, con su doble objetivo orientado a la conservación y a la reproducción, existe únicamente en el estado de fuerza elemental, esa criatura no puede esperar más que satisfacciones limitadas; la consecuencia lógica es la lucha en todas sus formas para mantener la posibilidad de la vida, para la *liberación del instinto de conservación*."

Parece que desde hace poco asistimos, bajo los más virtuosos pretextos económicos o ecológicos, a esta famosa liberación, a este desencadenamiento del primer instinto. El delirio que obsesionó a la Alemania de los años treinta parece ser el mismo delirio que vuelve a obsesionar al mundo de los años sesenta: la cuestión de la calidad de vida en el corazón de un espacio vital recobrado; ese mismo sentimiento de encierro, en un medio cercado y definitivamente acotado, parece reproducir idéntico desenlace: el desarrollo de la autodefensa, con todo lo que ésta supone de conflictos y de rupturas entre los grupos e individuos de la misma sociedad. Del mismo modo en que la organización minuciosa de estas rupturas fue ayer una de las obras maestras tanto del nazismo como del fascismo, así la organización sistemática de la delación podría convertirse en la obra maestra del Estado moderno.

Se cree, cediendo a cierto facilismo, que las instituciones

sociales son ora positivas ora simplemente neutras: raramente se visualizan las posibilidades de una negatividad del Estado, excepto por parte de algunos herederos del anarquismo del siglo pasado; la idea misma de un aparato político siniestramente suicida no se considera con mayor seriedad que los perjuicios ocasionados por el aparato científico. Los "servicios" y las "asistencias" más diversas de nuestra vida cotidiana nos arrastran a considerar al Estado como si fuera una madre suficientemente buena, incluso si a veces, un poco brutalmente, se transforma en una moira.

Sin embargo resulta fácil constatar la tenaz evolución de las fuerzas del orden público en el sentido de una mayor diversificación de la asistencia cívica. La brutalidad no es la característica más inquietante de la policía, como se pretende generalmente, antes que nada lo es su trabajo de inteligencia. Por lo tanto, la discreción de esta oficina de control social no justifica nuestra inconsciencia o nuestra falta de cuidado en relación con ella. La madre abusiva que revisa los bolsillos de sus hijos para descubrir sus eventuales romances, o que va a mirarlos mientras duermen para adivinar sus sueños, es infinitamente más peligrosa que el Padre Golpeador. Ahora bien, precisamente este tipo de mutación afecta actualmente a las fuerzas públicas. La sustitución de un Marcellin por un Poniatowski resulta ejemplar: el segundo posee toda la familiaridad que le faltaba a su predecesor; tiene también, y es lógico, infinitamente más poder, porque es a la vez el guardián y el *organizador* del espacio vital.

Entre los años 1940 y 1945, el Viejo Continente ha vivido situaciones que recuerdan en varios puntos la época presente. En el curso de este período, y más precisamente entre 1943 y 1944, se recomendaba a cada quien cavar una trinchera en su jardín o en su patio a fin de poder poner a salvo a su familia. Para llevar a las poblaciones de los países ocupados a temer, más que a esperar, su liberación, se publicaban en la prensa fotomontajes de ruinas hipotéticas, se prefiguraban las angustias de la guerra total... El campo cerrado de la exageradamente famosa *Festum Europa* tenía entonces un efecto psicológico y sociológico considerable: tendía a unir al ocupante y al ocupado en un mismo temor ante el porvenir, la fortaleza daba a la vez unidad e identidad a lo que no poseía ni lo uno ni lo otro. Se tiende a olvidar con demasiada facilidad este rol del recinto en

la constitución del sentimiento comunal o nacional, la política no tendría ninguna relación con la poliorquética, el arte de sitiar y de hacer bloqueos, la ciencia del aislamiento.

1943 constituye también el comienzo de las grandes *óperas de dirección*, en las que se conducen flotas aéreas, en Londres o en Berlín, desde cincuenta metros bajo tierra, y donde una multitud de azafatas se hacen cargo radiofónicamente de los pilotos, para guiarlos y tranquilizarlos durante su misión, a cientos de kilómetros de allí. La autoridad ya se ejerce con el mínimo de relevos técnicos, y si el Führer juega al señor de la guerra dirigiendo por teléfono a sus generales, en última instancia es todo el conjunto del sistema de transmisiones el que favorece el control total e inmediato de la autoridad superior sobre cualquier ejecutante; en adelante el poder engrana directamente ⁹⁵.

Sobre el territorio alemán el sistema de alerta juega un rol considerable en la psicología bélica. En cuanto las escuadras de bombarderos franquean los límites litorales de la fortaleza europea, se les señala a las poblaciones su presencia mediante una pre-alerta, poniendo sobre aviso a las ciudades apuntadas a medida que esas escuadras van penetrando y cambiando de rumbo. El espacio y el tiempo de la guerra se comprimen, el peligro es vivido simultáneamente por millones de auditores; pareciera ser que lo que brinda protección es la información; tener tiempo, a falta de espacio... tiempo para reaccionar. Para protegerse eficazmente resulta necesario abolir a cualquier precio el efecto sorpresa, dándole la razón *a posteriori* al autor de *Mein Kampf*, cuando decretaba en su prisión: "La idea de protección obsesiva y colma la vida".

La transparencia, la ubicuidad, un conocimiento total e instantáneo, he allí lo que se necesita para sobrevivir. Aquí comienza una interpenetración entre adversarios: el ideal de cada uno consiste en reemplazar al otro -al enemigo-, en darle órdenes personalmente a los mismos que se combate; es a la vez infiltración e intoxicación, es el Ministerio del Terror y son los comandos que pasan al enemigo para engañarlo... El espionaje se convierte en un fenómeno de masas, las necesidades de la guerra absoluta exigen que cada quien controle al otro y lo engañe. Es el comienzo de una sobreexposición social que, a través de los diversos medios de comunicación e información, da

continuidad a la sobreexposición del medio ambiente del territorio. Tratar de saber todo enseguida lo identifica a usted con el otro, máxime cuando el movimiento de este saber no sólo exige una ciencia de las acciones del adversario, sino, por encima de cualquier otra cosa, una prognosis de sus proyectos. No hace falta buscar más lejos las razones de las graves crisis de los servicios de inteligencia a lo largo de la Segunda Guerra Mundial. Los profesionales del espionaje son literalmente doblados, por una parte, debido a la proliferación de los sistemas técnicos de información y, por otra, debido al desarrollo de la delación masiva, a los aficionados, a los voluntarios...

Los famosos servicios especiales y sus agentes ya no tienen el monopolio del develamiento, de la traición. En el seno del espacio cerrado de la "Fortaleza Europa", primero el perfeccionamiento de las antenas tecnológicas de detección los reemplaza ventajosamente en numerosas misiones; después, la guerra "psicológica" -en acción concurrente con la guerra "electrónica"- transforma a cientos de miles de civiles en denunciantes potenciales de los más diversos sospechosos: paracaidistas, judíos, refractarios, prisioneros evadidos, etc. La inteligencia se convierte en lo esencial del espíritu de defensa: la radio lo informa de cualquier peligro, de inmediato, pero a cambio usted alerta telefónicamente a las autoridades de cualquier anomalía que sobrevenga en su vecindario inmediato. Esta es la forma de combate cívico de los ciudadanos del Estado totalitario.

En Francia, desde hace una decena de años, se asiste a una tentativa de asociación del público a las tareas de policía. Primero fueron tareas de policía preventiva, ahora asistimos a un verdadero desarrollo de la delación en masa. Aquí también el sistema funciona solo, cualesquiera sean los responsables en cuestión. Desde 1968 vengo notando numerosas "operaciones" organizadas por diversos organismos y medios masivos de comunicación. El rol político de las campañas profilácticas merecería por sí sólo un análisis agudo, como el de ciertos juegos de adiestramiento de lectores o telespectadores, por ejemplo el *juego de las anomalías*⁹⁶, o también el de ciertos acoplamientos entre los temas de las historietas de los diarios y los temas de actualidad, y hasta el de las palabras cruzadas, que a veces fueron utilizadas con fines de intoxicación (en América latina, por ejemplo).

Pero volvamos a esta "liberación de la delación" desde 1968. Primero el "Gran Juego RTL"⁹⁷ moviliza por primera vez al ejército, a la gendarmería y a sus estaciones periféricas; de lo que en verdad se trata es de *grandes maniobras* de control social bajo la cubierta del "Juego del Mejor conductor". Toda Francia se empavesa, ya no con trapos rojos y negros, sino con banderolas. A lo largo de todos los recorridos viales del Estado, las municipalidades, las prefecturas, la Cruz Roja, participan de este juego de pista a escala nacional. Se pegan afiches, ya no se distribuyen panfletos sino prospectos y, sobre todo, se reparten premios a los conductores que mejor se han portado, señalados por los helicópteros del ejército y de la gendarmería.

Hay que remarcar que el control remoto, organizado antes que nadie por los receptores radiales periféricos, autorizó finalmente la creación, en el fuerte de Rosny-sous-Bois, del primer PC⁹⁸ de la circulación vial a escala nacional...

Ante el éxito de la salida de vacaciones de 1968, *Europe 1*⁹⁹ no quiso quedar a la zaga de esta iniciativa de "toma directa" y lanza a su vez una operación: "¡Socorro Doctor X!". Cada jueves desde las catorce hasta las quince horas un doctor anónimo está dispuesto a responder a todo "infante" para aconsejarlo y ayudarlo a "adaptarse" a la vida en sociedad... En 1970, RTL contraataca sobre este terreno rico en posibilidades, lanzando a su vez la experiencia intitulada, en memoria de Mayo del '68, "usted tiene la palabra". Aquí ya no se trata del anonimato del interlocutor, sino del anonimato del aparato: grabadores programados registran las veinticuatro horas del día lo que los oyentes tengan a bien exponer.

Por otra parte, cada vez se solicita más el testimonio directo. Está de moda el retrato-hablado difundido por la prensa, en particular después del secuestro de la pequeña Duguet, que movilizó a todo el norte de Francia; en febrero de 1971, la operación "SOS Justicia" y el estreno de la asistencia judicial directa: doscientos mil llamados en cinco semanas a los ciento cincuenta procuradores. Y, ahora en Alemania, el programa de televisión "Referencia X.Y.", del realizador Zimmerman, que asocia a los telespectadores en la tarea de elucidar enigmas policiales reales, abriendo en la pantalla chica casos criminales en curso y solicitando, a cambio de una sustancial recompensa, la denuncia de los sospechosos. Está la tentativa, más precisa y menos

enmascarada, del Estado policial, interrogando al cuerpo social so pretexto de civismo. Cuando la Junta chilena dio el golpe en 1973, los militares utilizaron este procedimiento para obtener la delación de los miembros en fuga del gobierno popular.

Pero volvamos a Francia. Durante el verano de 1972 se llevan a cabo las maniobras de las "fuerzas de defensa operacional del territorio". Se intitulan a sí mismas "Beauce 72"¹⁰⁰. Esta vez es el turno del ejército para solicitar la participación de los habitantes de la región "en la denuncia de comandos enemigos". Durante la misma época, en ciertas universidades americanas, los policías piden a los estudiantes una inversión de los papeles para mejorar "la mutua comprensión después de los *malentendidos* de los años sesenta": los unos perderán los cursos, los otros el uniforme (terapia, terapia...). Durante el mes de agosto de 1973, como si el verano se revelara la estación más fructífera, *Europe 1* lanza una nueva operación que se hará permanente. Jean Gorini la intitula "El teléfono rojo". Esta vez se le pide a los oyentes que se conviertan en periodistas, informadores, dando la alerta a ese puesto periférico en cuanto sobreviene un acontecimiento importante (toma de rehenes, atentados, incendios, etc.). Se contabilizó una media de cien llamados por día y, en junio de 1974, fue una oyente quien a cambio de quinientos francos¹⁰¹ de recompensa denuncia el escándalo del cura casado de Beuxe. En adelante, los cazadores de recompensas parecen tener un futuro promisorio...

Con el desarrollo de las técnicas audiovisuales, la animación de las nuevas ciudades aún ofrece la oportunidad de verificar la exposición social. En ciertos barrios se prepara la televisión por cable, se conceden créditos a los animadores culturales para permitir a los nuevos habitantes de los suburbios convertirse no sólo en periodistas, sino también en cineastas. Los centros prestan gustosamente cámaras y videograbadoras, para que cada quien se descubra una vocación de investigador y pueda filmar la vida de su nuevo barrio. Aquí también se otorgará el premio al mejor cineasta aficionado. Volveremos más adelante sobre la inflación de la presencia de cámaras espías en la puerta de las universidades, en las entradas de las ciudades, en los estadios, en el subte o en los alrededores de las zonas industriales, etc.; lo importante consiste en remarcar que

no sólo la policía desarrolla los medios de la vigilancia, sino que también se anima sin cesar a nuestros vecinos directos a participar de esta vigilancia reforzada de la vida social, so pretexto de actividades culturales¹⁰², de seguridad vial, de higiene, etcétera.

En la primavera de 1974, dando continuidad a una larga intoxicación sobre la inseguridad en el subte de París, el diario *France-Soir* lanza una operación "Métro"¹⁰³, pidiéndoles a sus lectores que relaten los actos de delincuencia o las agresiones de las que han sido víctimas o testigos. Para la misma época se pone en marcha el servicio "Hola-París-Limpieza" (con una media de cuarenta llamados diarios). Se podría creer que se trata sólo de "higiene", pero resulta posible ver que entre las tareas de este servicio público se van deslizado la lucha contra la fijación salvaje de carteles, el borrado de graffitis, etc.; decididamente, la ideología sanitaria resulta siempre útil tanto en el control como en la represión social. En el marco de esta nueva organización de la delación, de la que *France-Soir* se hará eco en junio de 1974, se indica que en ciertos CES¹⁰⁴ y liceos de la región parisina las clases de biología se prolonguen, y que los contenidos también incluyan, en adelante, problemas tales como la lucha por la calidad de vida, la contaminación, la demografía. Un poco después veremos hasta dónde pueden ir tales manipulaciones con la creación de las *milicias del medio ambiente*, que son los "Rangers de Francia".

De hecho, se pone en marcha una movilización general; todos los pretextos son buenos si ayudan a organizar la desconfianza y la inquietud y a beneficiarse de la delación generalizada; más aún: con la institucionalización de la denuncia sistemática bajo la apariencia de asistencia, de civismo y de sentido moral, se pone el acento sobre las víctimas de los accidentes de tránsito, asimiladas a las víctimas de la guerra, o sobre las agresiones en los transportes públicos, en referencia a los Estados Unidos; en las grandes aglomeraciones se simula la guerra subversiva, para testear la buena voluntad de colaboración de la gente en las tareas de mantenimiento del orden.

La pacífica cotidianidad pierde insensiblemente su realidad¹⁰⁵, todo se dramatiza a ultranza, so pretexto de los peligros más diversos -droga, alcohol, criminalidad, contaminación, subversión- y se pone el acento sobre el carácter más temible de

cada acción. Todo se embrolla, se mezcla, los límites entre los gestos cotidianos más ordinarios y los riesgos más grandes ya no son muy netos; así se justifican los principios ambiguos de la asistencia en los nuevos dominios: la asistencia judicial, la asistencia arquitectónica, etc., y todo ello con el pretexto de *popularizar* la justicia o de evitar la degradación del medio ambiente. Todas las ocasiones son buenas para una manipulación acelerada de las poblaciones, con la ayuda de un contingente cada vez más numeroso de trabajadores sociales o asimilados, cien mil en el VI Plan ¹⁰⁶. En última instancia, sería el conjunto de las profesiones el que tendería a desaparecer en provecho de asistencias específicas. Aquí, los ideales de la cogestión y de la autogestión sirven para enmascarar el montaje de este encuadre íntimo: eso explica el número de izquierdistas o de refractarios al orden social en las filas de estas nuevas profesiones. Se realiza una simplificación abusiva de las relaciones sociales: el asistente y el asistido, el animador y el animado, el consejero y el aconsejado... pero ya se van anudando interferencias a todo esto, y tal "animador" es un "animado" que se ignora en cuanto tal cuando se enfoca su actividad desde un ángulo diferente. Un aparato de control social se pone en funcionamiento sin que todavía podamos comprender claramente los pormenores del asunto, en todo caso, se trata del fin de las libertades individuales bajo la cubierta -devenida clásica- de la "seguridad" y de la "protección". La frase del nuevo ministro para el Organización del Territorio y del Interior, con motivo del lanzamiento de las primeras operaciones "coup de poing" ¹⁰⁷, resulta explícita: "No hay libertades individuales reales sin seguridad personal".

Vamos, entonces, hacia un *proteccionismo social*, hacia una sociedad menos *liberal* que *protectora*. Toda política va a tender a organizarse alrededor de nuestras debilidades e impedimentos más ínfimos; la inversión del liberalismo formal justifica todos los refuerzos tanto de la potencia militar como de las fuerzas del orden, que legitiman la transformación de cada ciudadano en miliciano, en militante del medio ambiente, como ya lo deseaba Poujade, que también define al enemigo interior y explica los desbordes cada vez más marcados de la institución militar por fuera de sus clásicas misiones, su intervencionismo en el dominio civil (éste es el sentido del coloquio sobre las "amenazas").

Si se considera a cada sujeto desde el ángulo del riesgo, del mal, se transforma toda la realidad social. Si de ahora en adelante se percibe cada objeto, cada cosa, desde el ángulo de la degradación, de la contaminación, entonces el paisaje se convierte en un campo de batalla, un osario, un país del temor y de la angustia donde reina el *protector*, el sostenedor; he aquí el porvenir propuesto: el de la institucionalización de un verdadero "racket social".

Una multitud de hechos confirman este movimiento de interpelación de las masas. Tomemos el ejemplo del sindicalismo de consumo. Se trata de adiestrar para la vigilancia a los usuarios y a los consumidores: vigilancia sobre los productos, sobre las condiciones de venta, sobre los métodos mismos. En Francia, la Unión de Consumidores (UROC) reclama sin cesar una participación activa en los servicios de represión de fraudes, cada ama de casa tiende a metamorfosearse en inspector de góndolas. También aquí el Estado se coloca en posición de disponer inmediatamente de datos e informaciones potenciales que son a la vez de cada uno y de todos; la espontaneidad del mercado público y de las carreras periodísticas, la frescura de las relaciones sociales -últimos rastros de una socialidad preurbana-, el reencuentro entre el citadino y el campesino varias veces por semana en la plaza del mercado, todo esto, a través de un "drill" repetido, tiende a ser reemplazado por una situación conflictiva, pretendidamente racional y moral, en la que cada uno espía al otro, sospecha de él, con el fin de develar a los servicios "competentes" sus malversaciones o las "imperfecciones" de sus productos... lo contrario de una conversación.

El interés que tiene este ejemplo por sobre otros radica en la amplitud que comienza a tomar debido a los pases de mano tanto de los medios masivos y de la televisión como de las organizaciones de consumidores que se desarrollan en todos los sectores, lo cual ya les permite, por cierto, intervenir en la vida política.

Otras experiencias se mueven en el mismo sentido, el de expandir la delación: la operación que, al principio del verano de 1974, apuntaba a denunciar a los vacacionistas que cada año, entre julio y noviembre, abandonan sus animales domésticos para salir de viaje. Los programas de televisión de "gran

audiencia" como "Dominó", de Guy Lux (24 de junio de 1974) en el cual, entre las canciones de Sheila y de Claude François, se incita claramente a la denuncia colectiva. Tema este que renueva la operación acometida para la misma época, siempre en *France-Soir*, sobre los "niños mártires". Una refuerza a la otra: el carácter odioso del verdugo de niños se agrega al deplorable gesto con respecto al animal familiar, así como a los diversos pedidos de delación cotidiana. Se trata de una amalgama que finalmente nadie analiza: nadie osa entrever el objeto sintético de una tal manipulación, de una tal intoxicación proteccionista.

En Francia, la aparición desde hace ya dos o tres años de las primeras "milicias de autodefensa", mucho tiempo después que en los Estados Unidos, primero, por ejemplo, entre algunos comerciantes de Boulogne-Billancourt en 1971; después, con la extensión de esta práctica a muchas municipalidades; y, finalmente, con su extensión a Marsella, al célebre barrio "Belle de Mai" en agosto de 1974, todos estos fenómenos, habrá que aceptarlo, responden a la misma lógica. Resulta por cierto interesante remarcar que, aunque en la mayoría de los casos las autoridades han prohibido oficialmente las prácticas militaristas, lo han hecho blandamente, considerándolas peligrosas sobre todo por estar poco o muy mal organizadas. Sin duda se trata sólo de reacciones apresuradas en la cabeza de los responsables del orden público, pero resulta evidente que la organización del conflicto civil ya es el hecho por excelencia del Estado moderno mismo. Basta con volver sobre algunos escándalos recientes: la transformación de ciertos empleados de la RATP¹⁰⁸ en "policías auxiliares", habilitados para levantar infracciones en la vía pública (los carriles de circulación prioritaria), así como la decisión, igualmente novedosa, de equipar con armas los camiones transportadores de caudales de las PTT¹⁰⁹, o incluso las declaraciones amenazadoras de Pierre Giraudet, director general de la Administración de transportes de París: "O los poderes públicos funcionan, o nosotros haremos lo necesario...", es decir, la puesta en pie de una *policía privada* compuesta de vigilantes entrenados y armados.

Cada uno de estos hechos resulta menos importante que su convergencia, que apunta a transformar la pacífica cotidianidad en una jungla en la que la sucesión de riesgos y peligros se halla rigurosamente graduada, desde la naranja manoteada al

supermercado hasta el asesinato en un lugar público, pasando por los saldos fraudulentos en los negocios, los riesgos de accidentes en la ruta o la alerta de contaminación atmosférica y alimentaria. A fin de cuentas esta mezcla de los temores más leves y las angustias más grandes no parece inquietar a nadie. ¡Esa es la paradoja! El Estado administra el temor, pero nadie parece estar inquieto por la mutación de la cotidianidad; mejor aún, los mismos que sufren este adiestramiento diario, de buena gana acusan de pesimismo excesivo a los que se ofuscan.

La utilización de las mujeres resulta igualmente reveladora; no hay que atribuirles a los movimientos de liberación femenina la introducción de las mujeres en los servicios de seguridad pública. La multiplicación de las "azafatas" de comisaría, las contratadas, las mujeres policía de las famosas "brigadas especiales" americanas y, desde hace poco, la utilización de parejas casadas en las patrullas urbanas (los motoristas de Nueva Orleans, por ejemplo), todo esto —junto con el desarrollo de la demografía femenina en el ejército, a menudo para reemplazar en las tareas subalternas a los conscriptos (en los Estados Unidos, por ejemplo, después del fin de la conscripción obligatoria en julio de 1973)— no es neutro, ni constituye el resultado de una política de igualdad de los sexos. A pesar de la "secretaría de la Condición Femenina", el *servicio nacional* que ella propone no es el signo más convincente de una liberación de la mujer. ¡Precisamente en el momento en que se desarrolla la oposición al servicio militar masculino!

La evolución del género policial en el cine resulta bastante característica del cambio acontecido. Allí donde sólo encontrábamos al detective privado (tipo Humphrey Bogart) o al *sheriff* ejemplar, se ve aparecer a la mujer detective, y también, desde hace algún tiempo, al policía de los "servicios especiales" (tipo *Sérgico*), integrado al grupo, en un barrio popular, contestatario del orden clásico, del uniforme, imagen misma del trabajador social, del trabajador del orden social. El rol de Tamara Dobson, la 'poli' *pin-up* en la película de Jack Starret *Dinamita Jones*, anuncia un último deslizamiento de la imagen del buen policía social y humanitario; la publicidad del film es clara: "Es bella, es 'poli': es dinamita". Por primera vez se utiliza el *sex-symbol* para crear otra figura del policía; ya no se trata únicamente de

que ha dejado de parecer inquietante o amenazante, tampoco de que ya no es solamente social, humana: debido a su carácter de mujer se convierte en seductora y deseable. Se utiliza el temperamento volcánico de la heroína del orden público para justificar la violencia policial y la promiscuidad entre los ciudadanos y la pléyade de intervinientes, de sostenedores sociales: animadores callejeros, asistentes diversos, policías disfrazados de *hippies*, o de trabajadores inmigrantes, policías de a pie que patrullan los sótanos, los altillos, las entradas de los inmuebles, esos diferentes espacios que ayer fueron semi-privados y hoy son públicos.

La promiscuidad extrema en relación con las nuevas especies de fuerza del orden social, exige un esfuerzo considerable de *seducción*. Aquí, el rol de las mujeres resulta evidente, no hacen más que contrariar el efecto de repulsión popular frente al agente de policía, se utiliza la ambigüedad entre esta repulsión tradicional y la atracción sexual en favor de los intereses de las fuerzas de represión. En efecto, las relaciones de delación entre las poblaciones interesadas y la policía se ven simplificadas enormemente: se habla con mayor facilidad al "sexo débil" que al brigadier excesivamente perspicaz; incluso, delante de la mujer policía uno se puede reponer, hacer un esfuerzo para destacarse. La utilización de las parejas, todavía extremadamente rara, se halla en la misma perspectiva de cohabitación inmediata entre las poblaciones y las fuerzas del orden: una pareja "como las otras" en una sociedad fundada en la familia resulta algo lógico, sobre todo si vive en el mismo edificio, en el mismo monoambiente, cerca, muy cerca.

El acercamiento de las comisarías ha sido claramente reivindicado en julio de 1974 por el Ministerio del Interior; van a abundar los puestos de policía asentados sobre "bases restringidas" (los monoambientes) en las nuevas grandes tramas y las nuevas ciudades (para no volver a hablar de los vigilantes universitarios). De ahora en adelante la policía y el nuevo ejército trabajan a "domicilio" a través de las escuchas telefónicas, las cámaras espía, la pléyade de delatores, oficiales y oficiosos; el control social ya no se efectúa extensivamente sobre territorios cada vez más vastos (el PC de Rosny-sous-Bois), sino intensivamente, a escala de la manzana, del edificio, ya no sólo en las calles y plazas públicas, sino al nivel del palier, del corredor y del vestíbulo.

La policía caminera nos concierne en nuestros desplazamientos más ínfimos, más íntimos, en relación con esto basta con ver la evolución de la noción de "vagabundeo". Todo se enreda y ya no se adivina muy bien qué distingue la vida privada de la vida pública, o incluso a los servicios de represión de los de asistencia. "Es muy tarde para tener una vida privada", declaraba uno de los héroes de *Damnés*, la película de Losey. Efectivamente, todo parece confluír en la preparación de una "guerra civil" que ya no es clásica y ocasional, ni está ligada con algún disturbio social o incluso con un conflicto declarado de clases, sino con la puesta en forma de un tipo de socialidad oposicional, en la que la delación será concebida y considerada un modo ejemplar de relación social; una sociedad donde la exigencia de participación en la información justificaría todas las actualizaciones, todos los develamientos. Una franquicia social que ya no se aplicará solamente para declarar la *verdad* (en vez de la mentira), sino para declararlo todo, para disipar integralmente y definitivamente lo no-dicho (nótese aquí el rol anticipador del psicoanálisis), lo oculto, considerados en adelante como otras tantas taras y vicios de una sociedad de comunicación forzada, la sociedad informática (véase aquí el proyecto de fichaje general "Safari", que retoma la idea de Edgar Hoover para el FBI).

En cierto sentido, también se puede decir que esta sociedad "rescatable" resulta sobre todo una sociedad obscena, que recupera inmediatamente la liberación de las costumbres, en la que la desnudez ya no es signo de una manifestación de reconciliación con el *cuerpo*, sino índice de una exposición de éste a malos tratos, de alguna manera un *Ecce Socio*. Así como la "liberación de la palabra" conduce a la delación, la del cuerpo se consume en la tortura, en la alocada manipulación de las actitudes y los comportamientos. En una entrevista realizada durante el mes de julio de 1974, Jean Gorini, director adjunto de *Europe 1*, ofreció una buena imagen del delator moderno con motivo de su programa "El teléfono rojo"; intentó definir así el perfil tipo de sus corresponsales: "Alguien (hombre, mujer, joven o viejo) en su casa, en su contexto habitual, por lo tanto a gusto, en una posición favorable, protegido por la distancia, que hace un gesto simple, tan familiar y tan cotidiano: tomar su teléfono y hablar" (contra quinientos francos de recompensa a aquel que haya tenido el reflejo más rápido).

La masa se convierte en el último territorio para la expansión del poder del Estado, el cuerpo social renueva el cuerpo territorial integralmente explotado y saturado, o casi. La materia última, de alguna forma anterior a la materia prima, se convierte a su vez en objeto estratégico para la institución. Una revolución de las relaciones sociales está en marcha aquí donde nosotros todavía no percibimos netamente los contornos; sin embargo hay que reconocer tal revolución en esta lógica arquetípica del Occidente predador, productor -antes que nada en sus colonias-, de un primer espacio del miedo, espacio este que a continuación se expandió al conjunto del mundo conquistado: mientras que las antiguas ciudades coloniales fueron el crisol en el que se forjó una primera organización del terror, las megalópolis modernas lo fueron de un equilibrio del terror que apostó estratégicamente por ellas. Ahora, más allá de esta conquista acabada del dominio geográfico, se trata de abrir "espacios de miedo" en el seno del dominio sociológico: después de la domesticación de las fuerzas naturales y de las energías, quedan por domesticar integralmente las fuerzas vitales y sociales.

Las últimas bases policiales, por su proximidad misma, únicamente son los nuevos *mostradores* de una colonización que ya no es "exótica" sino "endótica", y por eso resulta lógico que el único ministro de Estado sea a la vez ministro de Organización del Territorio y ministro del Interior.

En las obras recientes sobre la prensa y los medios de comunicación de masas ¹¹⁰, generalmente los autores terminan haciendo un llamamiento a la gente, invitándola a cooperar en las tareas de información. Se trata de un gesto generoso, pero en esta aparente *liberación de la palabra* omiten la cara oculta: la de la *liberación de la delación*, que no es más que el signo flagrante de la liberación *del instinto de conservación*. Una película, estrenada en el último festival de Cannes, abordaba este tema de la sobrexposición social. Se trata de *The Conversation*, imagen del último diálogo, según Jean Gorini: diálogo de la denuncia permanente y banalizada, la inversa de la *sacra conversazione* de la que habla Michel Serres en un análisis del cuadro de Carpaccio; ya no se trata del intercambio de una palabra de verdad, sino del exceso de la verdad, la puesta en carne viva de

su sentido, su desollamiento. La oficina central de la comunicación mediatizada, la ORTF ¹¹¹, no fue violentamente reformada por azar; su reforma es menos el signo de una racionalización de la empresa que de la culminación de un cierto tipo de comunicación: junto a los años setenta llega también a su fin un estilo de mediación social.

La naturaleza del intercambio cambia, tanto en su dimensión interpersonal como en la dimensión de los medios de difusión de masa. La informática (en el sentido de almacenamiento instantáneo de diversos tipos de información) ha modificado fundamentalmente la significación de la información. A partir de aquí ninguna información puede ser *neutra* o carente de valor, en una época "sistémica" en la que el fragmento toma su sentido del conjunto ¹¹². Puesto que la noticia más banal resulta indispensable para el perfeccionamiento estructural del sistema, de ahora en más habrá que explotar la banalidad como ayer se explotaba todavía la originalidad, lo excepcional, lo bizarro. Inevitablemente seremos espiados, testeados, escuchados, sopesados, olfateados, sondeados... y lo que le interesará al locutor (visible o invisible, conocido o desconocido) será menos nuestra *personalidad* que el detalle sin importancia que nosotros le aportaremos, fragmento que, al encontrar su lugar en la trama sistémica, la completará como a un rompecabezas, un rompecabezas jamás terminado, por cierto. Un poco como el coleccionista que posee todas las piezas de una colección, con excepción de una sola, y resiente esta falta como una imperfección, el Estado buscará entre nosotros, con una febrilidad siempre más grande, la pieza que falta y que nosotros podríamos negarle, a menudo incluso sin saberlo. He aquí la última *conversación*, la verdad no es más que una trampa. Como el exceso modifica el sentido de las acciones, el exceso del Estado moderno pervirtió la verdad de las relaciones sociales: de ahora en más el exceso se localizará en los gestos más ordinarios, en la cotidianidad más simple; ahora debemos desconfiar de lo que no era nada. En tiempos de exageración, de exceso generalizado y totalizado, ya no hay vicios ni virtudes, todo está básicamente viciado; aquí, la desaparición misma tanto de la guerra como de la paz en provecho de la crisis resulta significativa y se refiere a un trastorno en el estatuto social.

Incluso el "reconocimiento" que yo hago en este texto no

constituye una pura positividad en relación con la negatividad del conjunto, sino que se halla igualmente dominado por la perversión contemporánea; de hecho, todos estamos comprometidos en un proceso de negación que se ha convertido en la socialidad misma. Para intentar descubrir la salida debemos obrar en *el interior* de esta constatación trágica. Rechazar el fracaso no sólo de nuestra sociedad, sino también de nuestra socialidad, significaría perder inmediatamente la esperanza de escaparnos.

La liberación de la delación es también la liberación de la ofensa. Como en la estrategia militar moderna, en la que el arma nuclear y el refugio no son más que uno, hay que *fundar*, a través de la constitución de una socialidad perversa, *un statu quo social sobre la base del equilibrio de pequeños terrores íntimos*, es decir, sobre el miedo cuasi-universal a la denuncia. A través de lo excesivo de la ofensa de la delación se espera llegar a una nueva sociedad *pacificada*, es decir, a la defensa de la estabilidad del Estado.

De ahora en adelante la guerra civil resulta útil para el mantenimiento del orden de las instituciones, pero una guerra civil de un nuevo género, en la que los conflictos de grupos son ínfimos pero exageradamente multiplicados, un poco como sucede en la familia, en la que un odio sórdido ha reemplazado los sentimientos filiales y en la que los menores gestos resultan odiosos, y no tienen otro resultado que el de mantener los lazos de un odio colectivo; la descomposición de la sociedad nacional se traduce en los gestos familiares y en las acciones más ordinarias. El Estado moderno, ya lo hemos visto, no es más que una madre abusiva, la familiaridad deberá convertirse, pues, en la segunda naturaleza del policía ¹¹³, de este policía que se aproxima insensiblemente a cada uno de nosotros antes de identificarse integralmente con cada uno de nosotros, al punto de volver inútil a la policía misma, porque bastaría el ejército para controlar tal tipo de sociedad.

Si observamos lo que pasa en estas dos fuerzas del orden, estamos obligados a constatar que en el momento en que a través de la defensa "operacional del territorio" la institución militar se preocupa cada vez más de la seguridad interna, la policía, por su parte, tiende a identificarse con la asistencia pública. Incluso para el ejército ya no hay una distinción clara entre el enemigo "interior" y el enemigo "exterior" ¹¹⁴, sólo queda una

amenaza generalizada a todos los dominios (demografía, economía, delincuencia, etc.), y por lo tanto *solamente un enemigo* sin localización, ya que éste puede descubrirse aquí o allá, según el grado de intoxicación. El temor de la policía del mañana consistirá sobre todo en que el enemigo público se convierta en aquel que rechaza jugar el rol de informante, en aquel que rechaza una participación "crítica" en un servicio como los otros. (En ciertos países del Este esta participación se ha hecho obligatoria para ciertas categorías profesionales, los docentes por ejemplo; en la URSS están también los famosos *Droujiniks*, los auxiliares voluntarios de la policía.)

Comienza la era de los *Para-Policías*, y aquí tampoco hemos tomado suficientes recaudos ante la posibilidad que se ofrece a los conscriptos del contingente convocado, para servir en la gendarmería. El hecho de que cada uno de nosotros sea llevado a contribuir, no solamente a través de las finanzas públicas y el impuesto, sino también a través del aporte obligatorio de informaciones, ya no constituye una utopía totalitaria. Los proyectos de creación de "bancos de datos" esbozan aquello en lo que deberá convertirse lógicamente el "Banco Central de Datos", en una sociedad en la que este tipo de imposición será obligatoria con los mismos títulos que la percepción de las contribuciones directas o indirectas...

Lo más interesante del último ministro del Interior es su oposición declarada a la mecanización del servicio de informaciones (las escuchas telefónicas, por ejemplo.); hay en él una opción clara y original, sociológicamente hablando: la sofisticación del material no es satisfactoria en sí misma. Hay que lanzar el último diálogo social: las escuchas, en el sentido amplio de la comunicación, deben ser el hecho por excelencia del "civismo" de todos. Ya no hay que fiarse más de la máquina, *hay que maquinar la vida social según los imperativos de la seguridad y de la protección*, hacer de la delación y del control social un gesto maquinal como aquel que nos conduce al correo o a la oficina de la Seguridad social (en sus propias palabras); por otra parte el término de "*Seguridad social*" parece interesarle desde su rápido paso por el ministerio de la Salud. En efecto, sería tentador usar esa denominación para renovar los términos de policía y de gendarmería, que producen inseguridad (el ministerio de la "Defensa nacional" simplemente se ha convertido

en el de la "Defensa"!)). Precisamente en el momento en que se desarrollan los términos de prevención "a distancia" y de prevención "de proximidad" de la delincuencia, en el que los de "protección civil" y de "defensa operacional del territorio" se recubren mutuamente, habría que intentar realizar una amalgama entre los diversos servicios sanitarios, sociales y policiales.

Si miramos a nuestro alrededor, eso es lo que observamos. Primero en la cooperación, a través de la cual "exportamos" nuestros conscriptos con fines de *servicio público*; después, en Irán, donde el Sha ha creado dos nuevas armas para su "revolución blanca": el *ejército de la higiene* y el *ejército del saber*. Insensiblemente, las fuerzas del orden se comprometen en nuevas vías, moviéndose en el sentido de la historia del Estado nacional que toca a su fin: la desaparición de lo judicial y de lo sanitario en el aparato militar.

Múltiples hechos señalan claramente este último deslizamiento. En Francia, el debate entre la mayoría y la oposición sobre la reforma del ejército (después de la reforma penitenciaria), lleva al secretario general de la UDR ¹¹⁵ de la época a proponer un desdoblamiento de la fuerza militar en un *ejército profesional* y otro que estamos forzados a llamar *el ejército de los aficionados*... Y esto precisamente cuando se conoce la existencia oficial de los primeros dos mil quinientos milicianos de la ecología: los "*Rangers de Francia*". Esta asociación (ley de 1901), fundada hace más de cinco años por un militar retirado, tiene por objetivos "proteger la naturaleza", señalar las anomalías y oponerse a las depredaciones. Contando con apoyo cercano al ministro del Interior mismo, esta asociación aspira a ser reconocida rápidamente como de utilidad pública, a fin de desarrollar su demografía y de alcanzar así el techo de diez mil miembros en 1975. En Inglaterra, se habla también de un renacimiento de la "*Home Guard*" ¹¹⁶. Entre tantos aficionados a las fuerzas del orden no se sabe muy bien si se trata de organizaciones paramilitares o paraciviles... con la delación masiva se instala sin que nos demos cuenta la "civilización" del ejército.

Paralelamente, un último hecho viene a esclarecer el nuevo estatuto social del ciudadano: el conflicto de Chipre ha puesto dramáticamente al día lo que algunas semanas antes era el tema de la conferencia de Génova sobre el "derecho de guerra", la *extensión del derecho a la protección humanitaria al conjunto de*

las poblaciones civiles. Como los ejércitos griego y turco practicaron tomas masivas y sistemáticas de rehenes, el conjunto de la población civil fue declarada "prisionera de guerra", justificando de este modo la "detención" ¹¹⁷ de comunidades enteras, la internación en los campos o la ejecución sumaria de cualquiera.

Como se ve, lo que se acostumbra a llamar el "cuarto poder" está aquí, y no solamente en la prensa y los medios de expresión tradicionales, sino en el empleo de la inquisición social generalizada. La política de dejar la puerta abierta es también la política de la apertura al público, ya no sólo de las fábricas, de los cuarteles, sino también de la cárcel de Loos-les-Lille, en la que se invita a la masa a odiar...

Una época de mediación social toca a su fin, la política de la información se metamorfosea, la crisis de la prensa y de la industria editorial ya no carece de relación con este retorno de la inquisición. Habrá que revisar nuestros juicios de valor sobre el secreto y la disimulación. La clandestinidad corre el riesgo de volver a convertirse en un "modo de supervivencia", ya no sólo para las minorías oprimidas, sino también para las masas, ya que la sociedad liberal que expira revela ser también la sociedad de la perversión del develamiento.

Resulta útil analizar las afirmaciones de Alexandre Sanguinetti sobre el nuevo ejército. Lo que les propone a los ciudadanos ordinarios son seis meses de entrenamiento en el manejo de armas elementales; las cosas serias pasan por los tecnócratas-guerreros, que utilizan el armamento científico. Lo que se espera de los aficionados, es decir, de los convocados, es que cumplan una vez más el rol de vigilantes (de *campana*, según su expresión), a fin de participar en la protección del medio ambiente de la fuerza de disuasión. El nuevo conscripto queda asimilado aquí a la figura del escudero, es decir a las "personas de armas llevar" que velan por la seguridad del último "hombre de armas", el tecnócrata militar. Por otra parte, para justificar históricamente su proyecto, el ex secretario general de la UDR ofrece como ejemplo de integración de las fuerzas del orden a la ciudad a la gendarmería. Se apoya para esto en la disuasión, lo cual no puede menos que dejarnos estupefactos, ya que las ciudades constituyen precisamente aquello a lo que apuesta la estrategia nuclear: "la guerra de masas, declara, ha

destruido la función social del oficial, pero lo que hay de maravilloso en la disuasión nuclear, es que la restaura, pues se cuenta de nuevo con la guardia de la ciudad." No se puede anunciar mejor la emergencia, más allá de las castas, de una verdadera *clase militar* compuesta de famosos hombres de armas profesionales y de tecnócratas de la industria de la guerra.

Aquí se prepara una jugada de pase de manos. Aprovechándose del movimiento juvenil de rechazo del servicio nacional, se prepara el acoplamiento, de una u otra forma, del ejército de aficionados y de las estructuras paraciviles, tales como las de los nuevos protectores del medio ambiente natural. En resumen, en lo alto del edificio se encontrarán los guardias del medio ambiente militar; en lo bajo, los guardias del medio ambiente civil; en el medio, la "protección civil" en la que se reencontrarán las dos formas del nuevo ejército; y finalmente, por todos lados, diseminada y disimulada en la extensión del cuerpo social, la masa extremadamente diversificada de los "trabajadores sociales": educadores callejeros, animadores culturales y asistentes de toda categoría.

De hecho, estamos marchando hacia la constitución de un *Imperio de la información*, y la convocatoria reciente del ministro de la "Calidad de vida", pidiendo que se le escriba directamente, retoma la experiencia precedentemente descrita de los correos periféricos, aunque esta vez la cosa pasa a nivel del poder central. En adelante será más fácil entender el significado de los sobresaltos que agitan por igual tanto a la radio, la televisión, la prensa y la industria editorial, como a los mismísimos "servicios secretos"; en los Estados Unidos, tanto como en Alemania o en Italia. Una vez más la nueva revolución de la información revela ser ante todo la revolución del servicio de inteligencia, y los que hasta aquí tuvieron el monopolio, o bien se crispan delante de una mutación con la que corren el riesgo de perderlo (como en 1943 y 1945) o bien, más a menudo, se encuentran poderosamente reforzados, hasta el punto de poder hacer fracasar a la clase política tradicional.

La inquisición banalizada que se oculta detrás de la *política de la puerta abierta* preludia el lanzamiento de un *monitoreo* que ya no será parroquial sino nacional, sin duda a la espera de ser universal.

Desde el acecho a partir de un lugar natural dominante, y

después desde una torre, hasta llegar al satélite espía, pasando por la "prospectiva de los juegos de guerra", la necesidad de anticiparse a cualquier acción se revela como una de las constantes de la inteligencia militar; pero al lado de la voluntad de anticipar está también la de adquirir la ubicuidad: saberlo todo, pero también verlo todo, inmediatamente.

En este control, que se quiere global, los detalles más ínfimos son agrandados desmesuradamente, y de allí el peligro permanente de desencadenar "crisis" a propósito de todo y de nada... De hecho, las necesidades de anticipación, enriquecidas por la cuasi-ubicuidad de la información moderna, ya no permiten juzgar qué cosas podrían carecer de importancia: la prevención militar es, inevitablemente, la de lo peor. Se lo percibe muy bien en las nuevas relaciones internacionales: las posibilidades tecnológicas y políticas del control total del planeta metamorfosean incidentes menores en crisis graves, que sin el progreso de la información habrían podido pasar desapercibidas. Aquí se desarrolla algo comparable a lo que sucede con la mirada médica, pero a escala del cuerpo sociológico, no del fisiológico. Inicialmente, todo se percibe como dudoso, malsano, las condiciones de la nueva mirada política sobre la sociedad desarrollan inmediatamente, como lo ha escrito Foucault ¹¹⁸, un *a priori* funesto: el del carácter patógeno del conjunto. Inicialmente, toda transgresión se juzga peligrosa para el equilibrio sanitario y social, toda delincuencia menor se *criminaliza* indebidamente, a tal punto que este tipo de abuso acaba de ser denunciado por los jóvenes miembros del sindicato de la magistratura; para las autoridades todo es sospechoso, todo lo festivo se convierte en culpable.

Así se desarrolla, sin que nosotros seamos concientes, una lógica de lo peor; aquí ya no se trata de la enfermedad o de la muerte de un paciente bajo el ojo vigilante del clínico, de ahora en adelante se trata de patologías de masas.

En el curso de los últimos años de la intervención americana en Vietnam, se hizo realidad, gracias a la conjunción de diferentes medios y métodos de combate, una cierta perfección del *diagnóstico*. Al lado del servicio de inteligencia clásico, los sensores y detectores de la guerra electrónica, acoplados al vuelo de los aviones y al sobrevuelo de los satélites, finalmente permitieron actualizar los ordenadores estratégicos durante las

veinticuatro horas del día, dando así una buena imagen del *campo social combatiente*, ya no sólo a los estados mayores de campaña, sino en primer lugar y por sobre todo al Pentágono y al presidente de los Estados Unidos, que cada día decidía personalmente los objetivos a alcanzar. Aquí se ve cómo el movimiento de globalización de la inteligencia acelera el movimiento de centralización de la decisión; como hemos visto, es lo que ya pasaba en Alemania en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Pero lo más inquietante es que actualmente estos métodos de control social total están siendo repatriados; quisiera tomar como prueba la famosa línea McNamara, que permitía, por medio de un sistema electrónico, impedir la infiltración vietcong, y que se reinstala, en el curso del verano de 1973, en el sur de los Estados Unidos, en la frontera con México, esta vez con el fin de interrumpir la migración clandestina de trabajadores. De la misma manera en Francia, después de los incendios de ciertas fábricas y depósitos de carburantes, se emplean los mismos procedimientos electrónicos de detección que los de las fuerzas americanas en Extremo Oriente, pero esta vez alrededor de zonas industriales. Las cámaras espía ya no sólo vigilan al enemigo declarado, sino también al mal espectador en el estadio, al mal conductor, etcétera.

Como se ve, los imperativos militares de la ubicuidad y la anticipación son adoptados insensiblemente por las fuerzas públicas; una amalgama se realiza, los peligros de la vida cotidiana se comparan constantemente a los de la guerra, al punto de que ciertas encuestas, como la del coloquio desarrollado sobre las "amenazas" en el otoño de 1973, muestran ya una mayoría de franceses que considera que los riesgos de la contaminación, de los accidentes de tránsito, de la química alimentaria o de la delincuencia, son infinitamente más temibles, en relación con el porvenir de la sociedad, que los creados por la proliferación de armamentos (nucleares y de otro tipo) o el desarrollo de la potencia política de las fuerzas armadas en todas partes del mundo. Pero al lado de las encuestas felizmente están los hechos, por ejemplo, la primera huelga en Francia contra la instalación de un sistema de control por televisión en circuito cerrado, en la empresa "*Quo Vadis*", a finales del verano de 1974. El rechazo de los trabajadores se refería al acoplamiento de la vigilancia directa de los supervisores y la vigilancia indirecta,

ejercida a distancia por los responsables de la fábrica. "Elijan uno u otro tipo de vigilancia, declaren entonces. En cuanto a nosotros, queremos un encargado que nos controle o una cámara que nos vigile, ¡pero no los dos!"

¿Para cuándo una huelga contra el desarrollo del control social, contra la amalgama entre los procedimientos técnicos de los servicios de inteligencia y la movilización de indicadores de toda especie? ¿Para cuándo una huelga general contra la delación masiva?

En 1967 el alcalde de Filadelfia declaró: "De ahora en adelante las fronteras del Estado pasan por el interior de las ciudades". Señalaba así que la cuestión de la seguridad ya no se apoyaba en los límites extremos de la nación, sino en el interior de las concentraciones urbanas. Era una de las consecuencias (desapercibidas) en la política interior, del *statu quo* practicado en política exterior. Hoy en día se pueden leer sobre las paredes de las ciudades americanas ciertos carteles que llaman a la vigilancia cívica decretando: "Los límites de la justicia pasan por la calle". Entonces las cosas se han precisado desde la época de la década del sesenta, tan perturbada por veranos calientes. Incidentalmente, por la vía de la acción cívica, se sugiere a la masa amenazada por la violencia que participe activamente en el orden público; una vez más lo que pasa en los Estados Unidos encuentra un eco en Francia. El coloquio sostenido en el otoño de 1974 en Rennes, y que reunió alrededor de Francis Jeanson a numerosos animadores culturales, ha permitido debatir una superación deseable, según el parecer de los participantes, de la acción cultural. Como escribió Marcel Riou en su informe: "La acción cultural de alguna manera debe reunirse con la acción cívica, tendiendo a hacer de cada uno un ciudadano completo, capaz de participar de todas las dimensiones de la colectividad ¹¹⁹."

La ilusión de la autogestión en el seno del sistema político actual puede costarnos cara. Sin revolución social y política la participación activa de las masas en todas las formas de control no sólo es un engaño, también nos prepara a lo peor. Si no le damos la atención que merece, con el desbordamiento de las instituciones policiales y militares fuera de sus misiones tradicionales asistiremos al enrolamiento de las masas en su autopunición.

Volvamos por última vez a las encuestas. En el otoño de 1974, al mismo tiempo que la toma de rehenes de La Haya, espectacularmente puestas en escena por los medios masivos, *Le Figaro*, por el tejemaneje de la Sofres ¹²⁰, planteó, después de la primera y clásica cuestión sobre la necesidad de ceder o de no ceder al chantaje, esta otra pregunta: "Se ha dicho que si el comando hubiera matado a uno de los rehenes, la policía francesa mataría al prisionero japonés que retenía. Usted ¿habría aprobado o no tal medida?". En nuestro país todavía nunca habíamos ido tan lejos públicamente en el sentido de un retorno a ley del talión. Todavía nunca esta famosa *liberación del instinto de conservación* había parecido tan cercana.

De hecho, hoy se administra el miedo tal como se administró la esperanza al día siguiente de la guerra. Por cierto, se instalan los diversos equipamientos que permitirán una mayor eficacia en la sugestión: ahora que no existe ningún refugio para las poblaciones civiles, ya no sólo la sirena municipal que muge el primer miércoles de cada mes, sino la señal de radio a domicilio.

Poco antes del escándalo de Watergate, el presidente Nixon propuso el empleo de un nuevo procedimiento que permite encender, desde la sede del Poder Ejecutivo, todos los televisores de los ciudadanos americanos, con el fin de poder, eventualmente, *alertarlos directamente*... El proyecto fue rechazado, pero a pesar de todo, desde hace algunos meses, se pudo adquirir en Francia un transistor ITT (RTL-Matic) que no sólo da informaciones cuando lo encendemos a la hora prescrita sino que también, como lo aclara la publicidad, "lo alerta en cuanto sobreviene un acontecimiento importante, basta para ello colocarlo en *estado de vigilia* sobre la RTL y, en algunos segundos, se lo anuncia antes de volver a ponerse en silencio".

También bastaría con recordar lo que permitieron realizar estos procedimientos en el curso de los años cuarenta, para temer el próximo capítulo...

¿Dónde estamos cuando viajamos? ¿Cuál es este "país de la velocidad" que nunca se confunde exactamente con el medio atravesado? La cuestión del movimiento renueva para nosotros aquella otra, la del alojamiento. Cuando le decimos al chofer del taxi: "Vamos, *en velocidad*" ¹²¹. ¿Qué sabemos de la velocidad del taxi? Decir "en velocidad" es un poco como decir *en China*, otro barrio, otro continente que fingimos reconocer.

El vehículo que estaciona al costado de la acera no es más que un canapé de cuatro o cinco plazas... Cuando arranca y circula a toda marcha por las calles de la ciudad, el mueble desaparece y sus aberturas cobran vida, ¿dónde estamos nosotros? De hecho el automóvil es un proyector, un proyector que comandamos con la palanca de cambio de velocidades. Pero ¿qué significa este cambio si nosotros desconocemos la significación, el sentido, de la velocidad? Pasamos de un estado de movimiento a otro sin cuidarnos de lo que significan, somos llevados, vehiculizados hacia una meta, hacia un lugar, que constituye el futuro objetivo de nuestro trayecto. Pero se nos escapa el aquí y ahora de la rapidez y su aceleración, y ello a pesar de que perjudican gravemente la imagen del medio ambiente recorrido: entre veinte y doscientos kilómetros por hora, el *movimiento* y el modo en que desfila la imagen son radicalmente diferentes. Claro que el término introducido aquí, "imagen", se presta de por sí a algunos comentarios. Cuando caminamos por el campo, hablamos del *campo*, pero cuando atravesamos la Beauce en auto, los campos animados se vuelven cinéticos, y a nadie se le ocurriría confundir estas "secuencias" con su realidad geográfica. Un poco como en el cine la cámara lenta o la cámara rápida ofrecen al ojo una segunda realidad, de otro tiempo, las altas velocidades de desplazamiento de los vehículos modernos nos llevan tanto de una realidad a otra como de una ciudad a otra; en este sentido el automóvil es un *autoconmutador*, el motor del coche y el del proyector tienen un efecto parecido: ambos constituyen medios de transmisión.

Aunque el peatón sea también un vehículo —un *vehículo metabólico*, animado por un impulso propio—, en él hay

identidad e identificación entre el cuerpo y su velocidad; ser viviente –ser vivo–, es ser velocidad. Conozco mi velocidad tanto como al cuerpo que la produce. También mi cuerpo animal es cambio de velocidad; mi vida, mi biografía, es toda ella velocidad. Vivo en un tiempo biológico y fisiológico que no es el tiempo de la germinación vegetal, tengo una duración de vida limitada, percibo ciertos fenómenos tal y como poseo la facultad de moverme: todo esto le da cuerpo y delimitación a mi vida.

Históricamente, el primer cambio en el orden de las velocidades se sitúa en aquel momento en que se utilizaban dos grandes arquetipos vehiculares: el caballo y el barco. Con ellos se da un salto cualitativo excepcional; el acoplamiento de cuerpos animales (caballo, dromedario, elefante, avestruz, etc.) produjo la primera mediación vehicular de la especie. Cuando hoy en día observamos al jinete sobre su montura, el arte de la equitación nos enmascara el extravagante matrimonio de dos metabolismos. Nos sorprendemos al ver a ciertos dioses cabalgando monstruos marinos, nos maravillan algunas yuntas voladoras, pero el centauro amerita para nosotros un mayor estudio. Desde aquella época se ha ido constituyendo una “aristocracia de la velocidad” sin la cual no existiría ninguna tiranía, ninguna feudalidad. El caballo fue *semental*¹²² monetario, moneda *vehicular* –del mismo estatuto que la sal–, y la metalurgia del oro, de la plata, del cobre, sólo intervienen tardíamente. En cuanto la nave que apura los mares, el plano líquido que atraviesa con celeridad le confiere un poder original: en el no-lugar marino la nave adquiere un poder vectorial que también es inseparable de la historia política de Occidente.

A lo largo de mucho tiempo hemos juzgado y prejuizado los efectos de estos dos arquetipos, en cuanto puros *transportadores*, pero su contenido informativo permanece ampliamente desconocido. Aun cuando las noticias –el mensaje, esta mercancía de lujo– finalmente nos condujeron a considerar la velocidad como una información, casi nunca impulsamos el análisis del tipo de correspondencia que constituyeron desde los orígenes el *cabalgador* y el *navegante*; la consigna y el mensaje transmitido ocultaron largo tiempo la velocidad de transmisión.

Pero hay aquí un fenómeno de *proximidad* que también debe

ser entre-visto. La velocidad con la que desfilan los objetos en la pantalla que el tragaluz ofrece a la vista se encuentra en función de su grado de proximidad: alejándose del suelo que le sirve de referencia, el avión retarda el desfile del paisaje sobrevolado, el mundo vuelve a ser estático; al elevarse en el cielo a muy alta velocidad el aparato alcanza un techo en que todo se congela, o casi, en el distanciamiento que da la altura.

Si los primeros planos en el vidrio del automóvil huyen a toda velocidad, los segundos planos apenas se deslizan. En la literatura más temprana sobre la velocidad –presentada por Claude Pichois en su ensayo *Vitesse et vision du monde*¹²³–, los viajeros son sensibles a esta magia y a menudo comparan el tren con una *linterna mágica* –como si la dinámica estuviera emparentada con la fantasmagoría, con la locura (como antiguamente sucedía con el agua)– y la estática lo estuviera con la razón.

A decir verdad, con la aparición del vapor se inicia una conmoción en el orden de la percepción. Hugo lo señala en su obra *En voyage*, cuando escribe: “La rapidez es inaudita, las flores del camino ya no son flores sino manchas, o más bien rayas rojas y blancas, ya no hay puntos, todo se convierte en rayas”. Este surgimiento espectacular de la linearidad, de la rectitud, por obra de la aceleración de vehículos, es de hecho una confirmación de la linearidad y de la rectitud de las grandes vías de comunicación: vías romanas, vías reales, vías ferroviarias y nacionales y, enseguida, vías rápidas de autopista. La aparición de la rayadura en el primer plano del desplazamiento no es más que el reflejo en el espejo de la rectitud –o, sobre todo, de la rectificación– que las vías férreas aportan al paisaje; un poco como el reguero de condensación del aparato en vuelo señala la vía aérea –que no constituye de hecho más que el *Proyecto del jet*–, la ruta o los rieles también son proyectos; la infraestructura vial o ferroviaria es *Vehículo*, vehículo “estático”, indispensable para los viajes del vehículo “dinámico” que la toma porque le permite “franquear” las asperezas más o menos acentuadas del relieve, los obstáculos más diversos. Así como el *Puente* es una *Ruta* que franquea el río, la *Ruta* es un puente que atraviesa la selva; *todas las rutas son puentes, puntos que se convirtieron en rayas*, en rectas que no terminan de concluir.

La primera función de la *Velocidad* es entonces la de verificar

el sentido, la significación de la recta –el trazo derecho–, pero también, y esto resulta menos claro, del *Derecho* y de la justicia.

Un poco como este arquitecto –para quien la línea recta y su “ángulo” eran signos absolutos de civilización, y la geomorfología caos original, popularización, es decir, aparente democratización de altas velocidades–, parece haber llevado hasta el pináculo de la gloria la calidad de tieso, en detrimento de las sinuosidades, de la figura maléfica de la serpiente ondulatoria, de la curva que disminuye la velocidad del viaje y que también lo vuelve más peligroso a causa de la deportación centrífuga; todo esto restituye un clima místico, mitológico, en que los dragones, la serpiente de mar y los arabescos del laberinto original reaparecen para dar figura al mundo atravesado.

La animación aparente (e ilusoria) de la imagen en la pantalla del parabrisas otorga al conjunto de la naturaleza aquello que antiguamente se percibía en la animalidad fabulosa. La geografía variable del país de la velocidad surgió en la historia durante el último siglo para renovar el bestiario de los tiempos oscuros. El orden rural, la serenidad de los campos, trastornados por la revolución industrial, por la mina, por la fábrica, también serán trastornados, y en mayor medida, por los transportes, es decir, por el incremento exponencial de la velocidad de los medios de comunicación de masas; el teléfono, la radio y la televisión se esbozan ya en el tragaluz del vagón o en la luneta trasera del coche. La realidad primera, el objeto y el espacio de la experiencia, huirán hacia el fondo del horizonte en provecho del objeto y del espacio de la experiencia del ejercicio de desplazamiento rápido, en que el tacto de las cosas y de las materias se muda en otros tantos signos y consignas; como lo previó Kafka, el arrastre de las altas velocidades descalifica la identidad en provecho de la conformidad: el cinematógrafo, la cinética, finalmente supondrán ponerle un uniforme al ojo.

La unidireccionalidad y la uniformidad se confunden con la conquista del nuevo y último continente, el de la velocidad. Como lo precisa B. Gastineau en *La vie en chemin de fer*: “antes de la creación del ferrocarril, la naturaleza ya no palpitaba... los mismísimos cielos parecían inmutables; *el ferrocarril lo ha animado todo, lo ha movilizado todo*, el cielo se ha vuelto un infinito que obra”. Aquí se esboza todo el movimiento de la física moderna, que terminará en 1916 con la teoría de la relatividad

general, pero también aquí radica el paso, con armas y equipajes, hacia un universo de pura fuerza que será desencadenado por lo nuclear, después de haberlo sido por el movimiento violento de la evolución darwiniana de las especies, por la desintegración del medio...

Si el tragaluz del tren es una linterna mágica, esta linterna hace aparecer las sombras de las ciencias. El auto constituye también un cuarto oscuro en la que los elementos de nuestro hábitat cotidiano se convierten en partículas en movimiento, en parábolas. Si en su origen la *Pedagogía* fue la puesta en relación del sentido y del desplazamiento pedestre en los jardines de *Akados*, si la aproximación lenta permite el encadenamiento del sentido de los elementos del mundo atravesado, las altas velocidades vuelven telescópicas las significaciones, al punto de disolverlas, como la luz hace con los colores. Pero este deslumbramiento de la velocidad es también enceguecimiento pasajero, ceguera del pasajero. *El viaje se transforma en estrategia de desplazamiento, puro proyecto*, deslizamiento del tacto y de la táctica de la experiencia hacia el ejercicio estratégico; no importa cuán corta sea la circulación desde un objetivo a otro, desde una ciudad a otra, esa circulación se convierte en el puro malestar de la espera por llegar, la travesía a través del mundo, en vahído. Tal insatisfacción se parece a una desorientación en la que el vértigo (el *stress*) señala los primeros efectos de una despersonalización de la que es responsable la prótesis vehicular.

La circulación se hace nauseosa (vahídos ocasionados por el mar, por el aire, por la ruta) como si al volverse telescópicas las significaciones cobraran un valor gástrico, como si la absorción visual o bucal produjera un mismo fenómeno de intoxicación alimentaria. La desaparición de las particularidades del mundo en el deslumbramiento de la velocidad está sensiblemente acompañada de los mismos síntomas: zumban los oídos, se enturbia la vista, se perturban las imágenes y el color. En altas dosis, es decir, a alta velocidad, el coche se identifica con las premisas del desvanecimiento, la geografía variable no se absorbe sin precaución...

La glaciación del ejercicio rápido ha disuelto la experiencia del campo atravesado, los hechos son deshechos; tal y como en el desierto no tenemos otras señales que nosotros mismos, la

relatividad nos extravía; el continente de la velocidad representaría entonces el surgimiento brutal de un no-lugar en la historia, la producción vehicular habría concluido finalmente el último *desanclaje*; y ya no se señalaría a la industria (la revolución industrial) más que como *fábrica de velocidad*. Pero este último desanclaje se revelaría también como despegue, como desprendimiento del suelo de la experiencia (desprendimiento retiniano también), como ruptura de proximidad y compromiso definitivo en la mediación vehicular de una sociedad que se apresta a tomar los medios (de transmisión, de comunicación) como fin.

Si se vuelve por un momento sobre la revolución industrial, se constata que conduce lógicamente a esta extremidad. Comienza poniendo manos a la obra en el perfeccionamiento de los grandes arquetipos vehiculares: el caballo de vapor y el barco de vapor, que transforman el mundo en un "tapiz de trayectorias", desde las vías férreas hasta el cruce de los grandes istmos y canales marítimos internacionales a lo largo del siglo XIX.

El capital va remontando el río, del sector comercial a la industria, o incluso desde las industrias de consumo a las *industrias de base* –metalurgia, química– para terminar en las *energías de base* –carbón y petróleo–; después, con lo nuclear, la aparición de la fuerza pura: la energía es también el arma absoluta, el medio se ha convertido en el fin.

Hacia 1863, B. Gastineau declara: "*La distancia no es más que un ser de razón, el espacio, una entidad metafísica desprovista de toda realidad.*" La máquina de vapor es una máquina de guerra, destruye o, mejor aún, deconstruye el *continuum* social; el movimiento ya no es solamente el alma de la guerra, se convierte en el movimiento del progreso técnico asimilado al mito de la omnipresencia. Ya en 1843, Heine escribía:

"Los ferrocarriles aniquilan el espacio, y no nos queda más que el tiempo. ¡Si solamente tuviéramos suficiente dinero como para matarlo de una forma conveniente! ¡Cuándo llegará el día en que ejecuten las obras para establecer líneas hacia Alemania y Bélgica y las conecten con las vías férreas de estas comarcas! Creo ver las montañas y las selvas de todos los países marchar hacia París. Ya

siento el olor de los tilos alemanes; delante de mi puerta rompen las olas del mar del Norte."

Cuando el enlace de los tramos se efectúe será la invasión de 1870 ¡en la que la concentración ferroviaria de las tropas jugará un papel considerable! Como lo declaraba en una memoria que data de 1861 el general norteamericano McClellan:

"Los ferrocarriles han introducido un nuevo e importante elemento en la guerra debido que ofrecen la facilidad de concentrar con prontitud, en un punto dado, masas retiradas de otros sectores, creando nuevos puntos estratégicos y nuevas líneas de operación."

Lo que significa decir de otro modo lo que predecía Renan a Ferdinand de Lesseps: "Con su canal, usted acaba de crear un número incalculable de conflictos mortales".

Al desarrollarse, con la industria de los transportes, la *fábrica de velocidad*, y al mejorar sin cesar la *conductibilidad* de los lugares y los medios atravesados, se acelera también su disolución, su disipación. El desarrollo ferroviario y marítimo del vapor y del "vapor acorazado" no será sólo un capítulo entre otros del desarrollo industrial, será su esencia, inseparable de la aparición de los grandes imperios coloniales. El culto de la energía de base y el relativismo temporal constituirán el eje del sistema (hasta en los problemas contemporáneos de los recursos naturales del Tercer Mundo), la vía férrea será el origen de un nuevo catastro. Todo el mundo se acuerda de los combates épicos sostenidos en torno de la penetración ferroviaria en el Oeste americano, el *caballo de hierro* era un *caballo de guerra*, la prosa transcontinental, cara a Cendrars, es un canto guerrero, una música militar:

"Andén central, desembarcadero de voluntades, encrucijada de inquietudes... en todos las estaciones vi partir todos los últimos trenes, ya no podía partir nadie más porque no se vendían más pasajes y los soldados que se iban hubieran querido quedarse... Todos los rostros entrevistados en las

estaciones, todos los relojes, la hora de París, la hora de Berlín, la hora de San Petersburgo, y la hora de todas las estaciones... Todas las mañanas se ponen los relojes en hora, el tren adelanta y el sol atrasa...

La vía férrea tiene una nueva geometría.

Siracusa, Arquímedes y los soldados que lo degollaron y las galeras y los rostros y las máquinas prodigiosas que inventa y todas las matanzas...

He visto,

He visto los trenes silenciosos, los trenes negros que vuelven del extremo Oriente y que pasan fantasmáticamente,

y mi ojo, como el fanal trasero, todavía corre detrás de esos trenes.

A Talga, cien mil heridos agonizaban por falta de cuidado.

He visitado los hospitales de Krasnoïarsk y Khilok, hemos cruzado un largo convoy de soldados locos..."

(La prosa del transiberiano dedicada a los músicos)

Contaminación, demografía, penuria de materias primas, lo más inquietante, sin lugar a dudas, es la adquisición constante de altas velocidades; la aceleración significa literalmente *El fin del mundo*. Este momento imaginado –pero de ninguna manera imaginable– en que ya no se necesitarán algunas horas para ir a Nueva York o a Río, sino diez minutos, en segunda clase...

También resultarán inquietantes los interdictos que por entonces graven los recorridos, el orden de la circulación será asunto de cada quien, un poco como en esos conventos en los que estaba excluido correr, un poco como en esos campos en los que resulta impensable moverse muy lentamente, como les gusta a los guardias¹²⁴. El fin del mundo llegará sin oposición debido a la generación de vehículos técnicos que, aboliendo el espacio de la especie, necesitarán la administración rigurosa de los tiempos de desplazamiento; al ministerio de Organización del Territorio sucederá entonces el de la Organización de la Duración.

De aquí en más los perjuicios de la *segregación espacial* nos resultan familiares, ya que un siglo de luchas contra el

avasallamiento de la distancia nos ha preparado para esta oposición; pero ¿se imaginan la insatisfacción, la impaciencia que tendremos, cuando para el habitante de Montmartre o Montparnasse los bordes del Pacífico estén a menor distancia de París que los del Sena? Cuando el medio (de transporte) se convierta en el fin del espacio posible, ¿qué nos quedará?

El día que el aparato supersónico, al igual que el aparato fotográfico, nos permita tomar cualquier *instantánea* del mundo, nos convertiremos en una película sensible que nada puede "velar", un rollo fotográfico en el que las sobreimpresiones volverán incomprensible la imagen. ¿Qué espera nos espera para cuando ya no tengamos necesidad de esperar para llegar? Nuestro rápido viaje actual ya casi no es más que la espera por llegar; ¿qué sucederá cuando incluso esta corta paciencia haya desaparecido? El medio ambiente próximo, a distancia pedestre, nos parecerá lejano: transferiremos la impaciencia de la espera a nuestro medio ambiente inmediato; nuestro cuerpo, vehículo metabólico, nos parecerá de plomo; como el buzo, tendremos la sensación de un retraso inaceptable, no podremos soportar nuestro cuerpo tal y como no soportamos la presión en el fondo de los mares; el paisaje inmediato nos parecerá tan alejado y tan inaccesible para nuestras propias fuerzas como la Catedral de Chartres para el peregrino. Cuando la plaza al final de la calle, a diez minutos de marcha, nos parezca tan lejana como Pekín, ¿qué quedará del mundo?, ¿qué quedará de nosotros?

La redondez de la tierra nos restituirá a nosotros mismos, para reencontrarnos o para perdersnos definitivamente. Los viajeros ya experimentan el "girar en el vacío" y sacan un pasaje de avión para Roissy-en-France... ya en Roissy-en-France, Sarah Krasnoff, antes de morir en el aeropuerto de Amsterdam, no tuvo temor de afrontar los husos horarios ejecutando un vuelo ininterrumpido de cinco meses, con algunas breves escalas entre continentes, prácticamente sin salir de los aparatos de la KLM... Esta fuga gravitacional, que la había llevado a cruzar el Atlántico ciento sesenta veces, marcaba un umbral: el umbral del escape a través del vagabundeo de la aceleración, de la evasión a través del no-territorio de la celeridad, y ya no simplemente a través del alejamiento.

A la rabona propia del fugitivo que toma la tangente y se escapa lejos, sucede aquí el escape a través del no-lugar de la

velocidad. El ciudadano del mundo se convierte en ciudadano de utopía, ya no habita más que el medio de transbordo y el lugar de tránsito; para el pasajero, la pista –tal como el ala del aparato en el tragaluz del vuelo supersónico– es el horizonte de la escala, el aeropuerto se convierte en la nueva ciudad; *la ciudad de tránsito* pasa a ser la última ciudad, con sus diez millones de “pasajeros-año”. Su envergadura cubre el mismo número de hectáreas que la más vasta de las capitales (el aeropuerto de Dallas tiene la misma superficie que la aglomeración parisina).

La ciudad antigua era el lugar de tránsito de las migraciones humanas y animales. Construida en una encrucijada de pistas, acogía las caravanas, la subida de los campesinos, la llegada de los mercaderes y de los mensajeros; igual que el pueblo –en el cruce de caminos– se construía sobre el flujo metabólico de la animalidad domesticada; organizaba sus plazas y sus cuarteles en función de la baja velocidad de los cuerpos animales: el peatón y el jinete levantaban catastro y edificaban el escalonamiento urbano: la rampa o la escalera, la ciudad o el puerto, la vereda o el atracadero, realizaban la infraestructura de la lentitud.

Cuando atraca en el puerto aéreo, las enormes pistas de hormigón del *aeropuerto* soportan durante el frenaje las toneladas del jet. Los habitantes del lugar de tránsito son “pasajeros”, ocupan subrepticamente el espacio de la ciudad del aire; aquí ya no son locatarios por algunos años sino por algunas horas, su presencia fugaz está a la altura de su irrealidad y de la velocidad de su viaje. Los usuarios de las ciudades-tránsito son espectros que componen un conjunto exótico y sin porvenir; igual que con el “arte de aeropuerto”, ellos señalan una descalificación. Ciudad en la que el pasajero hace pie un instante antes de rebotar hacia otro lugar, lugar de espera que renueva la estación ferroviaria, la estación aérea es el umbral de una acrobacia de la que percibimos mal los efectos.

El “girar en el aire” del viajero que vuela por volar repite en otra dimensión el entorpecimiento que caracterizaba a los primeros vehículos, la vía férrea y el automóvil. La decisión de partir está menos motivada por el viaje que por la embriaguez de la velocidad –asimilada a la felicidad–; embarcarse es un “pasaje de ida”, un irse “*en velocidad*”, y no ya *en América* o *en Europa* –del mismo modo que para los vagabundos de Jack Kerouac la costa Oeste o la costa Este de los Estados Unidos no

constituyen el proyecto de los que *drop-out*–, sólo la velocidad es el medio verdadero. “¡En camino! y se recostó sobre el volante... estaba de nuevo en su elemento, era visible... todos sabíamos que dejábamos detrás nuestro el desorden y la absurdidad y que se colmaba nuestra noble y única función en el espacio y en el tiempo, escucho el movimiento.”

El vehículo metabólico se cree un vehículo técnico, de Asia a Europa el mundo puede cambiar. El pasajero del “girar en el aire” se mofa de ello: como para el automovilista autista, la aceleración se convierte en su destino, su rumbo. La detención momentánea sobre la banquina de la ruta o en la estación de servicio sólo resulta precisa para atender las necesidades elementales, que se satisfacen rápidamente en los tocadores del motel o en el hotel de la aeroestación. El suelo, el territorio alcanzado, se identifica con una o dos funciones primarias: un poco como ayer el departamento burgués se despedazaba en varias “piezas” (comedor, salón, cuarto de fumar, etc.), los territorios más vastos son reducidos a una instrumentación precaria: se dormirá en Honolulu esperando el avión a Londres, se saldrá de compras en Nueva York antes de volver a partir para Frisco... Esta instrumentación precaria llega incluso hasta la proposición oficial de modificar el nombre de las ciudades: Chicago y Pittsburg amalgamadas en *Chippits*. Sin lugar a dudas, para los pasajeros que vayan de Chicago a Pittsburg, en el sentido inverso, será preferible *Pittchica*; para Boston-Washington, no se hablará únicamente de *Boswash*, como indica la convención, sino también de *Washinbost*...

Aquí, el sentido de la lectura, el movimiento de la escritura, resulta tan discutible como la dirección del viaje, y la automovilización aparece desde entonces como un autismo que expande colectivamente la abusiva generación de vehículos rápidos. Pero este efecto y sus consecuencias no se verificarán plenamente hasta que hayamos alcanzado el efecto masivo del fenómeno, con la popularización de las altas velocidades; cuando las prácticas de la *jet-society* se conviertan en las prácticas de todos, el “girar en el vacío” repetirá alrededor de la redondez del globo las consecuencias del escape semanal, e incluso diario; el fin de semana y la residencia secundaria, la ciudad dormitorio y el trayecto cotidiano hacia el lugar de trabajo se convertirán en diseminación del espacio de las funciones en la

extensión mundial (aquí basta con apreciar el sentido de lo que se llama "redespliegue industrial"), disipación de lo vivido en secuencias menores, antítesis del tiempo inmóvil de las campañas. La insatisfacción de los ciudadanos para con su cuadro de vida se verá considerablemente acrecentada, a la desintegración de las relaciones de proximidad inmediata sucederá probablemente un aumento de la agresividad, en la medida misma en la que exista un lazo de causalidad entre la hipervelocidad y la hiperviolencia. Basta para ello considerar el tipo de relaciones que existe entre automovilistas y peatones y el cambio que se opera a simple vista cuando se invierten los papeles. La dinámica de la velocidad verificará todo lo que estaba contenido en la estática infraestructural: la violencia de la derecha, la ideología que nos hace considerar la distancia como una "tiranía", la ilusión que permite creer que la hipercomunicabilidad es signo de progreso ¡símbolo de civilización!

La separación entre los individuos, percibida hasta entonces como un gesto de mal humor, una ruptura de relaciones, se convertirá acaso en un signo de amor... a la significación positiva de la atracción y la seducción recíproca, tal vez suceda la significación positiva de la repulsión, a menos que, a la inversa, la lentitud extrema del tacto y del contacto entre los cuerpos, entre los lugares del cuerpo, nos la vuelva apropiadamente insoportable. Con el acostumbramiento a la hipnosis de las altas velocidades, con la omnipresencia habitual en los diversos lugares del cuerpo territorial, ¿perderá su interés, su valor, la simple proximidad de un contacto? La indiferencia a los paisajes atravesados, a las culturas exóticas, ¿nos incitará a la pasividad, a la indiferencia a las materias, a los órganos y a los lugares del cuerpo animal?

Siempre pensé que la invención del primer vehículo, la montura del cuerpo animal (mula, dromedario, elefante, caballo, avestruz, etc.) no carecía de relación con el acoplamiento humano; el placer del vehículo metabólico domesticado, ¿no habrá tenido repercusión sobre las relaciones sexuales? O sobre todo, ¿no habrán sido estas últimas el prefacio de la más noble conquista del hombre? La primera generación de vehículos rápidos se desarrolla a través de la cría y de los lazos misteriosos y estrechos que mantiene con el desarrollo de la demografía humana. La historia de la caballería no carece de efectos sobre

la historia de las sociedades; las grandes migraciones, las invasiones, los raptos –tanto como la explotación de los suelos– se hallan ligados con la historia de los arquetipos vehiculares. ¡La conquista y el poblamiento de los grandes cuerpos territoriales raramente se distingue de la de los pequeños cuerpos animales! El deseo, el placer y la embriaguez de las travesías continentales marchan unidos a los de la penetración, el movimiento que después de casi dos siglos acelera las relaciones geográficas no carecerá de efectos sobre las relaciones físicas.

Ya hemos visto desaparecer del medio urbano los caballos y veremos la sorprendente exclusión de toda animalidad en las metrópolis –los interdictos sanitarios que conciernen en primer lugar a los animales domésticos llegan a veces hasta el genocidio, so pretexto de contagio. También hemos visto reaparecer el animal espectacular del puro juego de circo o de placer ecuestre. ¿No habrá que esperar alguna cosa comparable en la relación entre los cuerpos de los parteneres sexuales? La velocidad del encuentro puede llevarnos a confundir el contacto con el impacto. La ausencia de preliminares en el paso fronterizo, en la penetración y la brutalidad del desembarco (en Nueva York, en Hong Kong), puede no carecer de consecuencias en el *rendez-vous* de las parejas. La desaparición progresiva de la corteja –ella misma simulación de recibimiento– substituye la hospitalidad primitiva, continuándose actualmente en el contacto viril; tal vez la "franqueza" termine en el intercambio consuetudinario de malos tratos.

"Somos como autos. Rengueamos como autos, vamos rápido como autos, ya no tenemos tiempo de decir buen día, hasta luego. Somos como el conejo de Alicia: rápido, rápido, rápido... estamos siempre retrasados aun cuando estemos adelantados..." (Valérie, 9 años).

Mientras tanto debemos intentar el análisis de la represión que sufre la animalidad humana, el uso del cuerpo en la ciudad. Contrariamente a la acepción corriente, la ciudad no es el lugar de actividades físicas desbordantes, sino el lugar de actividades nerviosas. A la inversa, en el espacio humano se asiste al aletargamiento progresivo de las actividades del cuerpo, reemplazadas por las de las prótesis técnicas: ascensores, cintas transportadoras, escaleras eléctricas, automóviles... Por otra parte la rarefacción de los intersticios, tanto en el seno del tejido

urbano como en el interior de los edificios, no hace más que acentuarse: reducción de la superficie de las veredas, de las viviendas, de su altura bajo techo... Sin hablar aquí de los interdictos cada vez más numerosos que gravan al ciudadano y vienen a *contaminar* legalmente lo que aún subsiste de su libertad de movimiento. Todos estos factores concurren a limitar e incluso a suprimir el ejercicio físico: sentado, parado, acostado, el hombre de ciudad raramente está en *desplazamiento* en relación con aquello que, sin embargo, constituye su primer medio de transporte: sus miembros inferiores. La dimensión y la extensión de los canales puramente corporales se reduce sin cesar, el individuo es linearizado por la rectitud de la geometría urbana (la ortodoxia ortogonal de su vivienda, de su inmueble), puntualizado, después, en las posturas que acabamos de citar; precisemos, sin embargo, que la posición *acostado* queda prácticamente reservada al sueño y que la posición *de pie* se hace relativamente rara. Esta esclerosis de los comportamientos, estos desplazamientos que se congelan en gestos simples de los miembros superiores, señalan la des-animalización del usuario.

La humanidad urbanizada se convierte progresivamente en una humanidad sedente. Los "deportes" pretenden paliar esta situación atrofica instituyendo algunos ejercicios corporales reglamentados en lugares y terrenos previstos a ese efecto. Esto es desconocer voluntariamente la permanencia de la cultura del cuerpo y la influencia de las actitudes posturales cotidianas sobre el psiquismo. Antes de habitar el barrio, la vivienda, el individuo habita su propio cuerpo, establece con él relaciones de masa, de peso, de obstaculización, de alcance, etc., es la movilidad y la motilidad del cuerpo la que permite el enriquecimiento de las percepciones indispensables para la estructuración del Yo. Demorar e incluso abolir esta dinámica vehicular, fijar al máximo las actitudes y los comportamientos, significa perturbar gravemente a la persona y lesionar sus facultades de intervención en lo real.

La pérdida de sensaciones cinéticas o táctiles, de sensaciones olfativas, suministrada por una práctica vehicular directa, no puede ser compensada por una percepción mediatizada, por la visualización indirecta del desfile de imágenes en el parabrisas del automóvil, en la pantalla cinematográfica o incluso en

la pantalla chica del televisor. Sin embargo, esta compensación ilusoria se convirtió en una industria "de punta", la electrónica. De ahora en adelante, el viajero será perseguido por el mensaje, desde la radio a bordo hasta el teléfono para peatones, pasando por el casco *moto-audio* que permite al motociclista seguir los programas radiofónicos dejándole una sola oreja para escuchar los "ruidos exteriores" (como si se tratara de un producto tóxico, el folleto indica: "No utilizar más allá de los noventa kilómetros/hora"). La industria de las telecomunicaciones se compromete en el gran proceso de substitución de la escucha y el tacto por el contacto radial.

Con la tele-dicción y la tele-visión, el orden de la circulación ya no es únicamente el orden del movimiento vehicular, sino también telecomando y teledetección. El pasajero, fugaz habitante del no-lugar de la velocidad, es seguido a distancia; en adelante la antena sobre el techo o sobre el casco serán inseparables de la instrumentación del camino; a la interdicción física y visible de las señales y los obstáculos se suma ésta, impondrable, de las consignas de circulación. A los ruidos de las ruedas del tren, a la prosa del Transiberiano dedicada a los músicos, sucede la música ambiental... "Pusimos proa a Nueva Orleans, dejamos a nuestra espalda todas nuestras disputas, bastó dejar fluir las millas y condescender a nuestras inclinaciones naturales... además, hazme el favor de escuchar cómo ese viejo parlante satura su sonido: hizo aullar tan fuerte la radio que el Buick vibra".

A los vagabundos de Kerouac ya no les alcanza el encierro en la dinámica, la embriaguez de la velocidad, deben amueblar el vacío de la travesía continental, la consumación del espacio es también consumación de signos y de mensajes... El mensaje de la velocidad del automóvil y la velocidad del mensaje radial se confunden. El entorpecimiento del pasajero en su bólico resulta parecido al sueño del opiómano: está en otra parte, pero se lo puede contactar fácilmente, él cree ser libre como el aire, pero está siempre en las proximidades del controlador. Se completa la saturación del medio y la obstaculización del espacio hertziano sucede a la del espacio aéreo.

En un mismo lugar -la autopista de Berlín- con diecisiete años de intervalo, dos situaciones ilustran el desarrollo de la hipercomunicabilidad: la primera la relata el ministro Albert

Speer, en sus memorias. Es el fin de la Segunda Guerra Mundial, los responsables del Reich se entierran en su búnker, la supremacía aérea de los Aliados vuelve peligroso todo desplazamiento vial.

"Me sentí aliviado, escribe Speer, de reencontrarme al volante de mi auto en el aire fresco de la noche... mi chofer y yo habíamos convenido rápidamente conducir por turnos. Ya era la una de la mañana, y si queríamos recorrer los quinientos kilómetros de autopista hasta el QG ¹²⁵ del comando en jefe del frente oeste, antes de la aparición de los cazas en vuelo rasante, es decir, antes del día, realmente debíamos apurarnos."

"Con la radio sintonizada en el emisor que guiaba nuestros cazas nocturnos y el mapa cuadriculado sobre nuestras rodillas, seguíamos con exactitud el despliegue de las incursiones aéreas enemigas: 'Cazador nocturno en el cuadrante X, muchos bombarderos en el cuadrante Y... cazador nocturno en el cuadrante...' Cuando una formación se nos aproximaba, circulábamos lentamente sobre el borde de la ruta, únicamente con las luces de posición. Pero cuando nuestro cuadrante se liberaba encendíamos los gruesos faros Zeiss, los dos rompenieblas e incluso los proyectores de búsqueda para seguir a todo trapo sobre la ruta, montados al aullido de nuestro compresor."

Los pasajeros de la Mercedes que huyen de Berlín no sólo siguen las consignas de la circulación vial, también siguen, simultáneamente, las de la circulación aérea nocturna; el puesto fronterizo del Reich, a centenares de kilómetros de allí, los advierte inmediatamente acerca del aparato enemigo que penetra a gran altura. La velocidad del automóvil se convierte en una función de la velocidad de penetración del cazador nocturno, y el puesto de comando de la *Luftwaffe*, gracias al tejemaneje de la radio de abordó, se comporta un poco como una palanca de velocidades: embraga y desembraga los vehículos aéreos y terrestres. De hecho, los dos pasajeros de la Mercedes ya no están exactamente sobre la autopista, ocupan la comarca invisible del espacio de juego de la guerra; un poco como el ladrón perseguido intercepta en su receptor de radio la frecuencia de la policía, Speer y su chofer utilizan en provecho propio el control de la inmensidad aérea y la detección de los adversarios.

Este viaje, en el cual se realiza prácticamente la ubicuidad,

señala los perjuicios de la saturación vehicular (la inflación de mensajes y la polución de vehículos); ya ningún saber permite prejuzgar, inmediata o casi inmediatamente, lo que no tiene o no tendrá importancia, todo se convierte en causa de inquietud; la información instantánea, anticipando las acciones, puede proteger efectivamente de un riesgo, pero produce instantáneamente la crisis. Lo veremos en un segundo ejemplo.

Estamos en el mes de agosto de 1961, en la época de la guerra fría, durante la crisis de Berlín. Se teme el enfrentamiento entre los americanos y los rusos desde que estos últimos se proponen la interdicción del acceso terrestre a la antigua capital alemana. Entonces, para testear su libertad de acción y la voluntad de los soviéticos, el presidente Kennedy decide hacer penetrar un convoy militar en la autopista de Berlín.

Ese domingo, al alba, el coronel Grover S. Johns, en el *checkpoint* americano Alfa, de Helmstedt, da la orden de ponerse en camino a sus mil quinientos soldados. La unidad circula hacia la frontera de la zona soviética. *En la caseta del puesto Alfa un oficial tenía un auricular telefónico conectado a la vez al aparato de radio del auto del coronel Johns y a la Casa Blanca, en Washington, donde el general Clifton, ayuda de campo del presidente Kennedy, estaba al otro lado de la línea. En ese fin de semana, el presidente de los Estados Unidos no había ido a Hyannis-Port, se había quedado en su capital a causa de este convoy militar para Berlín... de toda la crisis berlinesa, éste fue para él un momento de fuerte tensión y de cuidado: era la primera orden que daba que podía conducir a un choque entre las tropas americanas y soviéticas. En Washington, el general Clifton anuncia por fin al presidente: 'El destacamento ha cruzado el puesto fronterizo'. En el subsuelo de la Casa Blanca, Clifton permanecerá constantemente comunicado vía telefónica y radial con el coronel Johns durante todo su trayecto a través de la zona soviética, y cada veinte minutos presentará su informe al presidente. Hacia el mediodía, la cabeza del convoy llegará al puesto de control de Dreilinden en Berlín Oeste. Los berlineses se alegran y el presidente respira más aliviado."*

El jeep del coronel Johns que circula hacia Berlín ya no huye del peligro como el Mercedes a compresión de Albert Speer, lo busca, testea para el presidente de los Estados Unidos, a miles

de kilómetros de allí, la voluntad de Nikita Khrouchtchev. La cuadrícula de la carta, sobre las rodillas del ministro del Reich, un poco más de quince años después, se convierte en el tablero ajedrezado de la "guerra fría", y este convoy y los que lo siguieron serán parecidos a las piezas que desplazarán los dos socios-adversarios. Gracias a la instantaneidad de su información, un auto y algunos camiones revelarán ser más temibles que la Armada Invencible. El conocimiento inmediato y recíproco volverá dramático para el porvenir del mundo el menor incidente, el menor gesto.

Como disuelve el espacio del recorrido del vehículo técnico, la velocidad de la consigna disipa la insignificancia. En adelante todo es extremo, el fin del mundo se hace sensible en esta situación que resulta a la vez de la superconductibilidad de los medio ambientes como de la hipercomunicabilidad de los medios.

Ya los saintsimonianos lo habían predicho, la vía férrea aportaría la paz al mundo porque ofrecería posibilidades inauditas para compaginar rápidamente los puntos más extremos del globo; Kipling le había dado una formulación todavía más generosa al anunciar: "Los transportes ¡he ahí la civilización!". En cuanto a Lenin, para él la revolución era "el comunismo más la electricidad". Este bello optimismo prosigue en la prosa *Transmediúmnica* de Marshal McLuhan. Así se perpetuaba, después del siglo XIX, la idea de que la separación en el espacio era una calamidad, responsable de conflictos, de hambrunas, de incomprensiones... de las desigualdades sociales, también. Lo desconocido involucrado en la idea de distanciamiento resulta temible, sólo la proximidad -que los nuevos sistemas vehiculares hacen posible- abolirá, junto con el espacio y con el tiempo, el origen de los choques y las desgracias. El día en que todo sea comunicante y, por lo tanto, cognoscible, coincidirá con la paz universal... La satisfacción tardía de viejos deseos de comunión correspondería a la retirada de la tiranía del espaciamento, al fin del avasallamiento a la extensión y a la distancia.

Todavía hoy identificamos el *Desanclaje* con el progreso¹²⁶, combatimos vigorosamente todos los aislacionismos como si fueran otras tantas regresiones insoportables, otros tantos *Encierros* malsanos, pero ni siquiera imaginamos el sentido ni las significaciones del viejo mito de la transparencia-transpasamiento. Esta

proximidad general, este globo en el que todo estaría "al alcance", este *continuum* en el que todo se volvería brutalmente *telescópico* y en el que la saturación dependería menos del obstáculo de vehículos que de la velocidad de los diferentes vectores, nos resulta totalmente extranjero... sí, *Extranjero*.

Lo desconocido, lo extranjero, ya no es para nosotros el que viene de lejos, sino el que permanece lateral, totalmente lateral. Al contrario de lo que predecían las predicciones de los viejos profetas del socialismo utópico, el desarrollo de la comunicación social no resulta característico de la crisis del Estado, sino sobre todo del *estado de crisis*. La hipercomunicabilidad de los medios masivos es también, además de la inmediatez del poder de la información, la instantaneidad de la información del poder. La superconductibilidad de los diferentes medios (terrestre, atmosférico, hidrosférico, etc.), es también, además del poder de concentración, la concentración del poder.

Desde hace un siglo, debido a la dramatización de la cotidianidad más banal, esta convergencia-congruencia ha encadenado la permanencia del estado de crisis, todo se ha vuelto expreso y expresivo (también, a veces, expresionista), la extrema concentración ha ofrecido posibilidades inauditas de dominación a quien las quisiera, al punto de que incluso la célebre frase de Sain-Just: "Cuando los pueblos pueden ser oprimidos, lo son", se ha convertido en simple banalidad. Sin embargo, todavía resulta profundamente desconocido el efecto de la velocidad del vehículo sobre el territorio, esta progresiva desaparición de la realidad del cuerpo y de los medios en la velocidad del viaje, esta disipación del lugar en provecho del no-lugar del pasaje, y también de la ausencia de pasajero.

Si se relee la literatura progresista o positivista, el flujo es el socialismo, la aceleración, el comunismo y el "gran movimiento", el progreso... el espacio figura el lugar de la libertad, y la velocidad de transferencia y de transporte, la socialización positiva, al punto de que para los conquistadores del nuevo "nuevo mundo", los términos de "socialismo" y de "velocidad" se vuelven rigurosamente intercambiables (hay que releer aquí las relaciones sobre los conflictos que opondrán durante la Comuna -con motivo de que la máquina locomotora fuera símbolo de unión- a los comuneros, por un lado, y a los ferroviarios y los que veían en ella la propiedad burguesa, por otro).

El suicidio de Santos Dumont también resulta revelador: mientras residía en Francia, durante la Primera Guerra Mundial, asiste impotente a uno de los primeros combates aéreos; literalmente no cree lo que ven sus ojos y, desesperado, regresa a Brasil, donde se dará muerte. El profeta de la ascensión no ha podido resistir la caída de Ícaro, la transparencia se le oscurece súbitamente, el alegre pionero del paso al aire ha percibido brutalmente la derrota del espacio a través de la derrota del aeroplano.

El verdadero proyecto del jet es menos la concordia (...) ¹²⁷, el lazo de unión entre los pueblos, que la trayectoria del proyectil: la política se ha vuelto balística, la geopolítica, geoestrategia. A la antigua poliorquética, al estado de sitio de las ciudades-Estado, ha sucedido la política vectorial del estado de crisis, la prospectiva ha renovado la perspectiva, de allí en adelante *todo resulta próximo*, incluso el porvenir; con la generalización de la predicción y la previsión, todo es anticipado, proyectado.

La planificación es menos un aplanamiento que un aplastamiento, una transformación en algo telescópico; todas las partículas en movimiento chocan y se rompen: consignas, mensajes, valores... pero también cuerpos contra cuerpos. Tanto el recuento de muertos del fin de semana como el *bang* supersónico, señalan claramente esta febrilidad inmediata, esta carambola que para nosotros comienza visualmente en el accidente de tránsito, prosigue fónicamente en el impacto de la "barrera del sonido" y acaso un día alcance su consumación en la desintegración de una masa que se volvió crítica; debemos entender que para esto no habrá ninguna necesidad de una "máquina del Juicio final", un arma nuclear absoluta, la generación vehicular produce por sí sola tal deconstrucción. Junto a la serie de los desanclajes, esta defección del mundo antiguamente inaugurada por los arquetipos del caballo y la nave, se ve acelerada a partir del siglo XIX con lo que se llamó, como si se tratara de un nuevo mundo, la "conquista de la velocidad", mientras que en realidad –en relación con el territorio– se trataba menos de un *Continente* que de una incontinencia vehicular del Occidente industrial.

"Si todos llegamos, sobre toda la extensión de nuestras redes, a respetar la hora al segundo, habremos dotado a la humanidad

del instrumento más eficaz para la construcción del nuevo mundo" (Audibert, ingeniero politécnico encargado de la organización ferroviaria).

Aquí comienza la administración rigurosa del tiempo, so pretexto de exactitud y de seguridad –evitar las colisiones ferroviarias en una red de vía única–; aquí se ponen en su lugar los elementos generales de una regulación social que, después de conmover a los viajeros, conmoverá a los trabajadores y a la sociedad en su conjunto. Los excesos de la velocidad y sus riesgos justifican y legitiman un vigoroso adiestramiento, que en lo esencial pasará desapercibido o será saludado como un signo de progreso ¡e incluso a veces, paradójicamente, de libertad! El emblema monstruoso del culto de la precisión cronométrica será ajustado al frontispicio de las estaciones, o incluso, como en la estación de Lyon en París, será colocado al lado de los andenes, "desembarcaderos de voluntades", como un campanario; los lugares del mundo se convertirán en los horarios del mundo y los, péndulos de la sala de los pasos perdidos indicarán simultáneamente la hora de las antípodas. Las catedrales sujetas al ir y venir serán también aquellas en las que se celebre un culto de la hora, una *Horolatría* ¹²⁸; la disciplina del espíritu y del cuerpo, ese sustituto que deroga la vida monacal –la reclusión voluntaria en el seno de un *Orden* religioso o militar–, se convertirá en un elemento de la vida burguesa. Este pasaje de lo secular a lo regular, que pronto afectará a toda la sociedad occidental, desembocará en la instalación de una programación-planificación del tiempo social; a la gestión del territorio, acaso suceda algún día una administración de la gestión del tiempo, y ¿quién sabe? tal vez un verdadero ministerio del tiempo.

A la reglamentación de la velocidad en los rieles y en el código de tránsito, sucederá un reglamento pedestre... un código de bajas velocidades metabólicas, una administración de los desplazamientos familiares. Desde hace poco, en la Unión Soviética por ejemplo, los peatones pueden ser condenados a penas de hasta diez años de prisión por ciertas violaciones a los reglamentos de circulación: hasta ahora sólo fueron penalizados los peatones que hubieran protagonizado un accidente, pero la Corte suprema soviética acaba de exigir el respeto de las reglas de la circulación tanto a los que se desplazan a pie como a los que utilizan medios mecánicos.

Un poco como en esos grados de la escuela en los que se les prohibía correr a los chicos "para que la exigüidad del espacio de recreación no les pareciera insoportable", como lo precisaba Marcel Pagnol. Ivan Illich propone la instauración de una "justicia de la circulación" ¹²⁹. "La inexistencia de una contabilidad nacional del tiempo social no debe hacernos creer que es imposible establecerla", declara. Para este fraile seductor, el límite, la regla, es la salvación. Sin embargo, el *juridismo* que se disimula en la coexistencia dentro del marco de la vida en común no debe hacernos olvidar que la ley es un instrumento del mismo estatuto que el teléfono o la electricidad, una herramienta que tiene necesidad de expertos para funcionar. De hecho, el optimismo en relación con la mediación jurídica no resulta tan diferente de aquel que, desde hace más de un siglo, acompaña los "progresos" de la comunicación-comunión social, y aquí el monaquismo de Illich contribuye a garantizar el porvenir político del controlador y del confesor, es decir, a fin de cuentas, del "director de consciencia".

Para concluir, retomaría la exhortación del viejo lapón: "Cuando te deslizas rápidamente en la estepa sobre un trineo, date vuelta a menudo, para conocer la fisonomía del retorno". Del "círculo vivo" del nómada, al "círculo vacío" de la errancia moderna, el sistema vehicular nos vuelve a llevar al punto de partida, el porvenir ya no es el país que está delante nuestro; más allá del horizonte, el ciclo de los viajes se vuelve a cerrar, aquí comienza en otra parte, nos convertimos en nuestro propio desconocido.

La velocidad ya no es signo de un progreso, de una progresión, sino de una conversión; la revolución vehicular constituye finalmente un eterno retorno, la ilusión de la derecha ¹³⁰ ha cesado y con ella la del "lazo de unión" entre las naciones y los pueblos; en adelante, el vuelo de Blériot hacia los acantilados de Douvres, o el de Lindbergh, resultarán menos significativos que el manejo en "circuito cerrado" de Clément Ader en el campo de Satory... Apollinaire, ayer, elevaba votos por la venida del gran olvido, por ese Cristóbal Colón que nos hará olvidar un continente... hoy, eso es algo que ya está hecho.

Mayo de 1975

FRAGMENTOS DE ESTE ENSAYO FUERON
PUBLICADOS PREVIAMENTE EN LAS REVISTAS
CRITIQUE, *ESPRIT*, *CAUSE
COMMUNE*.

POSTFACIO
DEL LÍMITE EXTREMO A LA EXTREMA PROXIMIDAD

"Suprimir el distanciamiento mata."

René Char

Si el mapa no es el territorio más de lo que este último es el *espacio real* de la historia, ¿qué hay de la seguridad del territorio europeo después de los recientes trastornos sobrevenidos en los países del Este?

De acuerdo con en los treinta y cuatro jefes de Estado y de gobierno reunidos en París en noviembre de 1990, para atender las necesidades de la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), lo que amenazaría al continente sería menos la guerra nuclear que la balcanización, o la libanización o, dicho de otra manera, la desintegración social y la declinación de la paz civil.

Íntimamente condicionadas por la obsesión del tiempo disponible, nuestras sociedades no cesan, en efecto, de acordar a la duración —a través del *tiempo real*— lo que extraen simbólicamente de la extensión del mundo presente.

Si "vivir es volverse ciego a las propias dimensiones" (Cioran), entonces nuestra especie nunca vivió más intensamente su guerra, su enceguecimiento político, al punto de que de ahora en adelante confunde "cuerpo propio" y "mundo propio". En efecto, hoy se plantea, frente a la superpotencia de los medios técnicos, la cuestión de la amplitud residual de los territorios geográficos. Es, de súbito, la anticipación de un fin, al menos del fin del mundo exterior; una pérdida de tierra y de vista, final de juego que, sacando ventaja de la acción a distancia de las telecomunicaciones, implica tanto el olvido de la exterioridad espacial como de la exterioridad temporal. Pérdida de la memoria también, confusión de lo próximo y de lo lejano, del presente y

del porvenir, frente a los perjuicios de una memoria inmediata ligada con la eficacia de una *imagen en tiempo real*, que ya no sería una información concreta (explícita) sino discreta (implícita); suerte de esclarecimiento indirecto de la realidad de los hechos.

Finalmente, me parece que uno de los aspectos menos analizados de los acontecimientos que han sacudido, y sacuden día a día a la Europa del Este, es el rol jugado por las ciudades alemanas en el proceso de emancipación política.

Sin hablar de Praga, de Bucarest, de Dresde, Leipzig o Berlín, que habrán tenido más importancia que una supuesta "república democrática", devenida virtual o casi virtual.

De hecho el Estado alemán oriental habrá cesado de existir extrañamente, antes de desaparecer en el otoño de 1990... En cuanto a la actual "república federal", si todavía les parece atractiva a los exiliados es debido a una suerte de ilusión óptica que no engaña ni remotamente a los responsables políticos del momento. Desde el invierno de 1989 -cuando las grandes manifestaciones de la oposición- se veían, sobre el *ring* de Leipzig, banderolas que reivindicaban claramente la anexión de la ciudad a la Alemania del Oeste... no la anexión de la RDA a la RFA y el fin de la división alemana ¡sino la secesión de Leipzig!

Efectivamente, ¿qué importa un *hinterland*, una autoproclamada república, cuando su pueblo huye, cuando su pueblo se siente ciudadano de una aglomeración urbana sobreviviente -a pesar de la ruina- del desastre económico, cuando *sólo a través de sí misma* se expresa la cohesión de una población que quiere terminar con una dictadura socialista anticuada?

¿Qué importa entonces el Este, el Oeste, el Norte, el Sur, los puntos cardinales, si solamente la ciudad subsiste todavía, con sus capacidades de exaltación popular y de manifestación de masas intactas, allí donde el territorio pretendidamente *nacional* ha cesado de existir por el solo hecho de que un poder estatal ha sido incapaz de asumir la cotidianidad, y a cambio sólo podía asumir un control ideológico, una vigilancia policíaca?

Capital de la Europa del mañana: ¿Bruselas, Estrasburgo o Berlín?

Esta pregunta queda en suspenso, porque hoy en día asistimos a una transición de la identidad política europea, una transición de fase, dirían los físicos. Antes de que se borrarán las

fronteras del Oeste en 1993, las del Este vienen a derrumbarse, y el Muro a desaparecer: "¡No más muros, no más muros en ninguna parte del mundo!", exclamaba profético un lituano frente a los escombros del monumento más famoso de la guerra fría.

Desde su primer discurso sobre la eventualidad de la reunificación alemana, Helmut Kohl ya había prevenido a sus aliados: "Europa no se reduce a la CEE ¹³¹: Varsovia, Bucarest, Praga, Rostok, Leipzig o Dresde también forman parte de ella". Extrañamente, en ausencia de un verdadero debate sobre las fronteras reales de la Europa del Este, las metrópolis vuelven a convertirse en los últimos hitos políticos de la Europa comunitaria.

Antaño "nacionalitaria" ¹³², la geopolítica europea volverá a convertirse en municipal, "urbanitaria" ¹³³, y las querellas sobre la nueva "ciudadanía" y los derechos del hombre, abordados a propósito de la inmigración ¿no traicionarán, por ese desplazamiento de terreno, el pasaje de la nación perimida a la ciudad reencontrada?

Poco después de su paso al Oeste, un residente de Berlín declaraba: "Las dos Berlines son muy diferentes, es como si se quisiera volver a pegar Londres a Lisboa, o París a Copenhague, no funciona".

Por otra parte, a su manera, los manifestantes de Leipzig, que reclaman la anexión de su ciudad a la RFA, hacen lo mismo que las municipalidades de la descentralización cuando se hermanan exóticamente. Ya mismo, especialmente en Francia, se asiste a reagrupamientos de comunas rurales, e incluso a la asociación de ciudades medianas, como Alençon, Tours y Le Mans, para intentar resistir la presión de futuras EURÓPOLIS (Munich, Hamburgo, Rotterdam, Milán, Lyon o Barcelona), que tendrán un rol económico preponderante después de la abolición de las fronteras nacionales.

En su obra *La France ligotée* ¹³⁴, el alcalde de Montpellier ilustra de otro modo y a las maravillas la gran distancia que se establece, por una parte, entre una geopolítica nacional en crisis -recuérdese el problema de las alianzas militares y el rol reciente de la ONU en el conflicto del golfo- y, por otra parte, un enfoque *transnacional*, si no *transpolítico*: pérdida definitiva de los referentes puramente geográficos que habían construido hasta aquí la historia del Occidente, advenimiento de un CIUDADANO TERMINAL

que remató el ciclo del famoso "derecho de Ciudadanía"; postrero ciudadano *autónomo*, cuyo eslogan bien podría ser "*Fluctuat nec mergitur*"¹³⁵, en memoria de una vieja capital histórica.

El derrumbe simbólico del Muro de Berlín, no sería, pues, más que el primero de una larga serie de demoliciones que interesarán no solamente al Estado-nación o al Estado-ciudad, sino también a la arquitectura misma de la Europa del mañana.

Poco después de la reunión de los doce en Estrasburgo, en diciembre de 1989, Jacques Delors precisaba: "Hablo gustosamente de una *Europa de geometría variable*, es decir, una Europa en la que no todos los países aceptan el mismo grado de compromiso, pero están ligados por cooperaciones múltiples...". Y concluye: "en una gran Europa de geometría variable pueden coincidir válidamente conjuntos que no acepten el mismo grado de compromiso."

OBJETO POLÍTICO NO IDENTIFICADO, entonces la Europa del mañana reposará mucho menos sobre la autoridad centralizada de los jefes de Estado que sobre la voluntad de emancipación "excéntrica" de los grandes responsables metropolitanos.

No se puede analizar de otro modo la noción de "gran conjunto de geometría variable", aplicada a nuestro viejo continente desde que las metrópolis se asocian estrechamente, por encima de los lazos que la ligaban ayer con las autoridades de la capital nacional.

Por otra parte, esta amenaza aún difusa de la *re-feudalización urbana* de la gran Europa es resentida tanto por numerosos elegidos locales como por los representantes de naciones tales como Holanda, Portugal, Bélgica o aun Irlanda.

Para estos "pequeños países" -siempre en ocasión de este encuentro de Estrasburgo-, a propósito de las prioridades políticas del momento, lo más importante eran los transportes, la fiscalidad y la inmigración. De hecho, era la comunicación, en el sentido amplio del término, lo que estaba en el centro de las preocupaciones de los socios "minoritarios", amenazados, según ellos mismos, de marginalización periférica.

"Si se suprimen las fronteras habrá también que suprimir las distancias, declaraba el portugués M. Silva, si no, habrá grandes problemas en las zonas periféricas."

Está claro que, según este responsable, enseguida secundado por el representante de Irlanda, la Europa unida es primero el TGV¹³⁶, la Airbus¹³⁷ y las telecomunicaciones; dicho de otro modo, esta *urbanización del tiempo real* es la que acaso permitiría evitar la marginalización periférica tan temida.

Abolir las distancias y ya no sólo los muros, las fronteras de las naciones europeas, tal es la verdadera cuestión política del momento. Una sola cifra lo confirmará: de acá a dos años asistiremos, en el conjunto de la comunidad, a la duplicación de los transportes viales. En cuanto a la circulación aérea desregulada, ya podemos imaginar su afluencia, sobre todo cuando se escuchan las exigencias americanas formuladas por James Baker en ocasión de una reunión de la OTAN: "Los Estados Unidos y el Canadá son vecinos de Europa. La cooperación transatlántica y la integración europea deben hacerse de frente. Washington propone, pues, una nueva arquitectura para una nueva era".

Una arquitectura europea a la vez estratégica, política y económica, que privilegiaría el "tiempo real" de los intercambios transatlánticos en detrimento del "espacio real" de un continente bastante exiguo... Pasaje de una Ciudad Tópica a una suerte de Ciudad TELETÓPICA, "metaciudad", la única capaz de asegurar la continuidad de un gran conjunto políticamente desanclado.

Y no sólo, como en los siglos XIX y XX, la mutación de un territorio nacional gracias al desarrollo de las estructuras ferroviarias o viales, sino la súbita *conmutación* de un medio ambiente transnacional, tal como sólo lo permiten las telecomunicaciones; el telepuerto reemplaza la estación de tren o el aeropuerto, hasta aquí preponderantes en la organización de un territorio europeo, que se convertirá en una gran *zona de telecomunicación avanzada*.

Así se pone en vidriera la flamante arquitectura de esta nueva era: de cara a las dificultades prácticamente insuperables de los transportes aéreos o viales -con la excepción de una red ferroviaria abierta para trenes que circulan a velocidades cercanas a las de la aviación comercial- solamente el desarrollo de las telecomunicaciones tal vez podría favorecer la integración de los márgenes periféricos, tanto al Este como al Oeste, tanto al Norte como al Sur.

Frente a esta súbita pérdida de la extensión territorial -co-

relativa del desvanecimiento de las distancias temporales— los responsables políticos deberían, parece, inquietarse por el estatus futuro de la ciudad, qué digo, del pueblo europeo global.

¿Qué vocación política o transpolítica para una ciudad teletópica, para un polo, un *tecnopolo*, que se volvió dominante?

¿Vamos a volver a tragarnos lo que vomitamos? ¿Vamos a volver a esa *ciudad-Estado* de los orígenes de la política, con los riesgos de la sujeción progresiva de las periferias? ¿O vamos a asentar la superación del Estado-nación sobre *zonas de telecomunicaciones avanzadas*, capaces de innovar otros intercambios sociales, otras relaciones públicas, sin avasallar sus grandes suburbios?

Escuchemos la inquietud legítima de un habitante de Leipzig: “Ahora toda Alemania parece una gran ciudad, la parte *chic* en la que se radican las oficinas sería la RFA, y las barriadas pobres, los suburbios grises, seríamos nosotros”.

Mientras se habla cada vez más en París, en Lyon o Marsella, de la necesidad de un *ministerio de la ciudad* para facilitar la emergencia de una socialidad urbana pluralista, convendría, parece, volver otra vez sobre las relaciones existentes entre la forma urbana y la guerra, no sólo la guerra exterior, sino también la interior, la atroz guerra civil de la que Yugoslavia es hoy en día la primera víctima.

“De ahora en adelante las fronteras del Estado pasan por el interior de las ciudades.” Con la apertura europea y la descomposición de la ex Unión soviética, esta frase del alcalde de Filadelfia, pronunciada durante el transcurso de motines urbanos hace más de un cuarto de siglo, cobra ahora toda su actualidad. Lo que se produce hoy en día en los países del Este, con el retorno de las reivindicaciones nacionalistas, se reproduce igualmente en el oeste de nuestro continente, con la cuestión del mayor rol político de las *Eurociudades*. Así como el agua vuelve a llenar el vaso, la historia vuelve a ponerse en escena, pero a la inversa: la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas se deconstruye y recae en el *Estado-nación*, mientras la Unión Económica Europea, abriendo las fronteras nacionales, se apresta para darle una vez más al *Estado-ciudad* su primacía... Dos retiradas que son menos la consecuencia del auge capitalista del

mercado que del abandono de la disuasión nuclear, y que abren, más allá de la desaparecida cortina de hierro, otros frentes, otras fronteras, esta vez interiores.

Mientras que cada quien deseaba en el Oeste la superación de la nación en favor de la más eficiente trama *transnacional*, asistimos, *al contrario*, a una suerte de regresión hacia un estado político anterior: la *ciudad-Estado*, con su clientelismo electoral, sus luchas intestinas, su policía municipal y con las premisas de un *neofeudalismo*, ya que, como lo anuncia un importante responsable urbano: “El día de mañana, entre los alcaldes y el presidente de la República, no habrá nada más”.

En su obra ya citada, el alcalde de Montpellier llega incluso a reclamar la desaparición de la división en departamentos — que según él *favorece demasiado a los campesinos*— en beneficio de la división por regiones, incluso si esto amenaza gravemente a la nación federativa, debido al tejemaneje de relaciones transnacionales que son llevadas a anudar. En efecto, le parece que la avanzada económica de Francia está trabada por un Estado nacional que descansa todavía sobre el espesor de su ruralidad.

Para dejar sentado su argumento, George Frèche llega incluso a explicar: “Concebido por la Convención, el departamento era esa parte del territorio que un jinete podía recorrer en una jornada, mientras que actualmente la región es esa parte de territorio que un automovilista atraviesa en un día, e incluso menos”¹³⁸.

Curiosamente, nuestro elegido no lleva hasta sus últimas consecuencias su lógica DROMOCRÁTICA, constatando, por ejemplo, que Francia, y sobre todo la Europa del mañana, no reposarán sobre el automovilista en mayor medida que sobre el jinete, sino que lo hará sobre las telecomunicaciones y los vehículos de gran velocidad, aboliendo, de hecho, no sólo el departamento y la región, sino aun el *espacio real* del continente europeo, sacando ventaja exclusivamente del *tiempo real* de una acción inmediata, y restituyéndole al polo urbano una potencia política que hará de su alcalde un señor, un hidalgo raído, moldeado en la forma de las antiguas jerarquías.

¿Cómo no adivinar a partir de esto —por detrás de los trastornos de la estatura geopolítica de Europa— la fragilidad de nuestras instituciones democráticas? Disuadidos por el “equilibrio

del terror" (verdadera línea Maginot del espíritu) ¹³⁹ de pensar la guerra geoestratégicamente –y esto desde hace más de cuarenta años– nuestros estrategas, al contrario que los de la economía multinacional, parecen ser incapaces de analizar seriamente la situación actual de nuestro continente, que cuenta, por una parte, con los problemas de la declinación de su campesinado –que sigue a la de su proletariado–; por otra parte, con la cuestión de la inmigración y de los grandes desplazamientos de población, no sólo de Sur a Norte, sino aun del Este al Oeste; y, finalmente, y acaso por sobre todo, con la repentina decrepitud de las costumbres, con los estragos ligados con el desarrollo de un *narco-capitalismo* tempranamente mundializado.

Todo sucede a la postre como si la extensión y la profundidad del espacio real del territorio europeo perdieran su valor estratégico y político, en provecho de algunos polos de fijación más o menos temporarios: *tecnopolos*, o *europolos* que disponen de tecnologías de avanzada que les permite ejercer un control sobre su *hinterland*, y ello instantáneamente; que de ahora en adelante, valiéndose de la profundidad del instante presente –la interface–, aventajan al intervalo regional o departamental; y que constituyen, en detrimento del campesinado europeo, un nuevo horizonte para la actividad de las sociedades postindustriales.

Como se sabe, ahora que Europa planifica la reducción del número de sus explotaciones agrícolas haciéndolas pasar de un millón a doscientas mil; ahora que los nueve millones de personas que integran su población rural corren el riesgo de reducirse a la mitad de aquí al año 2000, el estatuto de la ciudad vuelve a convertirse en el mayor problema de la historia occidental, la democracia misma corre el riesgo de desaparecer frente al advenimiento de una nueva tiranía, *tiranía del tiempo real*, que ya no permite el control democrático, sino sólo el reflejo condicionado, *el automatismo*; dicho de otra manera, la dictadura de una instantaneidad y una ubicuidad –atributos de la autocracia– que reencontrarían así, sobre el fin del segundo milenio, cuerpo y actualidad en un sistema técnico investido de un todo-poder místico.

DEUS EX MACHINA ¹⁴⁰, ídolo ya no material, sino inmaterial, cuyas proezas ondulatorias señalarían el carácter maléfico, si tenemos en cuenta que la contaminación ya no sólo alcanza a los

elementos naturales –el aire, el agua, la fauna o la flora–, sino incluso al espacio y al tiempo de un planeta reducido a nada por tecnologías electromagnéticas que consumen el espesor mismo del mundo real.

Octubre de 1991

- ¹ N. de T.: Juego de palabras: el neologismo *métastable* significa "susceptible de que se induzcan en ella procesos de metástasis", esto es, procesos cancerosos. Pero la realización significativa permite leer también *méta-stable* (meta-estable), esto es, "estable en la reflexión" o "reflexivamente estable", "estable en función de un sistema segundo".
- ² N. de T.: *événementiel*: que sucede según la modalidad del acontecimiento.
- ³ H. Marcuse, *One - Dimensional Man*, Boston, 1964, (traducción española, *El hombre unidimensional*, Joaquín Mortiz, México).
- ⁴ Las citas de F. Ruge han sido extraídas mayoritariamente de *Seemacht und Sicherheit*.
- ⁵ "Paz total" o "paz integral", referencia al modelo romano y preocupación de las instancias internacionales después de 1914. Numerosos pasajes comentados aquí se extrajeron de la obra de Edgard Milhaud, y en particular de *Sur la ligne de partage des temps* (París, PUF, 1948).
- ⁶ N. de T.: el signifiante *milieu* también hace referencia al bajo mundo, al hampa.
- ⁷ N. del T.: SDN: Sociedad de las Naciones, órgano precursor de las Naciones Unidas, fundado a instancias del presidente Wilson con el objetivo explícito de abolir las guerras.
- ⁸ I. Libertad de expresión. II. Libertad de adorar a Dios. III. Liberación de la necesidad. IV. Liberación del temor.
- ⁹ La comisión británica de "seguridad social" comienza sus trabajos precisamente bajo el signo de la liberación de la necesidad, y Beveridge insiste sobre el hecho de que la asistencia debe dirigirse "a las familias y ciudadanos tomados aisladamente".
- ¹⁰ Que se confunden en la persona del presidente, en la carrera de hombres como Robert Mc Namara, antiguo secretario de Defensa (en el momento de la escalada en Vietnam) y actualmente presidente del Banco Mundial o bien, en la evolución misma de la composición del funcionariado durante cada conflicto, a partir de 1903.
- ¹¹ *Le Monde*, 11 de abril de 1947, y Associated Press.
- ¹² Comisiones del tipo *War Fare*.
- ¹³ N. de T.: ruta que lleva a las playas del sur y a España.
- ¹⁴ La esperanza final en un Estado fundado sobre la nostalgia de los "pactos de intercambio recíprocos", de los servicios mutuos. "Democracia en la administración, fraternidad en las relaciones sociales, igualdad de derechos, educación universal, inaugurarán el próximo período histórico que la razón, la experiencia y la ciencia preparan hoy mismo. Este nuevo período será la *resurrección* -pero bajo una forma superior- de la libertad, de la igualdad y de la fraternidad de las *antiques gentes*" (Engels, "Función del Estado").
- ¹⁵ La información y la propaganda, la separación de la administración de correos de la de comunicaciones, las agencias para las cuestiones espaciales, la administración urbana, la organización de los territorios, la puesta en marcha de grandes trabajos, la búsqueda y la conservación de recursos naturales y de energía, la defensa del medio ambiente, etc.; la

- multiplicación de las tareas del Estado progresan en un espacio dado, una geografía administrativa siempre más refinada y presente.
- 16 Al mismo tiempo, entre los Aliados, la renovación de las *ayudas a la creatividad*, y, de 1940 a 1950, los inicios del análisis morfológico.
- 17 "En el mundo de fatalidad absoluta en que se mueve Hitler, ya nada tiene sentido, ni el bien, ni el mal, ni el tiempo, ni el espacio, y lo que los demás hombres llaman éxito no puede servir de criterio... Es probable que Hitler termine en la catástrofe, pero sus ideas transformadas tomarán de ello una fuerza nueva." (Goebbels a su ayudante de campo, el príncipe de Schaumburg-Lippe, *Hitler habla a sus generales*, París, Albin Michel, 1964.)
- 18 N. de T.: en francés "*empayement*", neologismo referente a la palabra "*dépayement*" que se traduce como *extrañamiento*, *exilio*.
- 19 En diciembre de 1971, la Cámara de los Comunes decidió el cierre de todos los asilos de Gran Bretaña por los próximos veinte años.
- 20 E. Jünger, *L'Etat universel*, París, Gallimard, 1962.
- 21 "... libertad, fraternidad, audacia intelectual... el ideal más elevado de la luz y del amor..." Llamamiento de Langevin, 1945.
- 22 A lo largo de una entrevista de M. Giuglaris, ese antiguo as de los bombardeos sobre Europa, anunciaba: "¡Nunca más una escalada! Si centenares de miles de personas deben morir en una guerra, ¿por qué en siete años en lugar de en siete días, o en siete horas o en siete segundos?"
- 23 *Les Cahiers de l'Union rationaliste*, 1952.
- 24 Exposición realizada por Alain Blondel, Laurent Sully Jaulmes y Roxane Debuissou (del 20 de octubre de 1972 al 3 de enero de 1973).
- 25 Paul Virilio, "Bunker Archeologie", *Architecture Principe*, 7, 1966.
- 26 N. de T.: "Les affaires de l'Amérique, ce sont les affaires". Juego de palabras entre *affaires* y *affaires* que en francés significa indistintamente *asuntos* y *negocios*, permitiendo así leer "Los asuntos de América son los negocios", "Los negocios de América, son los (verdaderos) asuntos", tanto como las dos fórmulas exclusivas: "Los asuntos de América son los asuntos" y "Los negocios de América son los negocios".
- 27 La inversión sindical: los trabajadores invitados a privarse de una parte de sus sueldos para salvar la empresa.
- 28 Michel Tatu, *Le Monde*, 3 de noviembre de 1965.
- 29 Jean Ray, *La cité de l'indicible peur*, París, Marabout, 1969.
- 30 *Psicoanálisis de la situación atómica* (NRF).
- 31 E. Milhaud, *Sur la ligne de partage des temps*, op. cit.
- 32 Melman, *Pentagon Capitalism*, New York, McGraw Hill, 1970.
- 33 R. Clarke, *La Technocratie de la guerre*, París, Le Seuil, 1971.
- 34 El autóctono sobrevive allí donde muere el transplantado.
- 35 La desaparición progresiva del "túmulo" de los francos, sobre todo la desaparición de materiales ligeros y provisorios como la madera o el simple talud de tierra.
- 36 Andar aquí y allá -*discurrere*.
- 37 Así, el surco de la fortaleza de Rómulo, cercando un espacio con su sola huella, transforma inmediatamente un juego fraterno en un acto fratricida.
- 38 El *being* en "El Estado suicida".
- 39 N. de T.: en francés el significante *evasion* se aplica indiferentemente para designar una fuga o un espacio de divertimento turístico, destinado a evadirse de la realidad cotidiana.

- 40 N. de T.: por Charles de Gaulle, ver *infra*.
- 41 N. de T.: "El Hexágono" es el apelativo que los franceses le dan a Francia, cuyas fronteras se asemejan (si uno agrega cierta dosis de imaginación...) a un hexágono.
- 42 N. de T.: se refiere al 18 de junio de 1940 cuando el general De Gaulle, desde Londres, llamó a los franceses a la resistencia contra los nazis.
- 43 N. de T.: *squatters*: palabra inglesa de uso corriente en francés que hace referencia a las personas que ocupan ilegalmente edificios y viviendas abandonadas. En castellano una traducción posible es "okupa", pero el término *squatter* carece de la connotación anarquista que generalmente se le da a "okupa".
- 44 N. de T.: En francés "*assignation à résidence*". El autor hace un juego de palabras entre la "asignación de residencias" y el término que en el derecho hispano se conoce como "arresto domiciliario". Hemos elegido conservar esta modalidad.
- 45 Ver el libro de M. Dansette, *Mai 68*.
- 46 La de abortar, por ejemplo.
- 47 Desaparición de la noción de "territorio" y de "nacionalidad" detrás de la de "mercado" y de operador del proyecto... reemplazando la proletarianización en un nuevo contexto espacial.
- 48 Es igualmente el sentido del plan Clément Marot, así como del organismo Eurocontrol, y de los de numerosos grupos que gravitan alrededor suyo.
- 49 N. de T.: CRS: Compagnie Républicaine de Sécurité: Policía militarizada francesa.
- 50 Edward Whiting Fox, *L'Autre France* (L'histoire en perspective géographique), París, Flammarion, 1973 (coll. "Nouvelle Bibliothèque scientifique").
- 51 J.-J. Antier, *Chronique des armées*, verano de 1973.
- 52 *Le Monde Economique*, 10 de julio de 1973.
- 53 Husserl, *El origen de la geometría* (traducción y presentación de Jacques Derrida), París, PUF, 1962 (coll. "Epiméthée").
- 54 N. de T.: PC: puesto de control.
- 55 La persona de Cristo introducida en el sistema de objetividad histórica (Renan), la historicidad, opuesta a la temporalidad de la encarnación, mientras que el pensamiento racionalista del siglo XIX hace paradójicamente una competencia ambigua a la fe religiosa: "La ciencia, única religión del futuro" (Raspail).
- 56 N. de T.: quien a hierro mata a hierro muere.
- 57 G. Ferrero, *Nouvelle histoire romaine*, París, Hachette, 1936.
- 58 A diferencia de la tesis del siglo XIX, las modalidades de la muerte de Cristo resuelven absolutamente el conjunto del destino de los cristianos, en el tiempo y el espacio.
- 59 "La más bella y la más alta de las formas de la sabiduría es aquella que se emplea en la organización de las ciudades y de las familias". Es por lo tanto en la matriz de la ciudad-Estado que el hombre nuevo debe engendrar, en lugar de hacerlo en el seno de una mujer. La República de Platón muestra que las leyes de los Estados son completamente asimilables a aquellas que rigen el perfeccionamiento de los individuos, es decir, a su carrera hacia la Afrodita celestial, por "esta ciencia que eleva el alma de lo que *nace* hacia lo que *es*". La génesis natural está entonces en el seno de la organización del Estado, un golpe a la construcción de su idealidad, de su perfeccionamiento.
- 60 Husserl, *L'Origine de la géométrie*, op. cit.

- ⁶¹ Albert Speer, *Au coeur du III Reich*, París, Fayard, 1971; Paul Virilio, "Speer, l'espoir", *Esprit*, 10 de octubre de 1971.
- ⁶² Su geometría, como protofundación de la formación del sentido.
- ⁶³ Una exposición en París sobre este tema: "La télé-détection" fue organizada por el ministerio de la Educación Nacional, del 15 de diciembre de 1973 al 20 de enero de 1974, en el *Palais de la Découverte*.
- ⁶⁴ El trazado de la vía romana no es, por ejemplo, más que un trazo reservado del esquema general de centuriación. La ausencia de intersticios en la organización ortogonal del espacio implica la ausencia de alternativas para estos habitantes... La planificación del Estado prece-de y prohíbe las tentativas de movimientos humanos.
- ⁶⁵ Ejemplo: bajo el gobierno del socialista W. Brandt, se crean en Hamburgo, y luego en Munich, universidades especializadas en la formación de militares en las carreras y las tareas civiles. (Información de la revista *Forces armées françaises*.)
- ⁶⁶ Xavier Sallantin, "Un regard neuf", *Le Monde*, 29 de noviembre de 1973.
- ⁶⁷ "El profesor Konrad Lorenz lamenta 'haber podido pensar que la doctrina nazi podía haber sido honesta.'" *Le Monde*, 11 de diciembre de 1973.
- ⁶⁸ Al repartir sobre el conjunto las zonas de peligro, la tierra es tratada desde el exterior y como un solo objeto; de allí el desarrollo tecnológico extraordinario del material de observación, de espionaje, del conjunto planetario a partir del espacio, y la nueva adecuación de los territorios por parte del Estado en vías de realización en el mundo; la referencia al modelo geométrico es aquí absoluta.
- ⁶⁹ Se trata de la elección planteada a los Estados victoriosos, principalmente después de 1918; en 1939, desde el inicio de las hostilidades en Europa, los norteamericanos tomaban la delantera lanzando en gran escala la política de consumo de objetos.
- ⁷⁰ N. de T.: se refiere al período histórico en que Pompidou era el primer ministro del presidente De Gaulle.
- ⁷¹ N. de T.: programa de la unidad de la izquierda acordado principalmente entre socialistas y comunistas.
- ⁷² "Programa para la paz del mundo", carta del Atlántico del 14 de agosto de 1941.
- ⁷³ Un poco como antaño los habitantes hambrientos de la ciudadela bajo sitio, al arrojar por encima de las murallas los últimos cerdos, vituallas o terneros, pensaban producir un cambio y descorazonar a sus adversarios, empujarlos a renunciar a su cerco.
- ⁷⁴ P. Lawrence, *Le Culte du cargo*, París, Fayard, 1974.
- ⁷⁵ La película *The Most Dangerous Game*, y la carta de M.G.M. Gathorne-Hardy a J. Toynbee en *Guerre et civilisation*, París, Gallimard, 1953.
- ⁷⁶ Maurice Leblanc, *L'île aux trente cercueils*, París, Le Livre de poche.
- ⁷⁷ N. de T.: Los Inválidos es el nombre del lugar en que se encuentra la tumba de Napoleón I.
- ⁷⁸ G. Bernanos, *Les Grands Cimetières sous la lune*, Plon, 1953.
- ⁷⁹ Carl von Clausewitz, *De la guerre*, París, Minuit, 1955.
- ⁸⁰ N. de T.: General del ejército francés que comandó el *putsch* de Argel en 1962.
- ⁸¹ N. de T.: Saint-Cyr es la academia militar de mayor prestigio en Francia.
- ⁸² Coronel J. Barader, *Fossatum Africae* (Gobierno General de Argelia, 1949).

- ⁸³ Sun Tse, "Les treize articles sur l'art de la guerre", librairie L'Impensé radical, 1971.
- ⁸⁴ La "calidad de vida" es objeto de numerosos estudios en el siglo XIX, notoriamente el de los delegados franceses ante la Asociación Internacional de Trabajadores; ver al respecto el texto de Gravilliers del 18 de julio de 1865, en *L'Avenir national*. Por su parte, Babeuf, en el *Manifeste des égaux*, se había manifestado en contra de las leyes agrarias y de la división de los campos, "deseo instantáneo de algunos soldados sin principios", y reclamaba "algo más sublime y más equitativo, la tierra para nadie, y sus frutos para todos..."
- ⁸⁵ Ver *supra*, "La movida". "Hay que distinguir lo que siempre es sin nunca devenir y lo que deviene siempre sin ser nunca" (Timeo). Se dice de la sonrisa de las esculturas arcaicas que eran la fijación de un momento feliz, del mismo modo, el participio presente (el *being*) no existe en la lengua rural hablada, en China por ejemplo, o aun en la actualidad, en el sudoeste de Francia, donde se emplea preferentemente el imperfecto para designar muy precisamente una impresión presente pero pasajera (lo que es joven, pequeño, frágil, fugitivo, etcétera).
- ⁸⁶ N. de T.: en francés el significante *fondement* puede leerse como "cimientos" o como "fundamentos".
- ⁸⁷ N. de T.: en francés *fondation*. Juego de palabras, véase la nota anterior.
- ⁸⁸ Alberti, *Della Pittura*.
- ⁸⁹ Bakunin: "Rebelarse en contra de la naturaleza es una tentativa ridícula por parte del hombre... la naturaleza lo envuelve, lo penetra, constituye todo su ser, ¿cómo espera salirse de la naturaleza? Podemos asombrarnos que alguna vez haya podido concebir la idea de salirse, ¿de dónde viene ese sueño monstruoso? ¿De dónde?"
- ⁹⁰ N. de T.: en francés el significante *croupe* (grupa), se refiere tanto a la cima redondeada de una montaña como a las ancas de un caballo.
- ⁹¹ N. de T.: *Compagnie Républicaine de Sécurité*: Policía Militarizada Francesa.
- ⁹² N. de T.: homófono con "Plus rien", literalmente, *nada más*.
- ⁹³ Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, París, UGE, 1961 (coll. "10/18").
- ⁹⁴ N. de T.: Partido Comunista Francés.
- ⁹⁵ N. de T.: Virilio habla de colocar el poder "en directa", la marcha que en los automóviles transmite directamente el poder del motor a las ruedas sin pasar por las conversiones de la caja de velocidades.
- ⁹⁶ N. de T.: juego que consiste en señalar las diferencias entre dos dibujos aparentemente idénticos.
- ⁹⁷ N. de T.: RTL es una importante cadena francesa de medios electrónicos de comunicación.
- ⁹⁸ N. de T.: Puesto de Control.
- ⁹⁹ N. de T.: importante radio francesa.
- ¹⁰⁰ N. de T.: Beauce es una región francesa ubicada al sudoeste de París.
- ¹⁰¹ N. de T.: Alrededor de cien dólares.
- ¹⁰² Las experiencias de Fred Forest: el arte sociológico.
- ¹⁰³ N. de T.: contracción de *métropolitain*: subterráneo.
- ¹⁰⁴ N. de T.: centros de educación.
- ¹⁰⁵ Por cierto, el fin de la distinción entre el estado de paz y el estado de guerra estaba anunciada claramente en el decreto del general de Gaulle del 7 de enero de 1959.
- ¹⁰⁶ N. de T.: planes gubernamentales.

- 107 N. de T.: "puñetazo", operaciones policíacas y de seguridad que suponen el despliegue de importante armamento y tecnología.
- 108 N. de T. RATP: Régie Autonome des Transports Parisiens, empresa estatal que monopoliza los transportes en la ciudad de París.
- 109 N. de T.: Postes, Télégraphes et Téléphones, correo francés.
- 110 Por ejemplo, Marc Paillet, *Le journalisme*, París, Denoël, 1972; o incluso Roland Cayrol, *Presse écrite et audiovisuelle*, París, PUF, 1974.
- 111 N. de T.: Office de la Radio-télévision française: Oficina de la Radiotelevisión francesa, órgano regulador de la actividad.
- 112 Véase aquí el rol de lo que se llama "estructuralismo".
- 113 El ministro del Interior ha anunciado que de ahora en adelante se dictarán cursos de civismo para los agentes de policía.
- 114 Véase el artículo del general Maurin en la Revue de la Défense Nationale.
- 115 N. de T.: partido político de derecha.
- 116 N. de T.: guardia civil.
- 117 N. de T.: "detención" es la traducción usual del significante francés *garde à vue*, que literalmente significa *vigilancia visual*.
- 118 M. Foucault, *Naissance de la clinique*, París, PUF, 1963.
- 119 *Le Monde*, 19 de septiembre de 1974.
- 120 N. de T.: empresa encuestadora francesa.
- 121 N. de T.: hemos conservado la literalidad de la expresión *en vitesse* -¡rápido!- para mantener el paralelismo que a continuación hace el texto.
- 122 N. de T.: en francés el significante *étalon* no sólo designa al padrillo: también se refiere al patrón de medida, por ejemplo en *étalon-or*, patrón-oro.
- 123 La Baconnière, 1973.
- 124 N. de T.: *sic*.
- 125 N. de T.: cuartel general.
- 126 P. Chaunu, *La durée, l'espace et l'homme à l'époque moderne*, París, SEDES, 1974.
- 127 N. de T.: "concordia" traduce el significante "concorde", que también es el nombre del avión supersónico de pasajeros de las líneas aéreas francesas.
- 128 H. Vincenot, *La vie quotidienne dans les chemins de fer au XIX^{em} siècle*, París, Hachette, 1975.
- 129 I. Illich, *Energie et équité*, París, Le Seuil, 1973.
- 130 N. de T.: el significante *droite* se refiere tanto a la línea recta como a la "derecha" en sentido político.
- 131 N. de T.: Comunidad Económica Europea.
- 132 N. de T.: "*nationalitaire*" neologismo.
- 133 N. de T.: "*urbanitaire*" neologismo.
- 134 G. Frèche, *La France ligotée*, París, Belfond, 1990.
- 135 N. de T.: "Va a la deriva, pero no se hunde".
- 136 N. de T.: Train Grand Vitesse: tren de alta velocidad francés.
- 137 N. de T.: Consorcio europeo de fabricación de aviones, por extensión, los aviones fabricados por éste.
- 138 G. Frèche, *op. cit.*, p. 105.
- 139 N. de T.: línea de fortificaciones defensivas que se extendía a lo largo de la frontera franco-alemana y que los alemanes simplemente esquivaron para invadir Francia.
- 140 N. de T.: expresión que designa en el teatro antiguo la entrada en escena de un dios, que parece volar gracias a una máquina o sistema de poleas. En general, intervención aparentemente milagrosa.

OTROS TÍTULOS DE ESTA COLECCIÓN

- Guattari, Félix. *Cartografías del deseo*. Compilación y prólogo de Gregorio Kaminsky.
- Janke, Wolfgang. *Mito y Poesía en la crisis modernidad/postmodernidad*. Postontología.
- Lyotard, Jean-François. *Heidegger y "los judíos"*. Prólogo de Alejandro Kaufman.
- Nancy, Jean Luc. *El sentido del mundo*. En prensa

OTROS TÍTULOS DE ESTA EDITORIAL

- AA.VV. *Aportes a la estética. Desde el arte y la ciencia del siglo XX*. Texto y compilación de Marta Zátonyi.
- AA.VV. *Con el sudor de tu frente. Argumentos para la sociedad del ocio*. Selección y prólogo de Osvaldo Baigorria.
- Bauret, Gabriel. *De la fotografía*.
- Bey, Hakim. T.A.Z. *Zona Temporalmente Autónoma*.
- Debord, Guy. *La sociedad del espectáculo*. Selección y prólogo de Christian Ferrer.
- Joly, Martine. *Introducción al análisis de la imagen*.